

DAR LA VIDA CANTANDO AL AMOR

ÁNGELO CAMPAGNA

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

Capítulo 1: EL NIDO

Capítulo 2: REPIQUES CELESTES

Capítulo 3: EN UN OASIS FRANCISCANO

Capítulo 4: ALUMNO DE DON BOSCO

Capítulo 5: EN EL SEMINARIO DE TORTONA

Capítulo 6: SACRISTÁN EN LA CATEDRAL

Capítulo 7: EL ORATORIO DE SAN LUIS

Capítulo 8: EL PRIMER COLEGIO

Capítulo 9: ESCUELA DE VIDA

Capítulo 10: EL COLEGIO DE SANTA CLARA

Capítulo 11: UN VERDADERO COLABORADOR

Capítulo 12: CLÉRIGO FUNDADOR

Capítulo 13: LA SEMILLA GERMINA Y CRECE

Capítulo 14: SACERDOTE SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS

Capítulo 15: LAS OPCIONES Y LOS TIEMPOS DE DIOS

Capítulo 16: LA APROBACIÓN DEL OBISPO

Capítulo 17: SUFRIR, CALLAR...

Capítulo 18: LA CASA MADRE DE TORTONA

Capítulo 19: GUIADO POR LA PROVIDENCIA

Capítulo 20: PÍO X Y LA PATAGONIA ROMANA

Capítulo 21: APOSTOLADO Y PEREGRINACIONES

Capítulo 22: LAS SORPRESAS DEL AMOR

Capítulo 23: LOS DOS TERREMOTOS

Capítulo 24: LA CARIDAD NO CIERRA LAS PUERTAS

Capítulo 25: DESARROLLO PRODIGIOSO

Capítulo 26: SOCIALISMO Y SOCIALISMO

Capítulo 27: LAS MONJAS

Capítulo 28: LOS “PEQUEÑOS” COTTOLENGOS

Capítulo 29: EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA GUARDIA

Capítulo 30: SIEMPRE ES LA VIRGEN

Capítulo 31: TRES GRANDES INICIATIVAS

Capítulo 32: LAS MISIONES

Capítulo 33: HILO DIRECTO CON ITALIA

Capítulo 34: DIOS ESTÁ CON ÉL

Capítulo 35: OCASO LUMINOSO

PRESENTACIÓN

He aquí otra apreciable biografía de san Luis Orione, fundador de la “Pequeña Obra de la Divina Providencia” y de las “Pequeñas hermanas misioneras de la caridad”. Él mismo se definió como “un corazón sin fronteras” y “un loco de la caridad”: sintomática conciencia de una entrega total a los hermanos, en nombre de una fe sin límites en la bondad de Dios y en la constante búsqueda de su voluntad, Don Orione, que sugería a los suyos que tuvieran “el coraje del bien”, en esta empresa se mostró digno corifeo a la cabeza de innumerables cuadrillas de hijos e hijas, de amigos, y ahora de sinceros devotos, que admiran la gigantesca estatura moral y la santidad sancionada por la infalible autoridad de la Iglesia.

Por este motivo la bibliografía sobre Don Orione y su Obra es verdaderamente imponente y, se puede decir, aumenta continuamente con nuevas aportaciones, señal evidente de un interés que los años (él murió hace más de setenta años) no sólo no han oscurecido el recuerdo de sus empresas admirables en el campo del apostolado católico, en particular de la caridad bajo todas las formas, sino que parece que hayan circundado con un creciente y luminoso interés su figura y sus obras.

También la biografía que aquí se presenta es una prueba evidente. Se equivocaría, sin embargo, quien pensase que esta última pueda ponerse simplemente al lado de otras numerosas que la han precedido, sin novedad alguna.

La biografía escrita con amor de hijo por Don Campagna, ya discípulo del suscrito en años lejanos, se distingue, y el lector se dará cuenta inmediatamente, por la agilidad de estilo, rapidez de narración y, sobre todo, por una esmerada información. Tengo que admitir que de su antiguo maestro el biógrafo ha aprendido esa “curiositas” que lo ha empujado a cribar, como pocos, todas las fuentes y disponerlas en una narración bien ordenada que suscita un vivísimo interés. Quisiera añadir que el discípulo, habilitado en el uso de todos los instrumentos que la técnica moderna pone a disposición de quien quiera seriamente documentarse, ha superado con creces al maestro que sinceramente se congratula con él.

Las numerosísimas citas textuales de las palabras y de los escritos del biografiado, que llevan a las fuentes, la copiosa riqueza de anécdotas que se suceden con imperiosa secuencia hacen de estas páginas un precioso e indispensable instrumento para conocimiento de un ‘Grande’, que ha honrado como pocos la reciente historia de la Iglesia.

Por tanto, no para repetir un lugar común, diré con pleno conocimiento de causa y con íntima satisfacción, que estas páginas colman un vacío y entre las otras biografías, aunque recomendables, merece un puesto de mucho relieve.

Un valor de esta publicación es también su dimensión no excesiva que se presta a ser bebida en pequeños sorbos, también por parte de aquellos que dicen no tener tiempo libre.

Don Campagna, además, antes de abandonarse, como a menudo los biógrafos están tentados de hacer, a consideraciones místicas y ascéticas, ha dejado que hablen muy loablemente los hechos y los documentos, referidos con esa frialdad que un histórico serio debe mantener a toda costa.

Tenemos que estar agradecidos al autor de estas páginas de las que salta viva, fascinante, actual, una figura excepcional de Santo y Apóstol a quien todos pueden mirar, no sólo con admiración, sino con el intento de seguir las huellas, en ese camino del amor sobre el cual la humanidad actual está llamada a encontrarse, si quiere avivar el fuego de la esperanza en un mundo mejor.

Isernia, 16 de mayo de 2005

Capítulo 1: EL NIDO

“Allá por el año 1848, pasaban por Pontecurone, mi pueblo, los soldados que iban a la guerra. Una tropa se paró en la zona habitada y algunos militares fueron a comer a un hostel en el que mi madre trabajaba de camarera. Al ver a aquella chica que servía las mesas con soltura, algunos soldados se permitieron decirle alguna palabra un poco subida de tono. Ella dio una torta al soldado más cercano y callada siguió con su trabajo. Le dijeron después que el golpeado se llamaba Vittorio D’Urion. Mi padre estuvo desde entonces ocho años de soldado. Cuando volvió a Tortona, fue a Pontecurone a ver si aquella camarera estaba todavía libre pensando para sí que esa chica debía tener la cabeza en su sitio” (DO. I,4).

Los acontecimientos se desarrollan según sus deseos. La chica, libre todavía, después de un periodo de mutuo conocimiento, acepta casarse con él. El 11 de febrero de 1854, el mismo día de la aparición de la Virgen a la pequeña Bernardetta, Vittorio Orione y Carolina Feltri se unen en matrimonio en Pontecurone en la Iglesia parroquial de la Asunción de Santa María.

Vittorio Orione, tortonés, de baja estatura, robusto, con barba espesa, según la moda de entonces, se declara garibaldino. En realidad es de buen ánimo, siempre dispuesto a ayudar a los demás. Por nada del mundo se hubiese permitido hacer mal a nadie. El trabajo de “empedrador de calles”, duro y mal pagado, no le permite el ocio, ni los chismes y, menos aún, las altas disquisiciones de la política. El extendido anticlericalismo condiciona su práctica religiosa, pero no le compromete la fe ni la honestidad. Cuando llegue el momento no sólo no obstaculizará la elección vocacional del hijo, sino que le pedirá coherencia y fidelidad absoluta: *“¡Sacerdote sí, pero verdadero sacerdote!”*.

Carolina Feltri, nacida en Castelnuovo Scrivia, une en sí la más exquisita dulzura y una determinación acentuada y fuerte. Huérfana desde pequeña, debe ponerse a trabajar junto a la madre y dos hermanas para salir adelante. En el pueblo la conocen bien y la estiman por su incansable laboriosidad, rectitud moral y el testimonio de una fe robusta y coherente. Carolina no tiene ni los medios ni el tiempo para frecuentar la escuela. No sabe leer ni escribir, pero en toda circunstancia demuestra ser una mujer sabia y prudente.

La familia Orione elige como residencia Pontecurone, un pequeño pueblo entre Tortona y Voghera, en la Provincia de Alessandria, en los confines entre Piamonte y Lombardía. Es un pueblo eminentemente agrícola pero que se jacta de una historia gloriosa que se remonta a los romanos y a Barbarroja. Numerosas iglesias, las pequeñas capillas esparcidas en las diferentes propiedades y los templete que embellecen diversos edificios y casas privadas, son el más bello testimonio de una religiosidad dinámica e intensa.

En muchos pueblos de Italia, hasta los años 50, era habitual en el mes de mayo, recogerse ante una imagen de la Virgen para el rezo del santo rosario. En Pontecurone en el año 1872 la cita es en la casa de los padres del párroco. Entre las personas más asiduas, parece inútil decirlo, encontramos a Carolina.

Terminado el mes, la calle que nos lleva delante del templete de la sagrada imagen sigue bullendo en un ir y venir de gente. Todos quieren ir a ver aquella rosa que delante de la Virgen del Rosario no quiere marchitar.

“¿Qué significado tendrá esto, señor canónigo?”, le preguntan curiosos sus paisanos. “¡Pienso– responde–, “que la Virgen va a conceder una gracia grande al pueblo!”

Cuando el 23 de junio de ese mismo año nace Juan Luis Orione, cuarto hijo, después de Benito, Alberto y Luis –muerto cuando no tenía todavía cuatro meses–, ninguno o bien pocos ligan los acontecimientos. Con la distancia de años, comenzando por la madre del párroco, asidua al rezo diario del rosario guiado con tanta devoción por el clérigo Orione, custodio entonces de la catedral de Tortona, se vuelve cada vez más cierto que era Luis aquel don de María.

La familia Orione no tiene casa propia, se conforma con una “bodega”, un pequeño edificio rústico perteneciente a la villa del ministro Urbano Ratazzi. No tienen rentas, ni propiedades, ni sueldo fijo alguno. Una pobreza noble y reservada y el trabajo asiduo son los más bellos ornamentos de esta trabajadora familia.

El ministro Ratazzi, en los periodos de vacaciones que pasa en su villa de campo, tiene la oportunidad de conocer cada vez mejor y de apreciar más a sus huéspedes. Un día que encontró a Vittorio con Luisito de no más de 11 meses, lo coge y lo mece complacido. Después, volviéndose al padre, le pregunta bromeando: “*¿Qué haremos de él, un jesuita?*”. “*No, no... haremos de él un general*”, añade inmediatamente recordando el pasado militar de Vittorio.

Un guía, sí, será Luis Orione, pero no de soldados o de guerras. Llegará a ser un guía del ejército del bien y de la caridad.

Mamá Carolina hace cuadrar las cuentas dedicándose a mil y un quehaceres, sirviendo en alguna casa, recogiendo leña. En verano va a respigar detrás de los segadores. Tiene que salir de casa temprano, mientras en el cielo brillan las últimas estrellas. Envuelve a Luis, todavía pequeño, en un mantón y no pudiéndolo dejar solo en casa lo lleva con ella. Cuando llega al campo lo coloca así envuelto a los pies de algún árbol para protegerlo de algún modo. Luisito se vuelve a dormir mientras la madre comienza su trabajo. Y así en todas las estaciones del año.

Cuando tiempo más tarde el niño comienza a moverse con pasitos rápidos, mamá Carolina lo animará repitiendo “*¡Recoge tú también, Luisito, que es pan!*”.

En invierno, cuando los campos reposan y las tardes son largas y frías, la vecindad se reúne en algún establo entre los más espaciosos. El calor de los animales es una bendición, el encontrarse juntos una diversión. Las mujeres hacen sus trabajitos de cosido o de punto. Los hombres pasan el tiempo jugando alguna partida a las cartas. Los niños se divierten muchísimo con los animales.

Entre ellos está también el pequeño Luis.

Él siente una atracción particular por el humilde asnillo al que acaricia dulcemente. Acaso piensa en el asnillo del establo de Belén del que tantas veces le ha hablado su madre. Y su pequeña y encendida fantasía se llena de múltiples imágenes.

A una cierta hora los hombres dejan de jugar y las mujeres de trabajar y, en círculo, inician el rezo del rosario. El pequeño Luis se acurruca al lado de la mamá y participa con todos en la oración.

En la escuela de la madre, con el ejemplo de tantos buenos paisanos, en la contemplación prolongada de las muchas y bellas imágenes de la Virgen que adornan su parroquia, aprende a amar y a rezar tiernamente a la madre del cielo.

Movido por esa misma devoción, indiferente al frío, a menudo recoge en los campos pequeñas flores para hacer con ellas un ramillete y llevarlo delante de una de las tantas capillitas dedicadas a la Virgen y esparcidas por los alrededores del pueblo. Una oración rápida, una mirada llena de amor y después, corriendo, de nuevo, a jugar.

Capítulo 2: REPIQUES CELESTES

“Cuando era niño, un día vine aquí, a una calleja que aún recuerdo bien, para encontrarme con mi madre que debía volver por este lugar con la carga de leña por la tarde. En aquel tiempo había allí un seto. Tendría yo ocho o nueve años y estaban conmigo otros niños de mi edad. A un momento dado, hemos visto que sobre el seto había de esas flores blancas acampanadas, esas que popularmente se conocen como campanillas y nos pusimos a cogerlas. También yo cogí una, y después, como si estuviese sirviendo en misa, en el ‘sanctus’, hice instintivamente el movimiento del monaguillo que toca; y con gran maravilla por mi parte sentí que aquella flor emitía un sonido leve pero sonoro, como si hubiese sido de bronce. No dando crédito a mis oídos, repetí el gesto y de nuevo la flor sonó entre el estupor de mis compañeros que se habían arremolinado entorno a mí y que veían maravillados que las que ellos habían cortado no hacían lo mismo. Acaso el Señor ya desde entonces me quería hacer entender que llegaría a ser sacerdote” (DO. I, 143).

Su inclinación a la piedad, su tierna devoción a la Virgen, su espíritu caritativo y de servicio no nos deben mover a engaño. Mamá Carolina que lo conoce bien, vigila y guía con mano firme a aquel hijo más bien inquieto y rebelde.

A los seis años empieza a frecuentar las escuelas primarias. Sigue voluntarioso y con provecho las lecciones, pero apenas el maestro da la señal del final, el pequeño Luis a la cabeza de sus compañeros, entre empujones y estirones se hace espacio para salir de los primeros y correr despreocupadamente por las calles.

Bien pronto sobresale por inteligencia y vivacidad entre sus compañeros. Es un cabecilla nato. Sus compañeros lo siguen entusiasmados incluso cuando al final del juego o de cualquier otra original aventura, los invita a entrar en la iglesia para hacer una breve oración, o a rendir homenaje a la Virgen en alguno de los muchos altarcillos campestres.

Por lo demás, en un pueblecito las distracciones no son muchas y los días se vuelven fácilmente monótonos. Los chicos desplegando su fantasía se las ingenian para llenar el tiempo de mil maneras. El pequeño Luis no se echa para atrás y frecuentemente está en el centro de la situación. Si juega es para ganar, si discute, para tener razón. Y si a veces con los mayores no logra salir airoso por las buenas, recurre sin miedo a métodos más decisivos y menos ortodoxos por los que se gana el apelativo de “gato salvaje”. Los adultos, más benevolentes, lo llaman “jefe Barrabás”.

Suele ser obediente. Con una madre tan fuerte, empeñada en frenar y orientar hacia el bien todas las energías del hijo, no le queda demasiado espacio. Alguna vez, imbuido en el juego, trata de hacerse el sordo. Carolina, sin demasiadas monsergas, pasa a los hechos. Y reconocerá de adulto que *fueron santos cachetes*.

Muerto el ministro Urbano Ratazzi, la familia Orione tiene que buscar otro alojamiento. Alquila unas habitaciones de un edificio cercano al hospital. El patio rodeado de casas y establos es el lugar de encuentro habitual de los niños que viven allí y de otros atraídos por los gritos y las alegres risotadas.

Un día, cuando el juego es un poco más aburrido, alguno busca inútilmente a Luisito, alma de todas las diversiones. ¿Dónde habrá ido? De repente, se abre una ventana, un grito de atención y se inicia el espectáculo. Después de horas y horas de trabajo escondido, con sorprendente habilidad, mueve sus marionetas. Una manera nueva y original de diversión que aleja a sus coetáneos de otras diversiones menos sanas.

A veces el gentío es excesivo, el espacio insuficiente, la vivacidad incontenible y, entonces, los chicos, como una onda, se amontonan esparciéndose por las calles del pueblo. Los adultos miran desde lejos, pero se tranquilizan cuando reconocen al jefe de la banda, el hijo de Vittorio y Carolina, vivo y despreocupado, sí, pero honesto y devoto.

El año escolar, caracterizado por buenos resultados, pero también por muchas y forzadas ausencias para ganar un pedazo de pan, ha terminado. El calor se deja sentir. Algunos afortunados han dejado el pueblo para ir a respirar el aire fresco de las colinas cercanas.

Una mañana el pequeño Luis se pasea por las calles del pueblo en busca de algún amigo con quien jugar. Pero pasando delante del hostel ve un nutrido grupo de hombres ociosamente sentados fuera del local. Hay que convencerles de que no pierdan el tiempo en charlas inútiles. Sin pararse a calcular las consecuencias, busca una rama grande y corriendo hacia delante y hacia atrás, alza una polvareda tal que obliga a los desocupados a ponerse en pie. Les gustaría dar al mocoso una buena lección, incluso alguno trata de correr detrás de él, pero al gamberro ya le ha dado tiempo a poner tierra de por medio.

Es sorprendente ver a este mocoso descalzo y descamisado, para nada remiso, demostrar tanta determinación, energía y entusiasmo en las cosas espirituales. Durante el día entra espontáneamente en la iglesia, frecuenta la Misa dominical y de monaguillo también a la de diario. Según la costumbre del tiempo, el domingo por la tarde participa al canto de las vísperas y de la doctrina. Sirve libremente al altar, ayuda a los otros monaguillos, lee, canta y cuando le dejan, toca con maestría las campanas.

El Señor lo prepara secretamente para la futura misión. Acaso el pequeño Luis sueña, pero de momento debe enfrentarse con la cruda realidad. La familia es muy pobre, las exigencias aumentan, es necesario que todos pongan de su parte para salir adelante. Aunque con disgusto Vittorio decide retirar al hijo de la escuela y llevarlo con él como ayudante empedrador. Tiene que limpiar y transportar piedras, tirar de la carretilla, a veces llena de martillos, formones y macetas. Durante dos años acompaña al padre, trabajando un año a las órdenes del tío Carlín en calles de Tortona y otro año en Monferrato bajo las órdenes del primo Jacobo. Después de Pascua o a primeros de abril parte la caravana que trabajará hasta primeros de noviembre.

El trabajo es duro. La escuela y las lecturas son ahora un mero recuerdo. Las diversiones, la pandilla pertenecen a un lejano pasado. Pero el pequeño Luis no lamenta su suerte, está contento y sigue con buen ánimo al padre para evitarle fatigas y volverse útil a la familia. Se habitúa al cansancio y a las privaciones. Nacido pobre, hace experiencia directa del sacrificio, del trabajo. Saborea las humillaciones, patrimonio de la gente pobre. Ésta será la sublime escuela de vida que le prepara para las futuras tareas apostólicas.

La pobreza, las privaciones, sí, pero las blasfemias nunca: *“En la diócesis de Acqui, cuenta, me acuerdo que estábamos empedrando delante de una Iglesia y tenía compañeros que blasfemaban y decían palabrotas. Ya les había reprendido en alguna ocasión, pero después les dejé porque lo hacían para que me enfadara. Me decían, ‘¡Repíte, repíte!’ Y yo por respuesta una vez fui corriendo, locuras de chaval, a la iglesia y me llené la boca con agua bendita como para desinfectarme la boca”* (DO. I, 186).

Algo parecido sucedió en Castelnuovo Calcea y en otros lugares también. El mal moral no le roza, pero la ternura y la misericordia hacia los pecadores agranda el espacio de su joven corazón cada vez más deseoso y decidido a escuchar la voz del Señor, a convertirse en ministro de su amor y de su perdón.

En la época en la que se interrumpe el trabajo en las calles sus padres envían a Luisito con agrado a Casalnoceto, con la tía materna Giuseppina. Con frecuencia, después de tanto andar a pie, llega sin medias, tanto es así que empiezan a llamarlo “Luis sin medias”. Aquellas medias que

por compasión le confecciona la tía, aprovechando las largas tardes invernales, Luisito se las pasa a gente más pobre. Una tarde, al calor del establo, oye el relato de una aparición de la Virgen en una localidad cercana y del santuario que surgió en su honor, reducido ahora a un montón de ruinas.

Impresionado por el relato, sube a la terraza y mirando hacia aquel lugar reza y se compromete a reconstruirlo. Por la noche duerme poco. Por la mañana, cuando todavía estaba oscuro, va hacia el lugar a buscar entre la nieve las ruinas del santuario. Se arrodilla y reza, reza hasta que siente en el corazón la certeza de haber sido escuchado. Ya sacerdote, fiel a la promesa, se preocupa por la reconstrucción de aquella casa de María. El nuevo santuario de la Fogliata es inaugurado por Don Orione ante una gran participación de gente el 21 de abril de 1907

Bajo la guía de un padre poco practicante, pero que era todo corazón, y de una madre siempre atenta y serenamente disponible para echar una mano a quien tuviese necesidad, el pequeño Luis aprende a unir cada vez mejor la fe, la oración y la caridad activa.

El canónigo Don Miguel Cattaneo, capellán del hospital, aún siendo de familia acomodada, vive del mismo espíritu evangélico. Amigo de los pobres, les distribuye comida, ofrece hospitalidad, visita acompañado del joven Luis a los enfermos. Vive en una casa de alquiler, él que ha construido con su propio dinero y dado alojamiento gratuito a tantas familias pobres. El primer impedimento para amar no es la pobreza sino un corazón cerrado. La alegría de la vida brota de la caridad. No puede ser feliz quien no se vuelve útil para los demás.

Como San Antonio Abad que hoy se festeja solemnemente en el pueblo y en la capilla del hospital, Luis siente que es para él la llamada a dar también aquello poco que tiene a los pobres.

La madre, después de tanto trabajo, logra dar al hijo un par de pantalones nuevos. Pero el pequeño Luis apenas puestos, ya los ha regalado a alguien más pobre. A la madre que se lamenta con sencillez le dice: *“No te enfades. Yo tengo todavía los viejos, pero el otro tenía frío y no sabía como taparse”*.

Otro día, volviendo de Tortona, se cruza con un anciano que camina con fatiga bajo una fuerte lluvia. El joven Luis, conmovido, ruega para que acepte su paraguas y se aleja corriendo. Huelga decir que cuando llega a casa está empapado de la cabeza a los pies y mamá Carolina no se queja, pero en su corazón goza y agradece al Señor que su hijo haya aprendido tan bien sus lecciones evangélicas.

Capítulo 3: EN UN OASIS FRANCISCANO

“Una vez llegado al convento, se me puso delante un fraile y me preguntó: “¿Qué llevas dentro de ese cacharro? ¿Tus trapos?”. Yo lo miré maravillado: (El baúl preparado con tanto cuidado por mi madre era tenido ahora por un “cacharro”); y él mirándome insistió: “¿De qué pueblo vienes?”, Y cuando supo que venía de Pontecurone, añadió sonriendo: “¡Ja, Ja... del pueblo de los papudos!” Entonces se puso a ridiculizar a mi pueblo y a insultar a la gente de mi pueblo, sí, aquel pueblo al que apenas había dicho adiós para siempre, pero que estaría siempre en mi corazón. Yo un crío de 13 años, apenas llegado al convento y que había soñado con el convento como con el paraíso y que pensaba que todos los frailes eran santos y dulces y muy agradables, y tan educados como mi maestro que encima era garibaldino. Ciertamente, él no pensaba en la desastrosa impresión que causaban en mí aquellas palabras tan ofensivas para mi pueblo, y que, si hubiese sido sólo por él, habría cogido el sombrero y habría dejado el convento y la vocación” (Scr. 32,11).

El deseo de ser todo del Señor lo acompaña desde hace tiempo, pero dado su estrato social y la pobreza, lo siente como un bonito sueño aunque irrealizable. Los padres se han dado cuenta, pero permanecen en un prudente silencio de espera.

A menudo, durante el trabajo, la mente y el corazón están lejos. Entre las numerosas calles de Tortona y su entorno que lo ven de peón, hay una que sube hasta el convento de los capuchinos, sobre la pendiente del castillo. *Viendo ir y venir a los frailes*, comenta , *yo me hubiese agarrado fuerte al cordón de ellos y me hubiese dejado arrastrar hasta el convento.*

Determinante fue para el primer paso la intervención del joven vicepárroco Don Milanese, que fue párroco después en Molino de Torti. Él recuerda: “Luis Orione era pobre, pertenecía a esa ínfima clase social de los desheredados y como vi con claridad que la dulzura de su ánimo, atentamente estudiada por mí, lo inclinaba al misticismo, lo exhorté con afectuosas palabras a vestir el hábito de San Francisco”. Orione no daba ninguna respuesta. “Finalmente –continúa Don Milánese–, después de casi un año, el 4 de octubre de 1884, día de mi cumpleaños, se me presentó sonriente ofreciéndome un ramillete de flores y añadiendo una carta en la que expresaba junto con las oportunas felicitaciones, el deseo de vestir el hábito del Pobrecillo de Asís.

A este punto, Carolina repite varias veces el camino entre Pontecurone y Molino de Torti para estar segura de que ésa es la vocación de su hijo y dejarse aconsejar sobre el modo de favorecerla y sostenerla.

También el joven Luis, animado por el devoto sacerdote, su confesor y padre espiritual, con frecuencia de visita, pero primero tiene otra cita. Recorriendo desde Pontecurone el camino más corto hacia Molino de Torti, se pasa por Casei Gerola. Apenas pasado el pueblo hay un santuario dedicado a la Virgen de las Gracias (santuario que según la tradición fue visitado por San Agustín) un templo muy querido por el pueblo, ahora cerrado y abandonado. El joven Luis se arrodilla, apoya la cabeza sobre el viejo portón y reza silenciosamente. Esta Virgen de las Gracias, al igual que aquella Virgen de la Fogliata, que no es sorda, escucha la oración inocente. El joven Luis, una vez sacerdote, recordando la promesa, reconstruye en honor de María también esta casa suya.

Finalmente, madre e hijo pueden hablar abiertamente de la vocación e hilvanar algún proyecto para iniciar el camino. Naturalmente para tener un éxito más cierto involucran una vez más a Don Milánese.

El sábado Santo de 1885, Vittorio y Luisito se acercan a Molino de Torti. El párroco es categórico y convincente como nunca. Padre e hijo escuchan atentamente, no hacen preguntas, no hay objeciones. Salen de la casa parroquial, reemprenden el camino en silencio, uno al lado del otro. En las cercanías de Castelnuovo suenan las campanas, Vittorio hace ademán de pararse y con increíble conmoción por parte de Luis, él, *“que era poco creyente, hizo la señal de la cruz y se enjugó los ojos”* (Scr. 35,57).

Cuando llegan a casa, Carolina, enseguida, les pregunta cómo han ido las cosas. Con regocijo siente que también su marido está convencido que su hijo no está hecho para ser empedrador. Que siga, por tanto, su camino y el cielo proveerá también a la familia. Una sola cosa pide Vittorio: *“¡Si quieres hacerte cura, tienes que ser cura para todo!”*.

El primer y más inmediato quehacer es el de colmar las numerosas lagunas escolares. Don Milanese se presta para hacer un repaso completo. La certidumbre de alcanzar el paraíso soñado, entrando en el convento, no hace sentir al joven Luis el esfuerzo del camino, ni la fatiga del estudio y las lecturas.

El verano ha terminado, se acerca el día de la partida.

Carolina se las ingenia para preparar el ajuar y todo lo que exige la regla de los frailes. Toda la familia vive con emoción el momento. Una tarde, con una mezcla de gozo y tristeza, mientras están todos sentados a la misma mesa, Vittorio les dirige a todos la palabra. El joven Luis se va para hacerse sacerdote, debe ser un sacerdote santo, auténtico, de una pieza. La familia no debe pensar en sacar ninguna ventaja económica. *“Si acaso –concluye–, será él quien tenga necesidad de nosotros y de nuestra ayuda”*.

Don Orione cuenta su viaje de Pontecurone a Voguera: *“Era el 4 de octubre de 1885; tenía trece años cuando dejé mi pueblo para entrar en el convento de los frailes de Voguera. Tenía el alma llena de fe y de ardor por ser un fraile santo y de morir antes que volver al mundo y a mi pueblo”* (Scr. 32,11).

Llegado a una cierta distancia de mi pueblo, donde hay un pequeño puente que indica donde acaba el término piemontés y empieza el lombardo, volví la mirada atrás y vi mi pueblo por última vez, vi la torre, las campanas, me conmoví y lo saludé con un gesto de la mano. Y de este modo, en un carro tirado por un asno, llevando conmigo un pequeño baúl, con una poca ropa, pero bien remendada, porque yo soy hijo de gente pobre, llegué a Voguera” (DO. I,207).

Después de pagar el viaje se libera de las pocas monedas sobrantes comprando alguna imagen u objeto religioso. Por amor a la pobreza, sin una lira en el bolsillo, llama a la puerta del convento.

Conocemos ya el tipo de recibimiento tenido y la consiguiente desilusión. Algunas flores permanecen rotas con el frío y el hielo, otras sin embargo, crecen más hermosas y más robustas en un clima extremo. La acogida, diversos contratiempos y el incidente mencionado, no sólo no desalientan a Orione sino que lo reafirman en su propósito: quiere ser fraile, pero no como el portero.

Por fortuna, llega el padre guardián que resuelve el malestar con la mejor de las sonrisas del mundo. No sólo eso sino que además se encarga del baúl del muchacho y lo acompaña a su habitación. La primera noche se le concede dormir sobre un colchón, después, como todos los frailes, será sobre un jergón de paja.

En poco tiempo se integra bien, aunque en la escuela tiene que esforzarse mucho y obtiene pocos resultados. Está sereno, jovial, afable y servicial. Alguna vez acompaña por los pueblos cercanos al hermano encargado de la limosna, ejercicio de humildad y de paciencia, escuela de solidaridad y gratitud.

El tiempo pasa veloz. Se acerca el día de la toma de hábitos. Es el primer acontecimiento importante. Luis siente la necesidad de prepararse bien espiritualmente. Aumenta el tiempo de oración, de penitencia y ayuno. Seguramente exagera y se enferma gravemente. Los frailes llaman de urgencia a los padres. Mientras Carolina, que no puede entrar en clausura, espera en portería con los vestidos para ponerle en caso de muerte, Luis, adormecido sueña. Ve entorno a su cama una fila interminable de jóvenes seminaristas vestidos con túnicas blancas. Después de la bella visión, se repone. A pesar de las previsiones del médico, la crisis está superada.

Aquello que le queda oscuro, indescifrable durante muchos años, se volverá clarísimo en 1928 cuando el que fuera convento de los franciscanos se convertirá en un seminario menor suyo. Son 60 los aspirantes al sacerdocio los que en agosto de ese mismo año, toman el hábito en el santuario de la Virgen de la Guardia en Tortona y se trasladan a ese antiguo convento de Voguera.

Pasada alguna semana, los frailes se convencen cada vez más de que Orione no está hecho para la vida franciscana, tan rígida y austera: *“Un día, a pesar de haber insistido con lágrimas en los ojos, aquellos padres creyeron en conciencia que no debían tenerme más con ellos. El médico decía ‘Dejadlo ir a morir a su casa. No creo que vaya a vivir más de un año’.”* (DO. I,224).

Despedido del convento, vuelve a la familia, pero no se resigna a renunciar al sacerdocio. A la espera de que se abra otro camino, vuelve a hacer de peón empedrador. Ahora es un poco mayor, tiene a sus espaldas un fracaso y por ello se siente más expuesto a alguna broma más o menos graciosa, él que sabe bien de provocaciones. Su primo de Monferrato, viéndolo un día empapado de sudor tirando de la carretilla llena de piedras, le dice benevolente ¡“Eh, Luis! ¿Qué es mejor, ser fraile o tirar de la carretilla?”.

Luis acepta serenamente las fatigas y cansancios junto con tantos otros sufrimientos y desilusiones sabiendo bien desde esa tierna edad que sólo las cosas banales requieren poco empeño y ningún sacrificio. Los grandes ideales, las cimas sublimes se conquistan con tesón incesante, con lucha extenuante y saboreando momentos de soledad, de desilusión y también algún momento de fracaso. En su vida suele recurrir al dicho latino *“Flectar, sed non frangar”* es decir, “las dificultades de la vida podrán doblarme, pero no romperme”.

Capítulo 4: ALUMNO DE DON BOSCO

“Cuando supe que podía ir a confesarme con Don Bosco, cogí unos cuadernos y me puse a escribir en ellos todos mis pecados. Para estar bien seguro de no dejarme nada, había consultado dos o tres formularios impresos que ayudaban para el examen de conciencia. Me acusaba de todo. A una sola pregunta respondí negativamente: ‘¿Has matado?’ ‘Eso no’– escribí al margen. Mientras tanto, con una mano en el bolso de los cuadernos y con la otra en el pecho esperaba, de rodillas y temblando, mi turno.

Arrodillado a los pies de Don Bosco saqué con cierto temor uno de los cuadernos, arrugado en el fondo del bolsillo y para no hacerle perder mucho tiempo me puse a leer deprisa, mirando de reojo para ver el efecto que le producía: él me estaba mirando. Volví una página y Don Bosco me dijo: ‘Bien, bien; ¿tienes todavía más?’. ‘Sí’, respondí. ‘Bien, dame todos estos pecados tuyos’. Cogió el primer cuaderno y sin siquiera ver el resto lo rompió. Saqué el otro y Don Bosco me dijo: ‘Deja aquí también ése’. Y sin tan siquiera abrirlo, rompió también el segundo. ‘Y ahora’ – concluyó–, ‘la confesión ya ha acabado. No pienses más en lo que has escrito: lo hecho, hecho está. No vuelvas más a contemplar el pasado. Tienes que estar siempre alegre’.” (DO. I, 260).

Los frailes le han despedido. Por su parte siente que ha hecho todo lo posible. No le queda más, por tanto, que esperar a que la providencia abra otra puerta. ¿Dónde llamar para pedir ayuda sino a la casa parroquial de Molino de Torti? La respuesta no se hace esperar: “Sin perder tiempo,– recuerda Don Milanese–, empecé a hacer gestiones para que lo aceptaran en el colegio salesiano de Turín, donde fue admitido en octubre de ese mismo año”.

Luis es feliz no sólo porque se ha abierto un nuevo camino, sino también porque el canónigo Cattaneo le ha hablado muchas veces de Don Bosco y de su obra.

Sin embargo, en el momento de formular la inscripción, la pobre familia se encuentra ante un obstáculo insuperable. Haciendo y rehaciendo bien las cuentas con sus debidos ajustes no están en condiciones de pagar la pensión de ciento cincuenta liras más los gastos añadidos. Por lo demás, esos gastos añadidos en el periodo de Turín serán las reparaciones de calzado. Signo evidente de las carreras y los juegos animados que se hacían en el Oratorio. El problema fue resuelto gracias a la rápida y generosa intervención de la familia Marchese y de otras personas buenas.

La fecha de ingreso en Valdocco se fija para el 4 de octubre. Luis comprende inmediatamente el nexo providencial: “Creo que el hecho de haber sido aceptado por Don Bosco el día de San Francisco fue una gracia que me hizo San Francisco mismo, al que después me he mantenido siempre muy vinculado” (DO. I, 241).

Llega, pues, a Turín, trastornado del viaje, pero electrizado pensando en el inminente encuentro con Don Bosco. Sin embargo Don Bosco está en San Benigno en un curso de ejercicios espirituales. Dicen que volverá pronto, pero no es nada seguro.

A la espera de ver al santo, Luis observa atentamente la vida que se despliega en el Oratorio y se integra progresivamente. El ambiente responde plenamente a sus aspiraciones: un ejército de jóvenes que rezan, estudian, trabajan en un ambiente de plena alegría. Todo transmite entusiasmo, vida. ¡No hay en absoluto tiempo para ceder al desconsuelo, a la tristeza o a la melancolía! En una fría mañana de los primeros días de noviembre, corre veloz la voz de la llegada inminente de Don Bosco. Hay todo un fermento de preparativos y de espera que se resuelve en una explosión de júbilo cuando el santo pone los pies en el Oratorio. Recuerda: “Cuando Don

Bosco volvió al Oratorio, parecía que un temblor recorriese por la vida de aquellos mil doscientos jóvenes, tantos estábamos entonces en el Oratorio de Don Bosco” (DO. I, 248).

Luis es consciente de las lagunas escolares que lleva consigo. Para colmarlas aumenta el empeño en el estudio y, bajo la guía de los superiores, logra recuperar perfectamente el nivel y es admitido en el primer curso del instituto.

No ha dejado el pueblo para estudiar sino para llegar a ser sacerdote. Su primera preocupación es, pues, seguir la llamada de Dios procurando ser cada vez más bueno. En el oratorio están todas las condiciones para animar, favorecer y mantener este propósito.

Luis quiere practicar la virtud, volverse instrumento de bien en manos de los superiores. Por ello se propone abrazar cualquier iniciativa que le sea permitida, especialmente de piedad y de caridad bajo el ejemplo y las directrices de Don Bosco y de sus colaboradores.

Han pasado sólo tres meses desde que dejó el pueblo para venir a Turín pero es mucho el camino recorrido en relación al crecimiento humano y espiritual. Con Don Bosco aprende a apreciar la cultura, la ciencia, la devoción a la Virgen, el amor y la fidelidad a la Iglesia y al Papa, a no perder el tiempo, a ser siempre dinámico y alegre.

Una lección muy particular le viene del maestro. Ya, sin temor, se confiesa en la sacristía misma a la vista de todos. La confesión frecuente y el acompañamiento de un buen guía espiritual, son medios ordinarios y necesarios para ser fieles a la vocación y continuar con perseverancia por el camino del bien. No pudiendo tener como confesor y guía a Don Bosco, privilegio de unos pocos, escoge a Don Rua, brazo derecho del santo.

Así, pues, Luis inicia un intenso trabajo espiritual. Cada semana se presenta a Don Rua para la confesión. Abre su corazón, expresa el deseo de llegar a ser sacerdote, cuenta el intento fallido con los frailes de Voguera y, acaso, el misterioso sueño de los clérigos de túnica blanca. Una cosa es cierta: el confesor se da cuenta de tener entre manos un penitente no común. La prudencia necesaria, la experiencia pastoral entre jóvenes no le impiden sugerir al muchacho, sólo después de dos meses de la entrada en el Oratorio, hacer el voto de castidad: *“Era la fiesta de la Inmaculada, cuenta. Por la mañana, de rodillas, ya vestido con el hábito del Pequeño Clero, hacía mi voto de perpetua castidad, delante del cuadro de María Santísima Auxiliadora” (DO. I,253).* Es éste un punto importante de su vida, tan importante que le hizo decir *“Mi vocación ha nacido a los pies de la Virgen de Don Bosco”.*

Las condiciones del maestro empeoran. Baja cada vez menos para estar entre los jóvenes. Es motivo de inmensa alegría la tarde del último día del año 1886, verlo apoyado sobre la balaustrada que da al patio, saludando y dando la bendición a todos.

A pesar de la maltrecha salud, reemprende las conferencias semanales y la confesión a los alumnos de los cursos superiores. Quiere gastar la vida hasta el último minuto para el bien y la felicidad de sus chicos. Los ilumina en la búsqueda del proyecto de Dios, y al mismo tiempo, los ayuda y los sostiene para que respondan con generosa fidelidad.

Luis mira con santa envidia a los compañeros mayores. Desearía escuchar y confesarse con un hombre que, como todos dicen, lee las conciencias y conoce los pecados de todos. Venciendo cualquier temor se dirige a Don Berto, secretario de plena confianza de Don Bosco. Don Berto conoce bien y estima a Orione. Le parece, por lo demás, encontrar en él todas las cualidades que puedan merecerle ese privilegio: ha cumplido 14 años, es trabajador y va bien en las clases, quiere ser sacerdote y es un apóstol entre los compañeros.

De este modo, hacia el final del año 1886, Luis inicia la asistencia a las conferencias y a confesarse con Don Bosco: *“Don Bosco condujo mi incauto pie por los senderos del saber y de la virtud; muchas veces me apretó a su pecho cuando me confesaba con él. Mis lágrimas mojaron*

sus mejillas, me sentía muy emocionado. ¡Oh, si sentí un no sé qué celestial, incluso en este valle de lágrimas, todo se lo debo a Don Bosco!" (Scr. 71, 193).

Don Bosco ahora lo conoce y lo quiere. Muchos testimonios nos inclinan a pensar en una particular predilección. Hay dos cosas ciertas: cuando se encuentra con la mirada de Luis lo mira con una sonrisa de complacencia y, en varias ocasiones le repite "Nosotros seremos siempre amigos": *"Yo no he olvidado jamás estas grandes y santas palabras que Don Bosco me dirigió, esa expresión de amor paterna y espiritual, esta declaración que Don Bosco me hizo, creo que fue la última vez que me confesó, ¡nosotros seremos siempre amigos! Cuántas veces me he encontrado en medio de tantas peripecias y siempre me he sentido reconfortado por estas palabras que me quedaron grabadas en el corazón: ¡nosotros seremos siempre amigos!"* (DO. I, 265).

El 22 de febrero, último día de carnaval, Don Bosco desde su balcón se detiene a contemplar a los chicos enfrascados en el juego y en distintas diversiones. Antes de retirarse, saca una bolsita de avellanas y se pone a lanzarlas a manos llenas. El juego se para al instante y los chicos se lanzan a cogerlas.

No es cuestión de gula: son avellanas que recuerdan otra distribución milagrosa. Unos meses antes, volviendo de Lanzo, apenas pone los pies en el Oratorio, empieza a distribuir avellanas en abundancia. Al final la bolsita está todavía tan llena que le permite desde el balcón tirar avellanas otra vez.

No se le ocurrió a Orione comerlas todas. Conservó una de aquellas avellanas y su cuñada, mujer de su hermano Alberto, la obtuvo como regalo y se sirvió de ella para obtener la curación de su hija gravemente enferma.

Termina el año escolar con óptimos resultados. Es el primero de la clase, pero el trabajo no ha terminado. Ha sido elegido para frecuentar la "escuela de fuego" que consiste en el desarrollo del programa entero de un año durante el breve periodo del verano. La experiencia fue un éxito y es aprobado para iniciar el tercer año del instituto.

Nada se le escapa a un joven tan atento, inteligente y con tanto interés. Es testigo del empuje apostólico de los sacerdotes, del sistema educativo de Don Bosco que va directamente al corazón, la organización, las fiestas, las academias, los cantos, lo que sea. Todo lo observa y lo elabora en su mente. Es un bagaje precioso que en el futuro sabrá utilizar óptimamente.

Era una práctica común de Don Bosco, durante el verano, complacer a los padres de los alumnos con un breve periodo de permanencia en familia. Carolina logra entretener al hijo algún día de más: *"A mi regreso"-nos cuenta-, Don Bosco no estaba. Cuando llegó, todos los chicos se fueron a su encuentro haciéndole gran fiesta. Yo estaba en el grupo, feliz de volver a verlo, tanto más porque me parecía que yo era su benjamín, el más querido. Así que yo también empujé tanto que llegué a estar muy cerca de él y le agarré un dedo. Pero Don Bosco hablaba con todos, a uno le decía una palabra en italiano, a otro en francés, a otro le decía algo indescifrable. Bromeaba con todos. Y cuando llegó a mí, pasó sin decirme una palabra, sin siquiera mirarme. Y me tuvo así, se puede decir que en castigo, hasta la noche de su muerte. Me había comportado como un buen chico, y sin embargo Don Bosco ya no me reconocía, no me miró más hasta la noche de su muerte, cuando me dijo "nosotros seremos siempre amigos"* (DO. I, 291).

En diciembre de 1887 Don Bosco está a punto de morir. Todos rezan por su curación pero el mal no lo deja. Su vida es demasiado preciosa para el Oratorio. No hay que rendirse, es necesario obtener la gracia a cualquier costo. La mañana del 29 de enero de 1888, Don Joaquín Berto celebra la santa Misa en el altar de santa Ana y al mismo tiempo seis jóvenes, entre los cuales está Luis, participan ofreciendo la propia vida a cambio de la del maestro.

Los designios de Dios eran otros. Al día siguiente Don Bosco muere: *"Mientras sonaba el Ave María del 31 de enero, Don Bosco moría. Por la mañana, habitualmente a las 5, se oía en el*

campanario de María Auxiliadora el Ave María. No sé por qué, pero aquella mañana el Ave María sonó a las 4:30; y a las 4:45 Don Bosco moría" (DO. I,305).

Al día siguiente el cadáver fue expuesto para la veneración en la iglesia de San Francisco de Sales. Luis está entre los que vigilan y entre los que acercan al cuerpo del santo los objetos que traen los devotos. En un momento dado, cuenta que *"me vino la idea de tocarlo con el pan para los enfermos. Entonces corrí al refectorio y me puse a cortar y me corté el pulgar, al principio ni me di cuenta y lo corté una segunda vez y entonces vi que una parte del dedo colgaba. Me impresionó fuertemente, no por el pulgar, sino porque Don Bosco nos había dicho, que sin él, no se podía ser ordenado sacerdote. Entonces, como un niño sobre la propia madre, corrí a tocar con mi dedo la mano de Don Bosco y el dedo se compuso al instante, y quedó la cicatriz"* (DO. I,305).

Lentamente la vida vuelve a la normalidad también en el Oratorio. Don Bosco, aunque de manera diferente, está presente y acompaña a sus jóvenes. Luis es una de las esperanzas más hermosas. Tiene una piedad profunda y convencida, está siempre sereno y pronto a sonreír, entusiasta, paciente, colaborador precioso, se le dan encargos de gran confianza, manifiesta dotes de orador excepcional, va muy bien en la escuela, y se muestra como un valiente actor en las representaciones teatrales.

En los momentos de dificultad reza delante de la Virgen que Don Cattaneo ha regalado a Don Bosco. Y confidencialmente le dice: *"Querida Virgen, también tú eres de mi pueblo, me conoces. Por tanto debes concederme esta gracia del ingreso en el liceo, debes ayudarme"* (DO. I,322).

Admitido en el liceo con una puntuación muy alta, disfruta con el buen resultado, pero es sobre todo feliz porque la próxima entrada en el noviciado corona todos sus esfuerzos y sus esperanzas. Pero una vez más los designios de Dios son otros: *"Fui a Valsalice para los ejercicios espirituales, que precedían a la petición del noviciado salesiano. ¿Qué me está sucediendo? Yo que no había tenido nunca dudas sobre mi vocación salesiana, justo en esos días pensé en entrar en el Seminario de la Diócesis. Pensé que era una tentación del demonio. Y la combatí con todas las fuerzas. Peor que peor"*.

Estábamos ya en la víspera de la clausura de los ejercicios y me encontraba agitadísimo. ¿Qué dirían de mí los compañeros y los superiores, especialmente Don Rua, Don Barberis (el maestro de novicios) y los otros superiores? Si había uno seguro de tener vocación salesiana, ese era yo. Quise consultar a Don Bosco, su tumba estaba en medio del jardín de abajo. La última noche esperé a que todos durmiesen y lentamente me levanté y bajé. Toda la noche la pasé llorando y rezando sobre la tumba del Padre amado. Y quedamos de acuerdo en esto: si verdaderamente tenía que entrar en el seminario, debían cumplirse tres signos. Fue una chiquillada, pero...".

Las tres condiciones eran las siguientes: ser aceptado en el Seminario sin hacer la petición; tener el vestido talar sin que le hubiesen tomado las medidas; y el regreso de su padre a la práctica religiosa. Y así con el alma en pena, empujado por una fuerza interior, deja el Oratorio y vuelve a casa con la familia. No será salesiano, pero no caerá es saco roto nada de cuanto ha aprendido en la escuela de Don Bosco.

Capítulo 5: EN EL SEMINARIO DE TORTONA

“Acercándose la hora de ponerme la sotana, sentía como una cierta repugnancia y temor de dar ese paso. Me parecía faltarle al respeto a Don Bosco por no haberme hecho salesiano. La última noche que pasé en casa, en vez de dormir, no hice más que llorar, hasta que me dormí y soñé.

Me parecía estar en Turín, en el oratorio de Valdocco, en el patio de los de cuarto. Pero ya no era aquel polvoriento patio, donde me había divertido tanto, porque yo era de los más entusiastas jugadores. El patio se había convertido en un jardín todo él repleto de muchas y hermosas plantas de flores. En medio del jardín había una montañita verde. Quise subir hasta la cima para gozar mejor de aquel espectáculo.

Alcé la vista y vi que se abría improvisadamente el cielo azul, terso y bellissimo y aparecer una luz blanquísima que se acercaba, y distinguí a Don Bosco en persona, resplandeciente como nunca lo hubiese imaginado. Tenía desplegada sobre los brazos una sotana talar y en un instante me la puso.

No dijo ni una palabra: sólo me miró con una sonrisa muy dulce, esa misma que tantas veces me había infundido serenidad y alegría cuando acudía a él con el alma ensombrecida. Después desapareció. Me desperté llorando, pero era un llanto que reconfortaba. Finalmente estaba convencido de que Dios me quería para el seminario” (Scr. 38,227).

Orione, de vuelta a casa, vive en una espera serena los designios del Señor. Sus padres y sus paisanos ven que no le falta nada para ser un digno sacerdote y no logran entender que haya dejado Turín.

Los suyos viven todavía en los locales de la casa Marchesi. Luis se vuelve útil en todas las maneras posibles. Participa en las funciones sagradas, se queda largo tiempo, como absorto, delante del sagrario. Es todavía un joven alegre y sereno pero no agitado y desbocado. Se necesita poco para ver que el corazón y la mente están todavía en el Oratorio.

Manifiesta al párroco y a Don Milanese la voluntad de entrar en el seminario, pero no les cuenta las tres condiciones que ha puesto: aceptación sin hacer demanda, la sotana sin hacer las medidas y la vuelta del padre a las prácticas religiosas. Don Milanese comparte el sufrimiento de su penitente: le ha puesto en las manos de Don Bosco, los juicios son todos muy favorables, Luis se entusiasma, pero ¿por qué un final tan feo? El párroco egoístamente goza de esta resolución, le parece increíble llevar al seminario a un joven tan preparado y lleno de tan buenas cualidades. Feliz por la confidencia que le ha hecho y pone en movimiento a su vicario: entre jóvenes es más fácil entenderse.

Empiezan a presionar a Orione, primero de una forma blanda, después siempre con una mayor insistencia. Quieren que escriba la petición necesaria para entrar en el seminario. Luis se toma tiempo, desvía el discurso, no dice no, pero no promete nada. Consigue dar siempre una respuesta vaga e imprecisa.

Entre una cosa y la otra ha terminado el verano. La apertura del curso académico es inminente, no hay tiempo que perder. Una mañana el párroco se presenta al rector del seminario, habla del joven y le reserva el puesto. Vuelve al pueblo, va directamente a casa de los Orione y entrega al joven una ficha de inscripción para que la rellene y la firme.

La respuesta es vaga, quiere reflexionar bien, mañana se verá. Un mañana que no llegará nunca y que hace perder interiormente la paciencia del párroco: si de verdad quiere entrar en el seminario, que se decida y haga esta bendita petición.

Un buen día, cansado de esperar, lo acompaña directamente al obispo: “Este es el chico del que tanto le hablé, excelencia. No quiere decidirse a hacer la petición”. “Y yo lo acepto sin petición”, respondió tranquilamente Monseñor Capella” (DO. I,440). De este modo se había cumplido la primera condición: entrar en el seminario sin hacer petición de ingreso. Ahora faltaban aún dos.

Entre los chicos que frecuentaban el patio de la casa Marchesi, está Juan, hijo de una mujer poco ejemplar. Tiene que repasar las lecciones y Luis lo acoge como a un hermano. Los resultados pronto son evidentes y, como era previsible, Juan se aficiona a Luis y no pierde ocasión para elogiarlo. La madre, sastra, quiere agradecer a Luis su trabajo regalándole una sotana.

A Carolina no le agrada la idea de que su hijo lleve una sotana hecha por una mujer que no hace honor a su pueblo. Luis no está dispuesto a dejarse tomar medidas. Después de repetidas e inútiles insistencias, la cuestión queda cerrada. Sin embargo, un buen día llega a casa de los Orione una sotana flamante al lado de un par de zapatos y el alzacuellos. Se ha cumplido también el segundo signo puesto por Luis para entrar en el seminario: tener la sotana sin tomarse medidas.

“¿Y el tercer signo? Era éste: la conversión de mi padre. Entendámonos: era un hombre de la mejor pasta de este mundo, pero de esos liberalotes crecidos a la Ratazzi. Dejaba que mi madre, una santa, fuese a la iglesia cuanto quisiese y que me llevase a mí con ella. Después del Señor le debo a ella la vocación. Pero él no ponía tropiezos. Y bien, con mi entrada en el seminario, también mi padre se volvió un cristiano practicante” (Scr. 38-227).

Don Bosco en el sueño disuelve los últimos obstáculos y el 16 de octubre de 1889 Luis se embarca en la aventura del seminario. Lo acompaña su madre, deseosa de asistir a la ceremonia de la toma de hábito. El hijo, que no conoce las costumbres ni la vida del seminario, temiendo estar pidiendo demasiado, convence a la madre de que vuelva a casa sin esperar a la ceremonia. Y recibe el hábito clerical en la capilla vacía.

El rector concluyó la ceremonia diciendo: *“Ahora recemos juntos, digamos tres avemarías, y que la Virgen te coja de la mano. Desde aquí hasta el altar te he guiado yo: ahora déjate llevar por las manos de la Virgen. Si te dejas guiar por las manos de la Virgen, ella te guiará; la Virgen será siempre tu luz, y harás el bien. Te ofrezco al Señor a través de las manos de María Santísima: no puedo ofrecerte al Señor por medio de mejores manos, por manos más santas y más puras, para que seas puro y santo sacerdote de Jesucristo, para que seas verdadero y devoto hijo de María Santísima. Te dejo en las manos de la Virgen. Si eres devoto de la Virgen, serás un buen sacerdote y harás el bien’. Dijimos tres avemarías. Después me dejó sólo para que orase”* (DO. I,416).

Por la tarde entran los seminaristas de vuelta de las vacaciones, cargados de maletas y de nostalgia por los días serenos pasados con sus familias. La acogida no es de las mejores: con Don Bosco había cordialidad, acogida, serenidad, alegría, aquí sin embargo hay demasiado hielo, indiferencia, y por parte de algunos, mal ejemplo: *“Creí que encontraría en el seminario muchos jóvenes virtuosos y sin embargo en la primera tarde de mi ingreso, dos horas después de haber vestido por primera vez la sotana, encontré un seminarista gamberro que incluso hubiese querido que entrase con él en una taberna. Me dijo: ‘Vente, que salimos y echamos un trago. Entonces yo, que había recibido de Don Bosco un sentido tan alto del sacerdote le dije rápidamente que no iría con él y que se mantuviese alejado de mí. Y empezó a lanzarme cebollas y patatas podridas que estaban en un rincón del patio manchándome el hábito nuevo que acababa de estrenar’.*

"Con Don Bosco no se oían ciertas frases con doble sentido. Me quedé así tan desengañado que quería quitarme la sotana y dejar el seminario. Decidí marchar a la mañana siguiente yéndome para siempre; mientras con Don Bosco era todo vivacidad, allí me cerré en mí mismo. Nos fuimos a la sala de estudio y me puse a llorar escondidamente. Pero el rector, Don Daffra, viéndome triste, se me acercó y me dijo: '¿Qué te pasa?'. 'Quiero irme a casa'. Entonces él me consoló y me tranquilizó con palabras de aliento, que fueron para mí palabras de vida. Y así permanecí en el seminario" (DO. I,439).

No fue ésta la única dificultad que encontró. Don Bosco lo quiere en el seminario y en el seminario se quedará para ser hoy y mañana un apóstol convencido y entusiasta. Se empeña en el camino espiritual, ha elegido como confesor y guía a Don Novelli, se sumerge en el estudio, en la oración, es obediente, siempre disponible y generoso, pronto a la mortificación y al sacrificio sin recriminaciones o rebeliones. En poco tiempo conquista la simpatía y la estima de los mejores, mientras otros seminaristas, juzgándolo extraño y poco espabilado, continúan sin escrúpulos gastándole bromas pesadas y humillantes.

Incluso en los momentos más difíciles, Orione conserva la calma y la serenidad. Incapaz de cultivar resentimientos, desencuentros o envidias, trata de sentirse útil para todos. Durante el recreo de después de comer los clérigos deben preparar el agua para lavarse por las mañanas. Muchos, continuando el juego, aprovechan la disponibilidad del clérigo Orione. Todo el recreo no es suficiente para llevar el agua de los compañeros y no son excluidos aquellos que continúan molestando. Sube y vuelve a subir por las 4 largas rampas de escaleras que llevan a la habitación "San Carlone", sujetando en los brazos y manos cuatro grandes jarrones a la vez.

Los primeros meses son ciertamente duros para Orione: el afecto con el que le rodean los superiores y los mejores compañeros parece insuficiente para hacerle superar la tristeza de las primeras impresiones. Vuelve a menudo la duda sobre la elección hecha, ¿es éste el lugar querido por el Señor?

En el aniversario de la muerte de Don Bosco, enero de 1890, le embarga una profunda melancolía, hecha de llanto y de dulzura a la vez. El prefecto se le acerca mientras lee y caen sobre el papel copiosas y cálidas lágrimas. A la pregunta de si se trata de alguna mala noticia. *No es nada* –responde–. Y le entrega el escrito donde recuerda la especial predilección de Don Bosco, sus hermosos recuerdos, y la última palabra del texto de despedida: "Venga, hijo mío, incluso de lejos, nosotros seremos siempre amigos".

Son todavía muchos los motivos que le causan desasosiego. Por lo demás, en el seminario, falta el dinamismo de Valdocco: aquel alegre impulso al estudio y al trabajo, en constante actividad con gran espíritu de oración, aquel animado brío en los recreos y el variado apostolado entre los compañeros, la comunión diaria y el continuo hablar de Dios y de las cosas santas, aquella dulce fusión, en una palabra, de vida activa y contemplativa, que era toda su aspiración.

La educación hace hincapié más en el temor que en el amor; reina una acentuada distancia entre los superiores y los alumnos, las relaciones son frías y pobres; falta, en una palabra, el espíritu de familia que reinaba en el Oratorio, *"Donde –recuerda–, Don Bosco era nuestro, vivíamos de la bondad de su corazón, y su vida era nuestra vida"* (Scr. 23,186).

Procura no remover el malestar interior, pero es una lucha dura y extenuante que se resuelve durante el curso de ejercicios espirituales de la primavera de 1890. En una nota, acaso dirigida a su amigo Guido, escribe: *"Después de seis meses de lucha, Jesús ha vencido y triunfa en mí corazón. Hoy, 21 de mayo, lo he abandonado todo para abrazarme a la Cruz de Jesucristo y seguirlo a donde él vaya. No obstante, todo mi cuerpo permanecerá todavía para la diversión del mundo, hasta que le plazca al Señor llevárselo a otro lugar. Agradece conmigo a su divina Majestad, y reza para que me inflame de caridad y de agradecimiento a su voluntad. Adiós, reza*

por este pecador. ¡Que viva Jesús! ¡Que Jesús triunfe! El pobre siervo de Jesucristo, clérigo María Luis, de Jesús, de las almas y del Papa” (Scr. 35,7; 57,117).

Termina el año escolar con la máxima calificación. Mientras todos se preparan para ir de vacaciones, Orione pide y consigue quedarse en el seminario. Lleva su cama a la habitación más cercana de la capilla y pasa los días entre el estudio y la oración. Es una elección hecha por amor y en recuerdo de Don Bosco, totalmente libre, pero de mucho sacrificio: *“Querido papá” –escribe–, me angustia grandemente el pensamiento de tener que estar separado algún tiempo de mi querida familia. Es imposible que la naturaleza no se haga sentir. El agradecimiento, el amor a los padres, a la familia, hacen palpar todos los corazones y hacen brotar lágrimas de todos los ojos. Pero antes o después hay que hacerse fuertes, superarse a sí mismos. Es necesario basarse en las opiniones rectas, servir a una causa santa y santificante, que a la cruel batalla del corazón suceda el triunfo de la férrea voluntad. Es necesario que me separe de todo: que al menos el Señor agradezca este sacrificio” (Scr. 71,16).*

El rector mitiga la decisión del clérigo Orione imponiéndole el recreo con los estudiantes de Bachillerato y una comida caliente a mediodía. El contacto con los jóvenes del instituto hace resaltar la virtud, la preparación cultural, las incipientes dotes de orador, la capacidad de relacionarse con todos, la capacidad de llamar la atención. Lo escuchan muy a gusto, le están cercanos, le sienten amigo. Uno de ellos particularmente, Carlos Sterpi, permanece tan fascinado, que aún no teniendo el coraje de hablarle, pues es muy tímido, permanecerá como fiel amigo y colaborador suyo. Él, de hecho, siendo de una familia acomodada de Gavazzana, empieza a trabajar de clérigo en el primer colegio abierto por Don Orione y permanece a su lado toda la vida. A la muerte del fundador (1940), fue elegido como primer sucesor, cargo que llevará con él hasta 1951 cuando dejó esta tierra para ir al encuentro del Señor.

Para la comida caliente, cuando puede, va al local llevado por el tío Carlín en Porta Voghera. Cuando incluso los jóvenes del instituto dejan el seminario, Orione llena las horas libres prestándose a cualquier servicio en la catedral. Los canónigos aprecian grandemente la seriedad, la prontitud y la generosidad del clérigo. Tiene también ocasión de ir a ayudar a Misa a la capilla de la cárcel y de acompañar al capellán a hacer la visita a los enfermos del hospital. Su corazón ya inclinado a la caridad, se llena de ternura y de compasión. Se vuelven éstas las metas preferidas de su primer ejercicio apostólico, hasta el punto de que en las desnudas paredes de la capilla de la cárcel, definidas por él *“recinto de dolor e infelicidad, pero para mí tan querido”*, en las manos del nuevo obispo monseñor Bandi, renueva sus votos religiosos.

Para contentar a padres y parientes, decide pasar algunos días con la familia. Vacaciones breves pero intensas. Lo afirmamos por el estilo de vida que asume, y porque decide organizar, acompañar y preparar para un eventual ingreso en el seminario a algunos chicos del pueblo. Incluso esta elección manifiesta la llama que arde en el corazón de Luis: amor a los jóvenes y dedicación a la hora de ponerse a favor y apoyar las vocaciones al sacerdocio.

Inicia el segundo año de Filosofía con el mismo afán, entusiasmo y dedicación: ferviente en la oración, esforzado en el estudio, amante del sacrificio, ejemplar en la observación de las normas, atento a aceptar y buscar alguna humillación, pronto para ayudar y consolar a alguno. Los superiores lo estiman y le permiten algunas formas de penitencia que generalmente son tenidas como exageradas o fuera de lugar. De todos modos, son cada vez menos los compañeros que se divierten a su costa, que lo juzgan divertido, extraño, loco o incluso fanático.

Los mejores clérigos, los más estudiosos, lo estiman y lo toman como referencia y modelo de vida. Estar con él, estrechar amistad con él significa encontrar un sostén extraordinario, especialmente en los momentos de dificultad. Sí, porque todos lo ven: Orione ríe, bromea, es fogoso en el juego, acalorado en las discusiones, es el alma de todos los momentos libres, pero

no acepta la mediocridad ni las medias tintas. La vocación exige una preparación cultural y espiritual digna de la divina llamada. Está decidido, quiere y debe ser santo como su maestro Don Bosco. La santidad a la que aspira el clérigo Orione, es la que le lleva a gritar al mundo el gozo de la amistad con Dios. El Señor no empobrece, no mortifica nuestra existencia sino que la vuelve más hermosa y más libre.

En los momentos de diálogo, de confidencias sobre sus proyectos de mañana, Orione habla a menudo de un grupo, una sociedad al servicio de la Iglesia y del Papa. Alguno lo juzga como una locura juvenil, algún otro como propio de un soñador, muchos, teniendo en cuenta el celo apostólico que muestra, de las muchas actividades que desarrolla, retienen el asunto como algo muy probable. Incluso algunos como Sterpi y Albera están dispuestos a echarle una mano.

Participa activamente y con gran entusiasmo en las celebraciones del 25º aniversario sacerdotal de su párroco. Se hizo famosa su rica y muy documentada intervención, con el título: "Apología de la Iglesia y del sacerdocio". En ella vemos ya presentes los elementos esenciales de su espiritualidad: amor a Cristo, a la Virgen, a las almas, la caridad más exquisita hacia los pobres y los que sufren, en un fiel servicio a la Iglesia y al Papa.

El calor de la ciudad de Tortona se empieza a sentir. Los clérigos tienen prisa por terminar los exámenes y refugiarse en las colinas circundantes. Orione está tranquilo: ya ha pedido y obtenido el permiso de poder quedarse en el seminario como el año anterior. Antes de iniciar la actividad entre los jóvenes del instituto y la catedral, va al pueblo a ver a su padre seriamente enfermo.

De vuelta al seminario vive en el recogimiento, en la oración y en la mortificación. Procura hacer todo el bien que le es posible a los chicos, sirve diligentemente en las funciones de la catedral, acompaña al sacerdote que por ministerio va a la cárcel y al hospital. Se siente interiormente empujado a multiplicar las obras de caridad. Se convence de que no puede bastar un acercamiento intermitente a los chicos y jóvenes que frecuentan los barrancos del castillo y las plazas de la ciudad. Le llora el corazón mientras atraviesa Tortona, multiplicando las visitas a los pobres en los lugares del dolor y del sufrimiento, al ver tanto abandono y desinterés.

El amor es fantasía, riqueza de iniciativas. Quien no ama difícilmente se acuerda del pobre y del que sufre, pues para el que no ama se trata de una realidad un tanto alejada de los propios intereses, que incomoda y desestabiliza y cuando por obligación se encuentra con ella, permanece desorientado, y su corazón helado y sin amor, se vuelve incapaz para realizar cualquier gesto de caridad.

Orione, pobre de medios, pero rico de amor, es un volcán de iniciativas. Encuentra siempre el modo de aliviar el dolor y llevar un respiro de esperanza, incluso entre los encarcelados: *"Entonces -cuenta-, quise aprender a tocar la mandolina; y me coloqué bajo las ventanas de la cárcel y empecé a tocar con el fin de que los pobres condenados me oyesen, se alegrasen y alejasen de sí los pensamientos malos que les podían venir por su penosa soledad. Fui por ello tratado de loco y acusado al obispo el cual me llamó pero no me prohibió ir a tocar"* (DO. I,577).

Capítulo 6: SACRISTÁN EN LA CATEDRAL

“Una noche – narra Don Orione–, estaba rezando ante el altar del Santísimo. Por un momento sentí un pequeño ruido, como un pequeño golpe. Me levanto, miro, nadie. Volví a rezar. Y de nuevo sentí como unos pasos furtivos que se acercaban con precaución. Pensé, no temas, acaso es el diablo que quiere disturbarme. Me levanto y me dirijo a él: ¡Sí, ven adelante, no tengo miedo! ¡Estoy con uno que es más fuerte que tú! Acabé mis oraciones y me volví a la habitación de los sacristanes para afeitarme.

Pero aquellos ruidos no me dejaban tranquilo. Abrí la ventana que daba a la catedral mientras me afeitaba. Después deseando continuar la adoración al Santísimo Sacramento a través de la ventanilla, me puse el roquete porque me parecía que así lograba una mayor devoción. Así en oración me dormí. Al poco tiempo sin embargo fui despertado por un ruido que venía de la ventanilla. Miré y con sorpresa vi una llama que daba vueltas por la catedral. ¡Chicos, chicos, grité a los otros compañeros; rápido, rápido, a los ladrones! ¡Es un sueño, vete a dormir!, me respondieron. Pero yo insistía: bajemos a la catedral. Cuando llegamos a la caja de las limosnas de la Virgen del Buen Consejo, la encontramos forzada. Los sacristanes palidecieron. Yo les dije, ‘vosotros estad atentos aquí, cerca de la puerta, que el ladrón no escape. Yo voy a llamar a los guardias’. Volví rápidamente con los guardias; ellos buscaron por todos los sitios pero el ladrón no aparecía. Finalmente golpearon sobre la caja de madera debajo de un balcón; no sonaba a hueco. El ladrón estaba allí encerrado” (DO. I, 602–603).

Acabados los dos años de Filosofía, Orione comienza la teología. La meta está más cercana. Siente la urgencia de intensificar y acelerar su preparación al sacerdocio.

Un consuelo para su alma, luz y estímulo para nuevas metas, son las numerosas y eficaces cartas pastorales del obispo monseñor Bandi. Habla de la necesidad y el empeño de buscar y favorecer la vocación, de una adecuada formación de los aspirantes al sacerdocio, de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen, su madre, del cuidado pastoral de los niños, de la enseñanza religiosa, de la necesidad de un clero santo, todo de Dios. Es un firme defensor de la organización y de la difusión de la prensa católica, valiente defensor de la enseñanza, de la grandeza, de los derechos del Papa. Sin medias tintas sostiene como signo cierto de vocación cristiana y sacerdotal el amor y la fidelidad al Papa. ¡Cuánta semejanza y sintonía entre las enseñanzas del obispo y los ideales y la obra del joven fundador!

En los primeros meses del año, Orione vuelve a menudo a su pueblo a visitar al padre, gravemente enfermo. La familia, faltando la aportación de Vittorio, tiene dificultades económicas. Carolina no se queda lamentando su miseria, organiza y hace llegar lo poco que tiene para vivir en una digna pobreza. Un problema difícil, pero urgente de resolver, es el de arañar las veinte liras para la paga del seminario. La familia Marchese continúa dando su contribución, pero no se quiere ni se pide aceptar más.

La providencia, sirviéndose de la estima de los superiores y de los profesores del seminario, viene rápidamente en su ayuda: en la vida de deberemos acostumbrarnos a constatar cómo la providencia responde siempre en el momento justo y con lo estrictamente necesario: *“Me pusieron a hacer de sacristán en la catedral –recuerda–, porque mi familia no podía pagar por sí sola las veinte liras para la pensión del seminario, que era además la pensión más baja, la más modesta de las que había entonces en el seminario de Tortona. Mientras tanto, mi padre había estado muy enfermo y murió poco después. Y yo no habría podido quedarme en el seminario por*

más tiempo si no hubiese sido por la bondad de un canónigo, lleno de sabiduría, de piedad, de virtud, rector por aquel tiempo del seminario mayor, si no me hubiese concedido la gracia de ser aceptado, por los otros canónigos, como custodio de nuestra catedral. Éramos entonces tres custodios, yo, el último en entrar, era también el último en antigüedad y en retribución. Me daban doce liras al mes” (DO, I,770).

Se trata de un encargo de confianza que además requiere energía y buena voluntad para no dejarse distraer o arrastrar por el cansancio o la negligencia. Orione, en los dos años de voluntariado en la catedral, ha dado muestras de cómo es. El clérigo piensa en seguida cómo aprovechar las muchas oportunidades que el nuevo cargo le ofrece: seguir a los sirvientes, conocer a muchas personas, mantener el contacto con la gente común. Delante de su mirada y de su corazón se abre la visión de las numerosas necesidades espirituales que atender, de las muchas necesidades materiales del prójimo que socorrer.

Como es tradicional, le viene asignada una pequeña habitación en lo más alto de la catedral. Se llega por una escalera estrecha, oscura, empinada y un pasillo igualmente estrecho con una ventanilla para controlar los movimientos en el interior de la nave y sobre todo en el entorno del altar.

Orione es feliz con esta distribución. Cuando no está de servicio, es libre para dedicar todo el tiempo que quiere al recogimiento, a la oración. Desde la ventanilla puede permanecer en contemplación y en adoración de la Eucaristía sin miradas indiscretos y sin ser molestado. Por los documentos y los testimonios sabemos de las noches pasadas en oración y de su fervor eucarístico se conservan también sus composiciones poéticas y numerosos escritos.

El mobiliario de la habitación es simple, una cama de muelles durísimos, una silla ya desvencijada, una caja vacía de jabón “Banfi” y un balde pequeño para el agua. Orione lleva consigo el cráneo de una calavera regalado por el guardián del cementerio de Pontecurone y una lámpara de petróleo prestada por su amigo Vincenzo Guido. A este mobiliario hay que añadir después una estatua de San Sixto II, el papa del mártir y diácono Lorenzo, conseguida y rescatada del polvo del desván y regalada por los canónigos. Será un buen apoyo para los primeros chicos del oratorio cuando tienen que escribir. La estatua está ahora en el museo de la Casa Madre.

Decidido a no perder tiempo ni buenas ocasiones, en los primeros días observa atentamente cada cosa, reflexiona sobre las oportunidades que se presentan, las mide con las propias capacidades y el desempeño fiel de todos sus deberes. Pone por escrito un proyecto que puede ser resumido esquemáticamente así: el único ideal al que se subordinan todos los demás es la santidad alimentada por la mortificación, por la oración y la contemplación; y dedicarse a todas las obras de misericordia espiritual y corporal despojándose de todo y viviendo en la más completa pobreza.

También atraer a los jóvenes para hacerles el bien. El sueño de siempre: iniciar un oratorio como el de Don Bosco, agrupar a un puñado de clérigos valientes y capaces para que sean santos y, mañana, apóstoles creíbles y eficaces, empeñarse al máximo en el estudio para estar preparados y dialogar con todos, enraizados en la teología para lograr combatir el error e iluminar las conciencias con la verdad, siempre disponibles y serviciales.

Desde este momento sus elecciones se refieren constantemente a ese proyecto. Preciso en sus obligaciones, supera con fe y optimismo los contratiempos y las inevitables dificultades y sufrimientos. Es gentil y paciente con todos, incluso con los más retorcidos, afable y tolerante con los sacristanes laicos, lleno de resolución y de pronta atención con los fieles.

La predicación es una de las competencias más duras del ministerio sacerdotal. Orione, después de comer o por la tarde, cuando la catedral está cerrada, sube al púlpito e improvisa homilías dejándose juzgar con humildad por un compañero que le escucha. Son pruebas hechas

con la máxima seriedad y empeño. En alguna ocasión son sorprendidos por el vozarrón solemne del canónigo Ratti que les amonesta paternalmente: “Pero muchachos, ¿qué hacéis todavía a esta hora? Iros a dormir.”

Con las doce liras de paga hace milagros: se mantiene, paga la renta de un seminarista más pobre que él, reparte algunas limosnas y, muchas más cosas. Los custodios, no viviendo en el seminario, tienen que comprar por cuenta propia sus alimentos. Orione, que a mediodía va habitualmente con el tío Carlín, disminuye sus comidas para ahorrar algo a favor de los pobres.

Está siempre sereno y alegre. Podría parecer un vividor. Sin embargo, lleva una vida llena de renunciaciones, mortificaciones y penitencias. Logra esconderlo casi todo. Un día el anciano canónigo Ratti, se siente mal, tiene necesidad de tumbarse en una cama. Orione pone enseguida a disposición la suya, y sujetándolo con otro clérigo lo ayudan a subir por esa empinada escalera que parece que no acaba nunca. Un último esfuerzo a lo largo del pasillo y cuando llega el buen canónigo a la habitación se abandona en la cama deseada, pero apenas la toca emite un gemido y exclama: “Pero hijo, ¿cómo puedes dormir en esta cama?”. Hay que resaltar que Orione, para hacer penitencia, la usaba incluso sin colchón.

Canónigos y fieles pueden constatar la piedad, la devoción, la oración intensa y prolongada que distinguen al clérigo Orione. Nutre una tierna devoción y filial hacia la Madre de Dios, se queda absorto e inmóvil por mucho tiempo en adoración de la Eucaristía. En las horas nocturnas la oración se vuelve más confiada y habla a Jesús y a María incluso en voz alta. Vittorio Orione, después de algunas recaídas, parece encaminarse a una rápida curación. En primavera vuelve a su trabajo, pero regresa a casa deshecho. Los excesos del oficio de empedrador, los sacrificios de la vida militar y de la guerra, han minado su fibra de robusto trabajador. A pesar de todas las curas, se agrava progresivamente hasta no dejar ya ninguna esperanza.

El hijo continúa visitándolo. Cuando no logra acercarse al pueblo, le escribe cartas expresando su afecto y su preocupación, recomendándole hacer todo lo posible por curarse y después, tener fe y aceptarlo todo de las manos de Dios.

Inicia el año al lado del lecho del padre. Lo asiste, lo prepara y lo acompaña hasta su encuentro con el Señor que ocurrió el 9 de enero de 1892.

Capítulo 7: EL ORATORIO DE SAN LUIS

“Un día, hacia mediodía, fue a la catedral de la que yo por entonces era sacristán, un chico que deambulaba de acá para allá y que lloraba. Yo ya lo conocía: era un cierto Mario Ivaldi, venía a mí buscando consuelo.

Le pregunté: ‘¿Por qué lloras? ¿No vas a la catequesis?’ ‘¡No!’ ‘Y ¿por qué?’ ‘¡Me han pegado!’ ‘Y ¿quién te ha pegado?’ ‘Un cura’. ‘Vuelve a la catequesis y sé bueno. Vete a la catequesis...’ ‘No, no...’. Me di cuenta que no sería capaz de hacerle volver a San Miguel. No atreviéndose a volver a casa tan pronto, se había refugiado en la catedral.

Tal vez no había sabido la lección, o había molestado o había hecho alguna travesura de esas que solemos hacer de niños. Entonces comencé yo mismo a darle algo de catequesis. Lo acomodé en mi habitación en lo alto de la catedral, lo tranquilicé y le di alguna chuchería. Le invité a que volviese a buscarme de nuevo en los próximos días. Éste fue el primer chico del oratorio.

El segundo fue Toni, ahora alcalde de Albenga, sus padres eran propietarios de varios hornos. También a él le habían pegado en la catequesis: escapó a casa y no quería volver. Cuando se encontró con Ivaldi, éste le dijo: ‘Ven a la catedral y el clérigo que me da catequesis a mí te la enseñará también a ti’.

Así, después de los dos primeros, llegaron otros y otros más, invitados por aquellos. Se formó un buen grupo y a todos los recogía en mi habitación, una habitación pequeña sobre la bóveda de la catedral, con el peligro de que rompiesen alguna ventana de las que había detrás, entre la catedral y el obispado. Les enseñaba un poco de doctrina cristiana, les mantenía contentos con algún cuento, y pasábamos el tiempo, en fin, en santa alegría” (DO. I,639).

Con el ánimo dolorido por la muerte del padre y la soledad de la madre, Orione renueva su ofrenda a Dios y vuelve a su trabajo. Quiere dedicarse más a los chicos y a los jóvenes que frecuentan la catedral o vagan sin meta por las calles de la ciudad. Quizás ha llegado el momento de empezar a recogerlos con decisión.

A la vez, se abren todos los horizontes y en todas las direcciones. Participa activamente en la cofradía de San Vicente que tiene como finalidad “llevar a la Iglesia y al Papa el corazón de los jóvenes y de los pobres”; frecuenta diversos círculos de estudio, visita los hospitales y varios institutos de caridad. El joven Lorenzo, el célebre Maestro, y el clérigo Orione iban todas las semanas a las laderas de la vieja ciudad, por las callejuelas y las pobres casuchas a buscar a los pobres, a distribuirles las ayudas de la cofradía de San Vicente de la que eran los miembros más jóvenes.

Orione es el secretario en las reuniones y más de una vez el presidente le invita a hablar. Más tarde, se inscribe en la sociedad “San Marcial”, que se dedica de modo especial a cuidar y a asistir a los obreros y a los trabajadores, con medicinas a los enfermos y con ayuda financiera a las viudas y a los huérfanos. Como sociedad católica tiene como uno de sus fines la participación en diversas manifestaciones religiosas: peregrinaciones, procesiones, reuniones sociales de índole católica y papal, y los ejercicios espirituales.

El 18 de abril de 1892 el obispo organiza una asamblea en la que se ven reunidas la sociedad de San Vicente, la sociedad obrera San Marcial y la Obra de los Congresos Católicos. Orione, inútil subrayarlo, participa como activo colaborador. Son todos temas muy queridos para

él: la fidelidad a la Iglesia, el empeño de los laicos en lo social y la defensa de la familia, amenazada por una propuesta de ley sobre el divorcio.

El uno de mayo, con ocasión de la inscripción a la de San Vicente de un grupo de jóvenes estudiantes de la ciudad, Orione ofrece a los congregados un discurso memorable en el que encontramos el núcleo de su pensamiento: amor a Cristo, devoción a la Virgen, práctica religiosa en el respeto humano, ciencia, apostolado, almas, Iglesia, Papa y caridad (Orione, por lo demás, está habituado a repartir todo lo que posee). La madre, que va todos los sábados a poner un poco de orden en su habitación de la catedral, está acostumbrada a tener que sustituir o bien un abrigo o bien algo de ropa de cama, que el hijo ofrece al primer pobre que encuentra.

Un lugar de difícil acceso, por obvias razones, pero terreno para un apostolado de vanguardia, es el cuartel. En Tortona paran centenares y centenares de militares, algunos incluso lo desean, pero todos necesitan una palabra de consuelo, de fe, de aliento. Orione trata de ahorrar algún céntimo y periódicamente compra alguna botella de vino, y con la excusa de beber un vaso juntos, se junta con algún grupo de soldados, les da buenos consejos, les instruye sobre la religión y les mantiene alejados de los peligros.

No es ni mucho menos un extranjero, pues en Tortona todos lo conocen. Los padres lo aprecian y lo estiman, los hijos se lo disputan. A los monaguillos que están cerca de él normalmente se unen otros chicos que se mantienen un poco a distancia. En cuaresma inicia la catequesis a esos dos mocosos que han sido echados de sus respectivas parroquias: es la pequeña semilla de una planta frondosa.

Ivaldi, Toni... son una decena ya de chicos que pasan el día entero en su compañía. Su habitación se hace escuela, patio, sala de juegos. Orione tiene un don particular que le permite atraer y conquistar a los jóvenes. Estimula y encamina al bien su innata vivacidad e inclinación a la diversión. Su bondad fascina y arrastra. Tiene el arte de saber contar las cosas, de hacerse escuchar. Inventa y anima al juego en aquella habitación que, por el número, se queda cada vez más pequeña e insuficiente.

Cuando el tiempo lo permite, salen alegremente de la catedral, llenan las calles de la ciudad, invaden las pendientes del castillo. Gritan, corren, saltan, cantan, distraen a los amantes del vivir tranquilo. Los bien pensantes observan y mueven la cabeza al paso de este gentío con su líder clérigo tenido por bueno y devoto. El clero está dividido: mientras el obispo está contento, los canónigos protestan, ven incluso comprometida la dignidad sacerdotal.

Orione no tiene tiempo para escuchar lo que piensan o dicen de él. Son ahora cientos los chicos que le buscan y le siguen. Para su bien no ahorra tiempo, energías ni dinero. Se dirige al obispo y a sus superiores del seminario para conseguir un lugar donde poder encontrarse con su turba de Barrabás sin molestar a nadie.

El obispo se toma su tiempo: si los chicos, terminadas las lecciones de catecismo, continúan viniendo, les proporcionará un lugar. Orione se siente en el paraíso.

Durante la Semana Santa lleva a los chicos a la iglesia del Crucifijo. Con una liturgia breve y bien estructurada se ofrece a sí mismo y a sus primeros hijos al Señor. *“La Pequeña Obra de la Divina Providencia, escribirá, ha nacido de aquel primer Oratorio festivo, y la primicia de aquellos chicos ya había sido ofrecida, y diría, consagrada al Señor, a los pies del Crucifijo, (ahora está en el santuario), durante la Semana Santa precedente”* (Scr. 3.7.36).

En los primeros días del mes de mayo los encontramos todavía todos unidos al pie del altar de la Virgen del Buen Consejo. Un nuevo ofrecimiento y un nuevo compromiso para que sea reconocido oficialmente el Oratorio

La situación se está verdaderamente precipitando. Los chicos son demasiados, difícilmente se logra tenerlos bajo control y lejos de los peligros. A veces se suben y caminan por la cornisa

interna de la catedral con el peligro de caer de un momento a otro. Vienen a todas las horas y desde la misma calle vocean y gritan llamando a su clérigo. Los canónigos no quieren que les molesten, piden que la Casa de Dios sea respetada.

Los malhumores, las críticas, las desconfianzas estallan todas a la vez como si hubiese habido una orden tácita. Los inquilinos de las casas que rodean la catedral protestan por los cristales rotos. Los guardias de la ciudad recelan de esas reuniones aduciendo como motivo el gran jaleo que se forma: *“Había quien protestaba, quien hacía críticas, quien reía y quien nos tomaba por locos”* (DO. I,651).

Circulaban voces sobre presuntas extravagancias del clérigo al que le gusta hacerse notar, parecer diferente, mejor que los demás, el que hace la serenata con la mandolina a los encarcelados, que no duerme de noche para hacer largas oraciones, y que tiene como adorno una calavera.

Los superiores del seminario están con él y le apoyan con la ayuda de otros clérigos. Otros empiezan a hacer presión sobre el obispo para que ponga fin a un asunto que no hace honor a la diócesis. En un momento de incertidumbre, recibe de una señora que no conoce, un donativo de ocho *centavos*, acompañado de la intención: “Para sus chicos”. Desde la fe reconoce la mano de la providencia que le dice: “Coraje, continúa”.

“Y así fue pasando un poco el tiempo para nosotros. Y todo era alegría, todo era gozo, santa alegría, porque salía del pecho de inocentes criaturas. Pero la juventud creaba un extraño contraste con la gravedad y la seriedad de la catedral. A los señores canónigos les gustaban poco aquellas reuniones e hicieron de todo para que toda aquella juventud se alejase. Todo lo “mejorcito” de Tortona estaba conmigo y yo era el jefe de la banda. Pedí por ello al obispo un lugar donde pudiésemos hacer nuestras reuniones, sin peligro para los chicos de romperse la cabeza o caer por la ventana. Se necesitaba además una iglesia, y entonces nuestro obispo, monseñor Bandi, me dijo: ‘Os daré una iglesia’, y nos mandó al Crucificado” (DO. I,657).

También la nueva sede se queda pronto pequeña. El castillo está cerca. Allá arriba hay espacio para jugar, rezar un poco y luego volver a jugar. *“Después, en un cierto momento, con un grito fuerte o tocando una campanilla de sacristía, les congregaba a su alrededor, les hacía sentarse sobre la hierba, al lado de las viejas ruinas y les contaba episodios heroicos. Señalaba, más allá de la llanura, las colinas de Monferrato, y recordaba a su Don Bosco. Después, girando los ojos y alargando su mirada sobre las ondulaciones de los Apeninos, en plena luz del ocaso, mostraba la línea azul del Penice coronado por un santuario de la Virgen y las otras cimas lejanas que esperan también ellas un día la consagración con una cruz o con una estatua. Cuando el aire se oscurecía y de las cumbres de la ciudad se levantaba el humo azul de los hogares encendidos, descendían cantando las canciones que él mismo les enseñaba, llenando los corazones de dulzura y de alegría”* (extraído de Don Sparpaglione, *Il Servo di Dio*, Tip. Emiliana Ed., Venezia 1941, pag. 73).

El obispo, que sigue con gozo y emoción todos los movimientos de su clérigo, se convence de que ha llegado el momento de darle una sede donde quepan y que sea definitiva: el jardín y algunos locales del obispado.

Parecen hervir los preparativos, en poco tiempo todo está listo para la inauguración, será la tarde del 3 de julio con la presencia de dos obispos. Al inicio toma la palabra el clérigo Orione deseando que el Oratorio San Luis *“esté siempre compuesto por jóvenes que amen sinceramente a Cristo, el bien de su propia alma, al Papa; que sea seminario de esforzados y ejemplares miembros de la sociedad católica”*. Entonces, volviéndose al obispo, añadió: *“Esta pobre Obra de la Divina Providencia ha nacido en vuestra casa, es la familia primogénita de vuestro episcopado, como*

aquel bendito oratorio festivo de hace nueve años fue, en la diócesis, ¡el primer germen de una acción católica muy viva, fresca y más decididamente papal!”

Siguen recitaciones, cantos en los que participan también los seminaristas que por esta circunstancia han retrasado el inicio de las vacaciones. La ceremonia se concluye con la intervención del obispo Bandi y del rector monseñor Novelli.

Es un hecho del todo singular que el obispo conceda a un seminarista tanta confianza como para permitirle la fundación de una obra. El director del oratorio, según las normas vigentes, será monseñor Novelli, pero en realidad todo está en manos del clérigo.

La suerte que le tocó al jardín del obispo cuando se convirtió en “estadio” de los muchachos del Oratorio Festivo es fácil de adivinar. Recuerda: *“El obispo tenía un bonito jardín y el obispo, de corazón grande, dijo: ‘Os doy mi jardín’. ‘Excelencia, entre tantos, alguno estropeará las plantas, se romperá algún cristal’. ‘No pasa nada, lo importante es que no se rompan las almas’. Era un hermoso jardín lleno de flores, con bonitos caminos para pasear y con frutales y bonitas plantas, también de albaricoques, que por entonces tenían frutos maduros. Todo desapareció como por encanto en cuanto pusimos los pies nosotros; todo fue arrasado por aquella multitud de chicos. En pocos días, no quedaron ya flores, lo mismo que las sillas de mimbre y otras plantas, de esas que llaman de ‘galantuomini’: se habían comido incluso la corteza y no quedaban ni las raíces; cristales de aquellos que daban al jardín del obispado quedaron sanos bien pocos o igual ninguno. Era una belleza... Sólo quedó un chopo, un chopo alto casi gigantesco y una virgen en el rincón del jardín”*.

“Aquí teníamos nuestro lugar de reunión. Aquí llegaba una verdadera multitud de chicos que se multiplicaban de modo admirable. Aquí pasaban las horas de diversión muchos chicos de la ciudad. Aquí les enseñaba los primeros elementos de la doctrina cristiana. ¡Cuántos buenos jóvenes salieron de estas primeras reuniones! [...] Al patio del obispo venían, por tanto, muchos chicos. Ya sobre la una y media, una hora antes de abrir la puerta del jardín, las calles bullían llenas de cabezas, jovencitos llenos de alegría que se apretaban contra la puerta y la empujaban deseosos de entrar” (DO. I,678)

El éxito es enorme, el bien que se hace es igualmente grande. Por voluntad del obispo, el oratorio permanece abierto incluso algunos días de entre semana. La apertura es a las 13 horas. Los chicos juegan, siguen el catecismo, hacen una breve oración y escuchan las palabras del clérigo Orión.

El sistema educativo es el aprendido con Don Bosco. Vigilar paternamente a todos compartiendo con ellos la diversión, los gozos y los dolores. “Ciertamente, –testimonia uno de los jóvenes, que después de pocos días de contacto con aquel clérigo estaba convencido de aquella fascinación misteriosa que emanaba de él–, podía hacer con nosotros lo que quisiera. Tenía ya el don de ver en el fondo de las mentes y de los corazones, y también nuestras chiquilladas, igual que nuestros pequeños gozos y penas. Siempre se encontraba en él a un confidente y un consuelo, siempre dispuesto”.

Con su trabajo, con su ojo clínico, reconoce y, sin forzar, alienta a que respondan positivamente a la llamada sacerdotal.

En octubre tiene la ocasión de ir por primera vez a Roma. Cuenta: *“No me fue posible ver al Papa, eso que rogué a lágrima viva para que me lo dejaran ver al menos de lejos, mientras paseaba por los jardines. El Señor quiso de mí este sacrificio que me costó mucho. Era mi mayor deseo, poder ver al Vicario de Cristo. Después de comer, me acerqué a San Pedro in Vincoli y encontré un grupo de chicos. Al verlos así abandonados pensé, e incluso les dije, que me ocuparía de su bien, que vendría también a Roma a poner un oratorio, que abriría para ellos una casa. Por la tarde, no teniendo dinero, me sentí muy abandonado. Quise encontrar un lugar adecuado para*

dormir, pero un lugar desde el que se pudiese ver la Cúpula de San Pedro. Comí un poco de pan que había llevado de Tortona y lo que sobró me hizo de almohada; allí apoyé la cabeza y me vinieron muchas ganas de llorar”.

Sin embargo, entonces el Señor y la Virgen me vieron y mandaron pasar por allí a un chico que me recordaba a alguno de aquellos que había visto en la Plaza de San Pedro; me dijo: ‘¡Venga, venga! No esté ahí; le llevo a dormir a mi casa’, y en menos que canta un gallo, me encontré en una pequeña casa en la calle de la Misión. Llamó a una puerta: una viejecita guapa y limpia vino a abrir y me acogió” (DO. I,717).

Su excesiva fidelidad al Papa, su empeño en el bien, el éxito, la condena indirecta de la envidia y de la comodidad espiritual de muchos, son otros tantos motivos de celos y de envidia. Hay quien espera una ocasión para desencadenar la tempestad. Y la ocasión llega.

Narra Don Orione: *“Yo, de joven, era también un poco ‘político’ y entonces di una conferencia, cité a Victorio Manuel II y dije algo que no era prudente decir. De hecho lanzaron sobre mí a la policía. Un profesor de secundaria me denunció. El prefecto hizo presión sobre el obispo para que se cerrase el oratorio. Los canónigos ya no me querían en Tortona, mientras el obispo me sostenía. Al final tuve que dejar el oratorio” (DO. I,760).*

El cierre ocurrió así: *“Era el último domingo que se abría el oratorio, los chicos salían tristes, casi silenciosos, yo también estaba triste viéndoles salir. Les acompañé con la vista hasta el fondo de la calle, me arrodillé delante de la estatuilla de la Virgen, recé. Después, cogí la llave con la que había cerrado la puerta del oratorio y la até al brazo de la Virgen, de modo que le cayese en la mano: con esto quería significar que toda mi confianza estaba en ella”.*

“Con la muerte en el corazón subí a mi habitación. No podía dormir, tanta era la pena que llevaba en el corazón. Me puse en la ventana, sentado, a llorar. Lloré, con el abandono, la inocencia y la fe de un niño y me dormí. Y tuve este sueño. Vi una gran multitud de chicos y un manto celeste se extendía sobre todo el oratorio, y sobre las cabezas de aquella multitud de chicos; vi sobre el olmo a la Virgen Santísima que estrechaba con su brazo derecho al Niño Jesús. Protegía el oratorio y me miraba consolándome con amor”.

“El manto rápidamente se ensanchaba, ya no se distinguían los confines. Bajo el manto, tantas y tantas cabezas, todas de chicos, que jugaban y se divertían. Eran chicos de diversos colores. La Virgen se volvió a mí, indicándomelos; cantaban todos, cada uno en su lengua. Y desperté con una paz en el corazón que no podría describir, y me sentí del todo consolado; sabía que no podría volver a abrir el Oratorio, ¡y, sin embargo, estaba contento!” (DO. I,765 y siguientes).

Capítulo 8: EL PRIMER COLEGIO

“Cerca del lugar donde después surgió el hospital, encontré a una señora, viejecita, una cierta Angelina Poggi, que me conocía.

Era pequeña, encogida, y era ama de un cura, un cierto Don Muratori. Los dos se enfadaban con frecuencia y discutían e insultaban y yo iba a poner paz.

Ella entonces me dijo: ‘Oh, Orione, ¿de dónde vienes?’ y yo dije, ‘¿De dónde vengo? ¡Vengo de abrir un colegio!’ ‘Pero ¿dónde?’ ‘En San Bernardino, una casa para acoger jóvenes: si tiene alguno que meter allí..., es un colegio para los que quieran ser curas’.

Agregó la mujer: ‘Le mando a mi sobrino. Pero ¿quién sabe lo que querrá usted? Tiene que hacer todo el bachillerato’, ‘Cubro lo que pueda darme’. ‘Y ¿cuántos años me lo tiene?’ ‘Lo tengo –respondí– todo el bachillerato, por cinco años’, ‘Y ¿cuánto quiere por cinco años? Yo tengo en la caja cuatrocientas liras’. Y yo: ‘Por cuatrocientas liras lo acepto’. ‘¿También los libros?’ ‘Claro, también los libros, y lo visto, incluso’. ‘Si quiere, se las doy enseguida’. ‘Sí, sí, mejor enseguida’. Y fui con ella.

Entré también en la casa y la viejecita abrió la caja. Se parecía a la caja de mi abuela; rebuscó por abajo y de un bote sacó las cuatrocientas liras y me las dio. Fue un estupendo gesto de confianza y de estima hacia un pobre clérigo” (DO. II,15).

Los hombres han cerrado el oratorio, pero la mano de la Virgen, la que le guardaba la llave, abre una casa, inicio de una constelación de obras para la formación y la educación de jóvenes.

El clérigo Orione, aconsejado por Don Rua, su confesor en Valdocco, espera con serenidad el momento de la providencia. Sus chicos están de nuevo en la calle, entre tantos peligros. Muchos otros, demasiados, han dejado la escuela a causa de la pobreza. Quizás el Señor quiere precisamente esto: un colegio para los chicos y las vocaciones pobres.

Se presenta, pues, al obispo que le acoge como un padre: “Dentro de dos años serás sacerdote. Cuento contigo por todo el bien que podrás hacer”. Y Orione añade: “*En verdad Excelencia he venido a proponerle una idea para realizar de inmediato*”.

“Tus ideas me preocupan siempre un poco. Dime ¿de qué se trata?”.

“*En nuestra diócesis hay pocos sacerdotes, también porque hay muchas familias que no tienen dinero para poder pagar los estudios a los hijos y mandarles al seminario*”.

“¿Y entonces?” –El rostro del obispo se ilumina de esperanza; el clérigo le ha tocado un argumento que le está muy cerca del corazón. Luis aprovecha ese momento para hacerle la propuesta–.

“*He pensado en la posibilidad de abrir un colegio para los más pobres*”.

“Querido hijo, tu idea es muy generosa, pero piensa en cuántas dificultades deberías afrontar y en cuántos gastos te meterías. Sabes bien que yo, en estos momentos, no puedo ayudarte” (la diócesis, por entonces, estaba empeñada en la construcción del monumental Seminario de Stazzano).

“*Será suficiente con que me dé su aprobación y bendición y todo irá bien*”.

“Gran idea la tuya, pero quién sabe cuándo la realizarás. Que sea como tú quieres, te doy mi aprobación y bendición”.

Sin una lira en el bolsillo, con el corazón lleno de gozo y de esperanza, Orione agradece al obispo, permanece un tiempo en oración delante del altar de la Virgen del Buen Consejo y parte a la busca de un local.

Apenas sale de la catedral encuentra uno de los muchachos del oratorio. Un saludo, algún cumplido, y Luis le cuenta lo que pretende hacer:

“¡Voy a abrir un colegio!”

“¿Dónde?”.

“Dónde, no lo sé todavía. Donde la Providencia quiera y será la Casa de la Divina Providencia”.

“Pues mi tío, Don Domingo, nos ha dejado en heredad una casa. Si quieres, podrías tenerla incluso en alquiler”.

Atraviesan la ciudad entera y llegan al barrio San Bernardino, la ciudadela de los anticlericales. A primera vista, la ocasión parece buena, la casa es bastante grande y está vacía, tiene además la iglesia cerca. El padre no deja de escrutar al clérigo que va vestido con un hábito paupérrimo y tiene los zapatos rotos: *“Oiga, inicia Orione, ¿cuánto quiere?”*.

“¿Por qué?”

“Por alquilar la casa”

“Mmm, podría alquilarla, pero se necesitan cuatrocientas liras”.

“Bien, trato hecho”.

“Calma, calma –el señor Stassano, presidente de la sociedad de San Vicente, hombre de iglesia, generoso, sabe bien que el clérigo está sin un duro–, ¿dónde están las cuatrocientas liras?”

“La Divina Providencia...”.

“Si tienes ya la providencia en el bolsillo la sacas, de otro modo...”.

“La providencia, que yo sepa, paga siempre y no cae nunca en bancarrota”.

“Espero ocho días, no más.... Si no has llegado, cederé el local a otros”.

Orione no tiene dinero, el obispo no puede ayudarle, la familia es pobre: ¿dónde espera encontrar esas cuatrocientas liras? No lo sabe ni siquiera él, pero cree firmemente que, siendo ésta una obra de Dios, y no suya, el cielo intervendrá.

Y de hecho, como sabemos, poco después del acuerdo y no lejos del lugar, la providencia le pone en la mano la cifra justa. Vuelve inmediatamente atrás y le paga al incrédulo Stassano, cien liras de adelanto por el contrato.

Con las llaves en el bolsillo entra glorioso y triunfal en la Catedral para agradecerles al Señor y a la Virgen.

“¡Orione, clérigo Orione! –grita iracundo, el viejo sacristán, ‘scudlòn’ (se le llamaba así porque siendo cojo caminaba bamboleándose). Quería y apreciaba al clérigo siempre amable y servicial, pero aquel día ni siquiera él podía más–. Pero, ¿dónde vas así, con la cabeza llena de pájaros, siempre distraído, siempre con ideas extravagantes? ¿Sabes que el obispo está buscándote toda la mañana?”.

“¿Acaso no sabes que abro un colegio, que he encontrado...?”

“Pero ¿qué colegio?, como si fuese una cosa simple. ¡Vaya, vaya al obispo y ya verá lo que tiene que decirle!”.

“Pero ¿por qué?, ¿qué ha sucedido?”.

“Lo que ha sucedido no lo sé, ya te lo dirá el obispo”.

Mientras se dirige al apartamento del obispo y trata de hacer un rápido examen de conciencia, siente la exagerada exclamación del asistente de su excelencia: “¡Oh, finalmente, vaya, vaya rápido al obispo! ¡Si supiese la que está cayendo...! Monseñor ha estado insistiéndome toda la mañana: vete a buscarlo a la catedral, ve a buscarlo. Tienes que encontrarlo a toda costa. Si no lo encuentras, quién sabe en qué lío nos meterá esta vez. Orione, acepta mi consejo, permanece tranquilo porque su Excelencia está nerviosísimo”.

“No entiendo por qué, él sabe muy bien lo que intento hacer y me ha dado incluso su bendición.”

“¿Qué por qué? Se ve que ha habido algún cambio de planes. Alguien le habrá hecho cambiar de opinión. Eres demasiado joven para embarcarte en semejante empresa. Si todo termina mal estaría en medio el obispo y todo el clero. Sube a ver al obispo y compórtate como te he dicho”.

El obispo, apenas sube Orione, está paseando nerviosamente arriba y abajo por el salón.

“Escucha –empieza a decirle apenas le ve en la puerta–, por desgracia estoy obligado a retirarte el permiso para la fundación del colegio. Me he convencido de que es algo imposible”.

“¿Imposible? ¡Pero si he encontrado ya el local, el dinero y he pagado el alquiler de un año!”.

“Por tanto, es la Providencia la que te acompaña y lo quiere así. Ponte de rodillas que te restituyo la autorización y la bendición. Y te prometo que te la conservaré para siempre”.

La Congregación nace no sólo con la autorización de la máxima autoridad de la iglesia local, sino además con una doble bendición. Es verdaderamente la obra de la Divina Providencia que hunde sus raíces en el corazón de la iglesia local

El inicio del curso escolar es inminente. Hace una amplia publicidad del colegio con circulares enviadas a todas las parroquias y apoyándose en la prensa católica.

Con la ayuda de las familias de la zona que ofrecen sillas, camas, muebles que ya no usan, arregla los locales. Acaba, con alguna dificultad, todos los permisos necesarios para la autorización oficial. Aprovecha las condiciones especiales que concede el Estado, recurriendo a un modelo de escuela “bajo la vigilancia efectiva de los padres y su responsabilidad en común”. Se ha dirigido a un profesor para que acepte el encargo de responsable de la escuela. Fallido el intento, toma sobre sí la dirección del Instituto y de la escuela.

Puntualmente, en octubre de 1893, el día de la fiesta de Santa Teresa de Ávila, el clérigo Luis Orione abre el colegio: *“Al final de la tarde anterior, recuerda frecuentemente, se prepararon las camas y llegaron también algunos jovencitos, en las primeras vísperas de la Santa: a la mañana después, a la fiesta, llegaron los otros. No recuerdo exactamente, pero eran unos 35 o 38, de humildísima condición: desde su nacimiento, este instituto nuestro ha sido para los pobres”* (DO. II,28).

El clérigo “director” renuncia al cargo de custodio de la catedral, se traslada a San Bernardino y se dedica a tiempo completo a la buena marcha de la nueva fundación. Continúa, además, velando, incluso por la noche, su preparación teológica y espiritual.

Capítulo 9: ESCUELA DE VIDA

El clérigo Orione, desde los primeros días del colegio, se afana en la búsqueda de una estatua de la Virgen para juntar delante de ella a sus chicos. La encuentra, por mediación de un sacerdote, en el solar de un palacio. *“Es una dulce virgen de madera, muy antigua, tanto que estaba carcomida por todas partes: en el pasado había sido venerada en Novi como Madre de los Dolores, pero después había sido abandonada”* (DO. II,50).

Desde Novi la estatua llega a Tortona, a la casa de los Oblatos, primera casa en propiedad de la Obra y toma posesión, por tanto, del Colegio conducida procesionalmente por el clérigo con todos los chicos.

La Dolorosa en un cierto momento se convierte en la Madre de la Divina Providencia: *“Esta vieja estatua es la primera Madre de la Divina Providencia. Ha quedado así para siempre. Todo cambia en esta casa, todo pasa: una sola cosa no cambia aquí dentro y no cambiará, porque esta es una voluntad que espero sea respetada y tenida como sagrada en el futuro”* (Par. 13.5.1929).

“Durante una procesión de ese primer año, aquellos chicos, cuando vieron y descubrieron que la Virgen tenía una espada clavada en el corazón, se dirigieron a mí diciendo: ‘¡No, nosotros no queremos que tenga una espada en el pecho!’.

Les causaba pena ver a la Virgen, nuestra buena madre, herida, y nada más quitarle la espada, añadieron: que no ocurra nunca que la Virgen esté entre nosotros llena de dolores. Y de ese modo rompieron la espada, e incluso, pidiendo cerillas, la quemaron en medio del jardín y dijeron: que sean así quemados nuestros pecados. Aquel acto, si bien, ingenuo, decía mucho. Después, llevada sobre sus espaldas, la pusieron en su estudio. Y en el lugar de la espada le pusieron después un corazón de plata” (DO. II,52).

El colegio se llamó “Pequeña Casa de la Divina Providencia”. En el primer registro de contabilidad, con fecha 14 de octubre, en las voces de entradas y salidas escribe: “Jesús, Almas, Papa” y “Divina Providencia”. Los ecos de la fundación son inminentes. Sólo después de 4 días, el 19 de octubre, el semanal político católico de Alessandria, “La Sveglia”, escribe: “El sábado fue abierta en Tortona una pequeña Casa de educación para chicos. Es por ahora una pequeña casa; se podría decir que es como una prueba que se hace. Para dirigir esta nueva obra está el clérigo Luis Orione, infatigable y siempre celosísimo a la hora de buscar, de todos los modos posibles el bien de la juventud. Las obras de Dios empiezan siempre pequeñas y Dios protegerá seguramente esta santa empresa, porque grande es la fe y la piedad de quien la dirige. Desde aquí deseamos que crezca y prospere el devoto Instituto y quisiéramos dirigir nuestra súplica a todas las buenas personas para que con la palabra y con las obras vayan en su ayuda”.

Los locales muy pronto se quedan insuficientes. Ponen camas por todos los lugares; el clérigo Albera se contenta con dormir en un colchón puesto en el suelo. La iluminación es a base de petróleo, reducida al mínimo cuando no se lee ni se estudia. En la planta baja los dos locales más grandes son habilitados como sala de estudio y capilla; el director enseña a tener el mismo respeto sagrado en ambos ambientes.

Son pobres, pero no falta lo necesario. A falta de camareros, Orione sirve las mesas animando a todos: *“Comed, comed, que pan y sopa hay lo que queráis”*.

Los sacrificios, las renunciaciones no asustan: el director da ejemplo y enseña a acoger del Señor con el mismo agradecimiento, gozos y dolores, *“Nuestros chicos, cuenta, aquel año iban a dormir a una habitación desde la que se podía ver, en el techo, el cielo estrellado, cuando estaba*

estrellado. Y una ola de alegría invadía siempre nuestras almas y teníamos siempre la paz y la serenidad en el corazón” (DO. II,81).

El obispo y los superiores del seminario le apoyan. Tiene como ayudantes a los mejores seminaristas: Pablo Albera, Carlos Sterpi, Gaspar Goggi, Arturo Perduca y otros (Albera llegará a obispo; Sterpi será el primer sucesor de Don Orione; Goggi, convertido en profesor y sacerdote, muere prematuramente y se pierde así un elemento preciosísimo; Perduca dignísimo sacerdote orionista y guía espiritual durante muchos años de la rama femenina de la Congregación).

Según la mentalidad de aquel tiempo, también el Colegio de San Bernardino tiene su uniforme: pantalones negros, blusa negra con largo sobrecuello vuelto sobre el pecho y un gorro de visera ribeteado en oro con el escrito ‘D.P.’ (Divina Providencia). La divisa, para que dure más, se usa solamente en las grandes ocasiones. El director anima a llevarla con dignidad y con santo orgullo incluso cuando causa provocaciones e insultos.

El estilo de vida hace pensar más en una comunidad que en un colegio, una comunidad que reconoce en el clérigo Orione a su fundador y al jefe que con entusiasmo y acento profético, les anticipa los ideales y el futuro desarrollo. Algunas personas viven en el interior de la institución, otros prestan un servicio gratuito, signo de aprobación y de ánimo.

Orione enseña italiano, geografía e historia, pero cuando es necesario también latín y matemáticas. Educado por Don Bosco, enseña ofreciendo a todos la oportunidad de una formación y madurez humanas más allá de una sólida preparación cultural. Una escuela sería ayuda a los alumnos a la búsqueda de todo lo que es verdadero y bello: santidad y ciencia, por tanto, pueden y deben crecer juntas. Se estudia como se reza: con la misma dedicación y empeño, el mismo fervor, porque Dios es belleza, Dios es verdad.

Los recreos son muy animados y el clérigo es el alma de ellos y el promotor. Las “aguas estancadas” le dan miedo, pero no los chicos que juegan y son alegres y ruidosos. También las salidas y paseos que incluyen siempre momentos de formación tienen la misma impronta de desbordante vivacidad. Es un comportamiento que algunos admiran, otros, en cambio, juzgan como desequilibrado, pero es tan eficaz que vale la pena continuar.

De hecho, el sistema educativo desde el inicio es paternal: los superiores son hermanos mayores que ayudan a crecer a los más pequeños con el ejemplo por delante y después con la participación y la persuasión.

Uno de los alumnos escribe: “Desde los años del colegio su corazón estaba abierto a todos. Nosotros sabíamos que podíamos contar con su bondad, tenía para todos y cada uno una palabra de consuelo y de aliento y alguna vez también de paterna recriminación. Si alguno de nosotros estaba afligido por algún dolor familiar, el clérigo Orione era para él una madre. Se le veía con frecuencia junto a su cabecera si estaba enfermo; estaba cerca para compartir con él el dolor y confortarlo.

El hombre es alma y cuerpo, materia y espíritu. Su verdadera madurez tiene que tener en cuenta esas dos distintas realidades. Excluir una o poner ambas en contraste, significa romper trágicamente el equilibrio en la persona, con consecuencias desastrosas.

Por este motivo el director, inspirándose en Don Bosco, está atento al crecimiento espiritual de sus chicos. Desde el primer momento les ha puesto en las manos de la Virgen, les recomienda la participación cada día en la Santa Misa en la capillita de San Bernardino, hacer la comunión frecuente y la visita al Santísimo después de la comida. Para la confesión tienen a disposición a Don Novelli y los que lo desean pueden subir al convento de los Capuchinos.

Siguiendo el ejemplo de Don Bosco les da charlas periódicamente y les da la “buenas noches”, esto es, un pensamiento paterno y familiar que el director dirige a la comunidad al final

de la oración de la noche. Son comunicaciones confidenciales, proyectos, preocupaciones sobre la vida de la Casa (y más adelante, cuando se multipliquen las casas, sobre la Congregación).

En la patria del músico Lorenzo Perosi, con cuya familia tenía Don Orione una amistad consolidada en el tiempo y siempre mantenida, no podía faltar en el Colegio la escuela de música y canto. El profesor es José Perosi, padre de Lorenzo y maestro del coro de la catedral. En las tres lecciones semanales prepara los cantos, enseña y selecciona las voces más hermosas para unir las en las solemnidades a la coral de la catedral.

El coro del colegio hace su primera salida el 18 de diciembre de 1893 con ocasión de una asamblea de asociaciones católicas. El éxito fue extraordinario gracias a la habilidad del maestro y al empeño de los chicos.

Orione aprovecha todas las ocasiones posibles para abrir la mente y el corazón de sus alumnos proyectándoles a horizontes amplios en el campo religioso y social. Percibe que los tiempos cambian, que corren velozmente, desea prepararse él mismo y a cuantos están cerca suyo, para estar a la cabeza de los tiempos y guiar, orientar el nuevo curso de los acontecimientos a beneficio de la sociedad humana.

Pero no quiere engañar ni trabajar en balde. Sabe muy bien que cada actividad formativa, cultural, recreativa, espiritual ayuda al crecimiento y a la madurez auténtica de la persona en la medida en que transmite y alimenta el amor de Dios, de la patria y de la familia. La historia enseña que la civilización se derrumba cuando falla alguno de estos pilares.

Las dificultades, las cruces no sólo señalan el inicio de las obras de Dios, sino que constituyen una característica constante. La propaganda denigrante de la prensa enemiga, la oposición de algunos dentro de la Iglesia, los celos y la envidia se abaten como un huracán sobre el Colegio y su director.

El cielo, sin embargo, le es propicio y le conforta haciéndole intuir el posterior desarrollo de la Obra: *“En un momento de gran dolor para la Congregación, apareció el Corazón Santísimo de Jesús y dijo: ‘Desde este lugar partirá mi gloria’. Por esto esa Casa está dedicada al Sagrado Corazón; por esto está allí esa pequeña estatua del Sagrado Corazón”* (DO. II, 74).

Una escuela católica como la de San Bernardino, no deja de ser peligrosa, hace demasiado bien, hay que buscar la forma de neutralizarla. Y, de hecho, justo después de un mes de la apertura, llega de improviso una inspección que ordena perentoriamente el cierre. El clérigo Orione con gran valor hace recurso al inspector: un nuevo control y todo se concluye con la orden de ampliar el local dedicado a aula escolar. Albera y los chicos se ponen manos a la obra, tiran un tabique y amontonan los ladrillos en el patio; el local está listo. El nuevo local es aula, estudio y capilla.

En la capilla se reza, se medita y se encienden velas a la estatua de la Virgen. Un día tal vez se encendieron demasiadas: *“No sé cómo, cuenta, se prendió fuego y se quemó todo el altar, el fuego llegó hasta lamer los pies de la estatua de la Virgen. Solamente la Virgen quedó intacta, y sólo los pies, como recuerdo de aquello, se le quedaron un poco ahumados. De hecho, si miráis bien la Virgen de la Divina Providencia, tiene un pie chamuscado”* (Scr. 72.23).

Lleno de gratitud hacia la Virgen por librarles del cierre del colegio y por la protección ante consecuencias del incendio aún más graves, organiza para la Inmaculada un buen paseo a Pontecurone: *“No recuerdo bien a qué hora partimos: recuerdo sólo que el reverendísimo arcipreste no nos recibió bien, él acaso pensaba que estaba medio loco. A aquellos primeros chicos que fueron la semilla, el primer núcleo de la Congregación, les llevé a visitar también aquella humilde capillita campestre a la que yo solía ir de pequeño a rezar particularmente a la Virgen dulcísima para que me concediese la gracia de ser sacerdote”* (DO. II, 79).

Después de la Santa Misa van todos a casa de mamá Carolina a comer una sabrosa sopa con garbanzos. Mientras están comiendo alegremente, la pobre mujer no sabe cómo contener su emoción ante la imagen de su Don Luis rodeado de un numeroso grupo de muchachos. En un momento dado le dice: “Dime, Don Luis, ¿cuántos alumnos tienes ya?”, y el director responde rápidamente: “*Son casi cuarenta, pero ya verás*”.

Hay otra anécdota simpática de Carolina y su hijo. Con el permiso del director, Carolina, muchas veces, se detiene medio día en San Bernardino. Con todo el trabajo que hay que hacer, no es ciertamente una mujer que se quede quieta: cocina, remienda, limpia, y si es el caso, echa un vistazo a los chicos. Un día, acabada la preparación de la comida, espera a que los chicos bajen a comer. Se retrasan: Luis tendrá sus razones para darles una buena lección, pero a Carolina le disgusta que la comida se quede fría. Sin esperar más, con su poder de madre, grita desde la planta baja: “Pero déjales venir ya, pobres chicos, pobrecillos”. El director, que está muy serio en la cátedra, al oír la voz de la madre, después de una sonora carcajada, dice: “*Vamos a comer, chicos*”.

Las solicitudes de ingreso llegan también durante el curso por lo que los jóvenes aumentan y con ellos aumentan también las deudas. Los proveedores se vuelven impacientes, protestan y alguno, el panadero y el de la leña, se niegan a dar más créditos.

Reflexivo y triste, Orione se deja caer por las calles cercanas al castillo. Una señora se le acerca y le pregunta la razón de tanta pena. Con sincera humildad el clérigo le expone el problema: sufre porque no tiene dinero para el pan de sus chicos. “Bien –le dice la señora, esbozando una ligera sonrisa–, acepte, mientras, esta suma y le prometo que le daré más aún”. La suma recibida corresponde exactamente a la deuda con el panadero.

Ha dado las gracias a la señora desconocida, pero siente enseguida el deber de agradecerle todavía más, junto a sus chicos, a la Virgen que en los momentos de dificultad les hace sentir de modo tangible su maternal asistencia.

El día de la inauguración de la casa de los Oblatos, 14 de mayo de 1894, Orione está entre los oradores oficiales, mientras sus alumnos han sido invitados para hacer los cantos, las lecturas y recitaciones. En su discurso exalta la grandeza del sacerdocio católico, suscitando en los presentes, entusiasmo y aplausos; pero también las reacciones indecentes de cierto tipo de prensa. Al enviado de ‘*La Linterna*’, de hecho, no le gusta aquella bandera del Papa puesta bien a la vista por Orione. Molesto, polemiza, y con ironía subraya que “el discurso más digno fue el de un curita” (*La Linterna*, 19 de mayo 1894, año II, n. 20, p.3). Evidentemente molesta el coraje, la firmeza, la formación con la cual el “curita” habla de la Iglesia, del Papa y del empeño cristiano en la sociedad a favor de los débiles y de los pobres.

El trabajo intenso y constante por el desarrollo del Colegio y el bien de tantas familias son la mejor respuesta a las malas críticas de la prensa. La ordenación sacerdotal de Don Albera, que tuvo lugar la semana siguiente de la inauguración de la Casa de los Oblatos, es para el director y los chicos motivo de gran alegría y consuelo.

Orione, convencido de la importancia de la presencia cristiana en lo social, continúa participando e interviniendo en todas las reuniones y manifestaciones de trasfondo religioso. Ya conocen todos su fogosa oratoria, la llama interior del amor de Dios y su celo por el bien de las almas. Lo buscan los superiores, le dan la palabra los dirigentes de la sociedad católica, le invitan a hablar en las reuniones juveniles. Tenemos además un hecho extraordinario y sorprendente y es que el obispo en persona le nombra oficialmente, todavía seminarista, predicador de la diócesis. “El día 4 de junio –escribe ‘*La Svegliata*’ (‘El despertador’)–, el obispo presentaba a los sacerdotes y a las señoras al clérigo Orione, fundador y director del Instituto de la Divina Providencia en Tortona, un segundo Don Bosco. Le invitó a hablar. Orione hizo una apología del papado y nosotros nos sentimos incapaces de reproducir, ni siquiera de lejos, aquellos conceptos sublimes.

Fue un himno a la milagrosa institución: arrancó lágrimas a muchos presentes y hubo a cada pausa vivísimos aplausos.

Después de la conferencia, obtuvo públicamente del obispo la facultad de predicar en todas las iglesias de la diócesis, siendo todavía clérigo. Y Novi tiene el honor de haber sido la sede de la que emanó tan grata disposición” (*La Svegliá*, 7 junio 1894).

Es un predicador que habla al corazón, que remueve y entusiasma, pero que habla demasiado claro y que a veces dice cosas, que según la susceptibilidad de algunas personas, no debería decir. No nos sorprende, por tanto, que junto a muchos aplausos haya críticas y pretendidos intentos de hacerle callar. Precisamente en Novi dos gendarmes se presentan en la sacristía para “secuestrar” las hojas del discurso. Pero los santos son también listos: las hojas han desaparecido y los policías vuelven a casa con las manos vacías.

El año escolar termina con satisfacción general: *“Los jóvenes crecieron bien; todos han esculpido bien en el corazón el dulce recuerdo del tiempo pasado en aquella casa, pobre si se compara con lo que ahora se llama ‘confort’ moderno, pero rica de caridad recíproca y de amor hacia Dios, la Virgen y al Vicario de Jesucristo en la tierra”* (DO. II,109).

La prensa tiene palabras de elogio y el mismo inspector Pratesi, que escribe: “El Instituto Paterno de la Divina Providencia, llevado por un sacerdote en las cercanías de la ciudad, en los antiguos locales de San Bernardino, comprende un colegio que cuenta ya con veinticuatro internos, un curso de instituto, limitado por ahora al primer curso, un lugar de recreo para chicos externos; un pequeño número de chicos internos frecuentan las escuelas básicas públicas. Además del director están dedicados al Instituto otros dos sacerdotes para la enseñanza y dos clérigos y un laico para la disciplina. La dirección educativa es óptima desde todos los aspectos, cuidando incluso la Educación física con ejercicios gimnásticos dirigidos por un suboficial del ejército, y se enseña el canto coral y, a los mejor dispuestos, también música con el pianoforte. La comida suministrada a los alumnos es sana y suficiente. La instrucción es impartida con pericia según los programas del gobierno, con provecho muy satisfactorio” (DO. II,111).

La buena semilla, después del frío y largo invierno, germina. Y el pequeño tallo pronto será planta lozana y frondosa.

Capítulo 10: EL COLEGIO DE SANTA CLARA

“Un año, sobre la media noche, mientras el director reposa en un banco al tibio calor de la cocina, sueña con el alumno Mauro Montagna ‘nuestro santo Domingo Savio’. Hacía poco que prematuramente había volado al cielo y había dejado en la memoria de todos un reflejo de su inocencia.

Se le aparece ahora vestido de blanco, envuelto en una luz espléndida, elevado sobre la tierra. Muestra a sus pies una tumba recientemente cerrada, la suya; y otras dos abiertas. Y señalando una de éstas exclama: ‘¡El martes, el martes!’.

Don Orione, realmente preocupado, cuenta a sus alumnos en la capilla, el sueño. Entre los colegiales uno que está en los últimos bancos, famoso por su avaricia, para nada impresionado, ofrece a sus vecinos chocolate diciendo: ‘¡Comed, comed, que la mala hierba nunca muere!’.

En el comedor aquella tarde se inicia un juego extraño. Fue precisamente él quien propone el juego: ‘Veamos quién de nosotros debe morir primero’. La designación de la suerte fue reservada al cazo que estaba dentro de la sopera vacía. Comenzó el primer lanzamiento y el cazo se paró delante del “compañero diferente”. La segunda vez también fue para el “compañero diferente”.

E igual por tercera vez. ‘¡Ah, –dijo riendo–, os habéis puesto de acuerdo para armármela! ¡Veréis ahora si se para delante de mí!’ y lanzó con tanta violencia el cazo que casi se sale de la sopera. Se detuvo de nuevo delante de él.

Explotó una risotada general; alguno empalideció. Él, irritado contra el pobre cazo, lo agarró y lo dobló repetidamente hasta que lo rompió, bramando de rabia: ¡Maldito!, ¿quieres hacerme morir el primero? ¡Muere tú! Y lo arrojó con desprecio bajo la mesa. El “compañero diferente” tenía un botellón de vino fuerte y generoso y se lo bebía sin compartirlo nunca con nadie. Pero aquella tarde cambió de parecer y lo distribuyó con rapidez a todos los de la mesa, diciendo: ‘Si tengo que morir como ha dicho el cazo, ¿para qué dejar aquí el vino?’.

El lunes siguiente, por la mañana se encontró mal en la escuela. El martes, dos de febrero, hacia la media noche, la hora en la que se había aparecido Mauro Montagna, dejó de vivir. El cadáver, al ponerse rígido, tomó aspectos terroríficos y la cara se ennegreció. Fue sepultado en su pueblo natal, Mornico Losana, en un día de ventisca y de nieve” (D. SPARPAGLIONE, Il servo de Dio , Tip. Miliana; Ed. Venezia 1941, pag. 249).

San Bernardino se queda cada vez más pequeño para dar cabida a todos los que piden ser acogidos. En primavera, ha echado el ojo a un edificio enorme en la calle Emilia que surgió como convento de las clarisas, fue adaptado después como cuartel y ahora que se van los últimos inquilinos, queda vacío.

El ayuntamiento está dispuesto a darle el edificio en alquiler, pero la prensa y la política complican los trámites sacrificando la verdad y el bien común en pos de la ideología. La noticia no es todavía oficial y ‘La Linterna’, con la intención de bloquear la escuela de los curas, lanza dardos contra el clérigo Orione, acusa a la junta comunal, definiéndola como incapaz de gestionar por su cuenta la escuela y de estar poco atenta a las ventajas económicas.

Terminado el año escolar, Orione acelera los trámites para tener en sus manos el contrato a tiempo. El edificio, en pésimas condiciones, tiene necesidad de un mínimo de restauración.

El clérigo fundador tiene de su parte a la Divina Providencia, pero demuestra además una capacidad extraordinaria, sin olvidar la máxima honestidad y transparencia. Acelera los trámites para tener cuanto antes el contrato. Se declara dispuesto a pagar el precio convenido, e incluso, si hay ofertas mejores, dispuesto a rescindir el contrato.

El alcalde y el consejo no quieren perder una ocasión tan ventajosa bajo todos los puntos de vista: los chicos tienen la posibilidad de ir a la escuela, instruirse sin demasiados gastos; al edificio, destinado a quedar vacío, se le da una utilidad; un colegio, entre padres, parientes y visitas crea siempre interés, movimiento y riqueza para la ciudad.

Más allá, por tanto, de cualquier ideología política, el ayuntamiento estipula el contrato de alquiler. *‘La Linterna’* no se da por vencida. No teniendo otros argumentos, crea confusión esparciendo la noticia del veto por parte del ministro Crispi, noticia desmentida algún día después en una deliberación (DO. II,136) del prefecto de Alessandria, solicitada por el mismo ministro.

Se lo refiere al obispo: *“Después de tantas luchas y de tanto rezar a Nuestro Señor, para confusión de los enemigos de la Divina Providencia, ha querido que el mismo diablo me obtuviese el colegio. El viceprefecto se había lavado las manos; el prefecto no quería aprobarlo, los notables masones, profesores y socialistas recurrieron a Crispi y a Baccelli para intentar anular el contrato de cesión. Un inspector fue enviado por el gobierno para ver los locales con metro en mano. Desde el ministerio del interior, un telegrama para el prefecto le ordenaba no poner obstáculos; y el Señor y la Virgen triunfaban así, e hicieron que Crispi mismo fuera el instrumento de su gran misericordia para con nosotros”* (Scr. 59,186).

Herida en su orgullo, *‘La Linterna’* se dirige directamente a los padres lanzando insidias contra el director y poniéndoles en guardia sobre la inutilidad de los estudios realizados en ese Colegio. Desde el principio Orione está, por así decirlo, entre dos fuegos: por un lado, un periódico católico que le sigue paso a paso y exalta su obra; por otro, el socialista que no pierde ocasión para atacarlo y denigrarlo. Pero esto sólo significa, y en eso coinciden ambos, en que están delante de un hombre extraordinario, de un personaje que dejará huella en la historia.

‘La Linterna’, con sus embustes, acabó por cansar a todos. El 22 de octubre de aquel año, los agentes de la seguridad pública requisan y cierran en Círculo popular socialista, secuestrando libros, escritos, correspondencia y varias copias del periódico. El periódico genovés no sabía que estaba hablando a padres que no se dejan encantar fácilmente, porque ya conocen bien a ese clérigo omnipresente en las distintas reuniones de carácter religioso y social, conocen bien su entusiasmo, su generosidad y su preparación.

El director, una vez resuelto el problema del alquiler, continúa desarrollando una propaganda capilar, aunque las peticiones sean ya 150. Ha publicado el reglamento y el programa y lo distribuye. Visita personalmente a muchos párrocos; recurre, con una visión abierta y moderna, a la prensa local de la que se convierte en apoyo y corresponsal. Por poner un ejemplo sobre muchos: el 30 de septiembre *‘La Sveglia’* del pueblo de Voghera publica un largo artículo en el cual el clérigo Orione pide a los padres católicos inmiscuirse sin miedo en la dirección de las escuelas. Es su derecho y su obligación. El 21 de octubre en otro artículo precisa quién es el católico sin transigencias mundanas. Por ninguna razón del mundo se debe tener escondida la propia fe y el amor a la Iglesia y al Papa.

A mediados de octubre todo está preparado. Se parte para una nueva aventura. Los chicos tienen a disposición un edificio de tres plantas: cuarenta vanos, tres habitaciones enormes, tres patios, uno de los cuales está rodeado por tres lados de un pórtico grande y maravilloso. El espacio es igualmente insuficiente por el elevado número de presencias.

Algunos alumnos conservan como referencia San Bernardino, otros irán a dormir a los locales del seminario puestos a disposición gentilmente por el rector.

Es fuente de gran alegría disponer de una escuela propia, trabajar a tiempo pleno para instruir a los alumnos, en la verdad, la ciencia, el sentido de Dios, la sana convivencia, la justicia social y el amor cristiano.

El clérigo Orione los mira con ojo paternal desde la cátedra, mientras en el amplio salón iluminado con gas-luz, sobre los bancos, contruidos a propósito al estilo de Valdocco, los jóvenes estudian y hacen los deberes. A veces se levanta sin hacer ruido, da vueltas entre los pupitres, anima a uno, reprende amorosamente a otro, se sienta al lado de otro y le escucha decir la lección o recitar un poema.

Las entradas no son proporcionales a las salidas, pero la providencia hace siempre cuadrar los balances en el momento justo. Los jóvenes son muchos y apetito no les falta, las cestas de pan ni se cuentan. El panadero, un buen hombre, amenaza por enésima vez con cortar el suministro. Paciente en otras ocasiones, ahora exige a toda costa ser pagado. El director no tiene otra salida que ponerse a rezar con los chicos.

“Una tarde –nos cuenta un alumno–, estaba ya oscuro, un señor de barba toca la campana: el portero ‘Giovanin’ abre y el señor le entrega una carta para dar al director y se va. El director, que tiene entre las manos las mil liras, justo lo que exige el panadero, se lamenta benévolamente con Giovanin por no haber pedido el nombre del bienhechor. Después, enseñando el dinero a sus chicos, comenta: *“Mirad lo que nos ha traído San José”*.”

La aprobación del obispo es otro motivo de empuje y de consuelo. En febrero de 1895, en la relación al Papa, monseñor Bandi hizo un estupendo elogio: “Desde hace dos años ha sido abierto en Tortona un nuevo Instituto Católico para jóvenes, a cuyo cuidado y dirección está un clérigo que será pronto ordenado sacerdote. Fue alumno del Oratorio San Francisco de Sales, fundado en Turín por el muy famoso y benemérito sacerdote Don Bosco, parece que se le haya transmitido mucho de su mismo espíritu a favor de la educación cristiana de los adolescentes. Se le ofrecen como vigilantes y colaboradores algunos clérigos y laicos y a él le confían muchos conciudadanos católicos, en el buen sentido, sus jóvenes hijos para educarlos. El número de estos jóvenes es ya de ciento veinte. Este Instituto, fundado principalmente en la confianza en la Divina Providencia, al que he dado ya de corazón mi bendición, y al que según mis posibilidades favorezco, está destinado a reparar los efectos perversos de las escuelas civiles, a menudo dirigidas por maestros más o menos adversos a la religión y a los derechos de la Iglesia”.

Entre los duros empeños de la escuela, del estudio y del necesario esparcimiento, la capilla, un salón vacío y sin bancos, es el centro de la vida del Colegio. Sin ninguna constricción los jóvenes siguen con fervor la palabra, las iniciativas y los consejos del clérigo Orione.

Los domingos, no teniendo todavía a disposición un sacerdote, los chicos en fila y con el uniforme oficial, van a la catedral a la Santa Misa. Son muchos, ruidosos y alegres. Entre los curiosos hay quien lo ve con aprobación y quien se siente autorizado a hacer comentarios poco respetuosos. Los canónigos, sin necesidad de hablar, dejan entender claramente que esta presencia no es para ellos agradable. A menudo, de hecho, envían al famoso sacristán Scudlon, a dar la orden de abandonar el lugar. El director traga la amarga saliva y sin manifestar el mínimo disgusto, hace cumplir la orden recibida.

En el mes de abril el clérigo Orione, ordenado sacerdote, ve coronado el sueño de toda su vida. Quisiera intensificar el apostolado, pero debe seguir hasta la conclusión el año escolar y programar el nuevo. Para esto estudia y consulta cómo organizar mejor los cursos de estudios, lograr más orden en la vida interna del colegio, disminuir las deudas, contener los gastos.

Se muestra siempre como un espíritu libre, abierto, moderno. Participa activamente en la vida de la diócesis y de la ciudad, y cuando lo cree oportuno, lleva a sus chicos. Abre los locales

del Santa Clara para los congresos diocesanos, asambleas de asociaciones religiosas, para hospedar a la gente de los convenios y organizar comidas oficiales.

Durante el periodo de verano se muestra todavía más disponible y colabora para la buena marcha de las diversas iniciativas de su obispo. Siempre en plena sumisión y comunión con él, anima, hace conferencias y hasta guía peregrinaciones a los lugares más recogidos y atractivos de la diócesis.

Capítulo 11: UN VERDADERO COLABORADOR

“En tiempos del Colegio de Santa Clara se presentó un joven que decía estar deseoso de hacerse ermitaño de la Divina Providencia, pero era un impostor. Tosco y ávido de comida, pensaba poderse colocar adoptando el sistema de la hipocresía. Cada mañana tomaba la comunión, se mostraba piadoso en el hablar, en el caminar y en el gesticular. Se arrodillaba en presencia de todos, especialmente delante de Don Orione. Una mañana en la iglesia, suspiró en público: ‘¡Oh Señor, perdona a este pobre pecador!’.

Don Orione que lo comprendió al vuelo lo puso rápidamente a prueba para desenmascarar su hipocresía. Lo mandó llamar y le dijo en presencia del alumno con mejores notas del Colegio: ‘¿Qué estarías dispuesto a hacer por mí?’

El gorrón se declaró dispuesto a todo: ‘Daría la sangre, la vida, querría sufrir las penas del infierno por usted’.

‘Me conformo con menos –dijo Don Orione–, comerás lo que te lleve este chico, cuando te lo lleve’.

Había un ángulo en Santa Clara que se llamaba ‘la Siberia’, por razones fáciles de intuir. Un lugar frío, triste, que confinaba con el granero y que servía para albergar a aquellos individuos que caían por ahí sin referencias seguras. Nuestro personaje dormía allí.

No parpadeó ante la propuesta de Don Orione y se retiró a la Siberia a esperar la comida imaginando que le llegara una ración reducida. Pero no llegó ni siquiera eso y así ocurrió con la cena y el desayuno del día siguiente. El chico seguía puntualmente las órdenes de Don Orione.

La tarde del segundo día llamó a la puerta y no obteniendo respuesta miró a través de la cerradura, estudió dónde poner los pies y con un cierto temblor entró a depositar la cena en la mesa. Era un plato de alubias cocidas con un pedazo de pan. El hambriento se precipitó sobre ello para devorarlo.

La música hubiese debido continuar con los mismos compases, pero ya al tercer día el encargado de servir la comida se llevó una buena sorpresa. A la chita callando, con las alas bajas, el pájaro se había escabullido y no volvió más” (SPARPAGLIONE, Il servo di Dio Don Orione, Tip. Emiliana; Ed. Venecia 1941, pag. 152–153).

Santa Clara abre las puertas para iniciar su segundo año escolar. Al mismo tiempo, el Colegio vuelve al centro de las diatribas y de las discusiones. Se encienden viejos rencores, alguno habla de ilícitas ganancias, de bancarrota inminente y del consiguiente escándalo y carga para toda la diócesis.

El obispo acosado entre la gran estima y confianza y las voces que circulan, ya ha llamado varias veces a Don Orione, le ha recriminado, aconsejado, amenazado, pero el problema no tiene fácil solución.

No sólo le preocupan las deudas al director, también la asistencia a los chicos, que han aumentado de número. Las obligaciones pastorales han crecido desde que es sacerdote y le hacen a veces desplazarse lejos y separarse por algún tiempo de los jóvenes. Siente la necesidad de ayuda, de un clérigo del que poderse fiar ciegamente. Se ha fijado ya en la persona justa, el asistente del nuevo seminario de Stazzano.

El clérigo Carlos Sterpi ha entendido que está llamado a servir a Dios en los chicos pobres al lado de Don Orione, y lo desea ardientemente, espera sólo la aprobación y casi la orden del obispo.

Don Orione debe de haber convencido al amigo para que dé el primer paso. Así, un buen día, Sterpi, tímido pero resuelto, se presenta ante monseñor Bandi. El obispo apenas percibe el motivo de la visita, cambia de humor, se sorprende, se irrita, desaprueba y reprende con fogosidad a aquel clérigo que osa hacer una propuesta inoportuna y nada sabia. Por su bien, si desea ser ordenado sacerdote, le conviene olvidar ese mal pensamiento y mantenerse extraño a la actividad de Don Orione.

Carlos Sterpi, humillado y confundido, esconde al amigo el sufrimiento interior. Pero algo trasciende. Entonces, Don Orione antes de presentar la petición oficial al obispo, decide subir en peregrinación al santuario de Monte Spineto. Los dos se encuentran en Serravalle.

"Sterpi, estoy contento de verte, ¿cómo estás? Te veo preocupado".

"Ha muerto mi hermana. Me voy al pueblo para el funeral. Pero tú, ¿qué haces por aquí?".

"Voy a pedir a la Virgen una gracia muy importante. ¡Estáte preparado!".

"Ya entiendo. Estoy dispuesto, pero renuncio a hacer proyectos. Será lo que quiera el Señor".

La Virgen en realidad se ha adelantado a la petición y ya ha concedido la gracia sirviéndose de un acontecimiento poco simpático.

Hay un colegial que no se comporta bien, molesta, crea un sin fin de problemas. El director, después de inútiles intentos, lo expulsa. El padre del chico, hombre muy influyente en la ciudad, se presenta al director, ruega, suplica, amenaza, maldice y no se da por vencido. Recurre al obispo y le pide que haga valer toda su autoridad.

Don Orione, llamado por monseñor Bandi, escucha con respeto y paciencia pero está igualmente decidido y firme en su posición. En el momento más oportuno, da la impresión de querer ceder: *"El chico podría volver a Santa Clara, pero con una condición".* ¿Qué condición?—pregunta el obispo.

"Un clérigo como ayuda a tiempo completo, para acompañar mejor a los chicos. Y si me permite, Excelencia, el colaborador que pido se llama Carlos Sterpi".

"Bien, avisa tú al clérigo Sterpi que vaya contigo, pero admite hoy mismo en tu Colegio a ese chico que has echado".

La gracia se ha cumplido. Sterpi nos lo cuenta: "Estaba de vacaciones, haciendo ya los preparativos para volver al seminario de Stazzano cuando recibí una postal del director en la que me contaba cómo había ido el asunto con el obispo. Hice pronto el petate y rápidamente me vine a Tortona. El director cuidaba él mismo a los chicos en el estudio, pues ya tenía más de 100 chicos. Apenas me vio, me dijo: *"Muy bien, has venido justo a tiempo, cuida de los chicos un momento"*. Pasaron unos cuantos momentos. No se le vio en toda la tarde: volvió por la noche. El 'momento' de esa asistencia duró tres años" (DO. II, 212).

En julio de 1895, participa en tres grandes acontecimientos en Stazzano: la inauguración del seminario, la consagración del santuario dedicado al Sagrado Corazón y la tercera reunión diocesana de la Obra de los Congresos.

Viendo a muchas personalidades religiosas y civiles que se agolpan entorno al obispo, Don Orione prefiere permanecer en la sombra, tanto para dar espacio a los otros, como para evitar algún probable elogio público hacia su persona.

Terminada la celebración eucarística, toma la carretera que sube al santuario de Montespino. Extrae del bolso una cuerda, se la coloca en el cuello, haciéndose llevar como un jumento. Es mediodía. Los pocos que pasean lo miran asombrados. Hay quien le considera

culpable de ‘a saber qué delito para estar obligado a hacer esa extraña penitencia’. Don Orione en actitud de abandono, camina en recogida oración. Cuando llega a la cima entra en la iglesia, deja la cuerda sobre el altar de la Virgen y, convencido de estar solo, reza en voz alta, ahora de en pie, ahora de rodillas.

Es tarde cuando se decide a volver. En Stazzano, terminada la comida, están hablando a turno los invitados más ilustres: “Escuchemos ahora– grita entusiasmado el moderador–, la palabra de Don Orione”.

“¡Cómo! –exclama el obispo enojado–, ¿está también Don Orione? Y ¿no sabe él que, queriendo ser fundador, su primer deber es presentarse a su obispo?”.

Contento por ser humillado así, inicia el discurso exaltando la grandeza y la dignidad del obispo llamado a guiar a la iglesia local en comunión con el romano Pontífice.

Debiendo dar inicio a un nuevo año escolar, se prepara con un curso de Ejercicios Espirituales en el convento franciscano de Voghera y una peregrinación a la Virgen de Montepenice. Sube al santuario con dos alumnos que en vano piensan pasar la noche en un albergue y reconfortarse con una buena comida al día siguiente.

Después de haber caminado todo el día, detienen la marcha muertos de cansancio cuando es ya de noche. Se refugian del viento en una pequeña valla a lado del camino. Mientras los dos jóvenes duermen tapados con su abrigo, Don Orione permanece en oración hasta el amanecer. Alcanzada la cumbre, celebran la Eucaristía. Es la hora de comer, el director saca de sus profundos bolsos un pedazo de pan envuelto en periódico. Es la comida de los dos jóvenes: un pan duro, pero nunca tan sabroso.

Don Orione intuye su desagrado y afablemente comenta: *“Hay que acompañar la oración a la Virgen con algún acto de mortificación para que sea mejor aceptada y aprovechen mejor sus bendiciones”* (DOLM 1017).

¡Y de mortificaciones y penitencias Don Orione entiende! Alguna vez, para que sea más eficaz su predicación, recorre largos espacios de camino llevando a la espalda un saco con piedras. Una tarde, al final de una predicación, muerto de cansancio, llama a la puerta de la casa rectoral de Don Milanesi. Sorprendido y contento por esta grata visita el párroco le ofrece algo de comer y de beber y le invita a quedarse por la noche. ¡Imposible convencerle! Con una extenuante marcha sobre la nieve llega a Tortona bien entrada la noche: después de un breve reposo en el ángulo común de la cocina, piensa en salir para predicar en otro pueblo. Pero mientras baja por la escalera interna, vencido por el cansancio, cae desvanecido.

Cuenta: *“Había vuelto a casa de una predicación muy fatigosa: tres sermones al día y siete u ocho horas de confesionario. Había viajado toda la noche bajo la nieve, a pie, veinticinco kilómetros. Llegué a casa y me desmayé entre los brazos de mis hijitos. ¡Pobres hijitos míos! Pero el Señor no ha querido abandonarlos”* (Scr. 65,316).

La situación es grave. El médico le visita y le ordena absoluto reposo, comer carne y estar al calor por lo que hay que buscar una estufa. A la justa preocupación del médico, el enfermo responde asegurando: *“Esté tranquilo, que éste antes de morir tiene que abrir aún otros colegios”*. El obispo, apenas recibe la noticia, se acerca a visitarlo.

Sterpi, fiel a las órdenes del médico, hace preparar una sopa con caldo de carne. El desventurado chico que se lo lleva debe padecer contestaciones y reproches. Cuando, llorando, logra decir que él sólo está obedeciendo al clérigo Sterpi, Don Orione se calma y acepta la escudilla.

Apenas se repone lanza la idea de una banda musical. El clérigo Sterpi tiene el encargo de buscar y adquirir los instrumentos. Quiere una banda capaz de responder a los encargos y a las exigencias de la ciudad y de los pueblos vecinos. La iniciativa es moderna, de gran intuición

pedagógica, pero nunca faltan aquellos que critican y le tratan de loco por pensar en trompetas y músicas y no preocuparse de gastos y deudas.

Junio reserva al director y a los muchachos momentos de alivio y de consuelo. Llega a Santa Clara el primer cuadro de la Virgen del Buen Consejo, donación del padre y amigo querido monseñor Novelli. Don Sterpi, ordenado sacerdote, celebra su primera Misa rodeado de los chicos del Santa Clara, de Mornico Losana y de Génova.

La banda tiene la ocasión de hacerse apreciar en Stazzano en el primer aniversario de la consagración del santuario del Sagrado Corazón y en Borne en los días de la asamblea diocesana de la acción católica. La música y la vivacidad de aquellos muchachos crean enseguida un clima de fiesta popular en torno al pastor de la diócesis.

Cuenta Giovanni Santollini, uno de los congresistas: *“Advertimos la llegada de una banda musical cuyas notas llegaban de lejos hasta nosotros. Nos asomamos al balcón que da a la calle principal estirando la vista y vimos avanzar una banda de música, pero estaba todavía tan lejos que no distinguíamos si eran de los nuestros. Incluso sospechamos que fuese una banda socialista que intentase venir al pueblo a aguarnos la fiesta. En aquellos años de lucha aquello era muy posible. ¿Por qué? Los músicos vestían una divisa muy llamativa en la que destacaba el rojo, el color preferido de los socialistas.*

Mientras la banda se aproxima hacia nosotros, se empieza a distinguir que quien la guía viste de sotana negra.

¡Pero ése es un cura! ¡Ah, es ese locuelo de Don Orione con sus chicos!, –dice monseñor Bandi–, pero... ¡todo ese rojo!’. La banda se detiene precisamente justo delante de la casa rectoral y Don Orione sube para saludar a su obispo: ‘Pero ¿qué se te ha metido en la cabeza para vestir de rojo a tus chicos? Les hemos confundido con una banda de socialistas. ¿Eres socialista también tú?’ Don Orione mira al obispo con aquellos ojos suyos, dulces y astutos, profundamente expresivos, y poniendo su cara más amable y sonriente, responde: ‘Excelencia, el rojo, el más bello y vivaz de los colores, despierta la fantasía y gana la simpatía de los chicos mejor que otros colores, por ello me he esforzado en poner abundante rojo en la divisa de estos pequeños, antes de que lo hagan nuestros adversarios para llevarlos consigo. Este bonito color del buen Dios, lo he hipotecado yo antes que ellos; no creo que quieran imitarnos’. No había nada que objetar, pero la genialidad, la practicidad y el fin intuido por Don Orione me persuadieron de que aquel sacerdote, de aspecto tan simple, tan modesto, con aquel cuerpo grácil y escaso, encerraba un alma singular y que habría dado al diablo muchos quebraderos de cabeza” (DO. II, 270).

Capítulo 12: CLÉRIGO FUNDADOR

“Don Orione, el día establecido para la toma de hábito de Fray Basilio, primer ermitaño, se había ido a Varzi, con el propósito de subir a San Alberto después de comer. Fray Basilio debía esperarlo en la carretera, frente a Pizzocorno, para hacer juntos la subida. Vestía naturalmente de seglar, pero bajo el brazo, envuelto no sé si en periódicos, guardaba celosamente su túnica de un bonito color pardo oscuro.

*Pasan las primeras horas de después de comer y Don Orione no da señales de vida. Algunos asuntos lo entretenían. Finalmente aparece al atardecer, ve a su futuro fraile y constata la imposibilidad de hacer aquella subida que requiere al menos dos horas. Pero no se arredra por tan poca cosa. El buen hombre está tan ansioso y contrariado de tener que posponer la función deseada desde hace tanto tiempo que, al verlo, le da pena. La decisión está tomada. Se hará la toma de hábito en la carretera, al no poder subir al eremitorio. Ambos descienden por el borde del camino y se encuentran con un prado resguardado de posibles miradas por una gran fila de árboles. Don Orione recita de memoria la fórmula ritual. Fray Basilio ha venido sin cordón, estaba seguro de que habría en el convento. Hurga en los bolsillos buscando una cuerda o cordel, pero no encuentra modo de abrocharse. Entonces Don Orione tiene una idea luminosa. Corta de una planta un ramo flexible y con él ciñe devotamente a fray Basilio, que esa misma noche comienza a subir la cuesta de San Alberto y llega acogido festivamente por sus hermanos a los que narra la singular aventura.” (Sparpaglione, *Il Servo di Dio Don Orione*, Tip. Emiliana; Ed. Venecia 1941, pag. 179).*

El Proyecto de la Providencia es claro y Don Orione lo ha entendido rápidamente, pero el desarrollo es progresivo: se ha iniciado con el Oratorio, ha abierto un Colegio en San Bernardino, después Santa Clara. Se ha consolidado el nombre del nuevo Instituto, los primeros aspirantes han recibido del obispo el hábito. En el primer número de *“La Scintilla”* (*‘La chispa’*) escribe en la tercera página, el artículo “Los ermitaños de mis montes”, preámbulo de la fundación de la rama de los eremitas de la Divina Providencia.

Algunos alumnos han concluido brillantemente los estudios de bachillerato y Don Orione ya tiene en mente cómo preparar mejor a estos primeros hijos: *“Me gustaría mandarlos a una ciudad no pequeña sino grande y viva: necesito que se formen en medio del ruido, que no se queden con una cabeza y un corazón pequeños, para que no se sientan después atontados e inexpertos cuando regresen al mundo. Me gustaría más una ciudad grande, Donde puedan tener la ayuda de las bibliotecas, una gran universidad que tenga buenos profesores y Donde haya un ambiente de estudio, que tengan contacto con los mismos profesores, también con los más canallas y que puedan mirarlos a la cara e ir a ellos con múltiples conocimientos”* (Scr. 69,302).

Toma en alquiler un apartamento en Génova y envía a los chicos destinados a frecuentar el liceo Andrea Doria. El responsable del grupo es Gaspar Goggi, un poco mayor que los otros; de madre, y un poco de todo, hará la asistenta que monseñor Novelli, con un gran gesto de confianza y de afecto, ha puesto a su disposición.

Don Orione es paternal pero exigente: tienen que estudiar y mucho, abrirse a lo verdadero y a lo bello, cuidar la vida espiritual para estar el día de mañana a la altura de la vocación recibida: *“Cuando mandaba a los primeros clérigos al liceo de Génova, los mandaba a la escuela de taquigrafía y mecanografía. Desde entonces les fijaba normas bien precisas acerca de las prácticas religiosas”* (Scr. 96,37).

En marzo de 1896, Don Orione alquila el castillo de Mornico Losana para acoger a los colegiales de Santa Clara que dan muestras de sólida vocación y, durante el verano, puede acoger también a los chicos a los que no les es posible ir con la familia.

Hay chicos que, a pesar de la buena voluntad, no prosperan en los estudios. Sacarles del colegio significa arrojarles en medio de la calle. El castillo con el terreno que lo circunda, se revela providencial para introducir a estos jóvenes en el trabajo del campo que según el método Solari, debería garantizar el desarrollo de la nación.

Nace así, el uno de octubre de 1896, la primera colonia agrícola de la que hace responsable a Don Albera.

Don Albera, a un cierto punto, con disgusto de Don Orione, se separa e intenta gestionar algunas colonias por su cuenta. Don Orione no es celoso y trata de ayudarlo. El intento no llega a buen fin y Don Orione con gran caridad le da confianza y se endosa la gestión de esas colonias incluyendo las deudas contraídas. También en este ambiente los jóvenes viven y trabajan llenos de entusiasmo y de fe: el Señor bendice esta obra y cumple sus maravillas: *“He llevado una botella de aceite, escribe Don Orione a Goggi, y la lámpara del Santísimo estaba todavía encendida, si bien hace quince días que no tenía aceite”* (Scr. 54,146). El curso 1897-98 es de gran importancia. Mientras continúa la vida alegre y despreocupada de los chicos, Don Orione debe dejar la enseñanza y resolver los problemas que podrían poner en crisis la institución.

Se necesitan profesores titulados; los impuestos del gobierno para las escuelas privadas han aumentado, tal vez en este momento los alumnos de bachillerato, que no son muchos, podrían frecuentar la escuela estatal.

Nace por entonces otro problema: el Real Instituto de Tortona está dirigido por un vulgar “comecuras”, que encuentra atractivo poner zancadillas y humillar a los colegiales que lo frecuentan. Don Orione sigue invitando a sus chicos a estar tranquilos y a tener paciencia. La mala educación y la persecución es continua, hasta el punto de que Don Orione se ve obligado para el bien mismo de la escuela a presentar un recurso. Se produce una inspección y el traslado inmediato del director del instituto.

Tampoco en el Santa Clara faltan las inspecciones. *“Un año me mandaron un inspector, un cierto Renzi, para cerrarme la Casa, porque se decía que me ahogaba en deudas. Vino cuando estábamos a la mesa y lo acogí con toda bondad. Me di cuenta de que él miraba un tanto perplejo a la mesa y contó después que había visto en la mesa varios billetes de mil, de modo que la decisión de cerrar quedó olvidada. Quizás su propia fantasía se lo había hecho ver o tal vez el vino, porque le gustaba bastante, o tal vez la providencia le hubiese hecho ver que sus casas nadan siempre en la abundancia. El hecho es que se disipó el rumor de que yo hubiese causado bancarrota. De billetes de mil nada, claro, y mucho menos para poner sobre la mesa”* (DO. II, 309).

Otro disgusto le viene del obispo quien, de repente, nombra coadjutor de Mornico a Don Sterpi.

Resultó inútil la mediación de algún amigo sacerdote e inútiles las explicaciones de Don Orione. El obispo había dicho a Don Sterpi: “Dado que Don Orione encuentra tiempo para ir por ahí, significa que no tiene necesidad de tu ayuda”. Y Don Orione había ido a predicar a Montecalvo porque con la predicación, además de hacer el bien a las almas, ayudaba a la economía del Colegio. Por fortuna, el buen sentido del párroco vino en su ayuda ocupando a Don Sterpi solamente el sábado y el domingo.

Preocupado porque en Génova la enseñanza de algunos profesores no es ortodoxa, poco fiel a la Iglesia y al Papa, Don Orione decide trasladar a sus estudiantes a Turín. Goggi frecuenta la universidad, los otros el liceo Gioberti. Un tío de Don Sterpi, diligente y afectuoso, atiende la casa. Exige una preparación espiritual y cultural seria, con una visión abierta, amplia y moderna. A

Goggi, responsable del grupo, le escribe: *“Entiendo que lleváis poco tiempo allí, pero ya me parece oportuno que os pongáis a estudiar y a rezar en serio, porque no estáis ahí solamente para iluminar las mentes sino para crear en vosotros un corazón bueno. Sin esto no seréis nunca hombres, tal y como los entiendo yo. La sociedad puede tener menos doctores, pero no menos auténticos caballeros, en el sentido nuestro”* (Scr. 69,423).

A Goggi en particular le sugiere: *“¡Por las almas y por el Santo Padre! Estudia el alemán y todo lo que pueda ser necesario y útil para nuestra institución y a la gloria de Dios. Multiplícate en el bien, cuida con sabiduría y con gran dedicación de la casa y del crecimiento espiritual e intelectual de los hermanos. Inscríbete en el Círculo Católico Universitario, introdúctete en las reuniones o conferencias. Estudia esa universidad y mira bien cuánto vale: estudia a tus colegas de todos los partidos y mide bien sus fuerzas.*

Entra como puedas en la Dirección del ‘Corriere Nazionale’, acerca a ti a los escritores. Inscríbete en todas las facultades que puedas, frecuenta las lecciones de historia, academias científicas y academias para jóvenes estudiantes. Visita todo lo que tenga relación con el arte sagrado en todas sus ramas, inscríbete también en la facultad de leyes, si puedes. Visita todos los Oratorios festivos católicos de la ciudad, visita también todos los así llamados ‘centros de recreos laicos’, lleva a los hermanos a conferencias apologéticas, a todas las que puedas; visita los círculos, las sociedades, el secretariado del pueblo. Frecuenta las conferencias de las terceras órdenes. Pregunta cuáles son los mejores confesores y ve en busca de todos los mejores hombres de piedad y de doctrina católica. Ve a las reuniones clericales y haz que te acompañen siempre que puedas por los hermanos: entra en los círculos de lectura y de recreo; visita los hospitales, los hospicios, los institutos de caridad, de beneficencia, las casas religiosas de hombres. Me siento complacido por tus estudios de filosofía: va todo bien, tenemos que multiplicarnos” (Scr. 66,259; 72,119).

El día de la Inmaculada está con sus jóvenes en Turín y, naturalmente, participa en la Santa Misa y en las variadas funciones en el santuario de María Auxiliadora. Estamos en un periodo de particular ensañamiento hacia la Iglesia, el Papa y las instituciones religiosas. Se procura tener callada a la prensa católica, se disuelven muchas asociaciones.

El obispo de Tortona, sincero y combativo, reacciona con energía y con mucha inteligencia.

Don Orione está a su lado y para sostenerlo con mayor eficacia sale con el periódico “La Obra de la Divina Providencia”, órgano oficial de una congregación que está todavía naciendo.

Uno de estos folletos llega a manos del obispo de Noto que inmediatamente ofrece a Don Orione una casa al lado del obispado para iniciar un Colegio como el de Tortona. Don Orione tiene sólo 26 años, con la bendición de su obispo acepta y se pone en viaje. Antes de zarpar de Génova sube al santuario de la Virgen de la Guardia para implorar gracias y bendiciones para la nueva obra.

La población lo acoge con entusiasmo. El obispo queda profundamente impresionado por la piedad, por la humildad de ese joven sacerdote piamontés. Junto al edificio para el colegio, le regala la propiedad de San Conrado para que funde una colonia agrícola para huérfanos.

Monseñor Blandini en los días sucesivos invita a Don Orione a visitar el seminario y a dirigir una buena palabra a los seminaristas. La atracción es tal que el obispo propone a los jóvenes que vayan a hablar personalmente con ese santo sacerdote y si alguno desea seguirle ya tiene su aprobación y su bendición.

Y así fue ya que Don Orione vuelve a Tortona acompañado por ocho seminaristas de Noto.

La gestión del Colegio irá a cargo de Don Orione dependiendo directamente del obispo. Don Sterpi es el encargado de hacer los trámites con monseñor Bandi para elegir el personal que hay que enviar a Noto. Los primeros encargados dejan Tortona hacia Noto al inicio de octubre.

En Santa Clara se espera con impaciencia el regreso de Don Orione: “No falta más (para iniciar el curso) que la autorización del interventor, y esa llegará, yo lo espero pronto. Falta sin embargo la vida y el movimiento y esto has de venir tú a darlo. Te esperamos con los brazos abiertos y anhelamos tu venida. Ven pronto: también porque los chicos no quieren venir si no estás tú y los parientes me dicen que vendrán cuando esté Don Orione. Así que ruega a ese santo obispo que te deje venir. Ahora nos toca a nosotros tenerte, porque los chicos más pequeños ya han tenido demasiado ‘a la mamá’”. (DO. II,403).

El viaje de vuelta es una aventura: el mar en borrasca, la maleta que desaparece en Nápoles y con ella la carta de monseñor Blandini para entregar al obispo de Tortona. Santa Clara está en ebullición por la llegada del director. La alegría y el gozo son incontenibles. La banda acompaña al coro que canta el himno “Gozo de los fuertes”, el himno de la congregación naciente, con los grandes ideales Jesús, Papa, almas cuyo texto es de Don Orione y la música atribuida al maestro Perosi.

Corre Don Orione a saludar a monseñor Bandi que lo acoge afablemente. Considerando la confianza y la generosidad del obispo de Noto, asegura la disponibilidad de otros clérigos y permite a los seminaristas provenientes de Noto cursar la teología en el seminario diocesano.

La situación en Turín está en evolución. Los estudiantes tienen necesidad de un lugar de residencia para cuidar mejor su formación religiosa y espiritual. Las hermanas Fogliano, por mediación de la madre Michel, ponen a disposición un edificio para acoger chicos pobres y dirigirles, como con Don Bosco, hacia algún arte u oficio. La diócesis teme que la nueva obra de caridad compita con aquéllas que ya trabajan en la zona.

Don Orione, sobre todo, asegura al obispo, a través de monseñor Bandi, que no habrá competencia: *“Vuestra Excelencia sabe que nosotros somos pobres. Aquí somos pobres y también aquella casa de Turín quisiera que fuese una humildísima y pobre cosa, y he aceptado gustoso de esas buenas señoras aquel local, justamente porque se adapta al espíritu de pobreza que debe ser propio de los Hijos de la Divina Providencia. Pero aunque pobres, rogaría a vuestra Excelencia que asegure al arzobispo que allí no se vivirá de la caridad ciudadana, ni se va a competir con la caridad donde viven otros institutos”* (Scr. 45.3; 102.42). Además, con ocasión del próximo congreso eucarístico y de la exposición de ‘la Síndone’, pone a disposición gratuita del clero local el apartamento que hospeda a sus estudiantes. La Providencia ya le ha venido al encuentro a través de la generosidad de las hermanas Don antes. Los estudiantes, terminadas las clases, prestan servicios de apoyo a los chicos. Las hermanas de la madre Michel, fundadora de una comunidad religiosa, siempre muy ligada y agradecida a Don Orione, están disponibles para atender la cocina y el ropero. Don Orione, además, no es desconocido en Turín y puede contar siempre con la amistad, la estima y la simpatía del clero diocesano y de los hijos de Don Bosco a los que confía, de modo particular, a sus estudiantes.

Capítulo 13: LA SEMILLA GERMINA Y CRECE

Responsabilidades y preocupaciones pasan a un segundo plano cuando se trata de defender el honor y la dignidad del obispo. Monseñor Bandi es acusado de injuria pública por el semanario *“Il Fascio Democrático”*.

Después de un primer proceso muy favorable para el obispo, el director del periódico y quienes le sostienen hacen un recurso y exigen que el obispo en persona se presente en el tribunal.

Don Orione envía a un buen grupo de jóvenes del Santa Clara a ocupar la sala del debate, la cámara precedente y toda la escalera.

Llegan después los socialistas, enviados por la casa del trabajo: quieren subir, pero no se puede, piden permiso y les responden: “¡Si no podemos subir tampoco nosotros!”.

El obispo pasa por una escalera de servicio. Los magistrados lo reciben poniéndose en pie como señal de honor. El interrogatorio, brevísimo, tiene lugar en el umbral de la puerta con mucho respeto y discreción. Inútiles las protestas de los socialistas: aunque no quieran, tienen que admitir que Don Orione ha estado más resolutivo y listo que ellos. Querían denigrar al obispo, al menos con alguna fotografía, pero Don Orione ha adiestrado bien a sus muchachos también en esto. Nada de insultos, nada de fotografías y además el cortejo y la banda con Don Orione a la cabeza saluda y festeja al obispo de vuelta al obispado.

En el paréntesis de las fiestas navideñas tiene lugar el inicio de una tradición muy querida por Don Orione, la del belén. En el Santa Clara se ha montado uno bellísimo. Entre los visitantes ilustres está también monseñor Bandi.

Pero las consolaciones y las dulzuras de la Navidad no quitan del todo las amarguras de los contratiempos y dificultades que acompañan la vida de Don Orione. En una revisión, los inspectores han pedido la intervención en algunos locales, bajo pena de la clausura de la escuela, pero el ayuntamiento, en calidad de propietario, se hace sordo a dicha petición.

“Un individuo, que llegó de un lugar lejano”, acogido, colmado de dinero y de vestidos, “querido mucho y socorrido de diversos modos”, expulsado después del instituto por varios motivos, acusa al director del colegio de haber abierto indebidamente su correspondencia. Continúa el proceso, llegando el recurso al tribunal el 26 de julio y la absolución plena de Don Orione que comenta: “Verdaderamente este año hemos pasado muchas agonías amargas, engaños, abandonos, dolores grandes, tantos que me parecía que hubiesen roto nuestro pobre corazón. Sin embargo no: mientras hoy deberíamos sentirnos no sólo postrados sino desaparecidos mil veces bajo la avalancha de tantos afanes, mirad que todo ha pasado con la ayuda de Dios, y nosotros con el alma compungida y con los ojos llenos de lágrimas por Jesús, estamos todavía aquí, en pie, y más fuertes que antes” (ODP. 30.7.1899).

Dolores para monseñor Bandi y de paso también para Don Orione. Es la triste situación creada en Novi Ligure por culpa de dos sacerdotes. Un párroco se revela abiertamente al obispo y arrastra consigo a un grupo de laicos. Ha manchado su sacerdocio, es rebelde y aparece como víctima. Los sacerdotes que han tenido el coraje de desenmascararlo y se han puesto en defensa del obispo, han sido citados en el tribunal. Don Orione, encargado de acercarlo y ayudarlo, concluye escribiendo: *“Ofreceré a Jesús toda mi vida por él al que quiero tanto; porque es un alma redimida por la Sangre del Señor y porque es un sacerdote; pero él no me ha escuchado, prefiere ser declarado herético” (Scr. 72,178).*

El comportamiento incorrecto del rector del Colegio San Jorge agrava las tensiones y las divisiones en la ciudad. El obispo pide de nuevo la ayuda de Don Orione para pacificar los ánimos y salvar esa escuela católica.

Don Orione está dispuesto a asumir la dirección, pero el anticlericalismo, que encuentra consenso en los dos sacerdotes rebeldes, procura crear descrédito y confusión contra las actividades fundadas y sostenidas por la Iglesia. El colegio no puede ser confiado a Don Orione “porque, asevera el procurador del rey, el reverendo quiere dar el asalto a la roca del laicismo en nombre de la intransigencia papal, partiendo de un claro prejuicio”. Y, aunque reconociendo en Don Orione todas las capacidades y la calidad necesaria, escribe el prefecto: “No creería conveniente ni oportuno la asunción del sacerdote Orione para la regencia y administración del Internado de San Jorge porque no nos daría confianza suficiente acerca de la instrucción civil y patriótica que se quieren imprimir a un instituto laico, tal y como el que se quiere dar a este Internado, que, confiado al sacerdote Orione, recibiría una impronta más bien ascética y clerical”. Sí, porque hablamos de aquellos tiempos en los que la libertad, el progreso, la formación cultural y humana parecía auténtica en la medida en que era anticlerical.

En julio de 1899 la naciente Obra empieza a asumir su propio rostro. El boletín de la Obra de la Divina Providencia anuncia como propias las colonias agrícolas gestionadas anteriormente por Don Albera. Asume la responsabilidad y la guía conjuntamente con otras instituciones de Tortona, Mornico, Turín, y Noto. El mismo día nace la rama de los ermitaños de la Divina Providencia: *“El domingo pasado, en el ofertorio de la Misa solemne, a los pies del Sagrado Corazón de Stazzano, el obispo vestía y bendecía a los primeros ermitaños de la Divina Providencia. Ahora han vuelto a la oración y al trabajo entre los bosques montuosos y los campos de su soledad”* (Scr. 36,45). Su eremitorio está en Cegni de Varzi (Pavía).

La fundación de la nueva familia de humildes, silenciosos y tenaces “trabajadores de la oración y de la tierra”, soñada desde hace mucho tiempo, permite acoger a aquellos chicos, jóvenes y adultos, más dados al trabajo manual de los campos, a la fatiga agrícola, por entonces generalmente abrazada por las familias menos pudientes o pobres.

El obispo, monseñor Daffra, invita a Don Orione a abrir un internado en San Remo. La idea no disgusta a Don Orione, pero tiene que echar sus cuentas con el personal del que dispone y el parecer de monseñor Bandi. En una visita de reconocimiento a la ciudad se da cuenta de la oportunidad y de la urgencia de la obra y advierte la posibilidad de trabajar por la unidad de la iglesias: *“Hasta ahora por aquellas iglesias no se ha hecho nada, y su movimiento hacia nosotros acaso esté más en la cabeza de los periodistas y sea más aparente que real. Tenemos que ir a ellos con una gran bondad y bien cargados de ciencia, pero ciencia caritativa; no será con la autoridad con la que hagamos algo. He pensado escribir al párroco de Bussana, que me dé su iglesia, y poner allí al lado del mar y a los pies del Sagrado Corazón, la Casa para la unión de la iglesias. Así ese santuario tendrá otra santísima razón de ser”* (Scr. 57,169).

La aprobación de monseñor Bandi tarda en llegar, Don Orione espera para iniciar la propaganda mientras el periódico de Tortona comunica como cierta la noticia: “La Obra de la Divina Providencia se va agrandando cada vez más. Monseñor Daffra convoca al buen director Don Orione y le encomienda el Colegio San Rómulo en San Remo. Para el próximo año, por tanto, en aquella porción de tierra encantada, se abrirá el colegio con escuelas elementales, técnicas, de bachillerato y de licenciados, y bajo la alas amorosas de la Divina Providencia” (“Il Popolo” de Tortona, 27 agosto de 1899).

Monseñor Daffra quiere en la dirección del internado a un sacerdote, y monseñor Bandi no quiere dar más ayuda. Don Orione, para no dar disgusto a ninguno de los dos decide enviar como director a Don Sterpi.

Los chicos al principio no son muchos, lo cual permite abrir un Oratorio y acercar así a la juventud y a las familias del lugar. En primavera las grandes esperanzas de la Congregación se trasladan de Tortona a San Remo para completar allí su formación.

Entre tantas ocupaciones, Don Orione no pierde de vista la formación de los estudiantes de Turín ocupados además en el cuidado de los aprendices de 'artes y oficios'. A ellos les pide cada vez más generosidad y entusiasmo. En el verano algunos de ellos tienen que prestar servicio también entre los huérfanos que la Madre Michel ha recogido en Nichelino.

Don Albera manifiesta siempre más su preferencia por las colonias agrícolas. En Noto, con el beneplácito de monseñor Blandini, quisiera abandonar el instituto y dedicarse a tiempo completo a las colonias con el riesgo de modificar la finalidad de la Obra.

El obispo de Norvieto, conocida la actividad de Don Orione, a través del periódico *"La Italia real"*, ofrece terreno para una colonia agrícola. Don Orione acepta la propuesta en diciembre de 1899, envía algunos ermitaños a la colonia Inmaculada de Noto y confía a Don Albera ésta de Orvieto.

Es su deseo, y el obispo lo exige, encontrar una sede adecuada para el noviciado. Ha pensado siempre en Castelnuovo Scabia, su 'cafarnaún' (Scr. 85,20), el pueblo de su madre, Donde es estimado, bienvenido y ayudado con algunas pequeñas donaciones. El ayuntamiento está dispuesto dar el local y la iglesia de San Ignacio, pero Don Orione, para no herir la sensibilidad del párroco, renuncia.

Las deudas, por desgracia, no son una novedad para Don Orione, pero, algunas veces...: *"Un año, antes de 1900, nos hemos encontrado con que debíamos al Banco Popular de Tortona más de veinticinco mil liras por las deudas que teníamos especialmente con el panadero. Tenía que pagar las veinticinco mil liras y algo más el sábado. Yo me encomendé al Señor; cuando entendí que el Señor no me escuchaba me encomendé a la Virgen. Reza y reza. Incluso la Virgen se hacía la sorda. Me vino una idea. Mi madre me había dado sus pendientes de esposa, pendientes, claro está, de pobre mujer, tan pobre que además de los pendientes, no me dejó nada más que un baúl con ropas usadas, de aquella tela áspera que usaba entonces la gente mayor. Pensé entonces en coger los pendientes y ponerlos en las orejas de la Virgen de la Divina Providencia. Subí al altar, y no os riáis, hice agujeros en las orejas de la Virgen. Pensaba entre mí, ¡ahora me oirás, por Dios!*

¡Tenía una gran fe! Reza y reza, reza y reza, reza de día y reza de noche, no hacía otra cosa que rezar. Necesitaba que la Virgen actuase pronto, porque el tiempo pasaba y el lunes se acercaba y me hubiesen secuestrado los pocos trapos para cobrarse las veinticinco mil liras. Pensaba para mí, le he agujereado las orejas; ¡espero que ahora nos haya escuchado! ¡Pero nada! La Virgen no nos escuchaba. '¡Está sorda la Virgen!, tan sorda que no ha escuchado ni siquiera cuando le hemos agujereado las orejas para ponerle los pendientes'. Me encomendé a las ánimas del purgatorio. Fui a la Iglesia y pedí perdón al Señor y a la Virgen por haberme sentido obligado a recurrir a las almas del purgatorio. Era ya lunes, entré en la capilla y me dirigí al Señor, a la Virgen y a las almas del purgatorio y un poco a todos los santos del cielo. Después fui a la habitación. Apenas había llegado cuando llama a la puerta Zanolchi (el portero) y me dice: 'Hay una señora, que pide ser recibida y quiere subir a toda costa y está ya subiendo las escaleras: va vestida de negro, y no me ha querido decir quién es; dice que es una bienhechora y que viene de Voghera'. No había salido todavía de la dirección cuando la veo cerca de la puerta y rápidamente me dice:

'Don Orione, ¿no tiene una habitación para darme?'

'¿Una habitación para darle?', respondí.

'Sí, una habitación para darme, porque tengo aquí dentro de las medias veinticinco mil liras. me tengo que quitar las medias para poder sacarlas' –insistió. Cogí el tren para Turín, porque pensaba llevar este dinero para la obra de Don Bosco. Y mientras el tren partía, saqué la

corona del rosario y estaba diciendo el rosario por las almas santas del purgatorio para que me asistiesen y protegiesen de los ladrones. ¡Lo entenderá, con tanto dinero entre las medias! Y mientras me había encomendado a las almas del purgatorio, llegué a Pontecurone y me ha parecido escuchar una voz que me decía: '¿por qué ir hasta Turín?' Podrías bajar en Tortona y llevar el dinero a ese pobre diablo de Don Orione'. Pero yo pensaba: 'Quién sabe si ese trotamundos estará en casa', y si no está en casa pierdo el tren y quién sabe cuándo podré llegar a Turín. Cuando llegué cerca de Tortona esa voz se hacía sentir con mayor insistencia, y cuando el tren se paró aquí en la estación, me pareció que una mano me obligaba a bajar'. Fue a una habitación, se sacó las medias y después vino a mí y contó uno tras otro 25 billetes de mil. Cuando vi aquella gracia de Dios, después de haber oído que ella había rezado el rosario y se había encomendado a las santas almas del purgatorio, se me puso un nudo en la garganta y me puse a sollozar por la conmoción. Y aquella mujer, pensando que yo me sintiese mal, me decía: 'Pero, ¿qué le pasa?, ¿se siente mal? ¿Quiere que vaya yo a hacerle un poco de café?' Y estaba a punto de bajar para preparar café. Pero yo poco a poco le fui contando cómo habían sucedido las cosas, cómo me había encomendado al Señor, y después a la Virgen y después a las almas del purgatorio. Y concluí: 'Se ve que es usted la mano de la Divina Providencia'.

Estaba todavía hablando, cuando subió Zanolchi y me dijo que ya había llegado el empleado del banco. Y la mujer asistió al pago de la deuda. Había todavía algo que pagar y ella sacó más dinero y así fue posible pagarlo todo" (Par. 25.8.1938).

El obispo, un poco por motivos de salud y un poco por malos consejos, y en un alternarse de sentimientos encontrados sobre Don Orione, le pide ayuda para la solución de problemas delicados y difíciles y por otro lado cambia de parecer y no le quiere ordenar los clérigos de la Obra. Después de una audiencia tumultuosa y humillante, en Vigevano, Don Orione está desolado.

El día siguiente monseñor Bandi envía una carta en un tono totalmente diferente: "Querido Don Orione, dispón como quieras para tus clérigos, pero no en la próxima ordenación. Cuando todo esté dispuesto, procederé para hacer una función especial. Se entiende que, como te dije, yo tenga primero que tomar una visión general de las notas escolares, para usar los mismos criterios que con los seminaristas. El Señor te conceda poder un día comprender que yo te he deseado siempre el mayor bien posible".

Don Orione le respondió con dos telegramas y una carta: "Veneradísimo padre en Nuestro Señor Jesucristo, le agradezco con profundo reconocimiento su carta, y la expresión llena de afecto me ha enviado. También yo le he amado siempre entrañablemente, y me ha dolido profundamente lo del otro día, sentir decir que debería haberme encontrado en una posición distinta de aquella en la que me encontraba y que me dirigía a otros obispos que no fuesen usted.

Estoy completamente convencido de caminar por el sendero que la Providencia me ha señalado. La pobre obra de la Divina Providencia le ha amado siempre entrañablemente, y nuestros corazones, y nuestro trabajo y nosotros mismos seremos siempre suyos; muchas veces se ha intentado alejarla de usted, se ha dicho que estaba errando, lejana, pero ésta es la hija primogénita de su episcopado, como el Oratorio festivo de su jardín fue en la diócesis el primer germen de una acción católica más viva, más fresca y más papal" (Scr. 72,48; 45,18).

Con un gesto de devoto reconocimiento, Don Orione, ofrece a la Virgen del Rosario de Villalvernia un corazón con la dedicatoria y los nombres de los chicos.

Capítulo 14: SACERDOTE SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS

Había llegado la última tarde de predicación en Castelnuovo, que acababa con la fiesta de la Inmaculada. Habló aquella tarde sobre la confesión; la iglesia estaba llena, hasta rebosar. Durante la homilía, ni siquiera yo sé cómo, sin darme cuenta, porque nunca había pensado en algo semejante, me vino a la mente una expresión que nunca había pensado. Dije: 'Si aunque alguno hubiese puesto veneno en la taza de su madre y la hubiese hecho morir así, si está verdaderamente arrepentido y se confiesa, Dios en su misericordia infinita está dispuesto a perdonarle de su pecado'.

Acabada la homilía me puse a confesar hasta medianoche.

Debía volver a Tortona porque tenía que dar algunas clases: por entonces daba italiano a nuestros muchachos. Aunque cansado, me puse en el camino que va de Castelnuovo Scrivia a Tortona. El tiempo era horroroso, nevaba. Me puse a caminar, a menudo hacía esos nueve o diez kilómetros a pie. Envuelto en mi capa, salí del pueblo sin que se viese un alma.

Y hete aquí que fuera del pueblo veo delante de mí una sombra negra que se acercaba hacia mí lentamente en medio de la blanca nieve. Era un hombre envuelto en un tabardo, con el sombrero bien calado sobre la cabeza: caminaba también él hacia Tortona pero de un modo como si esperase a alguien. Cada tanto se volvía hacia atrás y me di cuenta que el esperado era yo. ¿Querría acaso robarme? Dinero desde luego yo no llevaba. Tenía un poco de miedo; cuando llegué a su altura, con cierto temor, lo saludé: 'Buenas noches, buen hombre'.

Poco después, sentí que se dirigía a mí: 'Reverendo, quisiera decirle algo'.

'¿Va a Tortona?', le dije yo.

'En realidad, no'.

'Entonces, ¿espera a alguien? ¿Tiene necesidad de algo?'

'La verdad es que sí. Escuche, ¿es usted Don Orione, el predicador, el que ha predicado esta tarde?'

'Pues sí, buen hombre'

'He oído hoy su homilía: usted esta tarde ha dicho una cosa...'

'¿Qué cosa?'

'Usted hoy ha hablado de la confesión, de la misericordia de Dios'.

'Sí'.

'Mire, quisiera saber si lo que ha dicho esta tarde es realmente cierto'.

'Seguro que sí, creo no haber dicho nada que no se encuentre en el Evangelio'.

'Quisiera saber si es de verdad cierto que uno que hubiese puesto veneno en la taza de su madre, podría ser aún perdonado de su gran pecado'.

'Basta que esté verdaderamente arrepentido y pida perdón al Señor'.

'Yo soy ese que puso veneno en la taza de su madre: había una gran tensión entre mi madre y mi mujer, y yo maté a mi madre. ¿Puedo tener perdón? (Y se echó a llorar) ¡Padre, confíeseme, confíeseme! ¡yo soy ese de la taza! Desde aquel momento no he vuelto a tener paz. Y son ya muchos años...'

Me acerqué a un lugar más ancho del camino. Se arrodilló y se confesó llorando; le di la absolución; después se levantó y me abrazaba y apretaba, sin dejar de llorar y no podía separarse de mí, tanto era el consuelo que le inundaba. También yo lloraba y lo besé en la frente y mis lágrimas se confundían con las suyas. Quiso acompañarme casi hasta

Tortona y, sólo por mi insistencia, volvió finalmente atrás, y yo continué mi camino con un gran consuelo, con una alegría en el corazón tan grande como nunca experimenté en mi vida' (Par. 17 agosto 1923).

En una localidad vecina, Valle Staffora, con una población casi toda “roja” que odiaba a los curas en general, Don Orione fue a predicar y puso en práctica una de sus estrategias más originales, no exenta de astucia. Empezó la prédica así: *“¡Abajo los curas!, sí, ¡abajo los curas!, de verdad, ¡abajo los curas!”*.

Los que escuchaban se miraban extrañados y los más atrevidos se daban con el codo o guiñaban el ojo diciendo: “Bien, muy bien”. Pero Don Orione continuó: *“Abajo los curas si hacen lo que no deben hacer. Si dan que decir con su conducta. Si faltan gravemente a su deber. Pero oíd, buena gente: si son fieles a su misión, hacen el bien, representan dignamente a Jesucristo (y aquí una admirable exposición de la actividad sacerdotal), entonces... ‘¡Viva el sacerdote!’”*.

Y así logró los objetivos que desde el principio se había propuesto y condujo a toda la población a los santos sacramentos. (A. Gemma, *I fioretti di Don Orione*, Ed. Dehoniane, Roma 1994, pag. 108).

La apertura de los dos colegios, los compromisos de predicación, la participación en las distintas manifestaciones y asambleas de las asociaciones católicas no lo distraen pero suponen una razón y urgencia de peso para la preparación de su ordenación sacerdotal, fijada por el obispo el Sábado Santo (13 de abril de 1895).

Dedica toda la semana que precede al acontecimiento recogido en oración en el seminario; la noche de vigilia la pasa asistiendo y recogiendo el último suspiro del vicario general monseñor Andrés.

El rito de ordenación se desarrolla en la capilla del obispo. Y para consuelo del nuevo sacerdote, monseñor Bandi viste con el hábito talar a seis chicos del colegio de Santa Clara. Están presentes, mamá Carolina, los hermanos Benito y Alberto, los tíos Carlín y Cristina, y una representación de sus chicos.

Monseñor Novelli lo presenta al final del rito a los clérigos del seminario que lo acogen con gran entusiasmo. Don Orione hábilmente orienta la atención y los aplausos hacia el rector.

La mañana de Pascua celebra su primera Misa en el Colegio. Los preparativos han sido minuciosos y el resultado espléndido. El Alcalde de la ciudad está entre los invitados a la comida.

Al día siguiente regala la primicia de su sacerdocio a los encarcelados a los que durante muchos años ha visitado regularmente y *“se ha convertido en su pobre pero muy querido amigo” (Scr: 97,5).*

La ordenación sacerdotal señala una nueva etapa en su vida. No sólo es cuestión de unos estudios terminados, del ingreso oficial en el ministerio, sino de ofrecimiento total de sí mismo a Dios para la salvación de las almas, de todas las almas: *“En la primera Misa he pedido que todos aquellos, que de cualquier manera, hubiesen entrado en contacto conmigo, se hubiesen salvado. Y tengo motivos para creer que el Señor y la Virgen me hayan concedido ya esa gracia” (Scr. 79,372).*

Al sacerdocio se llega de un modo particular para poder estar cerca de los pecadores, recuperarles y llevarles al amor de Cristo. *“El fin del sacerdocio, escribe, es salvar las almas y correr detrás de aquellas que, especialmente alejadas de Dios, se van perdiendo. A éstas las debo una cierta preferencia, no de ternura, sino de paternal consuelo y de ayuda para su regreso, dejando si es necesario otras almas menos necesitadas de asistencia. Jesús no vino para los justos sino para los pecadores.*

Presérvame, Señor, ¡oh Dios mío, de la funesta ilusión, del diabólico engaño de que yo sacerdote deba ocuparme sólo de quien viene a la iglesia y de los sacramentos, de las almas fieles y de las pías mujeres.

Ciertamente mi ministerio sería más fácil, más agradable, pero yo no viviría de ese espíritu de apostólica caridad hacia las ovejas descarriadas que brilla en todo el Evangelio.

Sólo cuando me haya cansado y haya muerto tres veces por correr hacia los pecadores, sólo entonces podré buscar un poco de descanso entre los justos.

Que no olvide nunca que el ministerio a mí confiado es ministerio de misericordia, y que use con mis hermanos pecadores un poco de aquella caridad infatigable, que tantas veces usaste hacia mi alma, ¡oh gran Dios!". (DO. II.175).

No es todavía sacerdote cuando escribe al patriarca de Venecia, pidiéndole que vigile la conducta de su amigo Lorenzo Perosi, que acaso cede demasiado a lo mundano con descuido de la dignidad sacerdotal en la que ha sido inscrito. *"Cuando Don Lorenzo era ya maestro de capilla en San Marcos de Venecia, recuerda Don Orione, el maestro Giuseppe Perosi se desahogó conmigo: era un hombre austero, me decía que las ambiciones artísticas habían llenado la cabeza de su Renzo. Por las cartas que éste le enviaba supo que el patriarca Sarto le había tomado mucho aprecio y que su bondad y su familiaridad le habían empujado incluso a jugar con él algunas partidas de cartas. El maestro Perosi me dijo que su Renzo fumaba, que temía por su virtud. También a mí me parecía que mi compañero corría peligro de perder su bondad, ensalzado por sus triunfos artísticos y por la vida cómoda. Le dije, por tanto, a Perosi que me dejase a mí, que me encargaría de escribir una buena carta al patriarca. Escribí una carta de cuatro páginas, una carta muy diplomática, al menos así me parecía a mí, pero también fuerte. En ella decía que hablaba en nombre del padre de Lorenzo"* (DO. II, 77).

El futuro Pontífice Pío X aprecia la delicadeza, la espiritualidad y la noble preocupación de aquel clérigo que no conoce. Informado por Perosi de su próxima ordenación, premia tanta audacia enviando la tela de la sotana que llevará el día de la ordenación.

Ahora que es sacerdote y está disponible, las parroquias se lo rifan. Se dedica al apostolado con celo ejemplar: predica y confiesa, confiesa y predica, horas y horas, viajando a menudo a pie, haciendo penitencia, comiendo cuando se puede y concediendo al reposo sólo algunas horas de la noche.

Convencido de la eficacia extraordinaria de la prensa, se sirve de ella abundantemente para su ministerio apostólico.

Se ha iniciado pronto como corresponsal de los periódicos locales primero, y más tarde también de aquellos de portada nacional. En agosto de 1895 inicia personalmente la publicación de un folleto de cuatro páginas con el título *"La Scintilla"* (*'La Chispa'*), y como subtítulo el lema *"¡Almas, almas!"*. El contenido es sustancial y el lenguaje muy coloquial. En el primer número, después de un obligado saludo al obispo, se extiende en un largo artículo dirigido a los jóvenes, porque *"el pobre folleto está escrito para las jóvenes esperanzas de la iglesia y de la patria; y está escrito por jóvenes ardientes de fe, crecidos a la sombra de la cruz!"* (DO. II, 198).

Seguirán a ésta otras importantes publicaciones, y no simples revistas, siempre con el objetivo de difundir la verdad y el bien para la salvación de las almas.

Capítulo 15: LAS OPCIONES Y LOS TIEMPOS DE DIOS

En diciembre de 1900 Don Orione se embarca de Nápoles a Palermo. En la nave se encuentra viajando con dos jóvenes estudiantes que, sin ninguna razón, comienzan a insultarlo y ofenderlo. Viendo que permanece tranquilo y sin ofenderse, multiplican los insultos. El cielo, de pronto, se vuelve gris y se confunde con las aguas del mar que al soplo del viento se encrespan y se convierten en grandes olas. La tempestad balancea peligrosamente la nave. Los dos jóvenes enmudecen y llenos de espanto, con el corazón en la garganta, miran a ese extraño cura que recogido y tranquilo sigue rezando.

Vuelta la bonanza, los dos estudiantes se acercan humildemente a Don Orione y le piden perdón al pobre cura que con su humilde oración, no sólo ha aplacado los vientos y la tormenta, sino también ha convertido y conquistado sus corazones.

Don Orione siente una atracción particular por la Abadía de San Alberto que visitó, por primera vez, con los chicos del San Bernardino. Fundada por el ermitaño San Alberto, muerto en el año mil, tuvo siglos de gran esplendor. Después la decadencia y casi el abandono, en 1900 Don Orione está entre los que trabajan en la búsqueda y reconocimiento del cadáver del santo. Su sueño, que se hará realidad, es devolver al cenobio su primitivo esplendor.

Necesita una sede para sus ermitaños donde puedan estar en soledad y realizar trabajos agrícolas y además se preparen para las ocupaciones de trabajo y asistencia en el campo que les esperan en las colonias de Orvieto, Roma, Noto y otras que nacerán. ¿Por qué no pedir al obispo la abadía como sede para sus ermitaños?

Monseñor Bandi acepta y bendice con particular interés el proyecto de Don Orione: juntos deciden poner como director de la comunidad al párroco de San Alberto, colaborador fiel en los inicios de la incipiente Congregación.

En julio de 1900 los primeros ermitaños suben a San Alberto para preparar la visita canónica del obispo y la solemnidad del santo en la primera semana de septiembre.

En las misiones populares, en las homilías, en cada pueblo que visita, Don Orione se convierte en promotor y apasionado sostén de nuevas vocaciones. La amistad con los párrocos, la estima de la que goza por todas partes facilitan la búsqueda. El día de la Inmaculada en Tortona visten el hábito siete aspirantes. La ermita de San Alberto en poco tiempo se ha convertido en lugar de formación y centro de “distribución” para toda Italia.

Esta primera experiencia en San Alberto dura un sólo año. El párroco y director Don Cassolano no es un buen administrador, contrae deudas, gastos superfluos, no educa a los ermitaños en la pobreza y la renuncia. Don Orione, conservando buenas relaciones y anteponiendo la caridad, envía a sus ermitaños a trabajar en las distintas colonias agrícolas. La Abadía volverá a ser la sede de los ermitaños en 1920 cuando Don Cassola deje la parroquia.

A pesar de que el número de aspirantes y de obras aumenta, la búsqueda de una sede idónea para el noviciado no se soluciona. De hecho, incluso el intento de establecerla en Castelnuovo Scrivia, con la bendición del obispo, además de la concesión de la capellanía de un pequeño santuario, fracasa.

Será motivo de gozo para Don Orione aceptar la dirección de la colonia de Petrarra, venida a sus manos por voluntad de la Santa Sede. Otra gran satisfacción la constituyen las palabras de ánimo pronunciadas por León XIII en un coloquio con el cardenal Vannutelli: “Sí, hay que ayudar a estos buenos ermitaños de la Divina Providencia, hay que ayudarles”.

Monseñor Blandini insiste en que Don Orione transforme la propiedad de san Corrado en Noto en una nueva Camaldoli. Mientras, monseñor Bandi teme que el excesivo desarrollo ponga en crisis económica y de personal las obras bien encaminadas. En calidad de director baja a Noto sólo cuando su obispo aprueba y bendice la propuesta de monseñor Blandini.

Un nuevo e inesperado campo de trabajo se abre con la invitación de monseñor Radini Tedeschi. Muchos institutos consolidados y valorados tienen problemas para abrir una casa en la ciudad eterna. Para Don Orione la cosa fue muy simple: es la Providencia la que lo llama, y le abre las puertas de Roma y del Vaticano. Monseñor Radini ofrece una colonia agrícola fuera de la puerta de San Sebastián, lugar donde se extiende la malaria, transformada más tarde en lugar más salubre, en el centro de la ciudad. Monseñor Misciatelli compra y regala un edificio en la zona de Montemario, para utilizar como colonia agrícola y sede para los religiosos. No mucho después se añade la capellanía de Santa Ana en el Vaticano y la parroquia de Todos los Santos.

El 30 de diciembre de 1901 Don Orione visita la nueva sede, la colonia Santa María, en espera de la audiencia del Papa para presentar un esbozo del espíritu y finalidad de la Obra. Son días de intensísimo trabajo, de relaciones, de amistades, de encuentros. Habla mucho tiempo con sus hijos y se convence de la necesidad de que haya un sacerdote que se dedique a su formación. Pide a monseñor Bandi la disponibilidad de un joven y virtuoso sacerdote, Don Ignacio Goggi, y después de tres largos meses obtiene la ayuda pedida.

Una serie de dificultades ponen ahora a prueba al fundador: en la colonia de Santa María están en marcha trabajos de reestructuración. Monseñor Misciatelli quiere que en el puesto de Don Albera, que tiene muchos cargos, esté un director dinámico que tenga tiempo de seguir los trabajos. Don Albera enferma. El obispo no está contento con la comida de los chicos. Monseñor Bandi exige una sede para el noviciado bajo la amenaza de cerrar la Obra.

Por fortuna, en San Remo las cosas van bien. Don Sterpi escribe a Don Orione: “El obispo vino el martes a hacernos una visita y ha quedado muy contento. Es más, te digo que ha ofrecido una casa con iglesia en Taggia. ¿No sería un buen lugar para el noviciado?”.

Don Orione quiere primero preparar a los formadores: *“Este año envió a Roma para obtener la licenciatura de Filosofía a un buen clérigo y después tendremos dos licenciados: uno en Teología y otro en Filosofía y podremos poner donde queramos el noviciado y los novicios podrán tener clase donde los pongamos”*.

Monseñor Bandi insiste en que decida cuanto antes. Y así el 21 de noviembre, con el consenso de monseñor Daffra, seis jóvenes, elegidos por Don Orione, inician su año de noviciado en una casita cercana al instituto de San Rómulo. Don Sterpi, director y padre maestro, escribe las normas de vida, mientras el obispo se pone a disposición para las conferencias y las instrucciones.

El número de los novicios aumenta, se necesita un lugar más grande, alejado del bullicio de los chicos del colegio y que permita una vida comunitaria más regular. Don Sterpi, terminado el curso, busca la mejor solución. Nos lo cuenta Feretti, uno de los novicios que llegará a ser religioso y sacerdote de la Obra: “El ojo vigilante de Don Sterpi, que era nuestro padre maestro, se había posado en otra casa más grande y adecuada, en óptima posición, capaz de albergar un número mayor de personas. Esta segunda “casita” estaba situada a lo largo de la calle que conduce al monte San Rómulo, cercana al santuario de la Virgen de la Costa y rodeada por un gracioso jardincito, sobre la pendiente del magnífico valle que, entre los montes, desciende hasta el mar cercano; toda llena y exuberante de olivos y cítricos”.

Don Orione continúa empujando y haciendo propaganda personalmente. En un escrito suyo de la época aparece con evidencia ese fuego apostólico que lo mueve, la convicción sobre la importancia y la necesidad de la propaganda y, en fin, el método para obtener buenos resultados.

"Tortona, 3 de agosto de 1901. ¡Almas y almas! Queridísimo Don Sterpi, y queridísimos hermanos, paz de Dios y apostolado 'de propaganda'. Para que este instituto sea reconocido y pueda cumplir su santa misión, es necesaria, supremamente necesaria, después de la ayuda de Dios, una activísima propaganda. Y te escribo a ti, oh queridísimo Don Sterpi, y a todos los otros hijos de la Obra, para hablaros del espíritu y de la vida de propaganda que nos debe animar a todos y abrasar ahora y siempre sin cansarnos nunca jamás.

Por la ciudad de San Remo y por las otras ciudades y pueblos cercanos y lejanos debe pasar el soplo vivaz de nuestra propaganda a beneficio de nuestros chicos, debe ser un soplo de atracción, un soplo gallardo de apostolado que transporte y arrastre a todos hacia nosotros para llevarlos a todos a Jesucristo. Sé que tenéis los carteles, es necesario tenerlos a cientos. Me enviáis algunas copias. La distribución de dichos manifiestos se deberá hacer en el menor tiempo posible y que estén minuciosamente bien hechos, abundantes en el número de copias; hazlos tú directamente o por medio de personas seguras.

La difusión se hace así: toda de una vez, en los puntos más céntricos y frecuentados y en los extraños también. Es necesario un número muy grande de manifiestos para llamar la atención del público, y llamar la atención de todos, también de los ciegos; después, cada semana, debéis mandar colocar otros nuevos allí donde veis que estarían bien y donde veis que faltan o hubiesen sido estropeados.

Hacia primeros de septiembre, todo de nuevo, otra lluvia de manifiestos, escogiendo los momentos y los días de más afluencia; y en los últimos veinte días de septiembre ha de ser un trabajo febril y continuado, Donde se vaya, donde se esté, dulce y audazmente, por la salvación de las almas y en el nombre santo de Dios, sin cansarnos, sin mirar atrás, sin decir nunca basta ya, nunca, nunca. Porque en el mundo moderno, que está todo él lleno de publicidad y de propaganda, nosotros, Hijos de la Divina Providencia, debemos dar prioridad a la actividad por Dios y por las almas, siendo nosotros, por gracia de Dios, los hijos de la luz y de la verdad" (Scr. 10,22).

En septiembre de 1901 monseñor Daffra predica el primer curso de ejercicios espirituales de la familia religiosa. A la conclusión, Don Orione comunica a los participantes el fin de la obra, según el texto mismo de Navidad de 1900 y anticipado en líneas generales en el texto presentado a monseñor Bandi en 1899.

La casa de San Remo reviste gran importancia en la vida de la Congregación, de hecho ella es la sede del primer noviciado y acoge los emblemas del patrimonio espiritual de la Obra: la estatua de la virgen de la Divina Providencia, el cuadro de la Virgen del Buen Consejo, el Archivo en preparación; se tienen en ella importantes cursos de ejercicios espirituales; es la primera casa propiedad de la Obra. Monseñor Daffra se muestra como verdadero obispo de la Congregación, consejero de Don Orione y de los primeros sacerdotes de la congregación, su defensor y ayuda en los momentos de duda. Tanta es la estima y el amor por Don Orione que parece que quiera transferir la Congregación a esa ciudad. Al conceder el permiso de la capilla interna del noviciado escribe: "¡Cuántas bendiciones me obtendrá para San Remo! ¡Quedaos conmigo los dos!".

El espíritu del Señor que no conoce límites de espacio y de tiempo, sugiere siempre nuevas iniciativas de bien. Don Orione, animado por una fe dinámica y activa, que une la más alta contemplación al apostolado más intenso, el más alto amor a Dios al Don total de sí a los hermanos, se mantiene abierto a todos los horizontes de la caridad. Un mes después de la toma de hábito de los primeros ermitaños lanza la idea de las "Damas de la Divina Providencia": *"Una asociación grande donde todas las almas se encuentren unidas en el campo de la caridad, y en un mismo pensamiento de abnegación y de sacrificio. ¡Esta asociación será la Obra de la salvación de los niños! El 'Boletín de la Divina Providencia', que continuará publicándose siempre, será como la*

voz de la 'Pía Hermandad', y señalará el crecimiento y la expansión de la Asociación de las Damas de la Divina Providencia" (ODP.14.09.90).

La cruz es fiel compañera de todas las obras de Dios. No puede faltar ciertamente en la vida y en la Obra de Don Orione que ha nacido, quiere moverse y permanecer en la voluntad de Dios. El señor Balma, director del Instituto San Fogliano, cesa en su servicio; Don Alvigini, destinado a sustituirlo, enferma; monseñor Bandi reclama para el seminario a los clérigos que lo ayudan en las diversas obras.

Don Orione tiene que cerrar algunas actividades por falta de personal, incluida la de Turín que trata de salvar confiando el encargo a Don Sterpi. Por suerte, precisamente en Turín, entorno a las hermanas Fogliano, nace el primer núcleo de las Damas de la Caridad que se esfuerzan en que la Obra pronto vuelva a la ciudad. Tanto es el amor a Don Orione que ellas no se llamarán ya damas, sino hijas de la Divina Providencia. Las óptimas relaciones de las Fogliano con Don Orione y la Congregación continuaron por otros 35 años. En situaciones de incertidumbre para la Casa de la Inmaculada, de dolores por el amenazado cambio de su espíritu y de sus fines, por su propia salud física, Don Orione siempre estuvo cercano, animándolas a continuar, asegurándoles la asistencia del Señor. Hubo incluso momentos en los cuales parece que ellas debieron ser la piedra base del instituto femenino, que Don Orione pensaba ya crear. Una serie de cartas de Don Orione a las Fogliano, del 1902 a 1923, recuerdan la continuada relación y la ayuda moral que siempre él les prestó en sus iniciativas.

Capítulo 16: LA APROBACIÓN DEL OBISPO

Monseñor Bandi, tras tres días de intensos encuentros con Don Orione, Don Albera, Don Sterpi e Don Goggi, tiene la intención de restringir el campo de acción hacia las colonias agrícolas y confiar la dirección a Don Albera. A Don Orione poco le importa no ser el superior, pero no puede aceptar que se tergiversen el objetivo y la finalidad de la fundación.

Se presenta al obispo. El encuentro, tormentoso y difícil desde el principio, termina con un diálogo conciso:

“Dime la verdad, ¿qué piensas de la orden que te he dado? ¿Qué piensas de tu obispo?

“He seguido siempre puntualmente las órdenes recibidas”.

“No es eso lo que te he preguntado. Obedece a tu obispo y dime de verdad lo que piensas”.

“Si es ésa su voluntad, si me lo manda, me pongo de rodillas y se lo digo de rodillas”.

“De rodillas o en pie quiero que me digas lo que piensas”.

“Pienso que mañana vuestra Excelencia no puede celebrar la Misa”.

Ese mismo día el obispo envía una carta a Don Orione: “Queridísimo en el Señor, ¡la caridad del corazón sagrado de Jesús esté siempre con nosotros! Bendigo tu Obra, para que prospere y se propague para el bien de las almas y a la mayor gloria de Dios. La Virgen Inmaculada acoja bajo su patrocinio tu persona y a todos tus colaboradores”(Carta del 20.1.1903; cfr: Scr: 64,10).

¡Finalmente se salva la caridad, se salva la verdad, se salva la obediencia y se salva la Congregación!

Don Orione cree que ha llegado el momento, para consuelo de sus colaboradores, de pedir la aprobación oficial del Instituto. Antes de enviar la petición al obispo, desea oír el parecer del Papa. Su ánimo y su aprobación son garantía de la voluntad de Dios.

Se prepara para el encuentro reelaborando lo que ha escrito en 1897 a Perosi, explicitado en 1899 para la Compañía del Papa y en otros textos sucesivos acerca del espíritu y los objetivos de la nueva familia religiosa. El 14 de noviembre de 1900 envía a Don Sterpi la primera redacción para que se le hagan observaciones y sugerencias. El texto está listo: *“Después de haber pedido en muchas ocasiones la ayuda de Dios, te digo que el día de la Inmaculada me parece conveniente que presentemos al obispo de Tortona todo lo que te he enviado en el día de San Estanislao, y te mando hoy retocado, para especificar y aclarar siempre mejor el fin por el que nos hemos unido”.*

Después de la audiencia fijada para el 10 de enero, escribe a su obispo: *“He sido recibido por el Santo Padre y me he arrodillado a sus pies como si estuviese a los pies del Señor. No sé explicarle el consuelo inmenso que he recibido. Le he hablado de la Obra y le he hablado de usted. Me ha dicho tantas cosas, todo lo que yo quería, más de lo que yo quisiese y pudiese desear... Me ha dicho: ‘Yo conozco bien la Obra, sé y conozco que vuestro espíritu es muy bueno; id y continuad, confortado con mi bendición más grande, y esté tranquilo, que Dios no os faltará y que el Santo Padre os bendice’ (Scr. 45,17).*

Le presenté la regla, la bendijo, la tocó, me puso más de una vez la mano sobre la cabeza, tocándola, confortándome, me dijo muchas cosas, también que pusiera en la regla el trabajo para la unión de las iglesias de oriente. Es éste, me dijo, un importante consejo mío” (Scr. 72,187).

Apenas salido de la audiencia, celebra una misa en acción de gracias y reza sobre las tumbas de Pedro y Pablo. Algún día después va como peregrino a San Benito a pedir luz e inspiración.

La redacción de las constituciones le tiene muy ocupado. Reza, estudia, se deja aconsejar, pide ayuda a hombres de cultura y santidad. En la reunión de San Remo, al término de los ejercicios espirituales de 1901, presenta el esquema.

A Don Orione le disgusta que mientras el Papa aprueba la visión abierta de la Obra, el obispo y otros con él quiera coartarla y hacer de ella algo muy reducido. Monseñor Bandi escribe: "Como ya te he dicho en más ocasiones, me parece que tu misión ha de ser ésta, educar a un grupo de ermitaños que reclamando la antigua vida patriarcal y cenobítica vayan a diseminar en nuestra Italia buenos y moderados agricultores. A esta obra deberías tú dirigir toda tu actividad y empeño. El momento me parece muy propicio, ya que en Roma tu obra es muy bien vista. San Alberto debe ser la Casa Madre, no tengo dudas. Sería oportuno abandonar todas las otras obras que no son de absoluta necesidad, que exprimen la caja y abaten el físico".

Al juicio del obispo se unen las impresiones de algunos representantes del clero que no ven bien que los clérigos estén empeñados en tareas que no sean los estudios, y menos aún en tareas en las que se ensucien las manos y les impidan estar siempre a punto en cuanto al hábito o al comportamiento. Al rector del seminario Don Olivati no le gusta la nueva concepción de clérigos que estudian, siguen el horario, están limpios y dignos, pero que se dedican a las instituciones de caridad para chicos abandonados, que saben también trabajar, meterse en humildes servicios, en asuntos que requieren sacrificios e incluso ensuciarse el hábito si fuese necesario, siempre a disposición de los superiores que les harán estudiar y cansarse.

Muy diferente es la convicción de Don Orione y de todos los que le rodean. El Boletín salesiano lo ve simplemente como "el apostolado de la juventud". Había sido invitado a Valdocco para el Congreso de los Oratorios Festivos. El comentario fue: "Vivamente aplaudidas las adhesiones del Apostolado de la juventud de Don Orione de Tortona".

Monseñor Bandi, fiándose de Don Olivati, ordena a Don Orione que envíe al seminario a todos los clérigos que pertenecen a la diócesis y que firmen su renuncia. También los clérigos tienen que firmar la declaración de no formar parte ya del Instituto.

Fue una tristísima realidad y un doloroso recuerdo: *"Había una persecución contra nuestra Congregación. Se llegó incluso a disolver, porque las obras de Dios han de sufrir todas su propio Calvario"* (Par. 15.10.28).

Y aún añade: *"El obispo me dijo: 'Yo no te los ordeno si no vienen al seminario' e incluso el día de su primera misa no les permitió que vinieran a verme. Nosotros debemos estar, sin embargo, siempre alegres y felices en el Señor"*. (Misc. A. 6p.196).

Don Orione se queda con poquísimos colaboradores pero confiado siempre en la Divina Providencia responde a monseñor Bandi: *"Yo entiendo bien la carta de su Excelencia y ayer por la tarde me he lamentado, pero con amor de hijo. Yo no tengo nada y estoy contento de todo. Si no es algo urgente, le ruego que use la caridad conmigo, vea si puede ayudar a esta pobre Obra y ayudarla un poco más; después del trato de benevolencia del Santo Padre, deben cesar las desconfianzas, por amor de Nuestro Señor, de la Virgen y de la Santa Iglesia, para los que sólo se trabaja y se quiere vivir y morir"* (Scr. 75,282).

"Tengo plena confianza en el Señor, en que me esté cercano y en que no abandone a sus hijos a la rabia sectaria de los que les quieren dispersar. Que Jesús le bendiga en aquello que haga. No creía que se llegase a tanto, pero quiero decir que si nuestro Señor lo dispone así, es porque nos quiere hacer santos por este camino; si el sello de Dios es la cruz, sea bendecida también ésta" (Scr. 72,201).

Otra razón que ha podido inducir al obispo a una elección tan dura podría ser la caída de un proyecto secreto suyo: ha instituido una casa de oblatos y le gustaría que Don Orione se dedicase a ellos asumiendo la dirección.

Don Orione no se opone a la petición del obispo: está dispuesto a colaborar. El Señor, sin embargo, le reserva otra misión, y por esto desea mantener su libertad de acción, sin vincularse demasiado.

Y es siempre y sólo la voluntad de Dios la que le guía. En este período tendría la posibilidad de abrir una casa en Génova gracias a la generosidad del señor Canepa; renuncia sólo porque falta el parecer del obispo. Al amigo bienhechor le pide la misma disponibilidad: *“El presente sacrificio de esperar el momento del Señor, es para nosotros un acompañamiento dulcísimo en la espera de las admiradas disposiciones de su divina providencia, es una preparación para el tiempo de la alegría, cuya hora suena a menudo improvisa”* (Scr. 110,178).

El tiempo pasa y la decisión del obispo parece inamovible. La cruz se vuelve pesada, pero es el querer de Dios que se lleva con amor. *“Ahora el obispo, y ya van tres años con éste, se muestra muy frío y está contra la Institución. Él dice que no entiende nada, pero yo ya le he dejado claro que acaso el Señor quiere que la Obra se perpetúe y que se propague por el mundo. No nos quiere dar clérigos; tampoco quiere realizar toma de hábitos aquí. Cuando surgió, se temió que no pudiese continuar, y por tanto no quería participar demasiado, para no comprometerse; cuando se vio que las cosas iban bien, quiso encardinarlo a la obra diocesana, que es la casa oblata. Me parece que éste no es el fin de la Congregación. Yo me he negado siempre y ahora el obispo es hostil. He probado el afecto grande de mi querido obispo, he probado también grandes dolores de mi querido obispo, pero yo ¡lo quiero tanto...!”* (Scr. 77,231).

Uno de los suyos, Don Albera, apasionado por la agricultura, se alía con monseñor Bandi en querer delimitar el campo de acción a los ermitaños y a las colonias agrícolas. El momento es delicado: hay que aclarar bien, de una vez por todas, el fin y el espíritu de congregación. Sin esperar más, Don Orione convoca en Tortona a Don Sterpi, Goggi y Don Albera. Tres días de reuniones, del 25 al 28 de enero de 1903, en que no llegan ni a un acuerdo ni siquiera en la presencia del obispo.

Monseñor Bandi suspende las audiencias para dedicar la mañana entera a las reuniones. Desde el principio resultan claras dos cuestiones: el obispo muestra poca simpatía por Don Orione y tiene ya una intención, al menos tácita, con Don Albera. Al día siguiente Don Albera no se presenta a la reunión. El obispo se lanza con más vehemencia contra los tres presentes. Don Orione teme que su presencia condicione las decisiones de monseñor Bandi. Para facilitar las cosas no se presenta.

Así, al tercer día se encuentran sólo Don Sterpi e Don Goggi. El obispo piensa en resolver la cuestión fácilmente:

“Como ya os he dicho, yo no tengo confianza en Don Orione; por tanto os propongo otro superior”.

“Haga como quiera Excelencia. Pero tenga presente que si no es de nuestro agrado, somos diocesanos, volveremos a nuestras casas en espera de órdenes”.

“He entendido –grita el obispo–, queréis acusarme de la clausura de los dos Institutos que vosotros dirigís. Pero yo os enviaré una circular a todos.

“Haga como quiera, Excelencia, estamos seguros que no dirá otra cosa que la verdad”.

Se despiden sin demasiada simpatía por ambas partes. Don Sterpi y Don Goggi se dirigen al Santa Clara para pedir hospitalidad a Don Orione para la noche y salir a la mañana siguiente.

A este punto Don Orione decide hablar personalmente con el obispo: está dispuesto a la obediencia plena, pero en conciencia siente el deber de exponer con claridad el espíritu que lo

anima. El encuentro del que se podría esperar lo peor se resuelve positivamente con la aprobación y la bendición de monseñor Bandi.

El 11 de febrero, fiesta de la Virgen de Lourdes, Don Orione presenta al obispo la petición para la aprobación diocesana. El 9 de marzo, después de haber añadido al texto alguna modificación, sugerida por el mismo obispo, recibe una primera y provisoria aprobación.

La aprobación definitiva parte de San Remo donde monseñor Bandi es huésped por un breve tiempo de reposo. Lleva la fecha del 21 de marzo, fiesta de San Benito. Goggi ha preparado el texto en Latín.

El decreto está acompañado de algunos compromisos que se han de ejecutar pronto: la presentación de la fórmula de los votos, la profesión religiosa de Don Orione y de sus colaboradores. Don Orione emite los votos el mismo día de Pascua, 12 de abril de 1903, en la capilla del palacio episcopal, de las manos de monseñor Bandi. La redacción de las reglas requiere un trabajo minucioso y largo que se prolonga hasta 1912.

Capítulo 17: SUFRIR, CALLAR...

Todos saben que la barca de Don Orione navega por aguas peligrosas; algunos esperan aún que naufrague; muchos, más allá de las apariencias, reconocen la mano de Dios que la guía a puerto seguro. Pero resulta difícil, por no decir imposible, entender y compartir algunas decisiones de este joven sacerdote que con tanta desenvoltura renuncia al dinero del que tiene tanta necesidad.

“Un día una señora se presenta a monseñor Bandi porque quiere encontrar a toda costa a Don Orione:

‘¿Por qué busca a Don Orione? Está siempre metido en muchos quehaceres, corre y corre sin parar nunca. Esta mañana me parece que está ocupado con una predicación en la parroquia de Silvano Pietra. Ha ido a pie, como él suele hacer. Volverá seguramente de noche. Pero, ¿necesita usted algo?’.

‘No soy yo quien tiene necesidad, es él que, como dicen por ahí, tiene extrema necesidad de dinero; hace tanto bien que he decidido echarle una mano’.

‘Aprecio su buen corazón. El Señor la ha enviado aquí a mí porque el obispo también tiene necesidad de dinero; también el obispo tiene deudas por el nuevo seminario de Stazzano’.

‘Sí, Excelencia, entiendo. Lo siento, pero este dinero es para las obras de Don Orione. Gracias, no le quiero hacer perder más tiempo’.

De hecho, la señora se va hasta Silvano Pietra, encuentra a Don Orione, le narra el encuentro con el obispo y, satisfecha, entrega su donativo. Don Orione lo acepta y lo agradece de corazón. Por la tarde, antes de entrar en el colegio, va al obispo a entregarle el dinero: ‘Excelencia, sé que tiene necesidad de dinero para Stazzano. La Providencia viene en su ayuda a través del más pobre de sus sacerdotes’.”.

La muerte de León XIII suscita en Don Orione una gran pena porque ha guiado a la Iglesia con sabiduría y firmeza en un período histórico borrascoso; porque a través de sus encíclicas sociales y doctrinales mueve las conciencias y espolea a los creyentes hacia un testimonio de fe abierto, coherente y lleno de coraje; porque lo considera también, casi de derecho, el fundador, por la aprobación, aunque sea formal, concedida en 1902.

Tiene 32 años. Es dinámico, resistente al cansancio y al sueño. Con una memoria firme y tenaz, sabe conciliar el recogimiento interior con una actividad vertiginosa. En un rostro siempre sereno y sonriente, esconde penas y preocupaciones grandísimas.

Ejerce una fascinación que conquista y arrastra. Su corazón siempre palpitante de amor por el Señor, derrama las atenciones más exquisitas hacia los hermanos. La unión con Dios, la oración y la penitencia, junto a la misericordia y a la grandeza de corazón, son el secreto de su éxito personal y de la eficacia de su apostolado. Cuantos se le acercan encuentran siempre una palabra de consuelo y de ánimo.

Puede parecer una exageración pero trabaja hasta veinte horas al día, reposando de alguna manera las otras cuatro. Una mujer sencilla lo definió como “trottola” (“peonza”), una gran peonza que gira y gira y no reposa nunca.

A pesar de los muchos quehaceres que lo acucian, dedica todo el tiempo necesario para recibir y escuchar a los que llaman a su puerta. Vienen también los curiosos, los que no tienen nada que hacer, a los que les gusta hablar largo y que no terminan de marcharse nunca.

Don Orione manda imprimir con caracteres de oro un cartel con el escrito: *'Bendice, Señor, a los que no me hacen perder el tiempo'*. Colocado en su despacho a los pies del crucifijo, llama rápidamente la atención de quien entra.

Scaldasole, un pueblo de la Lomellina, que Don Orione frecuenta bastante, por la amistad con el párroco y por los numerosos jóvenes que entraron en la congregación (entre todas las vocaciones de la parroquia de Scaldasole, la más ilustre es la de Don Pensa, amado y estimado por el fundador, que se inicia en Roma como ermitaño y ordenado sacerdote será el segundo sucesor de Don Orione), es testigo de un hecho extraordinario.

"Uno de sus habitantes, Camillo Colli, enferma gravemente. Ingresado en el Hospital de Pavía insiste para que se acerque Don Orione. Desea mucho tenerle cerca por algún minuto. La mujer y sus familiares escriben a Tortona: ninguna respuesta. Cualquier otro intento resultó vano.

Una tarde el enfermo invita a los presentes a dejar la habitación ya que tiene que entrar Don Orione.

'¿Pero qué Don Orione?'

'Sí, Don Orione ha venido, está detrás de la puerta esperando'.

'Cálmate, estás soñando o alucinando, detrás de la puerta no hay nadie'.

'Estáis pensando que estoy delirando, que estoy fuera de mí. No, estoy lúcido y sé muy bien lo que hago y lo que digo. Haced el favor de salir y dejarme a solas con Don Orione'.

Los presentes, perplejos, se miran a los ojos dejando a solas al enfermo, y permanecen en una ansiosa espera fuera de la habitación. Los minutos se hacen interminables. Finalmente desde dentro se oye la voz de Camillo:

'Podéis entrar ya'.

'Entonces, ¿cómo está?'

'Estoy lista, Don Orione ha venido, ahora puedo prepararme muy bien para morir y cerrar los ojos'. Y efectivamente, a los pocos días expiró serenamente

Ocho días después, la mujer del difunto visita a Don Orione para darle la noticia de la muerte del marido, pedir consejo sobre algunas operaciones económicas, y si es posible, entender algo de lo que ocurrió en el hospital:

'Mi marido deseaba tanto verle a usted y tenerle cerca, y sin embargo...'

'Pero sí que estuve con él y lo confesé. Puso a punto su conciencia muy bien, esté tranquila señora'."

Baja a Roma con motivo de la enfermedad y los funerales de León XIII, participa en la ceremonia de coronación de Pío X, y decide detenerse para poder contactar y conocer a varias personalidades de la Curia que, en caso de necesidad, podrían ser de ayuda para la congregación que está dando sus primeros pasos.

Escoge como lugar de espera la Colonia Santa María. No está en sus intenciones, pero le toca hacer de director porque Don Albera se dedica casi por completo a la Colonia de Petrara.

Con amor de padre infunde optimismo y serenidad. Se pone al cuidado de los bienes materiales y espirituales de los ermitaños, de los hermanos y de los chicos, lleva a ese ambiente la paz y el entusiasmo.

Los lamentos, las críticas que han oscurecido a la institución, pierden consistencia. Monseñor Radini Tedeschi, desilusionado por la gestión de Don Albera, ahora se siente plenamente satisfecho.

A un sufrimiento se le añade otro, pues en Petrara las cosas no van mejor. Monseñor Bandi, que conoce bien la situación, anima a Don Orione con una carta muy afectuosa. Lo anima para que tenga fe porque "es una buena señal que después de la aprobación formal de la obra se desencadene el furor del demonio" (DO. IV,12).

El obispo le ha concedido tres meses de permanencia en Roma, pero teme no volver a recuperarlo: “Sea lo que el Señor quiera, pero no olvide Tortona, que fue la cuna de tu Obra y que es todavía la antigua tierra prometida” (DO. IV,14).

Don Orione no tiene ninguna intención de establecerse en la Ciudad Eterna, pero hay graves problemas que lo retienen. La autoridad eclesiástica no está contenta con la gestión de la Colonia de San José. Don Orione no tiene personal para sustituir o agregar. En el mes de octubre cesan las negociaciones y a regañadientes tiene que dejar la Balduina.

El dolor se hace más llevadero cuando sabe que lo sustituirá un sacerdote lombardo, Don Guanella, animado por el mismo espíritu de caridad, de amor y de dedicación por los pobres.

El traspaso de esta actividad será el inicio de una relación de amistad que une a los dos santos para toda la vida.

Un día, volviendo de la ciudad, lo ven llegar a la colonia junto con un pobre recogido en la calle. No dice ni una palabra en italiano, pero habla con dos ojos muy abiertos que imploran ayuda. Don Orione se pone a cuidarlo personalmente; por un mes entero le cede la habitación y la cama. Él se toma alguna hora de reposo sobre un viejo diván o si no, cuando hace más frío, en el pesebre del establo. El joven, ante tanta caridad, pide y obtiene entrar en congregación (será el ermitaño Fray Pellegrino).

Una noche, Don Orione sueña que sube a la Colonia Santa María, atraviesa el portón principal y se siente estremecer: tres grandes fieras ululando rabiosamente se abalanzan hacia los chicos que alegremente juegan despreocupados en el patio. No sabe qué hacer, no logra gritar. Fray Higinio está a su lado y le exhorta a invocar a la Inmaculada.

No ha terminado todavía de rezar cuando la Virgen avanza en un halo de luz desde el lugar donde había sido colocada la estatua regalo de Don Guanella. Llegada al patio cubre con su manto a los chicos y como por encanto las fieras se retiran y desaparecen en la nada.

La devoción a la Virgen es una de las características peculiares de Don Orione. Habla, escribe sobre ella, organiza peregrinaciones, levanta santuarios. Quisiera que todos la amasen y la conociesen. Su sueño: publicar una bonita revista mariana.

El cincuenta aniversario de la aparición de Lourdes, la aprobación diocesana de la Congregación, el reconocimiento de Aquélla que continúa asistiendo maternalmente a sus hijos son otras tantas ocasiones para concretar el proyecto.

El 15 de enero de 1904 sale el primer número de “*La Madonna*”. Para la revista quiere las mejores plumas de Italia, que sepan ilustrar de modo nuevo y original la piedad y el arte que honran a la Madre de Dios.

Sale de la tipografía vaticana con la bendición del Papa. El primer número es subvencionado por un insigne bienhechor (todo hace pensar que fue el mismo Pío X).

Estamos en la era de las contestaciones sociales, de las divisiones, del modernismo. Con la revista Don Orione quiere “*recoger los mejores talentos y los mejores corazones de Italia alrededor de la Virgen, también para que ella ajuste las cabezas de algunos* (Scr. 63,354)”.

La revista despierta grandes adhesiones, involucra a escritores muy válidos y competentes, hace un gran bien. Don Orione cuida la difusión, busca abonados, escribe artículos incendiarios. Pero las restricciones económicas pesan demasiado. No logra sostener los gastos y se ve obligado a suspender la edición. En su lugar retoma la publicación menos costosa del diario de Congregación, “La Pequeña Obra de la Divina Providencia”.

En la misma época la muerte se lleva a uno de los hijos más queridos de Don Orione. Recuerda: “*Alvigini vino con nosotros cuando era clérigo, después se enfermó del pecho. No podía estar en el seminario a causa de su enfermedad; le hemos acogido nosotros. Fue enviado a San Remo, porque allí hay un aire dulce, muy apropiado para ciertas enfermedades. Después fue a*

Turín y a Roma y se ordenó de sacerdote. ¡Cuánto hemos tenido que sufrir para que lo ordenasen! Era muy fervoroso, pero, qué queréis, aquellas eran horas difíciles para la congregación, horas de muchos dolores y grandes pruebas. Era un ángel de clérigo y un ángel de sacerdote.

Fue enviado a su pueblo para ver si el aire nativo le daba un poco de mejoría. Un día le dije a un sacerdote que estaba en Tortona: ‘¡Vayamos a visitar a Don Alvigini!’. Hemos alquilado un automóvil y nos hemos puesto en el camino que conduce a Garbagna. A un cierto punto, estábamos como a un tercio del viaje, yo he sentido que Don Alvigini moría y he dicho a Don Lovazzano: ‘Coge el reloj y mira qué hora es: Don Alvigini muere en este momento’. A cien metros del pueblo encontramos a un pariente que nos dijo ‘ha muerto en tal hora y en tal minuto’. Era la hora precisa, controlada por Don Lovazzano. Lo he visto después con el sobrepelliz blanco y la estola: sin embargo, cuando muere un sacerdote, se debe vestir con el alba y la casulla violeta.

Le he quitado la estola y el sobrepelliz y me he puesto a vestirlo como si tuviese que celebrar la Misa y cuando estaba vestido le he cogido las manos para juntárselas y él me ha estrechado la mano. Y yo le he dicho: ‘Don Bautista, apriétemela otra vez’. Y él me la ha estrechado de nuevo” (DO. IV,71ss).

Sentimientos de fe y de estima unen a Don Orione y a Pío X. El uno de marzo de 1904 es recibido en audiencia privada: “Hice que me prestaran una sotana limpia y un sombrero de monseñor Silvani. Fui al barbero y después a confesarme para hacer también un poco de limpieza de alma. Fui a confesarme a los carmelitas. Vino un padre anciano y empezó la confesión. A cada cosa que decía me hacía una prédica. Yo miraba el reloj y veía que se acercaba la hora de ir a la audiencia: el otro sin embargo se alargaba. Entonces yo ya no le dije más pecados. Pero él continuaba viendo que yo no tenía más que decirle, hizo como un largo resumen de todas las prédicas que me había hecho y yo no veía el momento de verme libre.

Finalmente cuando acabó, sin hacer la penitencia, corrí hacia el Papa. Estaba todo jadeante, secándome el sudor y tenía la cara toda roja, cuando suena la campana y me fue anunciado que había llegado mi turno. Me presenté y el Papa me dijo “tranquilo, tranquilo”: ‘Así que era propiamente necesario confesarse antes de venir a ver al Papa ¡eh! Pero cuando se va alguien a confesar hay que decir todos los pecados al confesor’. Hablé al Santo Padre de aquello por lo que había sido admitido a la audiencia. Cuando recibí la bendición y me despedía, acercándose el Santo Padre me dijo aún: ‘¡Así que recuerda que hay que decirlos todos!’. El fraile no podía haber estado en audiencia antes que yo, ni yo conocía al fraile, ni el fraile, creo, que me conociese a mí. Y yo he declarado este hecho bajo juramento (en el proceso canónico para Pío X)” (par.26.11.1932 y 7.9.1933).

Pero aún hay otra sorpresa: “El Papa cogió del escritorio un libro: ‘Ves, este es nuestro viejo breviario que usamos desde la época de la ida a Venecia y nos ha acompañado también aquí. Mira, hay dentro una carta que conservamos desde entonces para tenerla siempre a mano. Se refiere a Don Lorenzo Perosi. Don Orione a punto de desfallecer se puso de rodillas implorando perdón. Pero el Papa le dijo: ‘Una lección de humildad es buena también para el Papa. Levanta y siéntate. Y ahora infórmame de todos tus quehaceres. Pío X desde ese día se convirtió en el más vigilante y generoso protector de las empresas benéficas de Don Orione, mientras Lorenzo Perosi se disponía a seguir al nuevo Papa a la Sixtina” (DO. IV,88).

Monseñor Bandi, llegado a Roma para las celebraciones centenarias de san Gregorio Magno, y huésped grato de Santa María, recibe la renovación de los votos de Don Orione en la cripta de la Basílica vaticana sobre la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo.

Un gesto de estima y de confianza inesperado, motivo de gran consuelo y alegría, es el ser llamados para el cuidado espiritual de la iglesia de Santa Ana en el Vaticano. Es la Iglesia contigua a los apartamentos privados, incluso una ventana comunica directamente con el interior de la

Iglesia. Está en el corazón de Roma, dispone de locales y habitaciones para una pequeña comunidad, en las dependencias del Papa a través de la Hermandad de los Palafreros de Palacio.

Como lugar de confluencia y de paso de personalidades religiosas y civiles, exige la presencia de un sacerdote “de notable piedad, cultura, delicadeza en el trato”: Don Gaspare Goggi.

Lo primero que debe hacerse es lograr que le acepten los miembros de la Hermandad, *“todos buena gente, comenta Don Orione, a los que, usando paciencia se podría hacer el bien, y hacerlo también en el Vaticano, animándoles en el santo temor de Dios. Pero tenían su propio humor y algunas veces no parecía verdad poder mandar un poco”* (DO. IV,94).

Los últimos días en Roma son para Don Orione un verdadero calvario. Desde hace un año, Don Albera ha comunicado a Don Orione, pidiendo oraciones, la voluntad de consultar a monseñor Bandi y tomar decisiones “según el querer de Dios”.

Don Orione al poco tiempo escribe a Don Sterpi: *“Vino Albera, fue a ver al obispo, no entró en el colegio: yo fui corriendo a la estación, donde lo vi cuando marchaba y me dijo que había hablado con el obispo y que quería en la obra de la colonia plena independencia. Él se ha separado, así me ha dicho el obispo, el cual está con la Obra de la Divina Providencia. Alegraos en cada tribulación: con tal de que no se pierda a Jesús, se hace de todo. Callar, sufrir, rezar. Os bendigo a vosotros y a todos. Amén. Con la gracia de Dios he tratado con mucha caridad a Don Albera”* (Scr.10,37).

Don Albera, dándose cuenta de que incluso el obispo de Orvieto no está contento con su gestión en Petrarra, comienza a funcionar con plena autonomía. Pide a la comisión de Petrarra alquilar directamente la colonia garantizando un nuevo proyecto del que él se hace responsable y garante en primera persona. Acepta en nombre propio sin interpelar a nadie una colonia cerca de Bolsena. Monseñor Bandi, puesto al corriente de la situación, trata de convencerlo amenazándole con la vuelta a la diócesis. El obispo de Orvieto llama a Don Orione para una inspección y un encuentro con Don Albera. El epílogo es este: *“Mi querido Goggi, te escribo todavía desde Orvieto: es lunes por la tarde, la fiesta de los santos inocentes. Don Albera ha declarado formalmente delante de este obispo que él no entiende, de hecho, formar parte de la Obra. Él ha sido reclamado a Tortona por el obispo y deberá partir en días”* (Scr. 108,283).

Monseñor Fratochi, que estima a Don Orione, quiere a toda costa que continúe con la gestión de la colonia de Petrarra con sus religiosos. Siguen intentos y negociaciones largas y detalladas. Mientras tanto Don Albera, encardinado con el consentimiento de monseñor Bandi en la diócesis de Orvieto, se traslada a la colonia cercana a Bolsena.

Un hecho enojoso, la calumnia injusta contra uno de los religiosos que se dedicaba al servicio de los chicos de la colonia, hace saltar todo: *“He rezado mucho –escribe Don Orione al obispo de Orvieto– para que Dios me ayudase a hacer si era posible, todo el mayor bien. Sin embargo, el intento que se ha hecho de difamar a Don Risi me ha impresionado dolorosamente.*

Yo he querido oír el parecer de mis hermanos. Ahora me parece que no debemos permanecer más aquí y éste es el consejo que he recibido de varias personas sabias y de espíritu. Esta decisión se la he comunicado a mi veneradísimo obispo. Para San José, si fuese posible, quisiera que estos mis hermanos se pudiesen encontrar aquí junto conmigo” (Scr. 109,63).

Don Orione aconseja a Don Risi tener mucha paciencia y mucha caridad también con Don Albera que, a pesar de estar dispuesto a hacerlo, no ha dicho ni una palabra en su defensa.

La acusación, tan grave, de comprometer el buen nombre de la Congregación entera, es inconsistente y contradictoria. El director no quisiera querellarse pero es tanta la maldad y la insolencia que está obligado a dar el paso.

Don Risi presenta una denuncia por difamación, Don Goggi recoge testimonios, busca abogados y predispone la defensa. Las cosas se alargan durante dos años. En el primer proceso

del 9 de enero de 1906, Don Risi es declarado culpable. En el segundo proceso, agosto del mismo año, es reconocido plenamente inocente.

Por éste y otros graves problemas, Don Orione pasaba noches y noches en oración. Don Contardi testimonia: “He visto una vez a Don Orione que lloraba sin parar y Don Goggi lo consolaba. Hablaban del suceso de Bagnorea” (DO. IV,149).

Para no causar pesar a los demás, se recoge en un silencio que no siempre es bien interpretado. Pero su silencio es siempre un acto de caridad. Es la espera paciente y amorosa para conocer mejor la voluntad de Dios. Es oración para tener serenidad de juicio y fuerza de decisión. Es siempre, en definitiva, alabanza a Dios y un gran amor hacia los hermanos. Un testimonio: “He oído decir que una vez, monseñor Blandini, obispo de Noto, le escribió lamentándose de que hacía casi un año que no le escribía. Y él respondió al obispo que ciertos silencios con los hombres no son verdaderos silencios, si se habla con Dios. Y que él hablaba con el Señor para descubrir su voluntad” (DO. IV,172).

Preocupado por la salud de Don Sterpi, quisiera ayudarle implicándole menos en todos los problemas por resolver. El 24 de junio de 1904 responde a una carta suya: *“No le he escrito nada porque me pareció que debía hacerlo así. Por caridad, no se deje desalentar, son grandes pruebas, pero será también grande la corona y la Virgen Santísima no nos abandonará. Cuando me escribís y me dais ciertos ‘flechazos’, no es que no los sienta, pero son ya tantos, que ya estoy muerto”* (Scr. 10,47).

Capítulo 18: LA CASA MADRE DE TORTONA

El Ayuntamiento de Tortona no quiere renovar el alquiler del Santa Clara: Don Orione tiene que encontrar otra sede, posiblemente definitiva, para la Congregación. Desde hace tiempo se ha fijado en la Casa Oblata que a duras penas se pone en funcionamiento. A menudo en su corazón ha pedido a la Virgen que inspirase al obispo para que la cediera a sus hijos.

Un día sale de Santa Clara con un extraño fardo bajo el brazo, cruza el patio de la Casa Oblata, llega al huerto, cava un hoyo y coloca delicadamente el contenido del fardo. Después de una breve oración, cubre el agujero y vuelve con sus muchachos.

La búsqueda de una sede resulta inútil: el ayuntamiento no quiere alquilar y tampoco vender. Otras construcciones disponibles o son demasiado pequeñas o demasiado caras. Si no encuentra un lugar, pronto se encontrará en la calle con todos sus colegas con los muebles incluidos.

En uno de esos muchos momentos de amargura y desconsuelo, reza delante de la estatua de la Virgen, el portero le comunica que el obispo desea hablarle. Se presenta al obispado y con gran sorpresa descubre que Monseñor Bandi le ha llamado para hacerle la propuesta de alquilarle la Casa de los Oblatos. Después de varias, difíciles, y tormentosas negociaciones el edificio se convierte en propiedad de la Congregación.

Años después, un ermitaño, mientras trabaja en el huerto, hace un descubrimiento fenomenal. Corre hacia Don Orione y exclama: “¡Señor director, han sembrado la Virgen en el huerto!”.

Aquella Virgen, protegida con dos tejas, no es otra que el contenido del fardo enterrado por Don Orione. Es la semilla que ha dado su fruto.

En 1904 acaba el alquiler decenal de Santa Clara. Es difícil que el contrato sea renovado porque una parte del edificio, la más ruinoso, está destinada a demolición. Se han reavivado, además, las hostilidades contra las instituciones católicas. No existe ya “*La Linterna*”, pero la sustituye, con igual agresividad venenosa, el periódico “*La Tortona del pueblo*”. Es tan agresiva y encarnizada la corriente antirreligiosa que Don Orione, pensando en una rama femenina de la Congregación, se inclina a vestirlas con el hábito seglar.

Monseñor Bandi, para pagar las deudas de Stazzano, propone a Don Orione el alquiler de la Casa Oblata.

El director se ha fijado en ese edificio, como alternativa y no como la opción preferencial. De hecho, requiere serios trabajos de reforma y no es lo bastante grande.

Se ha encariñado con el Santa Clara y su deseo es comprarlo. Ha encontrado el dinero, el ayuntamiento parece favorable a la venta, pero monseñor Bandi es contrario. Para no causar disgustos a su obispo, renuncia a las negociaciones con el ayuntamiento y acepta su propuesta.

Vuelve a la carga con la Junta del ayuntamiento para que le alargue el alquiler al menos por un año más. Las negociaciones por la casa de los Oblatos son largas y complejas. La casa está a disposición desde el uno de mayo, pero como dice Don Sterpi que ha hecho la inspección: “No vale ni un cuarto, está completamente abandonada, y si se quisiera habitar dignamente habrá que gastar una buena cantidad de dinero” (DO. IV, 185).

Existen muchas dificultades para ponerla en funcionamiento, pues los que viven en ella no quieren dejarla y algunas condiciones son muy desventajosas. El obispo está indeciso y cambia a menudo de opinión. Es tanta la incertidumbre y la hostilidad con la Congregación, que Don Orione

y Don Sterpi se plantean trasladar la sede de la congregación fuera de la diócesis. Don Orione ha insinuado vagamente a las hermanas Fogliano la posibilidad del traslado de su sede a Turín.

Finalmente, en el mes de julio de 1904, se alcanza un acuerdo. Don Orione, todavía a la espera de la firma del contrato del Santa Clara, reduce, apesadumbrado, el número de muchachos haciendo una dura selección. Obtiene, además, del obispo el permiso para levantar un piso en el edificio.

No es fácil reestructurar una casa cuando el ecónomo de la diócesis aprueba, desaprueba y modifica los proyectos presentados. El párroco de la iglesia de colindante reivindica sus espacios y no quiere ser molestado. Y, además, están las murmuraciones y las malas lenguas de algunos sacerdotes que disfrutaban creando roces y confusión.

El director se dirige al obispo haciéndole presente estas y otras dificultades, le implora mayor claridad y determinación. Le sugiere como solución a tantos problemas el paso de propiedad: *"Faltan veinte días para salir de Santa Clara, pero a la Divina Providencia no le falta nada y pensará seguramente, rezad y no temáis. Mire, ¡oh mi buen Padre!, que aunque usted no piense darla, yo estoy felicísimo y siempre soy vuestro hijo afectísimo en el Señor. Yo no quiero para nada forzar su mano"* (Scr. 59,192).

Monseñor Bandi interpreta la carta, llena de afecto y de obediencia en el peor de los modos: "El obispo le dice: entre, si quiere, en la Casa Oblata. Usted no se fía del obispo y quiere una cesión perpetua de la casa. Aquí no veo ya al hombre de la Providencia, no veo más que al hombre, y al hombre poco agradecido, que casi se complace en poner al obispo en dificultades. Escucha, querido mío, yo en conciencia no puedo mantener todo aquello que, en un momento de benevolencia hacia tu Obra, te he prometido" (DO. IV,192).

Don Orione, herido en aquello que para él es más querido, trata de aclarar su posición desde San Remo: *"Si la Obra de la Divina Providencia, por su naturaleza, no puede estar nunca agarrada a los ladrillos, no sucederá jamás que un trozo de ladrillo sea causa de divisiones o simplemente de disgustos entre usted y yo, ¡oh mi buen padre! Por gracia de Jesús siento que mi fe y mi corazón no están en los ladrillos ni en ninguna cosa de este mundo, sino en Dios solamente y en su Santa Iglesia y en usted, mi obispo y padre. Ni por asomo he dudado que aquella carta os pudiera dar el mínimo disgusto, más bien expresaba mi resignación y fe hacia usted. Y mucho menos quería ser ese hombre poco agradecido y que casi se complace en poner a su obispo en apuros. Palabras estas muy amargas para el corazón de un pobre hijo. Cualquier dolor físico, usted lo puede entender bien, hubiese sido menor amargura"* (Scr. 45,37).

Todo se queda en la incertidumbre, pero los trabajos de reestructuración de alguna manera tienen que ir adelante, aunque Don Orione, después de haber enviado a Goggi a Roma y a Don Sterpi para que descansara un poco en San Remo, se queda solo. Entre tanta amargura y cansancio hay algún consuelo: *"Parece que el 26 de octubre de 1904 por la mañana, e incluso antes, la Virgen Santísima haya visitado verdaderamente esta pobre Casa, entrando con él por el portón y después, atravesando el patio, subió por la escalera y desapareció en una nube en el atrio de la capilla. Le ha hablado, parece que estuviese vestida como la de San Remo* (es la famosa dolorosa de Novi, transformada por los chicos de San Bernardino en Madre de la Divina Providencia).

Con todo, estas cosas no son, aunque ciertas, más que consolaciones de Dios, y nosotros no es esto lo que hemos de buscar, sino al Dios de las consolaciones" (Scr. 10,56).

La Virgen, que ofrece continuos signos de predilección por esta casa, convence a Monseñor Bandi para que se la ceda a Don Orione. Y es precisamente en el mes de mayo cuando monseñor Bandi propone la compra por veinticinco mil liras. El director no deja escapar la oferta. A mitad de junio comunica a Don Sterpi el compromiso al que seguirá el contrato el 20 de octubre: *"Hoy*

(14.06.1905), con la gracia del Señor, he comprado la Casa Oblata por veinticinco mil liras, con el pacto de que cesando Don Milanese de ser párroco, la Iglesia sea agregada a la Congregación”.

La señora Zurletti de Alessandria (nacida en Tortona, conoció a Don Orione antes del 1900 y le ha ayudado y sostenido siempre. Gentil, reservada, sincera, enemiga de las murmuraciones y habladurías inútiles, fue siempre mujer de palabra. Sensible y generosa, ha pedido la colaboración de Don Orione para distribuir a muchos huérfanos. Don Orione, agradecido, la tiene informada de la actividad de la Congregación y estaba presente en los momentos de dolor y de lutos familiares. La asiste en el punto de muerte y le hizo los elogios fúnebres subrayando las tres características: caridad hacia los necesitados, fidelidad a la Iglesia, devoción filial al Papa). Nos da veinte mil liras que hay que pagar dentro de tres meses y hacer las escrituras” (Scr. 10,77).

Con la ayuda de los chicos hace el traslado. Estrechando, ocupando rincones y huecos, logra acomodar todo y a todos. Pero mientras sus jóvenes están ya seguros, muchos otros llenan todavía las calles de la ciudad, abandonados a sí mismos, expuestos a los vicios y a la delincuencia. Si las autoridades religiosas y civiles dan prueba del máximo desinterés, él no puede quedarse sólo mirando. En la Casa Madre, así se llama ahora la Casa Oblata, hay lugar también para ellos. Renace el oratorio festivo. Dispone de dos patios y de varias infraestructuras deportivas y recreativas. Los inscritos en diciembre son 140.

“El Pueblo” de Tortona escribía: “Con gran placer estamos encantados de anunciar que nuestro incansable amigo Don Orione, con la generosa asistencia de su Congregación, que tiene ahora su sede central en ex Casa Oblata, al lado de San Miguel en la calle Emilia, ha organizado y abierto con no pocos sacrificios, en los dos patios de dicha casa, un oratorio recreativo festivo, dotado de mobiliario deportivo, etc.” (DO. IV,239).

Los padres deben sentirse involucrados y colaborar en la formación y crecimiento de sus hijos: *“¡El joven no es nunca malo, el joven es siempre de quien lo ilumina y lo ama! Tortoneses, ayudadme y os haré un Oratorio festivo, un oratorio con buenos y modernos criterios que será la salvación de vuestros hijos. La democracia avanza con nuevas necesidades y nuevos peligros, acojámosla amigablemente, canalicémosla por su cauce, cristianicémosla en sus fuentes que son la juventud y proveeremos una gran necesidad social del presente y estaremos haciendo una gran obra de regeneración moral y civil”* (Scr. 68,9,9b).

Don Orione abre por tanto su casa a los jóvenes. El director, con su presencia, les vigila, les electriza, les entusiasma involucrando y transmitiendo el mismo entusiasmo a sus clérigos asistentes. No le gustan las aguas estancadas: iniciativas, juegos, actividades se suceden sin cesar. El número de chicos, al reclamo de tanta alegría, aumenta desmesuradamente. *“Son de quinientos a setecientos los que lo frecuentan”*, asevera Don Orione. Está la banda, los recitales, el teatro, las conferencias, los paseos culturales y las representaciones sagradas. Una representación que se vuelve tradicional es el relato de la Pasión, escrita por Don Testore y que permanecerá con el título *“Pasión de Jesucristo según Don Orione”*. Las dificultades para representarla son enormes porque, como dice Don Orione: *“Ven la política por todos lados, incluso en la Pasión del Señor”*.

Lo que es motivo de consuelo para muchos padres y de alegría para todos aquellos chicos irrita a los anticlericales que, aprovechando la ausencia de Don Orione, se vengán lanzando piedras contra las puertas y después de haber estado molestando toda la noche, gritan insultos y soflamas.

El director es consciente desde el principio que las dos realidades, Colegio y Oratorio, no pueden convivir por mucho tiempo. Ha empezado a buscar, con la esperanza de encontrarlo en breve, un local distinto para *“comprar o alquilar en cualquier otro punto adecuado de la ciudad”* (Scr. 30,77).

Con un poco de buena voluntad y organización es posible no interrumpir excesivamente las múltiples actividades que caracterizan la vida del colegio. Están los estudiantes y la escuela, el laboratorio de carpintería, de sastrería y zapatería para aquellos que no sienten inclinación por el estudio.

Desde hacia mucho tiempo Don Orione soñaba con una tipografía propia. La ocasión se presenta cuando la “Scala di Alessandria”, es decir la imprenta que publica también el boletín de la Congregación, obligada a cerrar por dificultades económicas, pone a la venta su maquinaria. El director la compra en bloque, la coloca provisionalmente en el Santa Clara y terminada la reestructuración, inaugura en la nueva sede la Imprenta San José. En 1906 compra la primera máquina Nebbiolo que le permite imprimir él mismo también el boletín de la Obra. El paso es de notable importancia: los jóvenes pueden aprender una actividad moderna, de vanguardia que garantiza su futuro. Además, los costes de la publicidad y de la propaganda inciden ahora mucho menos; la imprenta en propiedad permite aumentar las publicaciones multiplicando así las posibilidades de hacer el bien.

Todo esto mientras en casa continúan los trabajos entre una dificultad y otra: a veces falta el dinero, surgen imprevistos, el bueno de Don Milanese quiere decir siempre la suya, y la burocracia es, por su naturaleza, siempre lenta y complicada. Se necesita, además, verificarlo todo para que no haya gastos superfluos, para que los trabajos estén bien hechos y la reestructuración sea funcional.

El tiempo corre veloz, ha llegado casi el momento del contrato de compra. Don Orione puede contar todavía con las veinte mil liras de la señora Zurtelli. La Providencia pensará en las 5 mil liras que faltan. El director pide a Don Sterpi y a Don Goggi que se muevan para que cuando llegue él, esté todo listo sin perder tiempo o correremos el riesgo de hacer el ridículo. Pero es tal su fe y está tan seguro que antes de dejar Roma invita a monseñor Novelli a inaugurar y bendecir la Casa. La Providencia no falta a la cita. Un compañero del seminario, el amigo Don Zanalda, pone a disposición de Don Orione las cinco mil liras que faltan. Don Zanalda, ayudado en varias circunstancias, le está agradecido y cuando puede, intercambia generosamente los favores. Yendo una vez Don Orione a visitarlo al hospital de Pavía, le tranquiliza asegurándole proféticamente: *“Esta vez no morirás. Me tendrás que cerrar tú los ojos. Morirás después de mí”*.

Don Orione narra el día de la inauguración de la casa: *“Hice poner entre los andamios, no quitados del todo, el cuadro de la Virgen del Buen Consejo, pegué billetes de mil, los partí por la mitad para que llegasen, y les puse así en hilera alrededor de aquel cuadro. Me miraban con desconfianza y todo el clero me rehuía. Cuando monseñor Novelli vio todo ese dinero que tapizaba el cuadro, quedó maravillado y en la escuela de teología del seminario contó el dinero que había visto, de manera que aunque permanecían las deudas, la idea de un ‘krack’ por quiebra desapareció”*. El cuadro llevado a San Remo en 1907 volvió a Tortona en 1941. Para la ocasión se quiso repetir el acto de amor realizado por Don Orione. Sólo que Don Sterpi no tiene ni siquiera el dinero para el billete de tren. El banco estaba dispuesto incluso a prestarle por un día el dinero pero no tenía ese tipo de billetes. La Virgen acepta el homenaje pero no quiere préstamos; una señora envía veinte mil liras para una bolsa de estudio, otras seis mil llegan por otra fuente. Todos los billetes son del tipo deseado. El 24 de abril se organiza la procesión y, el día siguiente, los billetes son distribuidos a los acreedores que esperan” (Par. 14,3; 25.4.1934).

El 15 de noviembre de 1905 la Casa pasa definitivamente a la Obra. Don Orione comunica el acto de compra: *“La Divina Providencia ha hecho ya mucho y mucho más le tocará hacer aún. La Casa es pequeña; pero Dios, a su tiempo, la engrandecerá y no dejará de ayudarnos, si tenemos los pies y la cabeza y todo el corazón fijos y plantados en el Señor”* (Scr.100).

Capítulo 19: GUIADO POR LA PROVIDENCIA

La estatua de la Virgen de la Divina Providencia llegada desde Novi Ligure a la casa de los oblatos y llevada en procesión hasta San Bernardino, acompaña a la congregación en su peregrinar: Santa Clara, San Remo y nuevamente a Tortona en su sede definitiva. En la crónica de la vuelta leemos: *“Fue por tanto Don Orione a por nuestra Santa Virgen de la Providencia, es sábado 23 de marzo.*

Los dos corazones de plata recuerdan dos gracias extraordinarias hechas por la Virgen mientras estaba en la ciudad de San Remo.

Un niño se había caído de un quinto piso de un gran palacio; echaba sangre por la boca, la nariz y por los oídos. Varios médicos le habían dado por muerto, no había ninguna esperanza de salvarle de la muerte, pero fue curado milagrosamente por la Virgen de la Divina Providencia ante la sorpresa de todos.

El otro corazón de plata recuerda la gracia hecha a una madre desesperada: tenía un hijo que se moría y no había tampoco ninguna esperanza de salvarlo. Se tumba a lo largo a los pies del altar, mira llorando a la Virgen bendita, le reza, la llama, dispuesta a no moverse de allí, hasta que la Virgen de la Divina Providencia no le restituya a su hijo curado.

En Tortona fue acogida por los sacerdotes, clérigos y por los jóvenes del instituto, todos vestidos de fiesta, a la entrada de la casa. Es llevada procesionalmente, cantando el Magnificat, por nuestros clérigos italianos y alemanes. En la procesión había Italianos (piamonteses, lombardos, vénetos, genoveses, emilianos, romanos, marquesanos, sicilianos), austríacos, polacos, americanos, prusianos, húngaros... entró en la iglesia y fue colocada allí como Madre y Reina de la Casa de la Divina Providencia” (DO. IV,533–535).

En este periodo es vivísima la llamada “cuestión social”. León XIII con su magisterio y en particular con su encíclica “Rerum novarum” ha removido las aguas a todos los niveles.

Monseñor Bandi se ha alineado sin medios tintas con la Iglesia y con el Papa.

Don Orione, convencido de que sólo Cristo es garantía del bien de la persona y de la sociedad, guiado por el Evangelio, promueve la justicia y la verdad en la caridad. Sin embargo, siente que esto no puede ni debe ser una tarea sólo de los sacerdotes y de los religiosos sino de todos los creyentes.

Se mete y trabaja en las asociaciones, en los lugares de la cultura, con la prensa; atrae amistades y colabora con cualquiera que esté empeñado al servicio de la persona y del bien social.

Sigue el desarrollo de la acción católica y de la naciente democracia cristiana.

Comprensivo y paterno con todos es igualmente claro y decidido en denunciar y combatir el error. Dos corrientes en particular, modernismo y autonomismo, generan confusión en el interior de la Iglesia. Son *“verdaderas plagas, junto al socialismo, del momento histórico y motivo de sufrimiento para el Papa y para el obispo de Tortona”.*

Don Orione trata de iluminar las conciencias de sus hijos, de los amigos y de cuantos se le acercan con la sana doctrina de la Iglesia, para que no cedan al error: *“¡Y es la hora! Entendámonos bien: ¡sí, vivimos en un período de transición de la humanidad! A nuestro alrededor tiene lugar un cambio radical de la sociedad, en el modo de gobernar, en las relaciones de la vida humana. Estos cambios se pueden resumir en una palabra: es la hora de la democracia, de la soberanía de los poderes populares. Este hecho no es obra del azar o del demonio sino que se*

cumple por designio de la Divina Providencia; el Evangelio es el germen de la redención de los pueblos.

Ahora la democracia avanza, y la Iglesia, no temamos, sabrá darle el bautismo, ella sola tiene cuanto es necesario para su alta y divina misión, no quien se aleja de ella o se rebela. Sólo ella está segura para recorrer con seguridad los caminos de la Providencia y sólo siguiéndola (a ella) podemos estar tranquilos, pues aunque estos caminos puedan parecernos oscuros, son siempre rectos.

¡Oh mis antiguos alumnos, Hijos de la Divina Providencia y amigos! No basta ya trabajar, rezar y callar. Ha llegado la hora de tomar posiciones claras en nuestro puesto! Activos, humildes y fieles a los pies de la Iglesia y del Papa” (Scr. 64,136).

Alguna vez la política y la religión parece que se conjuran juntas. Crocefieschi, que aún no digiere el desmembramiento del ayuntamiento, ahora se siente provocado y ofendido por la decisión del obispo que quiere sustituir al párroco.

Nada que objetar: es un sacerdote bueno, culto, pero no querido.

La población, exasperada, se rebela en bloque. Los ánimos están tan encendidos y son tan contrarios al pobre sacerdote que intentan incluso matarlo.

El obispo manda a un sacerdote para calmar los ánimos y realizar el precioso oficio de mediador. El enviado actúa imprudentemente, habla con dureza y agrava la situación.

Monseñor Bandi, como reacción, decide imponer un interdicto a la parroquia: prohibir tocar las campanas e impartir más sacramentos.

La población se divide en dos facciones: los rojos contra el obispo y los blancos a su favor. En el pueblo ocurren hechos increíbles. Cortejos extraños desfilando por las calles, grupos que provocan reacciones para desahogar la rabia y la violencia. Las mujeres son aún más obstinadas y batalladoras que los hombres.

La esperanza está en que el tiempo haga reflexionar, lleve a los mejores consejos, endulce un poco los ánimos y acerque los corazones. Sin embargo la situación sigue degenerándose.

El obispo, no sabiendo qué hacer, se dirige a Don Orione. *“Es una noche de marzo de 1906, en el sendero que se empina hacia Crocefieschi, cuenta uno de sus habitantes, mis hermanos sintieron a sus espaldas un rumor de pasos y el batir de un bastón sobre el empedrado.*

Se volvieron y vieron confusamente, en la oscuridad, una figura oscura que les llamaba con una gran voz: ‘¿Es éste el camino para Crocefieschi?’ Mi hermano Luis encendió una cerilla y la acercó hacia el extraño viandante. Les parecía un cura, iba vestido de cura, pero llevaba la cara cubierta por una larga barba negra: mi hermano tenía miedo. El cura les preguntó: ‘¿Cómo os llamáis?’.

‘Yo me llamo Luis y ésta es mi hermana Leonilda: venimos de la Finalda y vamos a Crocefieschi’.

Mi hermano, sin embargo, no estaba del todo convencido: un cura, a medianoche, solo, y además con aquella barba. Los curas no suelen llevar barba. En la cabeza de mi hermano había entrado la duda de que se tratase de un malintencionado, de un bandido vestido de cura, porque los tiempos eran feos por entonces. Mi hermano aquella noche consumió toda la caja de cerillas, porque encendía una cada tanto con el pretexto de ver el sendero, pero en realidad para dar otra ojeada al extraño viandante: aunque los ojos eran dulces y la voz persuasiva el temor continuaba.

Llegados al pueblo invitaron a Don Orione a tomar un café; él agradeció a mis hermanos con estas palabras que les tocaron profundamente: ‘Dios os bendecirá para toda la vida’.

Probablemente Don Orione hizo que el sacristán le abriera la casa parroquial, el “Panigo”, y allí pasó la noche. Al día siguiente las campanas sonaron después del largo silencio provocado por la prohibición, y toda la gente llenó la Iglesia. Don Orione fue a la balaustrada entre un profundo

silencio. Dijo entonces lentamente: '¡Pax vobis!'. Después tradujo: 'La paz sea con vosotros'. La gente fue tocada por un saludo que no se esperaban y muy distinto de las duras palabras recibidas por la autoridad eclesiástica.

Continuó diciendo que la parroquia tenía el deber y el derecho de tener buenos y santos sacerdotes, pero sin violencia, que es contraria a la religión. Don Orione les prometió que había pensado enviarles un sacerdote digno, crecido en su escuela.

Los testigos están de acuerdo en afirmar que todos en la iglesia lloraban, porque las palabras de aquel sacerdote de larga barba estaban encendidas y habían llegado directamente al corazón. El sermón de Don Orione cumplió el milagro de pacificar los ánimos" (DO. IV, 403).

El párroco nombrado podrá tomar posesión de la parroquia sólo después de un año. Conquistó incluso los ánimos más rebeldes. Permaneció muy ligado y agradecido a Don Orione para toda la vida.

El director, cumplida la misión, vuelve tranquilo a su trabajo y la providencia a la vuelta de algunos meses, junto a las inevitables pruebas, ofrece abundantes motivos de consolación. Son hechos que dejan un signo en el corazón de Don Orione y de sus colaboradores.

Se perfilan nuevas aperturas: *"El 15 de mayo, aniversario de la Rerum Novarum, la gran carta de las reivindicaciones cristianas, un grupo de religiosos de la Divina Providencia, que tiene ya la sede en la Casa Oblata, elegidos de diversas casas, se encontraba en Roma y obtenida la bendición del Santo Padre, partía para Sicilia, Donde Don Orione, en Agira, ha abierto una nueva Colonia agrícola, en la que ya se han recogido treinta chicos huérfanos pobres, que serán instruidos en la agricultura" (DO. IV, 428).*

Se cede a la congregación el servicio pastoral de la cárcel y del hospital.

Una actividad que responde plenamente al espíritu de la Obra: *"Nuestra vida concilia el desarrollo de cada individualidad con el fin social".*

Nuestro fin es poner el amor de Dios en el corazón de todos, pero especialmente de los pequeños, de los pobres y de los afligidos por cualquier mal y dolor y de los encarcelados, especialmente de los encarcelados, por los que todavía no se ha hecho nada" (Scr. 67,166).

La muerte llama a la puerta de la Casa Madre y se lleva a mamá Delfina, la madre de Don Cremaschi, maestro de novicios en Villa Moffa di Bra por muchos años, que con generosa dedicación se ha puesto al servicio de los muchachos. Y dos jóvenes esperanzas, el clérigo Del Vecchio César y el escultor Ernesto Pierrot de veintidós años.

"Recordad en vuestras oraciones al clérigo César Del Vecchio de la Obra de la Divina Providencia muerto devotamente en Tortona el 21 de julio de 1906 a la edad de 31 años.

Fue un religioso humilde y bueno, sacrificó una vida devota para el bien de la juventud. Ha llevado su cruz con mucha paciencia y ha dejado un gran ejemplo de virtud a aquellos que estaban cerca. Su memoria quedará como una bendición. Misericordioso Jesús, dadle la paz eterna".

Mornico ha llegado ya al final del camino. El director en enero de 1906, el mismo día de la muerte de Delfina, comunica haber acabado con los papeleos de la venta del castillo de Mornico.

Lo recogido sirve para cubrir algunos asuntos pendientes. "Se cierra así la historia, comenta Don Sterpi, de una casa en la que se sufrieron diversas peripecias, y también se obtuvieron muchas consolaciones espirituales" (Scr. St 1,368).

El boletín oficial de la congregación, "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", después de un período de largo silencio, se vuelve a publicar.

Revisando los temas reseñados de los primeros números, es fácil recoger algunos temas preferidos: gratitud y reconocimiento hacia los bienhechores, información detallada y amorosa de las distintas actividades y obras y, en fin, publicidad discreta y persuasiva.

Cuando murió el sacristán del santuario de Monte Spineto, el obispo lo ofrece al cuidado de los ermitaños. En esta nueva sede trabajan para conservar el decoro de la Casa de la Virgen y viven de la caridad.

Su confesor y guía es el director espiritual del seminario de Stazzano, Don Perduca.

En una audiencia memorable, Pío X pide a Don Orione que abra en Roma, en la zona del barrio Appio, la parroquia de 'Todos los Santos'.

Capítulo 20: PÍO X Y LA PATAGONIA ROMANA

“Un día fui llamado a Roma para ser recibido en audiencia por el Santo Padre Pío X. Me presento, y antes de que hiciera la genuflexión, el Papa me dice:

‘Bien, bien, prepárate, que mañana te envío a la Patagonia’.

‘Padre santo, ¿cómo hago para marchar mañana?. Tengo tantas cosas entre manos, tengo tantos asuntos que terminar y, además, en la Patagonia, están ya los salesianos, los hijos de Don Bosco’.

Y Pío X, sonriendo, me dice:

‘No, no te envío a la Patagonia. Irás a las afueras de la Puerta de San Juan: allí es como si te enviase a la Patagonia. Irás allí y empezarás abriendo una capilla provisional... Será necesario, luego, que te las entiendas con el jefe superior de la policía y con el gobernador, y, después, que tú mismo hagas una inspección, porque, por ciertas cloacas también se encuentran niños recién nacidos abandonados. Ve, ve y verás’.

Cuando salí de la audiencia, pensé – en compañía del espíritu de San Felipe – en visitar las siete Iglesias, San Pedro, Santa María la Mayor, las catacumbas, San Juan, para prepararme con la oración y un poco de penitencia, para la obra santa que se debería realizar en barrio Appio y para atraer sobre el barrio la protección del cielo y la bendición de la Madre de Dios.

Acabada la visita a las siete Iglesias, di una vuelta por la zona del Barrio Appio. Era domingo. Por aquí y por allá había tabernas, con los característicos ramajes en la entrada, y había familias enteras, que comían alegremente a la sombra de las ramas, y entonces me di cuenta de que también yo tenía hambre. Compré un poco de pan, con alguna cosa, y me retiré junto a un árbol para comer. Después de comer me encontraba tan cansado que apenas me tenía en pie.

Se alquiló un establo de caballos, en el barrio Appio, hemos mandado hacer el suelo, se pintó de blanco, y hemos mandado hacer dos confesionarios a los salesianos.

Puesto que aquella capilla no tenía nada que indicase que era una capilla, habiendo sido antes un establo, ¿qué se podía hacer para atraer a la gente? Llené mis bolsillos de céntimos y de caramelos, cogí una gran campanilla y recorrimos las calles del barrio: con una mano tocaba la campanilla y, con la otra, dejaba caer tras de mí los caramelos y, de vez en cuando, entre los caramelos, también algún céntimo.

Los muchachos, o mejor aquella muchachada, venía tras de mí, otros venían a mi encuentro y yo continuaba impertérrito tocando desesperadamente y tirando delante y detrás caramelos y algún céntimo, que al caer también hacían ruido, atraían a pequeños y a grandes. A medida que me acercaba a la capilla, más gente había tras de mí y hacía cola. Sentía que alguien decía, ‘Ese sacerdote debe estar un poco loco’. Llegados al lugar adecuado entré en la capilla que estaba abierta de par en par y me coloqué en el altar. Pero, dado que la muchachada estaba ocupada en quitar el papel a los caramelos y chuparlos e incluso contarlos, y todo el mundo hablaba, entonces, en silencio, me puse a mover la boca sin proferir palabra alguna, y hacía grandes gesticulaciones con las manos, levantando los ojos al cielo, abriendo los brazos, como cuando predicaba a los locos en Lungara, gesticulando sin pronunciar palabra. Toda aquella gente, y también los muchachos, al verme gesticular y creyendo que yo predicaba de verdad, se tranquilizaron poco a poco, también porque, después de todo, querían saber la razón de toda aquella vuelta por el barrio, tocando la campanilla. Así pude conseguir que me oyeran. Y

enseguida, en aquellas primeras semanas, realicé setenta matrimonios en tres días, y también celebré otros bautizos de adultos (Par. 1.11.1903; Par. 24.3.1934).

Es el nacimiento de la primera parroquia confiada a la Congregación, en Roma, ¡por deseo del Papa!

El barrio Appio es una zona abandonada con hierbas y cañaverales, algún edificio y muchos cuchitriles, cabañas y grutas recavadas en las canteras de puzolana. La calle está invadida de carros y otros medios de transporte que hacen recorridos, por motivos comerciales, entre la ciudad y los castillos romanos. Los habitantes son pobres, poco o nada religiosos, más bien, con frecuencia, encendidos anticlericales. Viven al día y como pueden. Completan el cuadro de miseria y de deterioro las numerosas tabernas, centros de encuentro de individuos siniestros, y las casas de mala vida. Tiene razón Pío X: al barrio Appio se le puede también dar el nombre de Patagonia, pero no tiene nada de ciudad.

El día de la Anunciación de 1908, da inicio la actividad misionera de Don Orione y de sus hijos. Un establo limpio y blanqueado, sin cruz y sin campanario es la primera iglesia de la nueva parroquia. Por su extrema simplicidad y pobreza la llaman enseguida “el portal de Belén”. En el interior impacta el gran crucifijo sobre el altar, y, como llamada a la devoción, junto a la entrada, la estatua de la Dolorosa.

Los inicios están bajo la protección de la Inmaculada, una pequeña estatua puesta para la veneración junto al altar. Don Orione abre, por así decirlo, el surco. Le suceden en la actividad pastoral y organizativa Don Sterpi y Don Goggi.

De este humilde inicio, escondido en un terreno, humanamente hablando, “no idóneo”, brota la flor maravillosa de la Iglesia de “Todos los Santos” y, como primer fruto, la escuela “San Felipe Neri” que educa en la fe y en la ciencia a miles y miles de jóvenes.

Capítulo 21: APOSTOLADO Y PEREGRINACIONES

Era la vigilia del día de la fiesta, 25 de mayo de 1913: el santuario está abarrotado de peregrinos... Otra peregrinación vino de la zona de Tortona y fue organizada y dirigida por el incansable y pío canónigo Orione, muy numerosa: unos mil quinientos peregrinos y muchos sacerdotes lo acompañaban. El admirado canónigo imitó a los directores de las peregrinaciones de Lourdes dirigiendo muchos sermones a los peregrinos, invitándoles a rezar, dando oportunos avisos y recomendaciones.

Esta peregrinación tuvo el honor de ver la prodigiosa curación de un niño peregrino que no podía sostenerse y que desde años era transportado por sus padres. De pronto dijo a quien lo llevaba: 'Dejadme ir, porque también yo quiero caminar'; y caminó y camina todavía" ("Il santuario di Caravaggio", anno CVIII, n. 1, 2005, pag 23).

La peregrinación expresa bien el sentido de la vida: en la tierra, estamos en camino hacia la Casa del Padre. No se trata de una de tantas devociones, sino de un modo de proponer a nosotros mismos y a los demás nuestro ser y nuestro destino.

Por esto a Don Orione le gusta hacer y organizar peregrinaciones, escuelas de fe y de vida. Lo recuerdan bien los alumnos de la primera generación, la ciudad de Tortona y los millares y millares de peregrinos que con él han ido, rezando y ofreciendo las inevitables incomodidades, como peregrinos a Caravaggio, a la Virgen de la Guardia, a Monte Figogna y a Roma.

Don Orione personalmente había comenzado pronto a peregrinar: a pie, a las capillas campestres, a los santuarios de los alrededores; a pie, y muchas veces, desde Pontecurone a Molino de Torti; a pie, desde su pueblo a Casei Gerola, para que la Virgen de las Gracias le ayude a ser sacerdote y, con la misma intención, a pie más allá de Casalnoceto, a la Fogliata.

Peregrino con los muchachos reunidos en la Catedral; siendo Fundador, con los suyos, a los Santuarios de Monte Spineto, cerca de Stazzano, de Monte Penice, de Torricella Verzate, a San Alberto de Butrio...

Peregrino solitario y penitente cuando se desplaza de un punto a otro de la diócesis para la predicación, las misiones, la búsqueda de las vocaciones.

Cuenta, en los momentos de confianza, haberse encaramado al Monte Spineto, llevando a hombros un saco lleno de pan para sus muchachos que lo seguían; haber recorrido los caminos de Val Staffora, alimentándose de las bayas de los setos; haber llegado, extenuado por el camino y por el hambre a muchas parroquias. Le gusta recordar la ilusión vivida y gozada en uno de estos recorridos, cuando una aurora excepcional le muestra, con juegos de nubes, un fantástico castillo ante el cual se detiene quieto para admirar y alabar a Dios: después de algunos minutos, con vivo pesar, una ráfaga de viento descompone el encanto: *"Así es como desaparecen, en un soplo, nuestra vida y las cosas terrenas"*, comentaba.

Una vez puesta en marcha con cierta regularidad la Congregación, puede dedicarse mayormente a la organización y a la guía de numerosos grupos de peregrinos a los santuarios principales de Lombardía, Piamonte y Liguria. Evita peregrinaciones lejanas o demasiado costosas para favorecer la participación de los ancianos, de los pobres y de aquellos que no gozan óptima salud.

Las crónicas tortonesas de aquellos años hablan del entusiasmo suscitado en aquellos días de fe. Las autoridades religiosas, los párrocos diocesanos, los peregrinos le dan amplia libertad para disponer, ordenar, preparar, uniéndose todos a su persona. A todos comunicaba entusiasmo, alegría, serenidad.

La meta elegida con más frecuencia, porque es la más accesible, es sin duda el Santuario de la Virgen de Caravaggio. Son ocho las peregrinaciones organizadas por Don Orione a este Santuario y todas muy numerosas. Recordamos las fechas y el número de participantes según las crónicas de la revista del Santuario: en 1908, casi dos mil participantes; en 1909, alrededor de 1700; en 1909, 1910, 1911, 1913, unos 1500. Después de la interrupción a causa de la guerra, vuelve peregrino en 1927 con 1500 peregrinos. La última peregrinación de la que tenemos noticias es en 1928: la fecha se adelanta al día veinte y está presente el obispo monseñor Grassi y la coral con el maestro Marciano Perosi.

El esquema es, más o menos, siempre el mismo: se reservan trenes especiales; generalmente la comida es de bocadillo y el descanso, para quien lo desea, bajo los pórticos del Santuario. La publicidad para las inscripciones es puntual, detallada y precisa en los mínimos detalles. Don Orione confía todo lo que no es estrictamente religioso a la colaboración generosa e inteligente de los laicos. Él es el alma de la peregrinación y el punto de referencia constante.

La fecha de las peregrinaciones coincide con el día de la fiesta de la aparición, el 26 de mayo. Salen temprano desde Tortona. Recorren la larga avenida cantando y rezando. El día transcurre entre la celebración de la Eucaristía, las confesiones, siempre numerosísimas, la catequesis hecha por Don Orione, y mucha, mucha oración. Muchos pasan la noche en vigilia. Al rededor de las 4 de la mañana, encuentro en el Santuario para la Celebración de la Santa Misa, una oración y salida.

En los últimos años, antes de regresar a Tortona, van a visitar la catedral de Milán y la Cartuja de Pavía.

Don Orione no abandona un instante a los peregrinos. Contemplativo, pero con los pies en tierra, les pone en guardia de los carteristas y de otros eventuales riesgos. Da explicaciones desde un aspecto histórico y artístico, además del religioso, de los lugares que visitan o que simplemente atraviesan durante el viaje. Anima la oración, exhorta a la conversión: *“¡Lloremos nuestros pecados!”*, predica con fuerza a la muchedumbre, ante la imagen de la Virgen, entre el eco de las bóvedas de los maravillosos templos marianos.”

No permite distracciones o diversiones que transformen la peregrinación en un viaje turístico. Y aunque en la plaza del Santuario está el concierto de la banda *“los buenos peregrinos tortoneses, en vez de perder tiempo en escuchar a la banda, dan vueltas alrededor del templo cantando y rezando. Hay que señalar que la mayor parte de los peregrinos eran hombres, y el ver a aquellos hombres que rezaban y cantaban todos juntos, guiados por sus sacerdotes, era algo que emocionaba”*.

La primera peregrinación oficial, a nivel diocesano, que ve empeñado a Don Orione, se remonta a 1907 y tiene como meta el Santuario de la Virgen de la Guardia de Monte Figogna. Aunque faltan pocos días para la fiesta, decide difundir la idea en los pueblos de la diócesis que él conoce mejor. Las adhesiones son muchas y todo transcurre de la mejor manera posible: alegría, oración, confesiones, cansancio y más gozo y alegría de espíritu. Tal vez es esta positiva experiencia la que convence a Don Orione para que promueva todos los años grandes peregrinaciones.

Una anécdota de esta peregrinación ayuda a comprender el espíritu con que Don Orione las organiza y las mantiene.

“Cuando en agosto de 1907 Don Orione organizó una peregrinación al Monte Figogna de Génova, también yo, con un compañero mío, un cierto Novelli, le pedí poder participar. Habiendo perdido el tren especial, subimos a otro tren; en vez de bajar en Bolzaneto, llegamos a Génova y nos dejamos vencer por la tentación de ver la ciudad y el puerto. Por la noche pensamos en encontrar un lugar para dormir.

Por la mañana, muy temprano, nos encaminamos hacia el Monte Figogna para buscar a Don Orione. Por los montes, a pie, llegamos allí en la tarde, sobre las cuatro, cansados y hambrientos, mientras los peregrinos ya habían bajado para volver a Tortona... Cuando Don Orione nos vio, levantó los brazos y dijo: 'Pero, ¿dónde habéis estado?' Confesamos nuestra travesura, y él, viéndonos con apetito y cansados, nos envió a comer. Nos dijo que durante la noche había asistido a un sacerdote moribundo, que luego murió, y por esto se había quedado aún en La Guardia. 'Estáis cansados'– nos dijo. 'Quedaos aquí; dormiréis en el hospicio'. Nos mandó ir a dar las gracias a la Virgen del Santuario y luego fuimos a la fonda, donde Don Orione había ya pagado por nosotros como un gran señor. ¡El corazón de Don Orione era realmente grande!" (DO. IV, 590).

Capítulo 22: LAS SORPRESAS DEL AMOR

“Alrededor del 1900, don Orione fue a predicar a un pueblo de montaña y después regresó andando. Era una tarde de invierno, quería llegar a tiempo al instituto pero, puesto que nevaba mucho, se tuvo que detener en Borgoratto Marmorola y visitó al párroco, que se alegró mucho. Puesto que don Orione estaba mojado y cansado, además de cambiarle el hábito, el párroco también le regaló un hermoso par de zapatos, nuevos, que él se puso, dejando los suyos, viejos y estropeados. En la casa parroquial aquella tarde también se encontraba el doctor Alberto Bernardelli, a quien don Orione rogó lo acompañase, al día siguiente, al menos hasta Casteggio, para coger el tren, deseando regresar a casa cuanto antes. Habiendo salido temprano, mientras el doctor hacía una breve parada para una visita médica en el Horno de Staghiglione, se acercó al coche de caballos estacionado un pobre, malvestido, que pedía una limosna. Don Orione, no teniendo nada, se quitó los zapatos nuevos y se los entregó al pobre, poniéndose él los zapatos viejos... El doctor, de regreso, vio la escena, y casi se lo reprochó a Don Orione... Muchos años más tarde, en octubre de 1924, el mismo doctor Bernardelli, mientras iba en caballo a hacer visitas, fue herido de dos tiros por un hombre. Llevado al hospital de Voghera, parecía que no sanaban las heridas, y quienes lo asistían, médicos, monjas, parientes, intentaban también invitarle a recibir los sacramentos. Un día más tarde, procedente nada menos que de Roma, muy tarde, apareció don Orione, que había sido avisado o había leído el hecho en los diarios: abrazó el herido y poco a poco le preparó para recibir el consuelo de la fe, que él mismo le dio...” (DO. IV. 342).

Con ocasión de una célebre audiencia del Papa Pío X, en cuyas manos habría emitido los santos votos, Don Orione quiso deshacerse de todo el dinero que llevaba consigo y se dirigió al Vaticano. En la plaza Rusticucci se le acercó un pobre que pedía limosna al que le expresó su propia lástima por no poder ayudarle. Pero hurgando instintivamente los bolsillos descubrió en el pliegue un céntimo escondido y entonces volvió a llamar al pobre que se había alejado y le regaló la pequeña limosna, alegre por haber salvado con una obra de caridad aquel último obstáculo para lograr la pobreza total. Después vino la audiencia privada.

Saliendo del Vaticano con el corazón hinchado de ternura, de fe, de santos propósitos, rehacía el mismo camino a pie, cuando precisamente en la plaza Rusticucci, en el mismo lugar del encuentro con el pobre, un señor lo reconoció, lo paró y le dio en mano un sobre que contenía una notable suma, ofrecida para la Pequeña Obra. Tal vez ya desde entonces Don Orione pensó en la admirable página manzoniana que un día él comentaría en la Universidad de Milán (D. SPARPAGLIONE, *Il servo di Dio, don Orione*, Tip. Emiliana Ed., Venecia, 1941, p. 207).

Ignacio Silone, expulsado de un colegio romano, es aceptado por Don Orione. El conocido escritor cuenta: “Don Orione hizo saber que habría venido al colegio para llevarme a mí y a otro estudiante de mi mismo pueblo (cuyo traslado no se debía a razones de disciplina): pero en el último momento avisó de la imposibilidad de realizarlo por falta de tiempo. Por eso él mismo propuso que nos encontráramos en el vestíbulo de la estación de Roma, a una cierta hora de la misma tarde. Resultó para mí un dudoso inicio, bastante desagradable.

En la hora y en el lugar establecidos, entre el vaivén y el vocerío de los viajeros y de los mozos que se acercaban a los trenes de la noche, nos encontramos con un sacerdote desconocido: no era aquel extraño y desdichado visto por mí el año anterior entre los escombros de mi pueblo, sino un pequeño sacerdote cualquiera, como tantos que se ven en Roma. Permanecí

por ello un poco desilusionado y al mal llegado sustituto le manifesté mi indignación, dejando que se encargara de mis maletas y bultos, sin mover un dedo para ayudarlo. Después de haber ocupado lugar en el tren, el sacerdote nos explicó amablemente que nos llevaría a un colegio de San Remo, en 'la Riviera' de Liguria; y que por tanto viajaríamos juntos durante la noche entera y también una parte de la mañana siguiente. Era el primer viaje importante de mi vida, pero no disfrutaba en absoluto, encontrándome amargamente decepcionado por el fallido encuentro con Don Orione. Después de un rato, el sacerdote me preguntó si tenía algo para leer y ante mi respuesta negativa me preguntó, con la evidente intención de lograr mi simpatía, si deseaba un diario y en su caso, cuál. "El *Avanti!* (el '¡Adelante!')", le contesté en tono seco y claramente provocativo.

Tengo que decir que entonces conocía aquel diario sólo por la fama de ser una publicación enemiga de la Iglesia, de la tradición y del orden. Era, por lo tanto, difícil imaginar una solicitud más impertinente por parte de un estudiante. Sin alterarse, el sacerdote bajó del tren y poco después apareció y me ofreció el diario. Me quedé estupefacto y también un poco avergonzado, porque me di cuenta de que, a pesar de la apariencia, él, de ningún modo, parecía vulgar, y merecía mayor respeto.

'¿Por qué-le pregunté - no ha venido Don Orione?'. Mi observación le sorprendió. 'Yo soy Don Orione' -me dijo-. *'Discúlpame, si no me he presentado'*.

Me quedé muy mal ante la inesperada revelación: me sentí despreciable y vil. Escondí de inmediato el diario y balbuceé algunas excusas por mis prejuicios, por haberle dejado que llevara la maleta y el resto. Él sonrió y me confió su felicidad de poder, a veces, llevar maletas de impertinentes muchachos como yo. Empleó entonces una imagen que me agradó enormemente y me conmovió: *'Llevar las maletas como un burrito', dijo exactamente. Y me confesó: 'Mi verdadera vocación es un secreto que quiero revelarte, sería poder vivir como un auténtico asno de Dios, como un auténtico asno de la Divina Providencia'*.

El otro estudiante que también venía con nosotros a San Remo se había dormido mientras tanto. '¿No tienes sueño?', me preguntó Don Orione. 'Oh, no', le aseguré. Y así empezó entre nosotros un diálogo que, salvo alguna breve pausa al llegar otros viajeros, duró toda la noche. Aunque Don Orione entonces ya hubiese sobrepasado los cuarenta y yo fuese un muchacho de dieciséis años, en un momento, me percaté de un hecho extraordinario: había desaparecido entre nosotros toda la diferencia de edad. (...)

Sentía un placer infinito en oírlo hablar de aquel modo: experimentaba una paz y una serenidad nueva. Decidí entonces para mí que al día siguiente tomaría nota de cada palabra intercambiada. El tren corría a lo largo de la costa tirrena. En la oscuridad de la noche oía el fragor, para mí nuevo, del mar, nombres de nuevas estaciones. Me parecía ir al descubrimiento del mundo.

Don Orione, a un cierto punto, me preguntó: '¿No estás cansado?'. '¿No quieres intentar dormir un poco?'. 'Desearía que este viaje no acabase nunca', logré balbucir.

Lo que mejor recuerdo de él era la tranquila ternura de su mirada. La luz de sus ojos tenía la bondad y la clarividencia que se encuentra, a veces, en ciertas ancianas campesinas, en ciertas abuelas, que en la vida han sufrido pacientemente toda clase de tribulaciones y por eso saben o adivinan las penas más secretas. En ciertos momentos tenía la impresión que él viese en mí algo diferente de lo que yo veía: pero no era una impresión desagradable.

Un par de veces interrumpió la conversación como para abrir un paréntesis: 'Acuérdate de esto', me dijo en un cierto momento. *'Dios no está sólo en la Iglesia. En el futuro no te faltarán momentos de desesperación. Aunque te sientas solo y abandonado, no lo estarás. No lo olvidas'* ("Uscita di sicurezza", Ed. Valecchi, Firenze, 1965, pág. 25 42).

En el colegio San Próspero de Reggio Calabria el futuro escritor se encontró muy bien. Había pocos muchachos, y él gozaba de una absoluta libertad. Siguió los estudios en el bachillerato superior de aquella ciudad, pero huyó también de allí. Don Orione intentó por todos los medios encontrarlo, pero no lo logró.

En la Navidad de 1919 Secundino (Secundino Tranquilli era el verdadero nombre de Ignacio Silone) se encontraba en Roma en busca de un trabajo. Pasaba las noches en el Coliseo, envuelto en una capa, comía cuando podía, y a menudo se refugiaba en la Basílica de San Pedro, en la cual podía gozar de un cierto calor. El día de Navidad, para olvidar la tristeza, decidió comer en un restaurante. Ordenó cuanto pensaba poder pagar, pero llegada la cuenta se percató de que había calculado mal. Se disculpó con el propietario, prometiendo que regresaría para pagar al día siguiente, pero el dueño le amenazó con llamar a la policía. Secundino ofreció como garantía su chaqueta, junto a la capa y el sombrero.

El joven se fue. El frío era tremendo. ¿A quién recurrir? Se encontraba en la Plaza Rusticucci.

A pocos pasos, frente a él, estaba la iglesia de Santa Ana y él sabía que allí también celebraban los sacerdotes de Don Orione. No había elección. El portero lo acogió bruscamente. "Sí, Don Orione está aquí, pero tiene que descansar porque está muy cansado", dijo acompañando al joven hacia la salida. "Si supiese que estoy aquí, tal vez me recibiría ", dijo tímidamente Secundino. En aquel preciso momento en la escalera vio a un sacerdote que enseguida reconoció. Don Orione, sonriendo, dijo: *"Aquí estoy. Ven, hijo"*.

Don Orione intuyó la angustia de aquel muchacho delgado y aterido de frío. Le ofreció todo el dinero que tenía, lo abrazó y le dijo: *"Yo te espero siempre"*. Pocos minutos después Secundino estaba en el restaurante y pagaba la cuenta.

Parece que desde entonces Secundino Tranquilli hubiese repudiado la religión para dedicarse completamente al socialismo. En 1921, con Gramsci y Togliatti, toma parte en la fundación del partido comunista italiano. Con la llegada de los fascistas al poder tuvo que refugiarse en la clandestinidad. Huyó a Suiza, pero frecuentemente bajaba a escondidas a Italia para continuar con la propaganda comunista. El partido se servía de él para realizar también encargos de confianza en Francia, Alemania, España... En 1923 fue detenido en Barcelona y permaneció un tiempo en la cárcel. En 1927 participó, con Togliatti, en un encuentro de la internacional comunista en Moscú, donde se opuso a Stalin. Viendo entonces que su vida estaba en peligro, regresó a Suiza.

Continuó su actividad política. Con frecuencia llegaba clandestinamente a Milán y en varias ocasiones se encontró con Don Orione. Una vez Don Orione le salvó la vida: *"Teníamos que vernos en la Estación Central"*, me contó el mismo Don Orione. *"Constaté que Secundino estaba siendo vigilado por policías de paisano. Me puse a su lado y le rogué que actuase como si nada sucediese. Cambiaba continuamente de posición, para evitar que los policías lo identificaran y lo detuvieran. Estaban autorizados a disparar si hubiera intentado huir. Los policías, aún sospechando, se mantuvieron a una cierta distancia viendo que conversaba tranquilamente conmigo. Logré que cogiera un tren directo a la frontera"*.

Uno de mayo, fiesta de los trabajadores: en Tortona se viven momentos de plena agitación social. Muchos hombres están en la guerra, las familias viven en la miseria, hay un clima general de insatisfacción que deja cabida a los sentimientos más turbios y a proyectos perversos.

El odio instalado en los corazones instrumentalizados por las ideologías políticas ha estallado contra la iglesia, los sacerdotes y de modo particular contra el obispo. Una riada humana con banderas rojas, palos y otras armas improvisadas se dirige con alboroto desde San Bernardino hacia la catedral y el Palacio episcopal.

Don Orione, valiéndose de su fama de sacerdote pobre al servicio de los más desfavorecidos hijos del pueblo, serena los ánimos y convence a los insurrectos para que desistan de su empresa criminal.

Guerra, odio, violencia nunca serán la base de un mundo mejor, ni de una sociedad más justa. *“Es la Caridad y solo la Caridad la que salvará al mundo!”*.

Don Orione tuvo el temple vigoroso de los hombres de voluntad pero se plegaba a todos los mejores sentimientos; fue un hombre tenaz, pero no duro; fue un obstinado en el camino del bien, nunca un inflexible.

Sacerdote pobre y desconocido un día cruza las calles de una gran ciudad y se detiene ante el tétrico portón de las cárceles. Llama. El vigilante asoma tras los barrotes de hierro. ¿Quién es ese sacerdote? El capellán de la cárcel no es... ¿Qué quiere?

Tiene un pase de libre acceso. Las puertas se abren chirriando a las llamadas sonoras de las llaves batidas sobre las barras cada vez más densas, más pesadas, y ante escaleras, pasillos, pasadizos oscuros... El guardia que precede con el manojo de llaves se detiene ante una puerta, consulta el pase, revisa el número de la celda, abre, se aparta y deja pasar al sacerdote, volviendo a cerrar.

Se oye un grito del interior: el encarcelado, Romolo Tranquilli (hermano de Ignacio Silone) sobre quien cae la tremenda acusación del atentado al Rey el día de la inauguración de la Feria de Milán, ha reconocido a Don Orione, se le ha echado al cuello, dejándose caer en sus brazos:

“¡Sálveme, sálveme!”.

Y lo baña con sus lágrimas. Don Orione también llora.

Lo que pasó después quizás no lo sepamos nunca. Ni importa saberlo. Permanece el momento del encuentro, aquel llanto, aquel abrazo.

Era un rechazado de la sociedad, o aún peor, un acusado. O tal vez un inocente calumniado. Nadie que no fuera Don Orione hubiese llegado hasta él, aislado, en espera de una condena que podría ser de muerte. El infeliz ha intentado todo. En vano. Se ha acordado de Don Orione que en los lejanos días lo había sacado de los escombros y encaminado a una carrera en el estudio y de dignidad. En él ha visto a su salvador, al hombre capaz de comprender y de revelar su inocencia, lo ha pedido con la fuerza desesperada de quién no quiere morir.

Y Don Orione ha acudido.

Es un conjunto simbólico: la infelicidad humana enmarcada en el oscuro ambiente de la cárcel y una gran luz de caridad que la penetra, la invade, la transfigura (*D. SPARPAGLIONE, Il servo di Dio, don Orione, Tip. Emiliana Ed., Venecia, 1941, pág. 6 y siguientes*).

Los santos también son astutos. Una vez Don Orione, viajando en coche de caballos, se convirtió en centro de mira de ciertos tipos sospechosos. “¡Silencio” –hace señas uno de ellos– “se acerca un coche de caballos... ¡es un buen golpe!”.

El sacerdote, intuyendo el peligro, piensa rápidamente cómo evitarlo. Mientras esos canallas esperan amenazadores, saca del bolsillo un paquete de estampitas sagradas, que en la distancia podían parecer billetes de banco, y lanzándolas al viento las deja caer en la cuneta.

Ávidos se lanzan sobre el imaginado botín. Y el coche de caballos, con un buen latigazo al caballo, corre hacia la salvación.

“En 1938 Don Orione vino a Pavía a visitarme al hospital. Le invité a que escuchara las voces de un muchacho, que continuamente gritaba, día y noche, parecía la voz del pavo real. Lo acompañé hasta aquel joven. La madre le pidió una santa bendición. Él le dio la bendición requerida, y le puso la mano sobre la cabeza. Dejó de gritar. La madre atribuyó la curación del hijo, desahuciado por los médicos, a la bendición de Don Orione” (DO. IV, 348).

Durante su permanencia en América Don Orione tiene como ayudante y chófer a un cierto hermano Fogliarino. En su afable simplicidad, además de cumplir con amoroso escrúpulo su deber con el Director, además de disfrutar por el honor asignado y sentirse importante, no era ajeno, a veces, a sacar también algún pequeño beneficio material.

Sucedía, por ejemplo, que pías señoras y bienhechoras, le telefoneaban con la finalidad de hacer algún regalo al gran Don Orione, y le preguntaban si le gustarían tartas, helados, pastelitos. “¡Sí, claro! –respondía gentilmente el hermano Edmundo–, ¡Traed todo lo que queráis!”.

Y ellas lo llevaban, no sin una pizca de sorpresa al darse cuenta que el “santo” resultase tan glotón... De estos regalos, de vez en cuando, algo también llegaba a la mesa de Don Orione, pero más a menudo el hermano Fogliarino cambiaba el rumbo a otra dirección.

Para hacer el bien, Don Orione también es audaz. Prepara una expedición en los mínimos detalles para impedir una reunión que bajo el pretexto político, intenta dejar funestas consecuencias en la vida y en las costumbres de sus paisanos.

La tarea es ardua y muy arriesgada, pero los jóvenes encargados saben su cometido. Un poco por las buenas, y un poco por las “menos buenas”, sin hacer mal a nadie, todo saldrá bien.

Esto no quita el miedo y la preocupación de quien les ama y que ahora vive al borde de la carretera entre Pontecurone y Tortona, momentos de ansiosa espera.

Cuando finalmente vislumbra a los tres muchachos que venían corriendo, suspira... va a su encuentro y, contento por el peligro ya pasado, les abraza con paternal efusión.

El arzobispo de Milán, el Eminentísimo cardenal Schuster, después de haber visitado el “Pequeño Cottolengo Milanés”, dijo a nuestro don Sterpi: “Escriba a Don Orione, que, si regresa de América con dinero, ¡ya no lo reconoceré como Don Orione!”. Y Don Orione comenta: *“Cuando me llegó la comunicación, pasé un hermoso cuarto de hora de alegría, ya que, precisamente en aquel momento, me encontraba sin zapatos, y estaba obligado a no poder salir del cuarto. Agradeciendo al venerado Cardenal, he podido tranquilizarlo, diciéndole que si de Italia algún alma buena no piensa en pagarme el viaje, no sé cuándo podré volver. “Inimicitiam ponam inter te et pecuniam”, ‘Pondré enemistad entre ti y el dinero’, parece que me haya dicho el Señor”*. Durante el viaje de regreso de Argentina uno de los viajeros cuenta: “La última cena hecha a bordo, para nosotros que lo acompañábamos, tuvo un particular y profundo significado. Don Orione se dignó invitar al capellán del buque. Don Orione se mostró más alegre de lo normal, desarrollando su conversación con extraordinaria dulzura y benevolencia. Al final de la cena, me vino una extraña idea. Cogí la carta del menú y, para conservar un recuerdo, se la presenté, rogándole que firmara allí. Don Orione, en primer lugar, sonriendo, me preguntó cuál era la razón de este deseo mío. Se lo manifesté. Entonces él tomó con gravedad la cartulina, se puso sus gafas, cogió la pluma y escribió. Después él mismo leyó con clara voz la siguiente frase escrita por él mismo: *“Don Orione ha bebido mucho y está borracho”*. Pronunció con énfasis las últimas dos palabras largas y me

entregó la cartulina diciendo: *“Toma, Daniel, cuando me quieran canonizar, tú te presentarás con esto y dirás y mostrarás lo que escribió Don Orione”*.

¡Mire, Padre!”– respondí–; esto que usted me dice implica que yo estaré vivo hasta que traten de canonizarlo... y esto implica a su vez dos cosas: o que usted será canonizado muy pronto o, en caso contrario, que yo viviré mucho tiempo. Don Orione sonrió, bajó la cabeza en signo de aprobación”.

La señora Catalina Servetti, había conocido al fundador por una carta extraviada. En efecto, le había llegado a ella, a Cortona, en vez de Tortona, una carta dirigida a las obras de Don Orione. Pronto se estableció entre Tortona y Cortona una corriente de caridad, espiritual de una parte y material de otra. Don Orione, cuando podía en sus viajes hacía de buena gana una parada para ir a visitar a la señora Catalina, como una costumbre de exquisita cortesía hacia cualquiera que le hiciese el bien.

Le había dado cita con un telegrama: *“Descansaré esta noche celebrando al alba” – Orione –*. Era una gracia grande poder asistir a la misa de su beneficiado amigo, a quien inmensamente quería como a un santo y en cuyas obras colaboraba generosamente.

Todo estaba preparado para una cena sencilla, señorialmente servida. Pero Don Orione no llegaba. Del deseo se pasó a la pena, como una amarga desilusión. En cambio Don Orione llegó, jadeante y un poco cansado, muy pasada la medianoche. Lo acompañaba, moviendo el rabo, un perrito que aceptó las caricias de la dueña de casa y luego, ante la bendición de Don Orione, había desaparecido.

Había sucedido que, habiendo llegado tarde a la estación ferroviaria de Camucia, se había dirigido caminando hacia la casa de la señora Servetti. En la oscuridad había perdido el sendero. Se había dirigido a Santa Margarita de Cortona. “Y he aquí, cuenta Don Orione, que un perrito vivaz y juguetón, sale a mi encuentro alegremente me indica, a su modo, que le siga”.

Así había llegado, aunque tarde, a su destino. “Oh, le aseguro –decía conmovida la señora Servetti –, he visto todas las figuras antiguas y los viejos cuadros de nuestra Santa (Santa Margarita). A sus pies siempre se encuentra un perrito. Y aquel animal, a mi lado, al que Don Orione quiso despedir con la señal de la santa cruz, y que yo acaricié desde la cabeza a la cola, por el color y la figura y por la posición, era realmente el perrito de Santa Margarita”(G. Pieccinni, *Quel tuo cuore, don Orione, EP.1965, passim pág. 299 y siguientes*).

El día ha sido largo, extenuante, cargado de trabajos y de obras de caridad. Los huérfanos de guerra han aumentado, no tienen ayudas, ni recursos, están solos y necesitados de todo.

Preocupaciones y numerosas deudas improrrogables perturban y quitan el sueño a Don Orione. Aunque ya es noche avanzada, después de una larga oración a la Madre de la Divina Providencia, para distraerse, se acerca a una estantería en busca de un buen libro, entre los muchos dejados en herencia por el capellán de San Roque.

Una de las tantas bromas de la Providencia le quita el miedo, el sueño y las ganas de leer: de un libro salen hacia afuera, bien doblados en un paquete, tantos billetes de mil liras como los que tiene que dar urgentemente a sus acreedores.

Don Orione lucha contra el demonio que lo persigue y le hace sufrir continuamente. Frecuentemente le llevan endemoniados y poseídos que nadie logra liberar.

Aceptaba realizar el exorcismo, y el éxito siempre le es favorable; pero después del exorcismo, aparece cansado. *“Pero lo peor, aún está por venir, decía, ahora el demonio la va a tomar conmigo y procurará hacérmelo pagar”*.

Las persecuciones del demonio asumían en ciertas ocasiones aspectos terroríficos. En el colegio de Santa Clara, en Tortona, para no quitar una habitación a sus muchachos, duerme sobre un banco, en el atrio. Con frecuencia los hermanos ven entrar en aquel atrio un misterioso perro negro. Lo sienten ladrar y lanzarse contra el director, pero cuando acuden en su ayuda, la bestia desaparecía en la nada. Una vez vieron caer al negro perro por la chimenea de la sala y también en aquella ocasión, después de haber ladrado amenazadoramente delante de Don Orione, desapareció ante el estupor de los presentes.

Una noche en la habitación se apaga la luz y el demonio hace oír la música estridente de cadenas y de lamentos. Don Orione, irónicamente lo invita a repetir aquel ruido, haciéndole entender que con el Señor al lado no tiene miedo.

Otro veces, mientras procura descansar por la noche, el demonio se divierte haciendo bailar la cama con grandes movimientos y sacudidas.

Capítulo 23: LOS DOS TERREMOTOS

Don Orione ha recogido seis huérfanos en un pueblo en el Monte Bove a 1300 metros de altura. Los niños están casi aterrorizados por el frío, por el hambre y por el miedo. Los carga en el coche que tiene a su disposición y se pone en marcha hacia Avezzano. Pero el hielo y la nieve hacen bandear y detener el coche al borde de la carretera. Mientras tanto se oye un aullido lejano, y otro, y otro más... Una manada de lobos hambrientos viene corriendo hacia el automóvil.

–“¡Los lobos!” –grita un huérfano–, “Vienen los lobos”– repite otro. “Nos descuartizarán. Yo tengo miedo!”.

–“Que no, estad tranquilos, son perros vagabundos”.

–“No, no, son lobos; yo los conozco”.

–“Vamos, estrechaos todos aquí conmigo. Así, yo os cubro con mi capa, y no oiréis ni veréis nada y estaréis más calientes. Eso es, así... Pero vaya con estos perros que no dejan de ladrar”.

El chófer, con sangre fría, hace algunos disparos con la escopeta y, ayudado por Don Orione, busca la manera de arrancar el automóvil, empujando hacia la bajada. Los lobos, atemorizados por los disparos y los gritos, desisten del asalto. Un golpe de acelerador y camino a la salvación.

Para Don Orione, el año 1908 es un año de grandes sufrimientos y de intenso trabajo. En mayo Don Goggi deja Roma por motivos de salud. El 4 de agosto, después de inútiles tentativas y consultas médicas, muere a la edad de 31 años. La congregación pierde una de sus mejores promesas. El dolor es tan grande que Don Orione, con la distancia de los años, escribe: “La muerte de Don Goggi me ha abierto una herida tal, que nunca se cerrará. Que se haga la voluntad de Dios”.

En el mes de octubre sufre otra gran pérdida. Mamá Carolina deja al hijo para subir al cielo. También los muchachos lloran a la madre común que desde hacía tiempo les cuidaba con tanto amor y entrega. “Cuando murió, –recuerda Don Orione–, le pusimos el vestido de novia. Después de 51 años de casada, lo había hecho teñir de negro y le quedaba bien, y era su vestido más hermoso”.

La relación con el obispo se hace cada vez más difícil a causa de incomprensiones, insinuaciones, envidias y celos. A veces monseñor Bandi se manifiesta muy duro, escribe cartas severas, aunque después, honesto como es, da marcha atrás. A pesar del sufrimiento, de la injusticia que padece, Don Orione nunca pronuncia una palabra de crítica, de rebelión. Obedece y calla. Si tiene que hablar lo hace con la máxima sinceridad y caridad.

El 28 de diciembre un tremendo terremoto de 37 segundos desvasta las ciudades de Reggio Calabria y Messina. El maremoto añade su parte. El desastre es total. Incendios, lluvia, viento, frío y nieve hacen más difíciles las obras de socorro. Millares de personas quedan sepultadas vivas horas y días enteros.

Don Orione, conocida la noticia por los periódicos, y empujado por un fuerte impulso de generosidad y caridad, decide ir personalmente en ayuda de aquella población.

Sale de Tortona el 4 de enero. El viaje es azaroso y largo a causa de la precariedad de los medios y de la impracticabilidad de las carreteras. Una parada forzosa en Cassano Ionio le permite visitar al amigo monseñor Pedro La Fontane. El encuentro sirve también para concretar la apertura, en la ciudad, de una obra, desde hace tiempo deseada y solicitada por el obispo. En ese momento es de gran utilidad para acoger a los huérfanos del terremoto.

Provisto de una carta de recomendación, continúa el viaje. El tren se detiene en Roccella. Cuatro horas de marcha forzada no bastan para llegar a la primera estación y continuar el viaje. Después de otros setenta largos kilómetros, en Bove Marina, el tren termina su marcha. Es huésped de los salesianos en espera de continuar cuanto antes el viaje. Reggio está a sólo 45 kilómetros. El viaje duró nada menos que 24 horas.

Una vez que llega, se presenta con la carta de monseñor La Fontane a la autoridad eclesiástica. Es recibido como enviado por la Providencia. El escenario que contempla es indescriptible: casas y casas arrasadas, lamento por los muertos, llanto de los heridos, un febril y silencioso correr de los voluntarios, lento vagar sin una meta precisa de tantos sobrevivientes que han quedado solos. No hay tiempo que perder. Prepara rápido una tienda y enseguida al trabajo, sin tregua, sin cuidarse, noche y día olvidado el descanso, el alimento y la salud.

Cuando unos días más tarde se acerca a Messina, epicentro del terremoto, no encuentra lágrimas para llorar la inmensa tragedia. Bien acogido, se pone a total disposición del obispo. Distribuye víveres, consuela a los sobrevivientes, reza e invita a la esperanza. Ayuda en la excavación de los escombros, asiste a los moribundos, entierra a los muertos, organiza, provee. Un vagón de tren, un pesebre, es más que un palacio real para acoger las pocas horas de indispensable descanso.

La emergencia es a todos los niveles, la situación es trágica para todas las categorías de personas, pero los huérfanos, los niños solos, abandonados, requieren mayor atención. “Nosotros, escribe don Orione, daremos la vida por los huérfanos. Cualquier trabajo, cualquier sacrificio, aún el más humilde, el más insignificante será agradable con tal de entregar toda nuestra vida al servicio de los huérfanos”.

Trabaja tan bien, tan desinteresadamente que en poco tiempo conquista la estima y la confianza de todos. El patronato Reina Elena, patronato estatal abiertamente laico, le propone la presidencia. Don Orione, para estar libre de las trabas burocráticas, acepta ser Vicepresidente. El trabajo es duro, la colaboración difícil, pero es una posición muy ventajosa para proteger los derechos y el bien de los huérfanos contra todo tipo de explotación. Su presencia de cristiano y sacerdote honesto, serio y comprometido también beneficia a los miembros del comité.

Es dinámico, no se detiene un momento. Transporta a hombros a los muertos. Atrae, comunica entusiasmo y ganas de imitarlo a los jóvenes sacerdotes, mientras deja perplejos a algunos ancianos que no logran conciliar la dignidad, el decoro sacerdotal, con ese tipo de actividad.

El Papa, preocupado por su salud, el 15 de Mayo de 1909, le comunica: “No trabaje por encima de sus fuerzas. Recuerde que también la salud es regalo de Dios que nos ha confiado para que la administremos. Es un patrimonio que no es necesario estropear, sino usar con las debidas cautelas, para conseguir mayor bien.”

El bien es incómodo y desencadena siempre, en aquellos que no se quieren comprometer, fuertes reacciones y celos, y en las mediocres e incapaces envidias y otros sentimientos indignos. No extraña, por lo tanto, que Don Orione pronto se encuentre en un mar de dificultades creados precisamente por la maldad y la mediocridad. Está incluso dispuesto a dar marcha atrás, a dejar el puesto, pero no es éste el deseo del Papa, que al contrario, el 16 de Junio del mismo año, lo nombra vicario general de Messina.

Los rencores, las calumnias son cada vez más insistentes y descarados. Hasta el punto que “alguno –escribe don Sparpaglione–, después de toda una serie de golpes lanzados, con venenosa lengua, contra su persona, que era espejo de puro candor, de audacia en su voluntad, de continua inmolación, de fidelidad al deber, recurriera, incluso al más vil y satánico atentado”.

Con la complicidad de un barbero, donde Don Orione iba a afeitarse, le inocularon el virus de la sífilis. La infección estalló violenta y los enemigos divulgan la noticia creando un escándalo increíble. La infección desaparece en ocho días. La noticia llega al Vaticano, se inicia una investigación y el Papa confirma toda su confianza a Don Orione. “Es un mártir”-confía a monseñor Cribellati que había ido a una audiencia, y concluye: “Llevad a Don Orione mi bendición y decidle que tenga paciencia, paciencia, paciencia, que con paciencia se hacen milagros”.

Pero el dolor que experimenta Don Orione, le durará toda la vida. Incluso cuando el barbero confiesa los avatares de la acción criminal y dice los nombres de los culpables. A quien le pregunta si desea conocer a los culpables, Don Orione responde: “Ya los he perdonado”. Y con heroica obediencia continúa su servicio a la diócesis.

María, Madre del Consuelo, es la única que puede aliviar su dolor y los muchos sufrimientos de un pueblo duramente probado por el terremoto. Sólo Ella puede secar las lágrimas de quien llora para llevar la esperanza a los corazones desgarrados por el dolor.

Don Orione escribe al secretario del Papa: “Esos hijos míos de Santa Ana (la parroquia en el Vaticano) llevarán un cuadro de la Virgen del Consuelo idéntico al que hay en el Santuario de Turín, un hermoso cuadro, regalo del canónigo Alamanno, sobrino del Cafasso... Desearía que el Santo Padre se dignase bendecirlo...” (el cuadro, durante la guerra, es preservado y custodiado por monseñor Cribellati. En 1945 se entrega de nuevo a los hijos de don Orione en Messina para una obra de caridad y desde 1960 preside entronizado en la espléndida nueva iglesia). Contemporáneamente escribe al Papa manifestando el vivo deseo de construir en Messina una “capillita”, donde se pueda continuar rezando especialmente por los muertos del terremoto. “Esta iglesia la edificaría poco apoco, con la ayuda que me dé la Divina Providencia, a quien está particularmente consagrada nuestra humilde congregación”.

Con la aprobación y la bendición del Papa y del obispo local, adquiere el terreno y superadas algunas dificultades burocráticas inicia los trabajos. El 4 de noviembre de 1909 la iglesia queda solemnemente inaugurada, y la casa parroquial se constituye como centro general de la caridad de don Orione.

La Virgen, a la que se reza y se invoca en Messina, cuida también a los hijos lejanos. Un día mientras Don Orione viaja, tiene un terrible sueño: “Me vi ante la Virgen Santísima del Buen Consejo, y a los pies de la Virgen había unas pirámides blancas, pequeñas, como de mármol. Después un lado del marco del cuadro se desprendió de arriba hacia abajo, y por el lado izquierdo empezó a golpear violentamente las pequeñas pirámides rompiendo muchas. Yo, en el sueño, pensé que se trataba de los nuestros; supliqué a la Santísima Virgen con humilde corazón, y el martilleo cesó. Esto ha comenzado ahora en Tortona precisamente a los pies de la Santísima Virgen del Buen Consejo, en aquella casita que tantos sacrificios cuesta”.

Es doloroso tener que alejar a algunos muchachos por mala conducta, pero es gracia extraordinaria de María proteger a tantos otros del mal.

Algún año después, el 13 de enero de 1915, un terremoto destruye Avezzano. La Marsica llora la muerte de treinta y dos mil hijos suyos.

También en esta zona de Italia, nieve y hielo retrasan enormemente las ayudas. El 14 de enero el rey Victorio Emanuel III llega en coche con su comitiva. Un día después Don Orione llega de Roma animado por un fervoroso espíritu de caridad.

Percatándose de la gravedad de la situación sitúa su cuartel general en la plaza Torlonia. Una sola tienda hace de oficina, capilla, hospital de campaña y refugio sobre todo para los huérfanos. Son más de cinco mil los niños sin familia, un ejército necesitado de todo y a quien Don Orione se entrega sin reservas. Precisamente es en Avezzano donde se le denomina, y con razón, “padre de los huérfanos”.

“Pregunto –cuenta un ex funcionario del ministerio de asuntos internos – ‘¿Dónde está Don Orione?’ – Me señalan una gran tienda. Me acerco. Lloros de niños. Entro. Este es Don Orione. No veo a los demás, lo veo a él. Sentado sobre un taburete. En cada brazo sostiene a un bebé. Los mece sobre sus rodillas, los calma con una nana y pide el biberón. Pide e insiste: ‘¡Dadme el biberón!’. Así que éste es Don Orione. Un pequeño sacerdote sucio. Una sotana vieja y manchada con barro, y dos pies grandes en zapatos deformados y rotos. Pero aquella cabeza inclinada en un cuello delgado, y aquellos ojos – ¡ojos de Don Orione que te miran tristes y serenos! ¡Sí, Don Orione, fue aquella primera mirada la que te hizo tan querido para mí!”.

“Una de aquellas mañanas grises y gélidas, después de una noche en vela, –cuenta Ignacio Silone– presencié una escena bastante extraña. Un pequeño sacerdote, sucio y desaliñado con barba de diez días, se movía entre los escombros, rodeado de un grupo de niños y muchachos sin familia. En vano el pequeño sacerdote preguntaba si había algún medio de transporte para llevar a aquellos muchachos a Roma. El ferrocarril estaba interrumpido por el terremoto, y no había otros vehículos para un viaje tan largo. En aquel momento aparecieron y se detuvieron cinco o seis automóviles. Era el Rey, con su séquito, que visitaba los municipios devastados. Apenas los ilustres personajes bajaron de los coches y se alejaron, el pequeño sacerdote, sin pedir permiso alguno, comenzó a cargar en uno de ellos a los niños recogidos por él. Pero, como era previsible, los guardias encargados de vigilar los coches se opusieron. Dado que el sacerdote insistía, se produjo una fuerte discusión, que llamó la atención del mismo soberano. Sin ningún miedo, el sacerdote se adelantó, y con el sombrero en la mano, pidió al rey que por un poco de tiempo pusiera a su disposición uno de aquellos coches para poder llevar a los huérfanos a Roma, o al menos hasta la estación más próxima en servicio. Dadas las circunstancias, el rey no podía negarse.

Junto a otros, también yo observé, con sorpresa y admiración, toda la escena. En cuanto el pequeño sacerdote con su carga de muchachos se hubo alejado, pregunté a mi alrededor: ‘¿Quién es ese hombre extraordinario?’. Una anciana, que le había confiado su nieto, me respondió: ‘Un tal Don Orione, un sacerdote, más bien raro’.”.

También el diario “Pueblo Marso” recuerda el hecho: “No tenemos palabras para alabar la obra humanitaria y caritativa de Don Orione. Conseguida la autorización para recoger huérfanos, ha recorrido con el automóvil todos los lugares devastados. Le hemos visto, con rostro alegre y solícito con esos pequeños niños, darles golosinas y dulces, ropas nuevas, acompañarles a la estación y ponerlos en buenas manos”.

El boletín de la Pequeña Obra narra el testimonio de monseñor Bianchi y del guaneliano Don Bacciarini que “lo encontraron empapado de agua de pies a cabeza. Bajo el sombrero tenía un diario doblado y otro cartón ya deshecho para protegerse de alguna manera de la humedad. En ese estado permaneció tres días. Y así hubiera permanecido si aquellos buenos sacerdotes no se hubieran encargado de llevarle ropa de cambio y alimentos”.

En este contexto de generosidad y de heroísmo se multiplican hechos y acontecimientos extraordinarios en su hermosa sencillez, como el ya manifestado al inicio del capítulo. He aquí, alguno más.

“Una vez – confiesa don Orione–, creí morirme realmente”. Se encuentra en la alta montaña después de un fatigosísimo día de caminar y de búsqueda de supervivientes. Debilitado por el cansancio y por el ayuno, se deja caer extenuado en la cuneta de la carretera en total abandono en Dios. “Experimenté una fuerte aflicción –contaba– frente a la muerte. No me desagradaba perder la vida en el campo de la caridad, pero me atormentaba la idea de que mi pobre cuerpo habría sido carne para los lobos, y mis hijos no habrían tenido el consuelo de rezar sobre mi tumba”.

Una voz sale de los escombros: '¡Auxilio, tengo miedo!'. El niño continúa razonando: '¿Qué ha sucedido? ¿Dónde estoy? Ya recuerdo: el terremoto. Estoy en un ángulo contra el muro. Se me ha caído encima la puerta. Menos mal que no me ha aplastado. Pero me duele la espalda... Tengo que salir de aquí, encontrar a papá y mamá, pero ¿cómo hacerlo? ¡Oh, allá arriba hay un rayo de luz!, ¡habrá un hueco!'.

Se dirige hacia la luz y grita nuevamente: '¡Auxilio, ayudadme a salir!'. Una voz amiga responde:

'Espera, no te muevas, intento desescombrar. Aquí tienes, agárrate a mi mano, ven!'.

'Gracias, señor... pero ¿usted es un sacerdote!'.

'¡Ánimo pequeño! ¿Cómo te llamas? ¿Dónde están tus padres?'.

'Me llamo Piccinini Gaetano... el papá... la mamá... no sé, tal vez están ahí debajo'.

'¡Ahora veremos, hijo, intentaremos sacarlos. Pero tú ven conmigo a un lugar seguro'.

'¿Dónde?'.

'Por ahora a mi barraca y si te portas bien, a Roma'.

'¿A Roma? ¿Y cómo iremos a Roma? ¿A pie?'.

'Hay tren, ¿te gusta el tren?'.

'Nunca he subido a un tren... ¡tiene que ser bonito!'.

'Vamos, cógete a mis brazos, que te llevo'.

'¡Qué bueno que es usted!' (Gaetano irá a Roma a estudiar, será sacerdote de la Congregación y digno discípulo de Don Orione en la caridad y en el amor a los pobres).

En Avezzano ejercita el apostolado sacerdotal también de forma heroica. Una enfermera de Reggio Emilia, Giuseppina Valbone, cuenta que un comisario de policía, un masón declarado, a punto de morir, le confía el deseo de recibir los sacramentos, pero está vigilado por los compañeros para que no se acerque ningún sacerdote, ni a su cama ni a su habitación.

La enfermera recurre a Don Orione. Con él estudia una estratagema. Puesto que el enfermo está en la planta baja dejó entreabierta la ventana que da a la habitación. Después espera que los compañeros, en la habitación contigua, comiencen la partida: ella misma toma parte, y con bastante intensidad.

Don Orione, según lo acordado, entró en la habitación del enfermo, recibió la abjuración, le confesó y le dio la comunión.

Al final, la enfermera comunica lo sucedido a los tres que en la otra habitación la esperan para terminar la partida. Se puede imaginar cuál fue su reacción.

Al día siguiente Don Orione escribe a Sterpi: "He recibido la abjuración de un masón. También he llevado a casa el delantal y otros graves símbolos. Os los enviaré, para que los coloquéis a los pies de la Virgen".

Don Contardi, refiriéndose a esta conversión, añade: "Soy un delegado de la Seguridad Pública -le dijo a Don Orione-, yo he sido enviado aquí a sus órdenes, pero con el encargo de la masonería de molestarlo. Ahora, Don Orione, ordéneme. Le digo la verdad: yo no soy de los suyos. He venido para hacerle todo el mal posible, pero cada día he visto cosas sorprendentes. Las impresiones recibidas le son favorables: le han ofrecido el vagón de primera clase en la estación y usted nunca lo ha aceptado; ha dormido en la paja bajo el barracón, sacrificado noche y día; los otros, en cambio, en el vagón de primera clase. Por esto he quedado edificado y quiero volver a la fe de Cristo".

El 21 de marzo de 1915 Don Orione escribe a su hermano: "No te acuerdes de mí sino para rezar, querido Benedicto. Sabes que he entregado mi vida a Jesucristo y a la santa Iglesia y a los huérfanos: tiene que consumirse así. Un día creí morir bajo la lluvia y entre la nieve, al dormir por

tierra y con agua por todas partes, de los pies a la cabeza, sin tener nada para cambiarme ni alimentarme. Una tarde llegé a Tagliacozzo, al Comité de auxilio de la Juventud Católica y me quité un diario empapado que me había puesto dentro del sombrero para protegerme la cabeza. Don Valente encontró ese diario ocho días después y quiso usarlo para encender el fuego, pero no pudo encenderlo porque el papel aún estaba húmedo. El Señor estaba conmigo, y yo sentía su gracia. Sabes, aquí todos me quieren. Pero mi vida la he entregado al Señor y a mi prójimo y sería dichoso, si me hubieran llevado a Tortona muerto por trabajar por la fe y por hacer el bien a los huérfanos”.

De estos días de dolor llega el testimonio de un extranjero, Von Huegel: “En medio de la muerte y del desorden se movía completamente absorto en la desdicha de aquellos pobres, Don Orione, un humilde sacerdote, un hombre a quien muchos ya consideraban como un santo, nacido entre los humildes y los pobres para los humildes y los pobres. Llevaba dos niños, uno en cada brazo, y, por donde iba, llevaba orden, esperanza y fe en medio de todo aquel desorden y aquella desesperación. Mi hija me dijo que eso hacía sentir a todos que el Amor estaba en el fondo de todas las cosas, un Amor que precisamente allí, en aquellos lugares, se manifestaba en la total y amorosa entrega de sí de aquel humilde sacerdote.”

Como en Messina, también en Avezzano, fastidia a muchos el bien desinteresado y la transparencia cristalina de vida. El obispo, manipulado por algunos, está convencido que Don Orione prefiere dar su apoyo a la iniciativa laica del Patronato, antes que a la organización de auxilio organizada por la diócesis. Las dos realidades, en vez de colaborar, pronto se ven enfrentadas recíprocamente. Don Orione se encuentra entre dos fuegos. El Papa desea que permanezca en el Patronato, pero el Obispo ya ha tomado una decisión: así como ha sido alejado Don Guanella y sus religiosas, así también tiene que irse Don Orione.

Después de tantos sacrificios, tanto cansancio y tanto bien hecho a aquella gente, Don Orione para evitar contiendas y discordias, si bien con dolor, deja Avezzano.

Recordémosle así a Don Orione en los lugares del terremoto con los dos niños en brazos sosteniendo el dolor y la inocencia del mundo. “Sostenido por la gracia de Dios he evangelizado a los pequeños, los humildes, al pueblo. En nombre de la Divina Providencia he abierto los brazos y el corazón a sanos y enfermos de toda edad, religión, y nacionalidad. A todos habría querido dar el pan del cuerpo, el consuelo de la fe y en especial a los más que más sufren, a los abandonados.”

Capítulo 24: LA CARIDAD NO CIERRA LAS PUERTAS

“Eran las 12 cuando fui llamado ante el Santo Padre Pío X en audiencia privada. Me he arrodillado ante él con todo el amor de hijo. El Papa quiso que me sentara cerca y con mucho cariño pidió noticias detalladas de la nascente congregación. Se conmovía gratamente, y se interesaba de nuestra pequeñez y, a cada buena noticia, sonreía como quien escucha lo que le gusta, y se alegra en Dios.

Viendo tanta confianza me he atrevido a pedirle un favor mayor. Y el santo Padre, sonriendo, me contestó: “Veamos qué es esta gran gracia”.

Entonces le rogué, que teniendo que hacer los votos perpetuos, se dignase, en su caridad, a que yo los hiciera en sus manos.

Y el Santo Padre, en seguida y de buena gana, me dijo que sí. Le di las gracias, y la audiencia continuó. Al finalizar, pregunté cuándo consideraba que tenía que regresar para los santos votos.

‘Ahora mismo, de inmediato’. ¡Dios mío! ¡Qué momento tan maravilloso! Saqué del bolsillo un librito donde está la fórmula de los santos votos.

Pero en aquel momento tan solemne y santo, recordé que se necesitarían dos testimonios. Y el Papa, mirándome dulcemente y con una sonrisa celeste en los labios, me dijo: ‘De testigos harán mi ángel de la guarda y el tuyo!’.

Postrado entonces, a los pies del Santo Padre Pío X como a los mismos pies de Nuestro Señor Jesucristo he emitido mis votos religiosos perpetuos, y una especial y solemne promesa: un explícito y verdadero juramento de amor hasta mi muerte y de eterna fidelidad a los pies y en las manos del Vicario de Cristo. Y dos ángeles hacían de testigos, y el ángel mismo del nuestro Santo Padre!”(L.I, 25)

El programa de Don Orione es claro: “Renovar todas las cosas en Cristo”, “Almas, Almas!”. Por lo tanto, no hay limitaciones de campo o de actividad: todo lo que sirve para salvar a las almas, renovar a los hombres y a la sociedad en Cristo, responde perfectamente al espíritu y a la Obra de Don Orione.

La sed de las almas lo empuja también a entablar amistad con personalidades sumergidas en el mal o atormentadas por dudas y crisis de fe. Siente que tiene que amar a todos con un tierno y dulcísimo amor para llevar a todos a Cristo: “No veo más que un cielo; un cielo verdaderamente divino, que es el cielo de la salvación y de la paz verdadera. No veo más que el reino de Dios, el reino de la caridad y del perdón donde todos los pueblos son herencia de Cristo y reino de Cristo”. (Nel nome della divina provvidenza, Piemme, 1980, pág. 174)

Así su historia se cruza con la de Ernesto Bonaiuti, Romolo Murri, Padre Semeria, Don Brizio Casciola, el conde Gallarati Scotti, Ferrucci Lantini, el escritor Antonio Fogazzaro y otros exponentes del modernismo, movimiento considerado como la “suma de todas las herejías”.

Pío X ha condenado el movimiento. Se origina una “una caza de brujas” y a menudo laicos, sacerdotes y religiosos inocentes son acusados y perseguidos injustamente. Don Orione permanece cercano a todos, con caridad y respeto, ayudándoles a regresar, si fuese necesario, al seno de la Iglesia.

En Tortona tiene una sala donde, todos los días, reúne a los sacerdotes de la diócesis de Alessandria sospechosos de modernismo. Discute con ellos, frecuentemente les invita a comer y cuando puede les ayuda económicamente. Reuniones y encuentros se realizan también en Como, Roma y en otras ciudades.

Este celo apostólico a menudo es interpretado como debilidad y flaqueza ante la herejía. Una palabra arrastra a otra, una insinuación va tras otra insinuación, y la noticia llega a Roma: ¡Don Orione es un modernista! Pero los que le acusan no saben que es el mismo Papa Pío X quien, a veces, pide la mediación de Don Orione, como en el caso del Padre Semeria y de Don Brizio Casciola.

El Padre Semeria acepta la propuesta de trabajar con los damnificados (del terremoto) con la esperanza que Don Orione le ayude a conseguir un permiso del Papa para poder seguir predicando. Sucesivos acontecimientos le llevan, entre los horrores de la guerra, a convertirse en capellán militar. Hospitalizado en una clínica suiza, pone en las manos de Don Orione, para entregarlo al Papa, un formulario de abjuración firmado. Una vez restablecido, acepta la invitación del amigo y se dedica enteramente al servicio de los huérfanos de guerra.

Con Don Brizio Casciola hay tanta amistad y confianza que se le considera de “casa” en la congregación. Un día, Don Orione lo acompaña hasta la presencia del Papa para hacer la abjuración requerida. Pío X lo acoge con gran afecto. El acusado recita tan bien y con tanta devoción el credo que, sin pedir más, el Papa lo despide diciendo: “Andad, Don Brizio, continuad vuestra obra”.

Romolo Murri colabora con Don Orione en la revista “La Virgen”. Bonaiuti, expulsado de la universidad y arrastrado a la miseria, ve regularmente a Don Orione en Roma en el instituto de Settesale.

Después de la dimisión de vicario general dedica todo su tiempo a organizar y dar unidad a la Obra, en continua expansión. Hay casas para la formación de los aspirantes al sacerdocio y a la vida religiosa, escuelas de diversos grados y especialización, colonias agrícolas, oratorios, lugares de culto, capellanías en los hospitales y en las cárceles. Todo y siempre en nombre de la Caridad.

Monseñor Bandi, una vez más, pone en crisis a Don Orione y su Obra negándole la ordenación de los clérigos. Habiéndose enterado Pío X, que estima muchísimo a Don Orione, concede a los obispos de Noto, Ventimiglia, Gerace y Alessandria el poder para administrar las órdenes sagradas a los clérigos que el fundador considere idóneos.

La Madre de la Divina Providencia aún hace a Don Orione otro regalo: la casa del Noviciado. Los novicios con el padre maestro se trasladan de la casa de San Remo a Villa Moffa (Bra Cúneo). Villa Moffa, en un tiempo maravillosa villa rodeada de terrenos bien cultivados y alegres colinas, se encuentra en total estado de abandono cuando el 8 de diciembre de 1911 Don Sterpi firma el contrato de adquisición. La cifra de mil liras se logra juntando un préstamo de Annibale de Francia, una entrega personal de Pío X y el donativo de los hermanos Caterina y Michele Volpini.

El ermitaño Fray Vincenzo, dos aspirantes y después Don Sterpi y algunos clérigos limpian la selva de malezas, alejan culebras y otros animales, limpian, blanquean para hacer habitable la villa y accesible el espacio de alrededor.

A finales de agosto, sacerdotes y religiosos pueden reunirse para un turno de ejercicios espirituales y una serie de conferencias dadas por el director. Al final, Don Sterpi y otros religiosos renuevan los votos, hacen su profesión de fe y emiten el juramento de antimodernismo, como quiere Pío X.

Don Orione ha empezado con los jóvenes y quiere multiplicar iniciativas y energía para ellos, marcando grandes ideales con valentía y lleno de sinceridad: “Con Cristo todo se edifica, todo se renueva”. “No engañamos, porque el Reino de Dios no se construye las mentiras, –escribe en el boletín de la Pequeña Obra–: la sociedad actual se va alejando de Dios y de la Iglesia en modo increíble, de tal forma que ya no parece cristiana; es el pueblo que camina indiferente, y muchas veces, abiertamente hostil a la ley de Dios. Lo que aún se puede y se debe hacer para

llevar la sociedad a Dios, es salvar a los niños. Ellos son la sociedad del porvenir, el sol o la tormenta del futuro, la esperanza más hermosa para la Iglesia y para la Patria.”

Señala como campo de trabajo privilegiado el apostolado entre los jóvenes: “Junto a cada casa nuestra y allí donde se encuentren los Hijos de la Divina Providencia, tiene que levantarse y surgir enseguida un oratorio festivo donde todos los jóvenes, incluidos los más abandonados y miserables, tienen que sentir que el oratorio es su casa paterna, su refugio, el arca de salvación, el lugar más seguro para ser mejores”.

A quien renuncia a trabajar justificándose por el gran mal que hay en el mundo, le repite: “Cada vez me convengo más que nunca se siembra, ni se ara en vano a Jesucristo en el corazón de los niños y de los jóvenes”.

Sabe muy bien que “la salvación de toda la juventud del mundo, más que en los colegios, que son más o menos hospitalarios, se conseguirá en los oratorios festivos, en la escuela y sobre todo en la familia”. A ella le corresponde la primera tarea de la educación y formación de los jóvenes. Tiene que dedicar tiempo y medios para acompañar a los hijos en el camino del crecimiento.

También la escuela tiene su función importante si no ha sido sometida a ideologías, sino que lleva hacia las cumbres más altas de la verdad y el bien. Realiza su verdadera función en la medida en que educa personas libres, maduras y responsables. “¡No tengáis miedo en apasionar a los jóvenes alumnos para que mantengan vivo el deseo de saber, de estudiar, de leer, de las ciencias y las artes! Inculcadles el deseo de hacerse hombres, de progresar, de mejorar e instruirse y honrar a Dios que les ha creado, y de quien somos imagen, de honrar a la familia, a la ciudad natal y a la patria, que tiene gran esperanza en los jóvenes. Unid siempre estos dos grandes amores: Dios y Patria, ¡con ellos haréis prodigios! No separéis estos dos grandes sentimientos: para los jóvenes será una luz que durará y llenará toda la vida” (L.I, 366).

La sociedad tiene urgente necesidad de almas generosas que se dediquen enteramente al servicio de la iglesia y de la sociedad. Trabajar para las vocaciones sacerdotales y religiosas es promover un futuro rico de esperanza y de bien para el mundo entero. Don Orione comenzó con la intención de promocionar las vocaciones pobres y a ellas dedica sus mejores energías. “*Las vocaciones al sacerdocio de los niños pobres son, después del amor al Papa y a la Iglesia, mi ideal más querido, el amor sagrado de mi vida. Empecé a trabajar, con la bendición del obispo, pero teniendo como principal intención la de ayudar a los muchachos pobres a ser sacerdotes*” (191).

Ama definirse a sí mismo como “el cura de las vocaciones”. Confiesa: “*¡Cuánto he caminado por las vocaciones de los niños pobres! ¡Cuántas escaleras he subido! ¡A cuántas puertas he llamado! Y Dios me ha usado como su trazo. He sufrido hambre, sed y humillaciones dolorosas. Y, sin embargo, ¡me parecían galletitas de Dios! Me he endeudado mucho, pero la Divina Providencia nunca me ha permitido la quiebra. Y tendría como una gran gracia si Jesús me concediera, por las vocaciones, ir mendigando el pan hasta el final de la vida*” (Scr. 108, 64).

En este período Don Orione amplía la iniciativa de las peregrinaciones. Es la devoción a la Virgen, es el deseo de llevar las almas a Cristo mediante los sacramentos, pero es también un medio popular para transmitir valores religiosos y humanos, para unir conocimientos y amistades, para despertar el compromiso religioso y social de los creyentes. Es, en definitiva, una extraordinaria ocasión de apostolado que no hay que perder.

Las prepara con máximo cuidado. Nada deja suelto a la improvisación. Se deja ayudar de personas capaces y competentes, prepara con generosidad escritos con instrucciones y programas detallados, y se aprovecha de la prensa local para una publicidad más amplia.

El amor a las almas le abre los horizontes del corazón y de la vida a las dimensiones del mundo y no se limita a su propia tierra, a su propia nación. La primera casa después de San

Bernardino de Tortona es en Noto, pero su pensamiento ya va lejos. *“Siento que necesito, –escribe a monseñor Perosi–, viajar por toda la tierra y por los mares y me parece que la inmensa caridad de nuestro Señor Jesucristo dará vida a todas las tierras y mares y todos llamarán a Jesucristo, Señor”*.

El pensamiento de la misión ya está presente en los años de Valdocco, en el sueño del oratorio, en la colaboración con la Madre Michel, a la que escribe: *“Estoy dispuesto a ir yo mismo a Brasil, cuando fuera necesario y para gloria de Dios. No conozco el idioma, pero la caridad habla un solo idioma y todas las lenguas”* (Scr. 103, 2). Llega la solicitud del obispo de la diócesis de Marianna y la prohibición de monseñor Bandi. El terremoto obliga a un paréntesis.

En el 1912 Don Orione aviva la llama misionera en el corazón de los suyos, con ocasión de la visita de un ex alumno, entrado en el Pime y en marcha para China. Escribe: *“¡Felices nosotros! Feliz y bendita la casa de la Divina Providencia de Tortona de donde salen misioneros. ¿Quién sabe si algún día no tengamos que recibir a algún mártir nuestro? Me lo dice el corazón. Entonces sobre el altar de la Nuestra Santísima Madre de la Divina Providencia, en vez de las comunes palmeras de flores, conmovidos, levantaremos los santos relicarios: serán palmeras purpuradas por la sangre derramada por Cristo y por las almas de los misioneros de la Providencia; serán palmeras gloriosas de nuestros héroes, de nuestros mártires. Y será el día más hermoso de nuestra vida”*.

Esta vez el obispo da su aprobación. Don Orione dispone todo: elige los primeros tres religiosos, establece como campo de trabajo, según el espíritu de la Obra, la enseñanza y la educación de la juventud más pobre y abandonada y el ministerio sacerdotal y caritativo entre el pueblo más humilde. Su primo, aviador e instructor de vuelo en Río de Janeiro, acoge y lleva a destino a los tres misioneros. Todo está preparado. Sólo falta una cosa: ¡el dinero para comprar los billetes del viaje! No hay en casa, pero ¡a la Providencia no le faltan! Don Contardi tiene que echarle una mano:

“Podrías ir – le dice–, a casa de las hermanas Pesce que tú conoces”.

“Pero señor director, hace poco que he estado y me han dado cuanto tenían”.

“¡Ten fe y vete!”.

Don Contardi viaja durante toda la noche, pero no puede dormir porque está molesto pensando que es un viaje inútil. Cuando llega a Cassano por la mañana se presenta en casa de las hermanas Filomena y Giuseppina Pesce, dos ancianas bienhechoras, y con asombro, escucha: “¡Bienvenido Don Enrico, es la Divina Providencia que nos lo envía! Estábamos para escribir a Reggio. Venga, venga, acomódese”. Y mientras toman una taza de café le cuentan lo sucedido: “Hace muchos años habíamos prestado una gran suma de dinero a un pariente nuestro, quien no se había preocupado hasta ahora en devolvérsela. Ya la considerábamos perdida, y de común acuerdo habíamos considerado que, en caso que recuperáramos toda o parte de ella, sería destinada para beneficencia. Ayer por la tarde, inesperadamente, nuestro pariente vino y nos devolvió hasta el último céntimo”.

“Pensamos a quien destinarla. Por la noche, como en un sueño, una voz nos sugirió: ‘Dádsela a Don Orione que tiene urgente necesidad’. ¡Y he aquí que llega usted!”.

Don Contardi tiene lágrimas en los ojos. Cuenta lo sucedido en la tarde anterior, entre él y Don Orione, la sugerencia de Don Orione, más bien una orden, de viajar a Cassano y el motivo de su imprevista llegada.

“Cuando entregué el dinero –concluía el mismo Don Contardi–, lleno de agradecimiento, Don Orione me dijo: ‘¡Y no querías ir! ¡Eh, hijo, hay que tener siempre fe y recurrir a la Virgen; si recurriésemos siempre a la Virgen, ella nunca nos abandonaría!’.”.

Ahora, ya con el billete, los primeros misioneros salen de Génova el 17 de diciembre de 1913 y llegan a su destino el 2 de enero de 1914. La misión va “viento en popa”: una parroquia,

una casa, una buena extensión de terreno que trabajar, una escuela de artes y oficios, una colonia agrícola con método organizado y maquinaria moderna, un molino eléctrico.

Es necesario más personal: *“Nuestros primeros misioneros escriben que son pocos, que no dan abasto, que envíen más, y que mandarán el dinero necesario para los viajes.*

La primera Casa de los Misioneros fue inaugurada el 11 de febrero, fiesta de la Aparición de la Inmaculada de Lourdes, y será llamada también, Casa de la Inmaculada, como nuestro Noviciado.

“La misión promete mucho, ¡pero necesito santos! ¡Cuántas veces, en los días pasados, he pensado en vosotros, queridos hijos! ¡Y uno a uno, para ver a quien puedo enviar! Necesito encontrar alguno y enviarlo cuanto antes, ¡pero necesito santos!”.

“Poco me importa que seáis jóvenes: mejor, así aprenderíais pronto el idioma y, dentro de dos años, podríais dar clase de portugués. Pero necesito que, quien vaya, lleve la santidad. ¿Quién se encuentra con ganas entre vosotros? (L. I, 117).

En la misión tienen que esperar hasta el mes de junio hasta que llegue un primer refuerzo.

La enorme desgracia de la guerra absorbe todo el empeño y el desgaste de energía junto a preocupaciones y dolores. Lo que dice al inicio de la Segunda Guerra ya lo vive y lo siente en la Primera: *“Se abre el telón sobre una tragedia cuyas dimensiones no podemos prever. ¿Qué será mañana del mundo, de Italia, de la Congregación, de nosotros? Nosotros vivimos de fe y creemos que sobre todos y sobre todo es el Señor quien guía a los pueblos y sostiene a las naciones, especialmente en los períodos más tormentosos de la historia. A los cañones, nos oponemos con los rosarios y juntamos nuestras manos rezando, en lugar de los que empuñan las armas que matan. La oración ha sido siempre la fuerza de los débiles y la Iglesia, con ella, ha ganado sus batallas”.*

Ante tanta tragedia, el corazón de Pío X, después de repetidas y dolorosas apelaciones caídas en el vacío, deja de latir. Mientras Don Orione llora la muerte de un padre y de un amigo, recibe la noticia de la grave enfermedad de monseñor Bandi.

El obispo que siempre ha creído y amado a Don Orione, incluso cuando, engañado por personas malévolas, toma momentáneamente alguna decisión dura, está muriendo en Stazzano. Don Orione acude a su cabecera, pero para evitar al enfermo emociones demasiado fuertes, no le permiten verlo. El 7 de septiembre monseñor Bandi, que poco tiempo antes, honestamente había reconocido el espíritu de fidelidad de Don Orione (195), deja envuelta en lágrimas a su Diócesis y a la familia religiosa que vio nacer y crecer.

Capítulo 25: DESARROLLO PRODIGIOSO

Unas monjas francesas han cerrado en San Remo su colegio femenino, y han puesto en venta el centro. Entre los posibles compradores están los Valdenses que pretenden abrir en esa ciudad una gran escuela protestante.

Don Orione, enterado de la noticia, hace una inspección: *“Me fui a ver la susodicha villa de Santa Clotilde y, desde el portón de la entrada, que estaba cerrado, observé la artística fachada del edificio y su capilla. Mi mirada se detuvo, con gran sorpresa, sobre una estatua de la Virgen Inmaculada que las monjas francesas habían colocado en ella, con la inscripción ‘Me pusieron aquí como guardiana’. Y dije a la santa imagen ‘¡Buena vigilancia estás haciendo en la casa que te han confiado, si está a punto de caer en manos de los protestantes! Lo mínimo que te harán será ponerte una cuerda al cuello y tirarte. Yo, en cambio, quiero que aquí se canten tus alabanzas’.*

Llama, y con sorpresa se encuentra con una señora a quien conoce, Andreina Costa. La señora, que vive de alquiler, lamenta no contar con el suficiente dinero para comprar la Villa Santa Clotilde, pero si Don Orione tiene intención de hacerlo, de buena gana le ofrece una mano.

El dinero que falta aún es mucho. Le han hablado de una anciana muy religiosa, pero también muy avara. Después de haberse encomendado a la Virgen, solicita un encuentro. No hay nada que hacer. Recibe como respuesta: “Si el Señor hubiera deseado que ella contribuyese en aquel gasto, la inspiración se la habría tenido que mandar directamente a ella misma”.

Don Orione continúa rogando a la Virgen y también pide ayuda a las almas del purgatorio. Después de tres días de oración es la misma señora quien pide hablar con él: *“Sentí ensanchármese el corazón. Voy corriendo a visitarla”.*

“¿Pero usted desea mi muerte? Usted, ¡un sacerdote...!”.

“Señora, no la entiendo”.

“¿Cómo que no entiende? ¿Le parece bonito molestar durante la noche a las ancianas señoras que duermen? ¡Yo desearía que usted, Don Orione, dejase de venir a mi casa!”.

“Le aseguro que no he puesto pie alguno en su casa”.

“Reverendo, le ruego, por favor, que me libre, de esta pesadilla. Yo le entregaré las 150 mil liras que me ha pedido, a condición que no venga más a mi habitación y me deje descansar en paz”.

Concluye Don Orione: *“Entonces comencé a descubrir, en todo esto, la intervención sobrenatural que había pedido”.*

“Reí en mi corazón de esta aventura, pero prometí a la señora bajo juramento, como ella había pedido, que la dejaría en paz y no la molestaría en sus sueños. Recité mi rosario por las almas santas del purgatorio, pidiendo a Dios que concediese el deseado descanso a la pobre anciana. Al día siguiente regresó con aspecto floreciente y tranquilo. No parecía la misma de antes. Me traía las ciento cincuenta mil liras y, entregándomelas, me dijo: ‘Padre, no me encuentro preparada para una buena muerte, tengo que arreglar ciertos negocios complicados. Si aún vivo muchos años, le dejaré en testamento todos mis bienes’.

‘Señora – le contesté – la vida está en manos de Dios’. Pero la señora concluyó que este tipo de razonamientos no le interesaban: tenía yo que encontrar una solución al respecto. Después de una breve discusión, la anciana acordó unos siete años de vida.

La casa fue adquirida en 1922, el día de la Inmaculada.

La Virgen de la Villa de Santa Clotilde estuvo durante un año entero con una lámpara votiva y la señora Julia vivió otros siete años. Poco después de haberlos cumplido, a los casi 90 años de edad, murió serenamente" (DOLM 1938 y siguientes).

A los veinticinco años de la fundación, la Obra registra un extraordinario desarrollo que no da signos de detención. Brevemente indicamos a continuación algunas etapas significativas.

En 1915 junto a la Parroquia de "Todos los Santos" de Roma se levanta el Instituto San Felipe Neri; en 1916 en Gerace Marina (Calabria) el instituto para niños pobres y huérfanos; en 1918 la fundación Celesta en Como, el Orfanato de Prunella (Reggio Calabria) y una parroquia en Carole (Venezia); en 1919 el Instituto Manin y el Instituto Artigianelli en Venezia; el Instituto Sagrado Corazón en San Severino Marche; las parroquias en Squarciarelli (Grottaferrata Roma) y San Roque en Alessandria.

La prensa se enriquece con la hoja semanal "El Evangelio", distribuido en las iglesias de la ciudad, porque sólo con la fe es posible salir de la aflicción material y moral de la guerra. *"Más fe, escribe Don Orione, hermanos: no seamos espíritus cobardes...¡tengamos fe, más fe! ¿Qué nos falta hoy un poco a todos nosotros, para entregarnos, en nombre de Dios y en unión con Cristo, a salvar el mundo e impedir que el pueblo se aleje de la Iglesia? ¿Qué nos falta para que la Caridad, la Justicia, la Verdad no sean vencidas, y no regresen al seno de Dios, maldiciendo a la humanidad, que habrá rechazado dar su fruto? ¡Nos falta fe, más fe! ¡Hermanos, se necesita más fe!"*

"Seamos sinceros. ¿Por qué no renovamos la sociedad del todo? ¿Por qué no tenemos siempre la fuerza para arrastrar? Nos falta fe, ¡una fe viva! Vivimos poco de Dios y mucho del mundo: vivimos una vida espiritual tísica, falta esa verdadera vida de fe y de Cristo en nosotros, que conlleve en sí toda la aspiración de la verdad, y al progreso social, que penetre todo y a todos, y llegue hasta los más humildes trabajadores. Nos falta esa fe que hace de la vida un apostolado ardiente en favor de los pobres y de los oprimidos, como es toda la vida y el Evangelio de Jesucristo" (Nel nome della divina provvidenza. Le più belle pagine di don Orione, Piemme, Casale Monferrato 1994, páginas 43 y 44).

Y con la fe, la confianza en la Providencia y el coraje para hacer el bien. No basta impedir las injusticias, soltar las cadenas en nombre de Cristo. Es necesario levantar, moverse: cada hombre tiene su propia dignidad, que hay que salvaguardar y promover: *"Con Cristo todo se enaltece, todo se ennoblece: familia, amor a la patria, el saber, las artes, la ciencia, la industria, el progreso, la organización social".*

Un servicio que va más allá de todo razonamiento y cálculo: *"Amar al hombre cuando la injuria de los años y la degradación del vicio han hecho de él un objeto de disgusto intolerable, y hacer de todos los infelices una sola familia: ésta es la verdadera caridad".*

Todo lo que ofrece la ciencia y la técnica puede y tiene que ser utilizado para el servicio del bien. En esto, como en el campo social, Don Orione no quiere *"ni presuntuosos ni cobardes"*; quiere cristianos valientes y modernos: *"Los tiempos corren velozmente y cambian mucho, y nosotros, en lo que no toca a la doctrina, a la vida cristiana y de la Iglesia, debemos ir y caminar a la cabeza de los tiempos y de los pueblos, y no a la cola, y no dejarnos arrastrar".*

"Para poder atraer y llevar a los pueblos y a la juventud a la Iglesia y a Cristo es necesario caminar a la cabeza. Entonces eliminaremos el abismo que se va haciendo entre el pueblo y Dios, entre el pueblo y la Iglesia. Valernos de todos los descubrimientos de la ciencia para difundir la palabra de Dios y el bien. Quiero una vida que siempre sea moderna, como quiere ser la Iglesia, una vida llena de la luz de la caridad".

Para la fecha del 25º aniversario de su ordenación sacerdotal no quiere fiestas ni reconocimientos, y pasa parte del día cuidando a uno de sus clérigos enfermo, aunque la fecha no

transcurre inadvertida. Benedicto XV le envía un precioso cáliz con un escrito rico de elogios por “su apego a la Iglesia, su heroica caridad en los dos terremotos”. Lo anima a continuar e intensificar las obras de caridad “confiado en la Providencia”. La ciudad de Tortona lo festeja en la Catedral en el mes de octubre. El obispo, en su discurso de felicitación, lo define como “verdadero sacerdote de Cristo, educador sabio, afectuoso y paterno, que pasó por esta tierra haciendo el bien, y no buscando sino al infeliz”. Una suscripción organizada para aquella ocasión le permite adquirir el palacio Bussetti, el futuro Colegio Dante Alighieri.

El patriarca latino de Jerusalén pone a disposición de Don Orione una hacienda de 25 kilómetros para poner en marcha una colonia agrícola para huérfanos en el Valle del Sorek, cerca de Rafat. Don Orione acepta con entusiasmo y envía, de inmediato, a un sacerdote, un clérigo y un ermitaño. A la dificultad de la lengua, cultura, ambiente y estructura se suma la dificultad de acuerdo y colaboración. Al superior de la comunidad escribe: “Permíteme animarte e invitarte a tener la paciencia, ya que considero la paciencia como el don más grande de quien posee una sabiduría superior. Comprendo que tendrás muchas dificultades que superar, pero la Santísima Virgen te ayudará” (L I, 431).

En el 1925, con una invitación de la Asociación Misionera italiana, empieza otra actividad en el Monte de las Bienaventuranzas, uno de los lugares más significativos de la tierra de Jesús. Las dificultades no faltan y no dan señales de disminuir. Don Orione, con gran dolor, se da cuenta de que no es posible permanecer en esos lugares.

En Italia, las cosas van mejor. En Mestre, en las afueras de Venecia, el Instituto Berna recoge a un notable número de huérfanos. Otro hospicio para muchachos más pequeños, con el nombre de “Cardenal La Fontane”, se levanta en Venecia Lido.

Deseoso de ofrecer la posibilidad de adquirir cultura a todos los niveles y a toda clase de personas, Don Orione pone en marcha, junto al Instituto Dante Alighieri de Tortona, la “Universidad Popular”. En la cátedra se alternan oradores famosos: Berri, Arcari, Semeria, Galbiati, entre otros.

Que Don Orione manifiesta un particular afecto por Polonia, está fuera de dudas. “*Mi amor por Polonia, escribe, ha entrado, por así decirlo, en mi sangre, con el amor al Papa aprendido con Don Bosco*”. Y no sólo amor al Papa y a la Iglesia, sino también amor a la patria: “*Cuando estaba en el oratorio de Turín nos llevaban de paseo y nos decían: allí vive un general polaco que ha venido a ofrecer su sangre por Italia. Yo siempre, cuando pasaba, miraba aquella ventana, y levantaba el corazón al Señor y rezaba por aquel general. Sentía un amor particular por él, que había ofrecido su vida por nuestra querida Italia.*”

Un amor que con el tiempo llega a ser efectivo: “*He empezado a recibir polacos cuando Polonia era aún esclava de tres imperios: de los alemanes, del imperio austro-húngaro y de los rusos. ¡No he tardado en abrir nuestras casas a los polacos cuando Polonia ha sido ya libre!*”.

Otro recuerdo: “*Desde los primeros tiempos en que la congregación fue abriendo casas en Roma – alrededor del 1900 – me encontré con un sacerdote polaco, el Padre Giuseppe Arbiecki, de santa vida. Él me presentó a un clérigo polaco y yo lo recibí y lo abracé como si hubiese abrazado a Polonia entera.*”

Después de una primera tentativa fallida, alrededor del 1912, no sorprende la carta de 1923: “*Pronto tendré que ir a Polonia con Don Alessandro (Chwilowicz), que ha venido aquí a buscarme, y trajo una suma de dinero que se tendrá que gastar en Polonia para recoger a huérfanos de guerra, y así reunir algunos de estos hermanos nuestros*” (L I, 440).

Don Orione no logra hacer el viaje a Polonia, pero aquel clérigo suyo, ordenado sacerdote en 1921 en Venecia por monseñor Cribellati, abre en Zdunska Wola un Instituto con escuela y asistencia para muchachos necesitados.

Al obispo local que pide con insistencia la presencia de otros religiosos en su diócesis, Don Orione responde enviando un sacerdote culto y santo: *“Don Marabotto, sacerdote italiano, profesor de nuestro instituto y ya director de un floreciente colegio en Italia, es un joven de 30 años y no de una gran apariencia, pero cuanto más lo pueda conocer y tratar vuestra excelencia, sé que se sentirá satisfecho por su óptimas cualidades y virtudes sacerdotales. Dondequiera que ha estado, siempre lo ha hecho bien, y los obispos siempre han estado contentos con él, y de él yo siempre he recibido alegrías y nunca disgustos”*.

Las expectativas no quedan defraudadas: se multiplica la presencia orionista en Polonia, y Don Biagio, su primer sacerdote enviado a aquella tierra, se sacrifica por los pobres hasta la entrega de la vida: “Enterado de una epidemia de tifus en Otwoch se trasladó junto a aquellos pobres ancianos enfermos. Sabía que iría al encuentro de la muerte, porque no había medicinas: en efecto, contrajo la enfermedad” (*Testimonio de don Batory*).

Los ermitaños están diseminados por toda Italia prestando su servicio en diferentes colonias agrícolas. Frustrada la tentativa de utilizar el eremitorio de San Alberto como su sede central provisionalmente, por deseo del obispo, tienen como punto de referencia el santuario de Montespinese. El lugar es muy concurrido y se adapta poco a la vida de estos religiosos entregados, según el espíritu benedictino, al rezo y al trabajo.

En junio de 1920 la Parroquia de San Alberto queda vacante. Don Orione pide y obtiene del obispo, en enero, volver allá arriba con sus ermitaños y dirigir la parroquia.

En la quietud y en la paz de aquellos bosques vuelve a escucharse la alabanza a Dios de hombres simples y de fe ardiente. Son ermitaños videntes y también ciegos. El 13 de mayo de 1923 es, en la historia de San Alberto, un día verdaderamente memorable: Cesare Pisano, Fray Avemaría, el más ilustre de sus moradores, hace su entrada en el eremitorio acompañado por Don Orione.

En marzo de 1924 bendice en Génova Marassi una casa de caridad para mujeres ancianas o enfermas. Según una costumbre de San José Benito Cottolengo, Don Orione pone, detrás del altar de la capilla, una jaula con dos canarios para que su trino fuese una alabanza perenne a Jesús Eucaristía.

En el mismo año se inauguran dos Institutos con escuela para jóvenes huérfanos y abandonados: uno en Magreta (Módena) y otro en Reggio Calabria. Una alusión particular merece el colegio San Jorge de Novi Ligure: “Después de una vida multisecular, el antiguo colegio, dados los últimos coletazos, se había apagado, transformándose en un simple albergue: por último, se había convertido en la fortaleza de corrientes extremistas, que se habían atrincherado dentro, resistiendo el asedio durante muchos días. Justo al final del último siglo, Don Orione, con las manos vacías, había venido a Novi, queriendo echar una mano, para que no se apagara aquella luz. Pero los hombres consideraron apagada aquella gloria, y se rieron de la presunción del pequeño sacerdote. Veinticinco años después, en cambio, fueron precisamente ellos o, mejor, sus herederos –en verdad sabios, comprensivos– los que estaban deseosos de invitarlo. No es que se hubiese allanado el camino: algunos consejeros municipales, en efecto, eran contrarios todavía. No pocas voces eran desfavorables. Se trataba de aunar posiciones: una empresa audaz. He aquí por qué Don Orione tiene que viajar a Novi, entrar en negociaciones y acercar el uno al otro. Hasta que un día, cuando Dios quiso, todos llegaron a un acuerdo”.

En el acto se encontraban presentes, junto al alcalde, los asesores de instrucción y el de los trabajos públicos, reunidos en la gran sala del municipio. Se trata de esbozar el compromiso y firmarlo, y asumir un empeño de por vida por una ruina, gloriosa donde las haya, pero ruina, sin alma. El momento es solemne. Don Orione se levanta y pide la palabra: *“Soy un pobre sacerdote, dice, soy un trapo de Dios; no puedo hacer nada sin su ayuda. Permitidme que invoque a la Virgen, a vuestra Lacrimosa. Invoquemos juntos a vuestra Patrona, antes de firmar: vuestros mayores pusieron en sus manos las llaves, las llaves de plata de vuestra ciudad”*, y así diciendo, se levanta y, ante la mirada de todos, se santigua. Y aquéllos, aludidos, se levantan y se santiguan, y luego, arrodillándose y reclinando la cabeza sobre el antebrazo derecho apoyado a la mesa, entona el Ave María, y los presentes, conquistados, lo secundan. *“Bueno, así está bien,* – añade y empuñando la pluma dice: *¡Ahora sí que firmo seguro!”*.

En su siguiente llamada dirigida a los habitantes de Novi, Don Orione decía: *“El Colegio San Jorge, que vivió siglos de gloriosa tradición y de merecimientos en el campo de la educación religiosa, civil y patriótica de la juventud, renace después de laboriosas vicisitudes en nombre de Dios y en nombre de Italia. Y retoma el camino de sus tiempos más hermosos, mirando confiado a Aquella a quien todos los ciudadanos de Novi invocan”* (DOLM 71 y siguientes).

Por invitación de la Asociación de Misioneros Italianos, Don Orione acepta hacerse cargo en la isla de Rodas el Instituto de la Orden de Malta con escuela de enseñanza básica y escuela agraria para muchachos de lengua italiana. Con el tiempo no será solo para italianos, sino para muchachos necesitados de todas las nacionalidades. Al año siguiente, siempre en Rodas, en Acandia, son acogidos muchachos armenios víctimas de la persecución turca.

El profundo deseo de hacer el bien a todos, la pasión por las almas, genera siempre una apertura nueva y cada vez más valiente. Y si los empeños parecen desproporcionados al número y a las fuerzas, Don Orione invita a continuar con valor y confianza: *“¡Trabajo, trabajo, trabajo! Nosotros somos los hijos de la fe y del trabajo. Y tenemos que amar y ser los apóstoles del trabajo y de la fe (L I, 251). Hay que actuar, hay que hacer el bien, es necesario hacer más, pero mucho más! (L II, 72). Trabajar, trabajar, hay que trabajar, por amor a Dios y con el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo. Nosotros, queridos hijos, tenemos que ser grandes trabajadores: ¡los trabajadores de la humildad, de la fe, de la caridad! Grandes trabajadores de las almas: ¡grandes trabajadores de la Iglesia de Jesucristo, nuestro Dios y Salvador! ¿Pero qué digo trabajadores? ¡Es poco, demasiado poco! Tenemos que ser los peones de Dios. Quien no quiera serlo y no sea peón de la Providencia de Dios, es un desertor de nuestra bandera”* (L I, 470).

Capítulo 26: SOCIALISMO Y SOCIALISMO

18 enero de 1919: una "proclama revolucionaria" en nombre del Evangelio.

"¡...Proletariado del arrozal, en pie!

Un horizonte nuevo se abre, una conciencia social nueva se va formando a la luz de esa civilización cristiana, siempre en progreso que es la flor del Evangelio.

Trabajadores y trabajadoras del arrozal, en nombre de Cristo, que ha nacido pobre, ha vivido pobre, ha muerto pobre: que vivió entre los pobres, que trabajó como vosotros, amando a los pobres y a los que trabajaban. En el nombre de Cristo: ha llegado la hora de vuestro desquite.

Vuestro trabajo tiene que ser adecuado y limitado a vuestras fuerzas y a vuestro sexo; vuestra paga tiene que estar proporcionada a vuestros esfuerzos y a vuestras necesidades; vuestras condiciones tienen que ser menos molestas, más humanas, más cristianas. Es el derecho, es vuestro derecho.

Nosotros católicos, como tales y como ciudadanos, emprenderemos este año la batalla por las ocho horas en el arrozal.

No os dejéis explotar por la autoridad, no os dejéis intimidar por las amenazas de los patronos; no os prestéis a ciertas maniobras, que siempre os perjudican.

Y, llegado el caso, legalmente, sí, ¡sublevaos!

Uníos contra los esquirols, y atentos para no dejaros engañar por un horario de trabajo más allá de las ocho horas.

Todos unidos, ¡sed solidarios! Si todos los pueblos de la diócesis que aportan trabajadores al arrozal estuvieran unidos como por una tupida, sólida y cristiana red de organizaciones, nosotros os conduciríamos a una victoria cierta.

Por vuestras reivindicaciones, por la íntima justicia de vuestra santa causa, no cejaremos en nuestro empeño.

¡No! No dejaremos en paz, ni de día ni noche, a los explotadores de la gente humilde, que se ve obligada a sacrificarse en los barrizales del arrozal y en la malaria, lejos de la familia, para ganar un trozo de pan.

Pero los explotadores no sólo son únicamente los dueños; los dueños son lo que son. Hay malos y buenos, explotadores indignos son también y son siempre los que, para sus siniestros proyectos, abusan pérfidamente de vosotros, que os ofrecen un pan, pero os envenenan el alma, que os predicán el odio, y os arrancan la fe, que es el gran consuelo de la vida presente y la base de la vida futura.

Trabajadores y trabajadoras de los arrozales, no os fiéis de quien no tiene religión; quien no tiene religión no tendrá conciencia. Nunca os fiéis de ellos.

Hermanos, bendecidos por Dios y por la Iglesia, trabajaremos por vosotros, y venceremos con vosotros.

Todos encontraréis trabajo, todos tendréis el salario apropiado: asistencia moral y religiosa, descanso festivo, tutela de los derechos inherentes al trabajo (tarifas, horarios, aplicación de la legislación sanitaria); alojamientos dignos. Os defenderemos en todo lo que es justo, realizaremos vuestras legítimas aspiraciones, y, valiéndonos de las leyes adecuadas, vigilemos, ayudaremos, liberaremos.

¡La unión hace la fuerza! Toda cadena que quita la libertad de ser hijos de Dios, se debe romper; toda esclavitud se debe abolir; toda servidumbre se debe acabar, y acabar para siempre.

Toda exploración del hombre sobre el hombre debe ser suprimida, en nombre de Cristo. La divina virtud de este nombre, y vuestra honrada conducta de trabajadores cristianos así llevará al cumplimiento de cada deber, como de la misma manera os permitirá la reivindicación de cada derecho. ¡Proletariado del arrozal, en pie! Abre los ojos y mira la aurora brillante que se levanta: es para ti, es tu día!

¡Adelante proletariado, adelante llevando contigo las grandes fuerzas morales de tu fe y de tu trabajo. Una nueva época se inicia: ¡es el mundo que se renueva! Dios está contigo: camina a la luz de Dios, y nunca nadie podrá detener tu marcha triunfal.

Por tu interés, por tu dignidad, por tu alma

¡Proletariado del arrozal, en pie y adelante!" (En nombre de la Divina Providencia, pág. 45 y siguientes).

El mundo cambia y la transformación es veloz e irreversible: hay quien se resigna, quien se amolda supinamente, quien demoniza, quien rechaza, quien pretende parar la historia y quien, como Don Orione, siempre está presente y cristianamente dispuesto, allí donde se encamina la sociedad y el mundo obrero y juvenil. *"En un tiempo bastaba levantar iglesias y hospitales. Hoy se necesita eso y algo más: se necesita abrir escuelas, talleres, oratorios festivos para la juventud, colonias agrícolas para los campesinos huérfanos, instalar tipografías, difundir la buena prensa, sostener con generosidad y valor las buenas instituciones, de palabra y con la acción" (Boletín de la Virgen de la Guardia 27.5.1934).*

También el empeño espiritual debe ser vivido con más amplitud: *"Tenemos que ser santos, pero de tal manera que nuestra santidad no pertenezca sólo al culto de los fieles, ni esté sólo en la iglesia, sino que trascienda y arroje en la sociedad tal esplendor de luz, para ser más que los santos de la Iglesia, los santos del pueblo y de la salud social.*

Tenemos que ser una profunda vena de espiritualidad mística, que invada todos los estratos sociales: espíritus contemplativos y activos, siervos de Cristo y de los pobres. Grandes almas y corazones magnánimos, fuertes y libres conciencias cristianas" (L II, 162).

Ha llegado la hora en que los cristianos recobren el valor y se inserten activamente en todas las realidades sociales: *"¡Hagámonos apóstoles! ¿Que el periódico es malo, que los círculos son malos, que las escuelas son malas? Entremos nosotros por todas partes con la buena prensa, con la palabra buena, con las obras de asistencia moral (asociaciones, círculos, escuelas, recreaciones festivas, etc.). ¿Hay alianzas malas? Creemos nosotros alianzas buenas, de hombres y de mujeres. ¡Trabajemos y recemos! Hagámonos apóstoles del bien, de la fe, de la caridad. Que nadie se encierre en su casa, que nadie se contente con observar por la ventana, pegado a los cristales, a quien va de cabeza a la ruina: sería una crueldad, sería egoísmo. ¡Trabajemos para salvar, para salvar a todos, hagámonos apóstoles! ¡Hagámonos apóstoles!" (La Valle Staffora di Cegni, 15.5.1919).*

Con el ejemplo y la palabra exhorta a sus hijos a ser "peones de Dios", "peones de la Divina Providencia". Es un honor y un orgullo que sus clérigos sean peones, albañiles, electricistas, carpinteros en la construcción de los santuarios de Tortona, de Fumo, del Instituto de Villa Moffa y de tantos otros institutos.

Esta experiencia laboral prepara sacerdotes y religiosos capaces de organizar con competencia escuelas de artes y oficios.

Durante la guerra Don Orione ha dado hospitalidad en sus casas de Tortona a los prófugos de la laguna véneta y a los ancianos del hospicio Giustiniani.

Acabada la guerra, el patriarca de Venecia, La Fontane, agradecido, ofrece a Don Orione la dirección de dos prestigiosos institutos que atraviesan un grave período de crisis y de decadencia.

Don Sterpi, responsable de la imprenta de San José, es el hombre apropiado para poner en marcha en los institutos San Girolamo Emiliani y Manin dos escuelas profesionales y una editorial.

Don Sterpi, una vez asumida la visión del conjunto, escribe al director: "El campo de trabajo es maravilloso, los jóvenes son muchos y pobres, pero para darles una verdadera formación profesional, además de lo humano y lo religioso, es necesario modernizar las máquinas y disponer de personal idóneo. Con un poco de dinero la maquinaria se arregla pero el personal...". Con dificultad logra mandar en su ayuda a Don Carlos Pensa. El diario humorístico "Sior Tonin Bonagrassia", lo presenta de esta manera: "Se dice que un padre armenio (Don Pensa tenía entonces una larga barba) corre todo el día para arriba y para abajo en cuclillas". Y así en Venecia los hijos de Don Orione son llamados "los sacerdotes que corren".

La encarnación de Jesús es un mensaje inequívoco de cómo somos llamados a vivir nuestra relación con Dios: no es posible amar a Dios sin amar al hombre y promover en cada sector de la vida social, la justicia y la paz. Don Orione lleva en la sangre esta convicción y desde clérigo participa en las reuniones de las distintas asociaciones y movimientos católicos.

Las enseñanzas del gran Papa León XIII y de monseñor Bandi lo colocan en total sintonía al encarar la realidad y orientarla hacia el camino apropiado: *"La democracia avanza con nuevas necesidades y nuevos peligros, pero, amigos míos, no nos asustemos por ello. Más bien seamos, por caridad, gente de fe grande y grande para nuevas obras, si queremos ser, en verdad, gente de nuestro tiempo. La democracia avanza, acojámosla amigablemente, encaucémosla, cristianizándola en sus fuentes, que son los jóvenes, y proveeremos una gran necesidad social en la hora presente y realizaremos una labor social y civil"* (Scr. 18.1.1905).

A esta labor están llamados todos los creyentes: *"Es necesario que todos los católicos sientan la necesidad y el deber de unirse, y promuevan febrilmente la constitución y el desarrollo de aquellos organismos relacionados con la vida social y moral de la nación, del pueblo"* (L 89, 63).

El trabajo es, entre los derechos, deber fundamental del hombre, porque concede cuanto es necesario para vivir con dignidad y libertad. Es, por lo tanto, acción altamente humana y cristiana crear puestos de trabajo con justa retribución. Es el ejemplo de Don Orione que no sólo prepara para el mundo del trabajo a través de las escuelas profesionales, sino que con gran sacrificio abre tipografías e imprentas *"sobre todo para dar trabajo y pan honrado a tantos obreros y a muchos huérfanos"* (Scr. 14, 53; Scr. 32, 163).

Y puesto que son muchas y demasiadas las voces que reivindican los derechos de los obreros pero que no hacen nada, gritan justicia, democracia, proletariado en provecho propio, Don Orione toma decisiones valientes demostrando con hechos cómo la Iglesia, siempre, ha estado y está con los trabajadores y los débiles: *"Esta imprenta (de San José), queriendo demostrar, de hecho, a los trabajadores, que la Iglesia siempre está a la vanguardia del verdadero bien del pueblo, espontáneamente ha concedido a sus tipógrafos las ocho horas de trabajo, el sábado inglés y el aumento de salario, anticipándose así a todas las empresas de Tortona y de los alrededores"* (L 46, 197).

El artículo escrito al principio de este capítulo y publicado en el diario "La Valle Staffora" confirma la fuerza con que Don Orione se convierte en la voz de los pobres.

Su corazón sacerdotal, lleno de Dios, le hace sensible y atento a los acontecimientos y a las personas. El movimiento feminista para la emancipación de la mujer, que está naciendo, va a sostenerlo y tomarlo en seria consideración. Don Orione escribe una página al principio del siglo XX tan actual que parece escrita hoy: *"Semejante a un alumno que deja el colegio para ir de vacaciones, después de un largo año de reclusión, la mujer se ha encontrado, después de las más*

recientes invenciones y especialmente durante esta larga guerra, lanzada a una vida de libertad, de movimiento y también de trabajos que nunca había conocido antes. La mujer, hasta ayer, estaba encerrada en el estrecho círculo de la vida de la familia, y aquellas que salían de él, eran una excepción”.

“Hoy la mujer entra en todos los sitios. Las mujeres del pueblo entran en las fábricas, donde no se pide sino destreza e inteligencia, siendo la fuerza muscular sustituida por la fuerza motriz de la máquina. Hoy, además, se dan a las mujeres gran cantidad de nuevos empleos: escuelas de enseñanza básica, también masculinas, y de bachillerato, las escuelas técnicas, de correo, los institutos, los bachilleratos superiores, las universidades están abiertas a las profesoras; oficinas de correo, de teléfono, de telégrafo, de hacienda, de contabilidad, cajas, tranvías eléctricos, administraciones, etc., todos los lugares que acostumbran a la mujer a trabajar fuera de casa, a actuar por sí mismas, a entrar en competencia con el hombre, de lo que se deriva una nueva situación social”.

“La mujer ha llegado a constituirse mayoría en todos los países, y las mujeres solteras serán en el futuro, en Italia, más numerosas.

Es cristiano, es caritativo interesarse por el feminismo o mejor por la familia cristiana. El ataque contra esta fortaleza social que es la familia cristiana, custodiada y mantenida por la indisolubilidad del matrimonio, ahora latente aún, veréis que mañana llegará a ser violento.

El feminismo es una parte y muy importante del problema social, y nuestra culpa, como católicos, es no haberlo comprendido enseguida. Fue un gran error.

El día en que la mujer, liberada de todo lo que llamamos su esclavitud, será madre a su gusto, esposa sin marido, sin deber alguno hacia nadie, ese día la sociedad se derrumbará en una anarquía más clamorosamente que la misma Rusia se sumergió en el bolchevismo.

Aún poca gente comprende el problema feminista. Confesémoslo francamente, nosotros los católicos hemos tratado al feminismo con una ligereza deplorable. Se siguen repitiendo por parte de los más severos las viejas bromas de Molière, las agudezas de Gaudissarts. Pero nosotros vemos aquí que el ridículo no mata nada, y menos aún al feminismo. Se deja entrever por todas partes, formando ligas y comités, inspirando revistas y diarios, tratando todas las cuestiones que interesan a la mujer” (En el nombre de la Divina Providencia, pág. 49 y siguientes).

Inventos extraordinarios están revolucionando la vida y el mundo: “Los tiempos corren velozmente y han cambiado un poco, y nosotros, en lo que no toca a la doctrina, la vida cristiana y de la Iglesia, debemos ir y caminar a la cabeza de los tiempos y de los pueblos, y no a la cola, y no dejarnos arrastrar. Para poder tirar y llevar a los pueblos y a la juventud a la Iglesia y a Cristo es necesario caminar a la cabeza. Entonces eliminaremos el abismo que se va haciendo entre el pueblo y Dios, entre el pueblo y la Iglesia” (L I, 251).

Todo lo que la ciencia y la técnica ofrecen puede y debe ser valorado sin miedo al servicio del bien. Su enseñanza y su ejemplo: “Valernos de todos los descubrimientos de la ciencia para difundir la palabra de Dios y el bien” (Scr. 18, 133).

“Quiero una vida que siempre sea moderna, como quiere ser la Iglesia, una vida toda luz de caridad” (Scr. 72, 202).

“Ayer (28 de febrero de 1936) he hecho un disco fonográfico para la tradicional conferencia del 18 de marzo. El argumento del disco es “El canto de la Caridad”. Si todo sale bien, podré preparar algún otro, para ciertos eventos especiales, y difundir así, con el fonógrafo, el espíritu del bien.” (Scr. 9, 98).

“Ayer por la tarde (26 de abril de 1935) he hablado a los argentinos por la radio, y en lengua española. Es la primera vez que hablo por la radio, pero es un medio con el que se puede

hacer mucho bien, por lo tanto convendrá servirse de él lo más frecuentemente posible” (Scr. 18, 88).

La prensa siempre adquiere un peso mayor no sólo para la información, sino también para crear opinión: *“La prensa es la gran fuerza: es el gran orador que habla de día, que habla de noche, que habla en las ciudades y habla en los suburbios, y hasta en los montes y en los valles olvidados. ¿Dónde no llega la prensa? ¿No es la prensa quien crea opinión pública, que arrastra a la paz y a la guerra? ¡Cuánto mal ha hecho la mala prensa! Pero ¡cuánto bien hace la prensa, cuando está en buenas manos, cuando está al servicio de Dios y de los hombres.”*

Consciente de tal importancia, hace todo lo posible para tener tipografías e imprentas propias, además de colaborar con revistas y diarios locales y nacionales. *“Tenemos que dar mucha importancia al crecimiento de la Caridad con la prensa. Pero una publicidad seriamente hecha y delicada. Una publicidad que nunca aluda a la política, ni general ni local, pero que abra los corazones religiosamente y dilate el campo de la caridad”.* (Scr. 37, 85).

En febrero de 1938 Don Orione toma una decisión que refleja un aspecto no último ni menor de su ansia de bien. Lee y entrega, a algunos religiosos elegidos, el documento con que constituía el modesto pero muy deseado "Secretaría y Prensa" de la congregación.

“La Chispa” (1895), “La Obra de la Divina Providencia” (con una tirada inicial de 2000 copias semanales), “La Virgen”, “La Pequeña Obra de la Divina Providencia,” “El Evangelio” (semanal), “La Madre de Dios” son algunas de las tantas revistas fundadas y sostenidas por Don Orione. En proyecto tiene muchas otras: “Desearía en octubre (1917) sacar una hoja popular para la juventud: desearía titularla “La Joven Italia; una tirada de 800 copias, al menos para el primero número: servirá de órgano de la recreación de Tortona”.

“El boletín (de la Unión Popular) saldrá por Pascua con el título Val Staffora.” (Scr. 42, 42). “Le diré que la Riscossa (“La Revancha”) pasará a mis manos (1920)” (Scr. 73, 136). “Estoy contento del boletín del Dante” (Scr. 26, 164). “El 28 de marzo se abre en Tortona, cerca de la placita San Miguel y cerca del quiosco de los diarios católicos, una librería” (Scr. 37, 163). “Para preparar la fiesta de la Virgen de la Guardia, el boletín saldrá cada quince días, y luego será quincenal o mensual, según lo deseen los habitantes de Tortona” (Scr. 52, 249).

También las escuelas están en el corazón de Don Orione. Y no solo escuelas para sus seminaristas, para los huérfanos, sino escuelas de todas las categorías y a todos los niveles, en muchas naciones y ciudades de Italia. Es también una promoción para apoyo de la vida espiritual porque *“non será la ignorancia la que nos hará santos, pero nos servirá mucho para llevarnos a Dios no solo la virtud de la Caridad y de la Humildad, sino la ciencia de Dios”.*

Desde esta lógica se entiende el respeto, la seriedad y el empeño requeridos: *“Nuestra escuela deberá ser respetada como una Iglesia debe ser amada por nosotros, y debe ser querida por los alumnos, es más, quien enseña tiene que hacerla amar de tal forma que sea considerada como la casa sagrada del saber y de la virtud de nuestros alumnos. La escuela debe ser una familia, una familia bien disciplinada y llevada adelante con mucho cariño en el Señor y con mucho cuidado” (L I, 354 y siguientes).*

“En la escuela es necesario que sea verdad todo lo que se enseña, esa verdad que alimenta, que no envilece el corazón porque nunca está separada de la virtud y de la caridad. Vuestra escuela sea serena, viva, agradable pero nunca ligera que la escuela sea intensa. No vacía: debéis conocer bien las asignaturas, y poned esmero para exponer con claridad de palabra y de ideas” (Scr. 18.10.39).

Mucho y con razón se habla de Don Orione como maestro de educación y formación. No ha escrito un tratado de pedagogía, pero de su sensibilidad, experiencia y enseñanza es posible extraer algunas líneas centrales de su sistema educativo.

“Nosotros debemos tener y formarnos en un sistema totalmente nuestro de educar, un sistema que complete cuanto ya de bueno tenemos en los antiguos y también en los modernos sistemas de educación. Queridos, no habremos hecho nada, hasta que no hagamos cristiana, en su alma de fe y en su vida, particular y pública, a la juventud. La fe católica y el carácter firmemente cristiano, formado en el Evangelio y en las enseñanzas de la Iglesia, son las fuerzas más potentes del mundo moral, saber educar a Dios el corazón de los jóvenes, porque es el corazón que gobierna la vida, no el ingenio, es el corazón quien hace al hombre, es decir, es el corazón quien hace la grandeza moral del hombre; pero cuando el corazón es, como debe ser, un altar sagrado para Dios.

El mismo sistema, así llamado preventivo, no es el todo, a mí no me satisface plenamente, no me parece completo. Me parece que, hoy, no sea ya suficiente o no actualizado suficientemente por todos.

Fundamento del sistema no solo debe ser la razón y el afecto, sino la fe y la religión católica practicada – y el soplo de un alma y un corazón de educador que verdaderamente ame a Dios y lo haga amar, dulcemente, enseñando a los jóvenes los caminos del Señor. El educador debe hablar siempre el lenguaje de la verdad con la razón, con el corazón, con la fe. El educador procure hacerse querer intensa y santamente más que temer, y se haga estimar y amar en el Señor, si quiere hacerse temer.

Vivimos en un mundo que va haciéndose pagano en la fe, y es sobre todo la fe y la caridad de Jesucristo las que tienen que reconstruir el mundo. ¡Quien verdaderamente quiera educar y edificar a Jesucristo en el alma de los jóvenes y de la sociedad, debe vivir la fe y la caridad de Jesucristo; se deben hacerlas resplandecer en su vida; se deben ver resplandecer hasta en su rostro, en sus palabras, en toda su enseñanza! ¡Ejemplo, ejemplo, ejemplo! los jóvenes no razonan tanto: siguen y hacen lo que ven hacer.

¡Y siempre hay un gesto, una palabra que hace más que un sermón entero! Haced comprender bien que nunca la virtud perjudica al hombre: le perjudica siempre el vicio. Y haced, queridos, que los jóvenes estén siempre ocupados, con alegría, y jamás pesadamente.

Una vez iba yo a la montaña a predicar, a Cabella, en Volpara Ligure. Voy a pie por Cantalupo; camino, camino y me encuentro a un montañés: ‘¿Cuánto falta para Volpara?’ – le pregunto. ‘Media hora’ – contesta. Entonces continúo con empeño, y adelante. Camino una buena hora y aún no veo despuntar ningún campanario. Encuentro una mujer y le pregunto: ‘¿Cuánto hay desde aquí a Volpara?’ ‘Bueno –me responde–, ¡será una media hora!’ Entonces digo a mis piernas: ¡adelante, piernas, valor! y así he caminado aún como dos o tres horas, hasta que se vino la noche. Me encontré en un monte y en un bosque: veo luces más abajo. Camino y camino, ¡allí estaba Volpara! Llegué. Si me hubieran dicho que serían cuatro o cinco horas, tal vez me hubiera desanimado, y al día siguiente no me habría encontrado preparado y listo para comenzar la santa misión. Hacedles caminar, haced caminar a vuestros alumnos, pero en todo, en todo: tanto en la piedad, en la virtud, como en el saber. ¡Ay de aquel que no hable de Dios a los jóvenes, como guía de los jóvenes!

Yo no os encomiendo máquinas. Os encomiendo las almas de los jóvenes, su formación moral, católica e intelectual. ¡Cuidad su espíritu, cultivad su mente, educad su corazón!

¡Estudiad a vuestros muchachos: observadles, meditatedles! Y alentad cualquier progreso, y tened un verdadero y fraternal celo por el progreso, y que vean que os interesáis por él con

interés, con afecto, como con un hermano. Educad a los jóvenes tanto en la necesidad como en los gozos del dolor: ¡la vida está sembrada de lágrimas!

El Evangelio es el más sublime tratado de didáctica y de pedagogía que exista. A imitación de Nuestro Señor, tanto si enseñáis como si corregís, sed pacientes, permaneced serenos, tranquilos, sencillos, cuerdos, sin gritar nunca, conquistaréis también las almas de vuestros alumnos, si tenéis mucha paz, serenidad, paciencia con ellos.

Cuidad que, al corregir los defectos, no arranquéis las buenas cualidades que tienen. Nunca usemos ese excesivo rigor que aleja los corazones, nunca esa aspereza que obtiene el efecto contrario, nunca palabras vulgares o groseras que humillan más a quien las dice que no a quien van dirigidas; sino que siempre en cada corrección, por muy seria que sea, haya siempre una palabra que aliente al bien y que reanime al culpable. La virtud descortés nunca es verdadera, Y las muchachadas tomadlas por lo que son, por muchachadas. Dad consejos a tiempo, y dad pocos.

La primera base de la vida social y de educación sana es la moralidad y la honestidad de costumbres, y esto no sólo para nosotros los católicos, sino para cualquier pueblo y bajo cualquier cielo.

Para salvaguardar a nuestros alumnos de los lobos, y enseñarles a una vida honesta y verdaderamente cristiana recuerdo que una de nuestras reglas principales y propias de nuestro sistema de educación, es la de tener a los jóvenes siempre observados. Vigilar, observar, seguir siempre y por doquier a los jóvenes, con discreción, sin hacerse notar. Ellos nunca tienen que pensar que nosotros desconfiamos, sino que los queremos, que los estimamos. Pues, el corazón de un padre que ama, teme, y, porque ama, teme; no es desconfianza, es amor en Jesucristo.

Pero, para educar así, es necesario amar a Dios; para instruir y educar así, es necesario estar ardiendo en Dios; es necesario hacerse muchacho con los muchachos “hacerse pequeño con los pequeños sabiamente”, como está escrito sobre el Gianicolo, bajo de la encina del Tasso, hablando de San Felipe Neri.

Cada palabra vuestra les inspire ese gozo íntimo ¡que hace pensar, que hace dilatar el corazón, que hace llorar! Dad indicaciones sobre cómo usar el tiempo, cómo huir del ocio, sobre el trabajo como ley y como deber que Dios nos ha impuesto ¡Oración y trabajo!, decía Don Bosco. Jesús ha trabajado: todos tenemos que, de un modo u otro, trabajar; en la naturaleza no hay ocio. Y más aún, ¡y esto es necesario, no olvidarlo! Y además una cariñosa y filial devoción a la Virgen Santísima y a la Santa Iglesia de Roma. ¡Qué bien haréis, hijos míos, si actuáis así! En medio de los disgustos y desengaños amargos de la vida, nuestros alumnos no encontrarán pensamiento más consolador que recordarse de la Virgen y refugiarse entre sus brazos.” (L I, 351 y siguientes).

Capítulo 27: LAS MONJAS

“Recuerdo a una monja que leía el diario espiritual, sabéis, el que empieza con el mes de enero: mortificación. La mortificación es el abecedario de la vida espiritual. Ella quería pasar por una santa. En enero se creía ya adelantada; en febrero, perfecta; en marzo tenía los estigmas. Todos los viernes, desde mediodía a las cinco de la tarde, estaba fuera de sí. Hacia las tres parecía que muriese. Alguna de sus hermanas monjas, entre las más ancianas que la conocían más de cerca, no daban crédito. ‘¿En verdad será santa?’

Un día el obispo me dijo: ‘¡Vaya a ver, a constatar cuánto que hay de verdad en todo esto!’. He ido, he escuchado, después he llamado a cuatro hermanas, dos a favor y dos en contra, y les he dicho: ‘Coged cada una disciplina equipada de bonitas bolitas de plomo y golpeadla el tiempo que duran dos misereres’. El primer miserere aguantó, pero al segundo, llena cólera, la santa se levantó que parecía un diablo. De verdad, de verdad, se levantó que parecía un diablo, y llegó a falsificar hasta las cartas de los superiores.

Los libros sublimes dejadlos de lado, decid el rosario, haced el viacrucis, medita a nuestro Señor que cayó bajo la cruz, y reflexionad, reflexionad, y rezad nada más. ¡A la buena, a la buena de Dios! Y esto es parte del espíritu de nuestra congregación, y de las que a esto son llamadas.

En el Cottolengo hay monjas que son santas verdaderas: en una ocasión, encontré a una con un crucifijo que sudaba sangre y la he dado otro y, como un milagro, también éste arrojó sangre. ¿Pero cómo se han hecho santas? Sacrificándose, sacrificándose!” (A. Gemma, I fioretti di don Orione, pág. 138).

Por muchos años Don Orione ha sido director, guía espiritual de las monjas de la madre Michel. En algunos de sus institutos se ha servido de la colaboración de religiosas de otras Congregaciones; madres, comenzando por la suya, hermanas de alumnos colegiales y clérigos junto a buenas señoras voluntarias han prestado siempre su precioso servicio. Las previsibles funestas consecuencias de la guerra y el desarrollo de las obras de caridad le sugirieron, sirviéndose de las experiencias tenidas, dar inicio a la rama femenina de la Congregación.

En una visita a Sor María Bendita Frey, Don Orione se deja aconsejar: “Permanezca en manos de Dios como un trapo y se deje llevar por su Providencia. Cuando luego funde una Congregación de monjas, les dirá que sean como trapos...”. *“Desde aquel día, – comenta Don Orione, – me sentí perseguido por la idea de fundar una congregación femenina”.*

Entre sus hijas espirituales también se encuentra la condesa Valdetaro, mujer muy devota y generosa, pero que luchaba interiormente a causa de su vocación. Junto al insistente pensamiento de consagrarse enteramente a Dios, tiene mucha incertidumbre e indecisión. Don Orione, requerido su consejo, le escribe: *“Creo que la misericordia de Nuestro Señor quiere hacer de usted una santa religiosa; procure ser un trapo en las manos de Jesucristo Crucificado, de su Santísima Madre y de la santa Madre Iglesia. Sirva a Dios con calma. Y rece con fervor y tranquilidad”.*

Continúan los encuentros, las reflexiones, los consejos. Don Orione cada vez está más convencido que la condesita, por su sensibilidad, cultura y religiosidad, es la mujer enviada por la Providencia para iniciar el camino de formación de las primeras vocaciones femeninas. La señora Valdetaro, superadas las últimas resistencias, decide colaborar en la nueva fundación.

El director ha elegido como sede, la casa de San Bernardino, el primer colegio, reciente propiedad de la Congregación, después de haber sido durante muchos años sede del partido socialista. Don Sterpi y los clérigos que con él llegan para preparar los locales, constatan el grado de civilización y de decencia con que ha sido dejada.

Cuando todo está preparado, la Vandettaro, Caterina Volpini y el hermano inválido (233) constituyen el primer núcleo de la nueva fundación de las Pequeñas Misioneras de la Caridad y de las casas de caridad para ancianos, y discapacitados.

En efecto al día siguiente se trasladan a Ameno (Novara) para dar comienzo al primer asilo para ancianos. Es la pequeña semilla de aquella planta gigantesca “los Pequeños Cottolengos” que arriesga en convertirse en característica y sinónimo de la Obra de Don Orione. Acogidos los primeros ancianos, Volpini, sin ser monja, se encuentra haciendo de superiora porque como era de prever, Valdettaro trabaja en Tortona, para ayudar a la rama naciente.

Algunos pensamientos de felicitación de Don Orione ilustran el fin de la fundación: *“Vuestra pequeña Congregación religiosa lleva el nombre de “Misioneras de la Caridad”, que es decir, Misioneras de Dios, porque Dios es caridad; quiere decir Misioneras de Cristo, porque Jesucristo es Dios y es Caridad; quiere decir Misioneras, es decir, evangelizadoras, siervas de los pobres, porque en los pobres vosotras servís, confortáis y evangelizáis a Jesucristo... ¡Haced que sobre vuestros pasos nazcan las obras de la misericordia del Señor! Por esto sois llamadas monjas sí, pero misioneras, sobre todo de la Caridad”.*

Consagradas al Sagrado Corazón el 29 de junio de 1917, piden y obtienen, en conformidad con las leyes canónicas, un uniforme. El 4 de octubre del mismo año, monseñor Albera bendice los hábitos de las tres primeras cuyos nombres son un programa de vida: Sor María Fe, Sor María Esperanza, Sor María Caridad. Don Orione comenta: *“Este hábito que os separa del mundo debe también despegaros de las cosas del mundo. No debéis estar apegadas al hábito, sino al espíritu, dispuestas a poneros otros hábitos, si lo dijeran los superiores. Debéis distinguviros de las otras mujeres y muchachas más que por el hábito, por la vida”.*

Con la bendición del Obispo, el 13 octubre 1917 las tres primeras “hermanas”, – alguna no ha terminado el noviciado, –salen de Tortona para abrir un asilo y dar asistencia religiosa a las muchachas de la parroquia de San Sebastiano Curone. *“¡Ánimo!, les dice Don Orione, vais a realizar una bonita misión. Tenéis ante vosotras un campo muy vasto para trabajar y hacer el bien por Nuestro Señor. Después tal vez llegue el oratorio festivo, veremos: de una cosa nace otra”. En efecto, al poco tiempo, nace la Casa “Virgen de las Gracias” destinada a acoger a mujeres ancianas y enfermas.*

Para la inauguración Don Orione escribe a Don Perduca: *“...Cuando vayan a la nueva casa, deseo que vayan después de tres días de ayuno a pan y agua–, yo también ayunaré a pan y agua por cuatro días. Además, deseo que vayan descalzas, cantando el miserere; y entrando, besen por tres veces la tierra; y que para ellas utilicen el lugar más estrecho y más humilde, para dejar a los niños, a las niñas y a los pobres, la parte más hermosa, más aireada, más cómoda».*

Con la derrota y la retirada de Caporetto no se cuentan a los evacuados. Don Orione inmediatamente pone a disposición del gobierno italiano todas sus casas de Tortona. Para disponer del mayor número posible de lugares, pide a sus religiosos que se arreglen como sea. Los prófugos de la laguna véneta y los enfermos de Venecia acogidos con una alegre y espontánea hospitalidad, enseguida se encuentran a gusto.

También las hermanas son avisadas –aún no tienen los votos religiosos– para que se encuentren preparadas ante cualquier eventualidad: *“No sé si me enviarán enfermeros o enfermeras para asistirles: si fuera necesario, podréis venir vosotras a realizar esta piadosa labor*

de caridad. Tenéis que pensar que, sirviendo a aquellos pobres, servís al mismo Jesucristo... Sería verdaderamente feliz, si en esta circunstancia pudiera iniciar la rama de las Monjas enfermeras ».

Y en Tortona las monjas en verdad tienen que hacer, a menudo, de enfermeras, pero no sólo en Tortona: en San Sebastiano Curone contagiada la peste española, que hace estragos en toda Italia, las monjas del asilo piden permiso para cuidar a los enfermos en sus casas. Don Orione está totalmente de acuerdo: *"Haced de enfermeras, estoy más que contento: haced también de barrenderas de la calle, lo que importa es hacer obras de caridad, y vosotras amad al Señor y haced que los demás lo amen."* (30.12.1918).

En marzo de 1920, también en San Sebastiano Curone, se inaugura la Casa Hospicio San José, destinada a acoger ancianos pobres y enfermos.

Don Orione, después de algunas otras felices experiencias de fuego, escribe: *"Si lograra encontrar tela para una buena andrajosa de la Divina Providencia, sin duda la aceptaría, y, tal vez la enviaría después de veinticuatro horas a esparcir la caridad de Nuestro Señor Jesucristo".*

El crecimiento de la rama femenina es tan extraordinario y azaroso como el masculino. Don Orione pide gran valor y disponibilidad, más allá de los esquemas y de las estructuras: *"En Como no hay casa, pero allí hay tres sirviendo a Jesucristo en los pobres huérfanos de guerra: estaban abandonados, ¿se les podía dejar así? En Reggio Calabria no he abierto casa, pero he enviado a tres para dar catequesis en un barrio de la ciudad, donde se vive y se muere como sólo Dios sabe, y donde los sacerdotes no van o no pueden ir".* .

Se organiza el primer año de noviciado en 1923 con doce postulantes que, acabado el año canónico, no emiten los votos, pero están comprometidas en el servicio de las distintas obras de caridad. Para las primeras profesiones se debe esperar al 29 de julio de 1927, cuando Sor María Paciencia y otras emiten los votos religiosos en manos de Don Orione.

La señora Valdettaro que en estos primeros años de fundación colabora con sabiduría e inteligencia en la formación de las postulantes, cree no estar llamada para este género de vida. Deja Tortona manifestando gratitud y agradecimiento hacia Don Orione que continúa siempre cercano a ella y acompañándola espiritualmente.

Durante un primer viaje misionero, Don Orione queda abrumado por la pobreza y el sufrimiento de aquella población. Lo que más le sorprende es la marginación que sufren los negros: tanto racismo como para negarles no sólo los empleos estatales, sino incluso, hasta el sacerdocio y la consagración religiosa. Vuelve de Brasil con la idea, luego no realizada, de fundar una doble familia religiosa, masculina y femenina, con sólo miembros de color para el apostolado y la emancipación de los indígenas. Aunque el proyecto no llega a puerto, tiene el consuelo de tener entre sus hijos a gente de toda raza y color.

Las experiencias pastorales sugieren a Don Orione otra iniciativa: preparar personal femenino para el servicio de la pastoral y el decoro de los santuarios y de las parroquias. Así el 25 de marzo del 1927 nacen "las Hijas de la Virgen de la Guardia" para las obras de culto.

Tantas jóvenes ciegas, si bien con claros deseos, encuentran cerrado el camino de la vida religiosa. El alma eucarística y contemplativa de Don Orione con gesto exquisito, inicia la rama de "Las Sacramentinas Ciegas."

En marzo de 1927 Don Orione escribe a Sor Sebastiana: *"Ahora vosotras rezad mucho, porque deseo, con ayuda divina, servirme de vosotras para dar inicio a la familia religiosa de las monjas ciegas, como siempre os he prometido".*

El 15 de agosto de 1927, Sor Sebastiana toma el nombre de Sor Tarcisia de la Encarnación. Con ella, otras tres visten el hábito blanco con escapulario rojo deseado por el fundador. Su estilo de vida se inspira en la regla de las monjas Adoratrices fundadas en Roma a principios de 1800,

por la Sierva de Dios Sor María Magdalena de la Encarnación. Desde entonces ellas acompañan, con la oración y la adoración, el apostolado de la Obra.

El 27 del mismo mes dejan San Bernardino para empezar en Quarto Dei Mille (Génova) la vida claustral. Sor Tarsicia, nacida en Trevi, ciega desde los tres años, experta en bordado, música y canto, se queda en Tortona en una casa expresamente adquirida por Don Orione en la localidad de Groppo, como responsable de un grupito de postulantes. La rama crece y se desarrolla rápidamente.

Capítulo 28: LOS “PEQUEÑOS” COTTOLENGOS

“Vive en Génova una buena señora. Antes, no conocía a esa señora: no sabía nada de ella, ni ella de mí. No sé cómo, a su hijo Luis, en los últimos días de su vida, le llegó una hoja informativa de nuestro Cottolengo de Génova; se lo puso bajo la almohada y un día llamó a la madre y le dijo: ‘Siento que te quedes sola; podrás consolarte haciendo el bien; la parte que me corresponde, si quieres hacerme un favor, dásela a Don Orione. No sé quien es Don Orione; pero, dado que cuida de niños huérfanos, de los ancianos, de los pobres, deseo que mi parte se destine en beneficio de ellos.’

Esta señora vino más tarde buscando la Obra de la Divina Providencia, y hoy hace de madre a los pobres del Pequeño Cottolengo, que son unos quinientos. Cada año me da una cantidad y desearía darme más; pero no acepto todo ese dinero. Fijaos a qué tentación he resistido.

Estamos en la novena de San José –decía a los clérigos y novicios de la casa madre–. Todos los años San José viene a nuestro encuentro con alguna gracia: el año pasado me hizo la gracia de enfermarme. Este año, he aquí la gracia. Ayer he ido a Génova, y he firmado el contrato para la adquisición del Paverano, que atiende a quinientos enfermos, y cuesta un millón seiscientas cincuenta mil liras, sin contar los muchísimos impuestos. Todos los diarios de Génova, políticos, civiles y eclesiásticos, hablan de ello.

Por lo tanto, el Paverano vendría a costar casi dos millones. Os asustáis por tan poco, y pensar que puedo decir que ya los tengo en mano! (se ríe). Porque ayer, mientras regresaba a casa y estaba en la estación de Génova, Sciaccaluga vino a buscarme, porque aquella señora aún me requería en su casa. Poco antes ya había estado allí y me había dicho que me daría medio millón. Regresé a su casa.

Y me dijo: ‘Pues bien, Don Orione, quiero decirle que, si usted viene a comer, en vez de la mitad, le daré el millón entero’.

Así que mañana tendré que ir a comer a su casa y, vosotros, mientras tanto, rezad. Es una buena señora que sabe dónde gastamos el dinero. ¡Veis, entonces, cómo San José viene en nuestra ayuda, como ha hecho siempre!

En una época “de positivismo, de tanta codicia por los bienes materiales y por el dinero, de egoísmo y de odio”, Don Orione siente que ha llegado el momento de desarrollar las obras de caridad. Su historia permanece particularmente ligada a las obras de caridad para los últimos que llevan el nombre de “Pequeño Cottolengo”.

Conoce desde hace mucho tiempo la casa del Cottolengo de Turín. Mientras está en Valdocco con Don Bosco tiene oportunidad de ver y apreciar el espíritu que anima aquella obra de caridad. Es un deseo que lo acompaña desde siempre y que le lleva a volcar sus preferencias y predilecciones por los más pobres, los más abandonados, por los ancianos, los marginados y los prófugos.

Todos los que, en definitiva, tienen un dolor encuentran un lugar en su corazón y en su congregación.

Para todos tiene una palabra de estímulo y de consuelo. *“Amar al hombre cuando la injuria de los años y la degradación del vicio ha hecho de ellos un objeto de disgusto intolerable, y hacer de todos los infelices una sola familia: ésta es la verdadera caridad”.*

Antes de dar comienzo a este tipo de obras se traslada a Turín para conocer mejor el enfoque, la vida y las dificultades. Peregrino a Bra, en la casa del Cottolengo, y en el Santuario de la Virgen de las Flores, invoca *“luz y conocimiento de la voluntad de Dios, fervor de caridad divina y celeste ayuda”.*

La Providencia lo lleva adelante por los senderos del amor haciéndole abrir silenciosamente, una tras otra, *“pequeñas casas de caridad para los pobres más infelices, que no pueden trabajar, viejos o enfermos de todo tipo y sexo, de todo credo y también sin credo, que no encuentran pan ni techo, pues son rechazados por todos y el mundo los considera como los deshechos de la sociedad. Y a cuantos han venido les hemos abrazado espiritualmente y puesto bajo el manto del Beato Cottolengo”.*

El 19 de marzo de 1924 dos religiosas y tres acogidas inician la casa de caridad en Génova Marassi. El 4 de noviembre de 1925, el viejo conservatorio en Quarto dei Mile (Génova) acoge también a los infelices rechazados por las estructuras hospitalarias; en Milán, en 1933; en Claypole (Argentina) en 1934; en Polonia en 1937; en Jasper, Indiana (Estados Unidos de Norteamérica) en 1939; en Tortona, en 1940.

A los ‘pequeños cottolengos’ se suman otras obras de caridad: en 1924 la obra Antoniana de La Calabria; en 1925 el Instituto del Sufragio en Magreta (Módena); en 1930 el Instituto Sagrado Corazón de Fano y Borgonovo (Piacenza); en 1932 la casa de Descanso en Pontecurone; en 1933 Villa Cháritas en el castillo de Tortona.

Hay que añadir a la lista los orfanatos, las escuelas profesionales y agrícolas que, de forma diversa, son obras de caridad en favor de los últimos.

En una carta Don Orione explica la organización y el espíritu de estas casas.

“La Obra recibe vida y espíritu de la caridad de Cristo y su nombre de San José Benito Cottolengo, que fue apóstol y padre de los pobres más infelices. La puerta del Pequeño Cottolengo no preguntará a quien entra si tiene un nombre, tan solo si tiene un dolor.

–¿Cómo es el ‘Pequeño Cottolengo’?

Ahora es como un pequeño grano de mostaza, al que bastará la bendición del Señor para un día hacerse un gran árbol, sobre cuyas ramas se posarán tranquilos los pájaros. Los pájaros, aquí, son los pobres más abandonados, nuestros hermanos y nuestros dueños.

El Ojo de la Divina Providencia.

Dios ama a todas sus criaturas, pero su Providencia no puede dejar de preferir a los pobres, a los afligidos, a los huérfanos, a los enfermos, a los atribulados, después de que Jesús los elevó al honor de ser sus hermanos, después de que se manifestó para ellos modelo y cabeza, soportando Él también la pobreza, el abandono, el dolor y hasta el martirio de la cruz. Por eso, el Ojo de la Divina Providencia está, en modo especial, dirigido a las criaturas más desdichadas y desamparadas.

–¿A quién se recibe en el Pequeño Cottolengo?

El Pequeño Cottolengo tendrá siempre la puerta abierta a toda forma de miseria moral o material. Dará consuelo y luz de fe a los desengañados, a los afligidos de la vida. Además, divididos en tantas diversas familias, acogerá, como hermanos, a los ciegos, a los sordomudos, a los discapacitados, los retrasados, los lisiados, los epilépticos, los viejos endebles y no aptos para trabajar, muchachos necesitados, enfermos crónicos, niños y niñas pequeños; niñas en edad difícil. En definitiva, a todos aquellos que, por un motivo u otro, necesitan asistencia, y ayuda, y que no pueden ser recibidos en los hospitales o asilos, y que se encuentran verdaderamente

abandonados: sean de cualquier nacionalidad, de cualquiera religión, incluso si no tuvieran religión, ¡Dios es Padre de todos!

Es obvio que todo esto se hará gradualmente, a medida que se edifique y que haya lugar, confiando en Dios y en la ayuda de corazones piadosos, desconfiando sólo de nosotros. En el Pequeño Cottolengo nunca tendrá que haber un lugar vacío. Nuestra debilidad no nos asusta: la consideramos como el trofeo de la bondad y de la gloria de Jesucristo.

–¿Cómo se sostiene y gestiona el Pequeño Cottolengo?

¡Nada gusta más al Señor que nuestra confianza puesta en Él! Y nosotros deseáramos tener una fe, un valor, una confianza tan grande, como grande es el Corazón de Jesús, que es su fundamento. El Pequeño Cottolengo se sostiene en el Señor, sobre la fe; vive en el Señor, de la Divina Providencia y de vuestra generosidad. Se gobierna en el Señor, es decir, con la caridad de Cristo. Todo y sólo por amor, hasta el holocausto de nuestra vida, con la ayuda divina.

¡Y nada de empleados! ¡Nada de fórmulas burocráticas, que a menudo preocupan, si bien no hacen humillante el bien. Nada que parezca una administración: nada de todo esto. Todo depende de la Divina Providencia: quien hace todo es la Divina Providencia y la caridad de corazones misericordiosos, movidos por el deseo de hacer el bien, tal y como el Evangelio enseña, a los que tienen necesidad.

–¿Tiene rentas el Pequeño Cottolengo?

Vosotros tal vez creeréis que tenemos recursos y rentas. No, amigos míos, de todo esto no tenemos nada. El Pequeño Cottolengo no tiene rentas, y no podrá tener nunca rentas: va adelante día a día, “panem nostrum quotidianum” (‘el pan nuestro de cada día’).

Ese Dios que es el gran Padre de todos, que piensa en los pájaros del aire y viste los lirios del campo, envía de manos generosas el pan diario, es decir, lo que se necesita día a día. Nuestro banco es la Divina Providencia, y nuestra cuenta está en vuestros bolsillos y en vuestro buen corazón.

–¿Cómo se vive en el Pequeño Cottolengo?

El Pequeño Cottolengo está construido sobre la fe y vive del fruto de una caridad inextinguible. En el Pequeño Cottolengo se vive alegremente: se reza, se trabaja, en la medida permitida por las fuerzas: se ama a Dios, se ama y se sirve a los pobres. En los abandonados se ve y se sirve a Cristo, en santa alegría. ¿Quién hay más feliz que nosotros?

Y también nuestros amados pobres viven contentos: ellos no son huéspedes, no son los acogidos, sino que son los dueños, y nosotros, sus siervos, ¡así se sirve al Señor! ¡Qué hermosa es la vida en el Pequeño Cottolengo! ¡Es una sinfonía de oraciones por los bienhechores, de trabajo, de alegría, de cantos y de caridad!

–¿De qué manera se puede ayudar al Pequeño Cottolengo?

De muchas formas: con la oración, con dinero y con darlo a conocer a personas de corazón y generosas, que pueden cooperar a un bien tan grande. Todo es grande, cuando es grande el corazón que da. ¡Visitad el Cottolengo!

Queridos bienhechores y buenas bienhechoras, de corazón noble y generoso: venid a visitar a los pobres del Pequeño Cottolengo, donde hay ‘alabanza perenne’ por la paz y prosperidad de vuestras familias y de la Patria, donde todo es sencillez de vida y buena sonrisa, serena, agradecida, donde todos los sacrificios y todas las palabras se funden y fusionan en una sola. ¡Caridad! ¡Dios perdona tantas cosas, por una obra de misericordia!

A los bienhechores y bienhechoras:

Suscite Dios, por doquier, muchos corazones generosos, abiertos al bien, que vengan a ayudarnos en esta Obra de cristiano amor hacia los hermanos más míseros. Quieran todos rezar por nosotros, y recordar con benevolencia a nuestros queridos pobres: ellos desde el recuerdo y

agradecidos, rezarán siempre por los bienhechores y sus bendiciones les acompañarán y confortarán todos los días de la vida. A cuantos se preocupan por el Pequeño Cottolengo, Dios les conceda ¡el ciento por uno en la vida, y eterna recompensa en el cielo! Guardian, Reina y Madre del Pequeño Cottolengo es María, Madre de Dios, Santa Virgen de la Divina Providencia. ¡Oh santa Virgen, te he hecho Patrona y Madre: ahora te toca a Ti!" (L I, 216 y siguientes).

Tres son los grandes Centros de Caridad: en Claypole (Argentina), en Génova y en Milán. En Restocco, en la periferia de Milán, las Carmelitas ponen en venta su viejo convento con la iglesia. Don Orione pretende adquirirlo, pero las negociaciones se hacen largas y difíciles con propuestas y contrapropuestas, porque son muchos los que reivindican derechos. Don Orione escribe a la superiora: "He hecho examinar las cosas a varios abogados y todos han dicho que podría entrar en un pleito con dudoso éxito. He tratado la adquisición de una propiedad libre, y así es necesario que sea, no podría ir a Milán a comprar un pleito" (28.4.1933).

La Providencia lo acompaña a través de la amistad del senador Stefano Cavazzoni que cuenta: "El encuentro se dio durante el verano de 1937, al regreso de Don Orione de Brasil, cuando vino a celebrar la misa al "Pequeño Cottolengo". Pocos días después, Don Orione vino a visitarnos a nuestra casa. En su bondad nos dijo que la Providencia nos había elegido a los dos como sus colaboradores, que hiciéramos por el "Pequeño Cottolengo milanés" todo cuanto pudiésemos, que fuésemos como su secretaria milanés, porque necesitaba ser ayudado y aconsejado."

"El 4 de noviembre de 1937, después de haber escuchado, en el capilla de Restocco, su discurso dirigido a las residentes del instituto, junto a un grupo de bienhechoras y bienhechores, le rogué repetir sus palabras llenas de amor de Dios y de caridad al prójimo en un ambiente más grande, de tal manera que, además del bien espiritual, también se habría conseguido el objetivo de agrandar notablemente la pequeña milicia de sus colaboradores. Don Orione aceptó y pensamos en preparar la reunión.

Descartados teatros u otros locales públicos, pensé en el aula magna de la Universidad Católica. Hablé de ello al Padre Gemelli, que de inmediato, aceptó. La prensa de la ciudad lo anunció con alguna nota ilustrativa sobre la personalidad de Don Orione y sobre sus obras de caridad, ya esparcidas por Italia y más allá del océano

Cuando Don Orione tuvo noticia de ello, se asustó y me escribió una carta, donde me rogaba que realizara en su lugar el discurso oficial..."

El discurso tuvo lugar en la Universidad Católica el 19 de diciembre de 1937. Presentado por el senador habló con un ímpetu extraordinario y con tal fuerza de convicción como para asombrar al auditorio y conmoverlo hasta las lágrimas. El diario de la Casa relata: "Un profesor de la Universidad de Padua, ateo, que se hizo presente tan sólo para agradar a quien le había invitado, al final del discurso estaba de rodillas entre la muchedumbre para recibir la bendición de Don Orione. Un abogado que casualmente estaba sentado junto a su adversario, al que desde hacía años ni siquiera saludaba, cuando Don Orione terminó de hablar, se dispuso a abrazar a su vecino. Saliendo del aula, la muchedumbre rodea a Don Orione y encuentra dificultad en llegar hasta el coche que después tendrá que llevarlo a Lucca junto al padre enfermo del ministro Ferruccio Lantini".

Cavazzoni lo ha organizado para atraer bienhechores y Don Orione, en cambio, en todo el discurso "no dijo una palabra que aludiera a sus instituciones. En cambio, elevó un himno tan sublime a la caridad, que los presentes y los que desde fuera del aula lo escucharon a través de altavoces quedaron entusiasmados, y todos, y eran muchos, se fueron con la impresión que sólo un santo podía hablar así. Así comenzó oficialmente en Milán la vida del Pequeño Cottolengo milanés".

Las dificultades no faltan: disputas sobre el nombre, conseguir dinero para la adquisición de otro terreno, el proyecto de reestructuración, luego considerado insuficiente por Don Orione. Pero los trabajos, a pesar de todo, siguen adelante. Continúa contando Cavazzoni: "Un día, con mi esposa, fuimos a visitar a Don Orione en Restocco, por la tarde, después de su fatigoso día. Lo encontramos muy alegre. Nos pidió que nos sentáramos, nos agasajó, como siempre. Después, en un momento dado, con tono jocoso pero conmovido, nos dijo: *"Tengo que contaros una cosa, deciros un secreto: ¿sabéis que el Pequeño Cottolengo no será como lo hemos pensado hasta ahora?"*.

No, será una grandiosa construcción única, moderna, con amplios pasillos y luminosas galerías. Habrá tanto sol y tanta luz y todo será tan bonito, tan moderno, que el forastero, antes de dejar Milán, vendrá a ver el Cottolengo. Y tendremos que hacer todo con los criterios más actualizados de la ciencia y de la técnica, para que no se diga que la Iglesia y la Caridad de Cristo están atrasadas. He soñado cómo será el Pequeño Cottolengo milanés y he recorrido amplios pabellones, largos, espaciosos pasillos, y he visto una gran iglesia. La Virgen me ha hecho ver el Cottolengo: pero, si me lo ha hecho ver en sueño, es señal de que yo no estaré ya cuando se concluya".

Capítulo 29: EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA GUARDIA

Nos encontrábamos en la Gran Guerra Mundial. Una gran derrota, la de Caporetto, había producido en los corazones un profundo desaliento. Los hombres estaban todos en el frente y las mujeres en aquellos tiempos fueron las verdaderas heroínas. Se recuerda el ejemplo de una mujer que, con sus tres hijos en la guerra, trabajó tanto que, a su regreso a casa, encontraron que el patrimonio, no sólo no se había reducido, sino que había incrementado mucho. Tortona estaba en manos del socialismo, y permaneció en manos de los rojos durante veinte años. La policía ni se veía ni podían pasar por San Bernardino. Un día pasaba en bicicleta un policía. Reconocido, lo apedrearon, la bicicleta quedó destrozada, y se vio obligado a cargar la bicicleta auestas y darse a la fuga; es más, le obligaron, a caminar así hasta donde ahora está la plaza del hospital, acompañado de silbidos e insultos.

Una muchedumbre de hombres alterados y de mujeres desgredadas marcharon del barrio de San Bernardino con la bandera roja por delante y, agitando bastones y armas, como desatinados, irrumpieron en el Obispado y destrozaron todo lo que encontraron: destruyeron las cocinas populares, que dan comida gratuitamente a tantos pobres, devastaron nuestro oratorio, dirigido por nosotros, en el jardín del obispo, y luego, con gritos y maldiciones, intentaron subir al piso superior para capturar al obispo y llevarlo, en señal de mofa, por toda la ciudad por haber escrito –así decían ellos– a favor de la guerra. Y habrían así sacrílegamente infamado a la persona sagrada de monseñor Grassi, si mis jóvenes no se hubieran colocado en la puerta. Fueron los jóvenes de nuestro Oratorio y del Paterno quienes hicieron la defensa, e impidieron que Tortona viniera difamada por tan execrable acción” (DOLM 1323s).

La guerra, llamando al frente a los hombres, ha privado de fuerzas y puesto en crisis a las familias y a la Congregación. Al dolor de la separación se añade la dificultad económica para ir viviendo. Cuando la fe es débil, los ánimos se agravan, se hace lugar al rencor, al odio, a la violencia. El movimiento anticlerical y masónico, muy arraigado en Tortona y en particular en el barrio de San Bernardino, pesca voluntarios en la tormenta. Son punto de mira sin piedad los sacerdotes y los muchachos del Colegio. “Tortona era de tintes rojos muy pronunciados y nosotros monaguillos sufríamos con frecuencia, abusos y desafíos de los gamberros. Eran pedradas sobre los cristales y a veces contra las personas, gritos amenazadores y palabrotas en nuestra dirección cuando salíamos de paseo. Los muchachos de las escuelas técnicas nos veían y estábamos continuamente expuestos a miles de aberraciones que ofendían incluso nuestro sentido moral. Un cierto Jati, seglar, hermano de un clérigo nuestro, calabrés, que murió después joven, el año mismo de la orden sacerdotal, marchaba contra las expediciones castigadoras y ahuyentaba a los pequeños malvados hacia las rampas del castillo. Incluso durante la noche – las bellas noches tranquilas y agradables de la Tortona antigua – el canto grosero de los rateros tenía como punto de mira a los clérigos del seminario (anexo al colegio Paterno) y a los internos del “Paterno” (*Sparpaglione, Appunti inediti*).

En realidad, Don Orione, una vez conocido, también tenía libre acceso a la zona de los rojos: “San Bernardino era rojo y durante más de diez años no pudieron ir los sacerdotes. Los socialistas no querían ver a los sacerdotes, despreciaban la religión y despreciaban a los sacerdotes. Pero los de San Bernardino toleraban que aquí nos llegara un sacerdote. Decían que ese sacerdote era socialista. No es que fuera socialista de verdad: lo creían tal porque a medida

que los obreros marchaban para el frente y dejaban en casa a los pobres hijos y sin custodia, aquel sacerdote se los llevaba y les instruía; por esto decían que era medio socialista, porque amaba a la pobre gente y recogía a los huérfanos que ya no tenían a la mamá y quedaban huérfanos de padre, los huérfanos de la guerra. Y ese sacerdote podía venir siempre a San Bernardino. Y estaban aquí en San Bernardino las lavanderas. Aquellas lavanderas se lamentaban porque la guerra nunca terminaba” (Par 10, 219).

José Romita socialista nativo de Tortona y concejal de Turín, en uno de sus comicios en Tortona gritó: “No queremos sacerdotes, porque, si quisiéramos, nos bastaría Don Orione: él no es un sacerdote como los demás, él es el sacerdote de los pobres”.

La nación está recogiendo los frutos de una encarnizada propaganda de odio contra toda autoridad y de una descristianización sistemática *“que va disipando en nuestras masas populares todo lo que era patrimonio ideal y moral del pasado, y ha fomentado intranquilas aspiraciones, bajas codicias y un odio profundo. Mañana podrá suceder algo peor, si todas las personas honestas no se unirán para hacer frente al peligro que nos domina; pero enfrentar tal peligro no es posible, si no se piensa seriamente en mantener sólida la religión que es el primer principio del orden y de la autoridad.*

Es necesario ir al pueblo, y sacrificarse, y hacerse matar, pero rehacerlo cristiano. No se hagan ilusiones las autoridades: con las bayonetas y con la cárcel no llegarán a nada, al contrario, será peor. El fuego arde bajo las cenizas, y mañana, puede incendiarse con más fuerza que ayer.

Mañana vendrá una oleada, y además de las almas destrozará también nuestros santos altares. ¿Y nosotros dormimos? Sintamos, hermanos, la grave responsabilidad que tenemos sobre nuestra cabeza. Con la ametralladora en las calles se detiene a un pueblo durante alguna hora, pero no se reconstruye la sociedad. No es con el hierro y con el fuego que se amansa la fiera: y el pueblo, cuando ya no tiene la fe, es una fiera” (Scr. 57, 7).

Su elección y la de sus hijos va en esa dirección: “Nosotros no queremos ni grados ni honores, nosotros queremos a los pobres, nosotros queremos ser pobres, nosotros queremos estar con los más pobres, y los pobres nos quieren e incluso si se cerrasen las iglesias nos dejarían a nuestros pobres y entonces seríamos nosotros los que aún podremos hacer un poco de bien”.

El mejor camino para llevar las masas a Cristo es la devoción a la Virgen. Si no es posible continuar organizando peregrinaciones, se puede hacer fuerza sobre la devoción popular. En la Capilla de la Virgen de la Guardia del barrio de San Bernardino se escuchan invocaciones y oraciones para que cese el azote de la guerra.

Don Orione ha pedido una estatua de la Virgen porque ha lanzado la idea de la construcción de un santuario votivo. El 28 de agosto los clérigos en un carro transportan la estatua desde la casa Madre a San Bernardino. Sobre el puente del Ossona, al comienzo del barrio para entendernos, estatua y clérigos son el blanco de pedradas. Al clérigo más maltrecho que se lamenta, Don Orione le responde: *“Perdona... Sí, es necesario perdonar siempre, no seas quisquilloso. Son piedras con las que construirás una Iglesia”.*

Al día siguiente una riada de gente alrededor de Don Orione y del Obispo reza y hace voto de levantar un santuario. La misma tarde escribe dos páginas y las difunde en millares de copias para que el empeño del voto fuera compartido lo más ampliamente posible. “Italia. – escribe– hoy, más que nunca, necesita a María: de la fe heredada y del culto de María nuestro país sacará nuevos argumentos de prosperidad y grandeza. Italia necesita hoy del brazo y del corazón de María. Pongamos entre sus maternos brazos a nuestra querida Patria, ya probada por tantos dolores.”

El uno de noviembre amanece con el “folleto popular quincenal” titulado “La Virgen de la Guardia” con el fin “de promover el santuario votivo junto a una obra de caridad, de atención al prójimo”. Porque devoción mariana y obras de caridad constituyen, en la espiritualidad de Don Orione, un binomio inseparable.

La respuesta del cielo, como siempre, es puntual: la guerra termina el 4 de noviembre. El año después Don Orione logra organizar, precisamente en San Bernardino la primera procesión: “Tomé la decisión y mandé ir a San Miguel que, por otra parte, es la parroquia del santuario. Pero era tanta la gente que, una vez en San Miguel, parecíamos los dueños de Tortona y se necesitaba al menos llegar hasta la catedral para poder desfilar bien. Para atrás, no se podía ir, con aquella riada. Al cuidado de la Catedral se encontraba un sacerdote amigo mío, Don Ceveriati, quien, viendo llegar la gran procesión, abrió las puertas de la catedral. Entonces miré hacia atrás y vi a tantos hombres como para quedarse asombrado. Entendí que todos estarían contentos y que se habría podido hacer un gran bien, también creía que se necesitaba pedir permiso, pero, como he dicho, no se preveía llegar hasta la catedral. Y así hemos entrado en la catedral. Luego llegó un sacerdote y me dijo: “¡Pero diga una palabra a toda esta gente, diga algo! “Fui invitado a subir al púlpito, pero no quise hacerlo; me acerqué a la balaustrada, cogí una silla y me subí encima. En cuanto vi toda esa marea del pueblo alrededor de la estatua de la Virgen de la Guardia, sentí en mí, en ese momento, algo que nunca había pensado. Y ha sido allí, bajo las bóvedas de la catedral, ante la urna del primer Obispo de Tortona, San Marciano, que hemos hecho como un juramento y repetido el voto de levantar una iglesia, un santuario, y dedicárselo a la Virgen. Entonces dije lo que el Señor me inspiraba, y terminadas aquellas pocas palabras, oí el órgano que sonaba a pleno fuelle, y sonaban las campanas de la catedral. El sacristán se había acercado a mí y me había preguntado: ‘Um da sunà?’(‘¿Tocamos?’ ‘Sí, sí, da un buen repique de campanas’”).

En los años sucesivos la procesión no se para en la catedral, sino que sube hasta el castillo y desde lo alto de la torre Don Orione aviva los corazones.

El año 1920 la procesión sube nuevamente al castillo y después a la catedral. La participación es imponente: más de siete mil personas en procesión y alrededor de cinco mil, las comuniones. “Desde lo alto de la torre, cuenta Don Orione, he bendecido a Tortona y a los tortoneses y, al grito de ¡Viva María, he consagrado la ciudad a la Virgen! La procesión duró cuatro horas” (Scr. 4, 212).

En 1922 la ciudad de Tortona lanza la iniciativa de un templo votivo en el Castillo en recuerdo de los caídos de la guerra. Don Orione suspende la revista Virgen de la Guardia, y ofrece su colaboración. Cuatro años después, venida a menos la iniciativa, retoma la publicación de la revista y se pone en acción para satisfacer el voto del 1918.

La familia Marchese regala a Don Orione un trozo de tierra, punto de confluencia de ruidosas calles que enlazan Turín, Génova, Piacenza y Pavía. A diferencia de otros santuarios que se levantan sumidos en la paz de la naturaleza o sobre los solitarios montes, éste de la Virgen de la Guardia se encuentra en el centro de la vida ciudadana y del tráfico. El 23 de octubre, el Cardinal Carlos Perosi bendice y coloca la primera piedra.

Los trabajos de preparación para los fundamentos empiezan sólo dos años después, a causa de una grave enfermedad de Don Orione. Habiendo ido a Turín para visitar y consolar a una enferma, regresa con altísima fiebre y bronconeumonía doble. Los médicos le consideran desahuciado. El Papa envía su bendición y pide de tenerle al corriente sobre la marcha de la enfermedad; el Cardenal La Fontane vienen de propósito desde Venecia para visitarle. Sus hijos acuden de todas partes. Autoridades civiles y religiosas se hacen presentes con demostraciones de estima, buenos deseos y recuerdos. La prensa ciudadana y nacional se interesan del caso; incesantes son las oraciones para su recuperación.

A un sacerdote que va a visitarle, le confía: “Los médicos dicen que muero, ¡pero te aseguro que no muero! Tengo aún muchas cosas que hacer” (DOLM 1446). Y le habla del programado santuario.

Después de algunos días el peligro se ha alejado. Durante la convalecencia, Don Orione agradece a través de las columnas del boletín de la Virgen de la Guardia y atribuye la curación inesperada a la intercesión de la Virgen.

Y de inmediato, con gran alegría anuncia: *“Los trabajos del Santuario comenzarán cuanto antes, y marcharán veloces. Es más, de alguna manera, se puede decir que ya han comenzado; y han comenzado, no porque fue colocada y bendecida la primera piedra por el Cardenal Perosi, sino porque ya he empezado a pagar. De los pequeños donativos ofrecidos por corazones generosos, de amigos y bienhechores, he podido ya ingresar, en este día, para el nuevo santuario, veinte mil liras, en billetes de 1000 y de 500, que daba gusto verlos. Veinte mil liras logradas con tantas pequeños donativos de pocos céntimos, de minucias y también con otras ofertas que van de una lira hasta los auténticos billetes que agrandan la respiración y te llenan la cartera.*

Es la Virgen que trabaja los corazones, y les empuja a dar. Ella hace tantas gracias, derrama consuelo en las almas, sana a los enfermos, da la concordia, la paz a las familias. Y es así: viene a visitarme una pobre mujer y me da el óbolo de la viuda del Evangelio; viene la señora y me da para la Virgen un anillo de oro, un brazalete de oro, y así sucesivamente; y viene otra, que tiene y que merece estar entre las bienhechoras insignes del Santuario, y me da 500 ó 1000 liras. Y así se camina, y se hace el Santuario.

El santuario aún no se ha iniciado, pero la Santísima Virgen de la Guardia está cercana, me consuela, me ayuda, así que ya lo puedo, en nombre y de parte de la Virgen, pagar con anticipación.

¿Alguna vez habéis oído que el zapatero de la Divina Providencia haya pagado por anticipado? ¡En absoluto! Todos saben que mientras sea sólo Don Orione quien lo hace, hay deudas por todas partes. Don Orione va adelante haciendo como el tren: ¡puf! ¡puf! ¡puf! Pero una cosa es el zapatero de la Providencia y otra cosa es la Virgen, ¡la Virgen es la Virgen! Ella paga puntual y también por anticipado.

Y se hará un santuario tan bonito, tan devoto y grandioso, que vendrán de cerca y de lejos para verlo. Y no me pidáis cuánto costará. Con la Virgen y para la Virgen no se echan cuentas: sólo os diré que la Virgen nunca ha hecho y nunca hará quiebra” (DOLM 1449).

“He encargado en Génova la Estatua de la Virgen de la Guardia, que será una obra de arte y de una belleza celestial” (DOLM 1450).

Antes de emprender la construcción del Santuario, peregrina al lugar de la Aparición de la Guardia, para implorar la ayuda y la bendición de la Santísima Virgen para todos y pedir ayuda y protección para los oficiales, los obreros y aprendices que trabajasen en la construcción del santuario.

“Vosotros me diréis... pero, y ¿usted no tenía miedo de caer enfermo?; No, no tenía miedo. Para tranquilizar a los míos, les dije que iría a caballo. ¡Pero imaginad que Don Orione fuera a ver a la Virgen sobre un mulo! Iré a caballo cuando esté en Brasil. Sentía que la Virgen me quería, que me llamaba allí después de tantos años, y no pensaba, no sentía otra cosa que a la Virgen. Y subía, llorando de consuelo y rezando. No sentía cansancio, no, de muchas noches y días de viaje, ni la subida, ni el sudor: sentía a la Virgen! (DOLM 1456).

Don Orione tiene listo el proyecto, los permisos necesarios, sólo falta la bendición del Obispo. El comienzo de los trabajos está fijado para el 16 de abril de 1928. Monseñor Grassi con una carta diplomática, por no decir fría y distante, envía la esperada bendición.

En las buenas noches del 15 de abril, Don Orione advierte: *“Entonces, mañana saldréis de aquí, más bien, saldremos de aquí, porque, a la cabeza, quiero ser yo quien os guíe y os facilite el camino, al menos idealmente. Saldremos de aquí con las herramientas de trabajo, con todo lo que os parezca útil y apropiado para el trabajo que queremos empezar. No se va a la conquista de la tierra, sino a hacer un santuario, una iglesia que cante las alabanzas a Dios y a la Virgen Santísima, que levante sus pináculos al cielo, que ofrezca asilo a las almas, la salvación de las almas. Así que ¡nada de limitaciones humanas! Todo llega a ser grande, cuando se le pone la intención y el fervor de un acto sagrado, si todo se hace como si fuera una oración, una alabanza al Señor y, en este caso, una alabanza especialmente elevada a la Virgen.*

Sentíos orgullosos también de estar vosotros entre los que empiezan este nuevo ciclo de santa actividad de la Congregación. Empieza la que podemos llamar ‘era mariana de la Pequeña Obra’. Los santuarios son como oasis en el desierto de esta pobre vida, son faros de luz que iluminan las mente, son centros de irradiación de la misericordia divina y de la materna bondad de María, son manantiales de carga espiritual, de fe, de recuperación moral para las almas, son fuentes de donde brota el agua del consuelo que lleva a la vida eterna”. (DOLM 1469 y siguientes).

Por la tarde, todos en fila de cuatro, con las herramientas de trabajo, marchaban en procesión desde la casa madre de San Bernardino por la calle Emilia entre el asombro y los aplausos de la sorprendida muchedumbre.

Los trabajos marchan a buen ritmo. El día de la fiesta, 29 de agosto, Don Orione celebra la eucaristía en el desmontado. El entusiasmo es elevadísimo y muchos se hacen presentes con pequeñas y grandes donativos, pero un grupo de habitantes de Tortona, bien identificado, no está contento, se mofa, insinúa, calumnia, hace circular la voz que con la excusa del santuario, Don Orione boicotea el templo votivo ciudadano.

“Incluso fui llamado hace unos años, ante una comisión de distinguidos ciudadanos, presidida por el obispo. Se trataba del templo votivo. Vuestro pobre sacerdote fue imputado por hacer acto derrotista, porque, desde el 29 de agosto de 1918 había lanzado la idea y aprobado el voto en San Bernardino, y más tarde bajo las arcas de nuestra catedral, de construir un santuario a Aquella que todos los afligidos invocan, si la guerra acababa victoriosa para las armas italianas. Pero los chismes indignos no han terminado. Pero ya es hora de que terminen, en bien de la verdad, no porque me canse el sufrir porque yo vivo de fe, de trabajo” y esto a pesar de las veinticinco mil liras y la propia disponibilidad puestas a disposición.

Con ocasión del centenario del Concilio de Éfeso y de la proclamación de la “Madre de Dios”, elegido desde hace años como título propio de la Obra, Don Orione decide la publicación de una revista mariana de suma importancia, *La Mater Dei* (‘La Madre de Dios’), confiando la dirección al padre Antonio Trobaso.

El Padre Trobaso, una vez abandonado el sacerdocio, lleva una vida relajada y alejada de Dios. Don Orione, no se sabe por quien ha tenido información, lo visita en su villa en Lago Maggiore: “Un día, mientras comía en alegre compañía, he aquí que aparece a la puerta un sacerdote, quien pregunta a la sirvienta:

‘¿Está aquí el Padre tal...?’

‘Aquí no hay ningún sacerdote: ningún padre respondió ella, atónita’.

‘¡Está!’ –insistió con énfasis Don Orione, quien reviviendo y recordando la situación de Fray Cristóforo en la célebre obra maestra, ‘Los Novios’, de Alejandro Manzini’, en quien tenía una especial confianza en su interior, entró sin más en el comedor dirigiéndose de forma directa al dueño de casa que bien reconoció: *‘He venido a llevarme tu alma* –le dijo con energía y también con gran afecto– *no te resistas a la voz de Dios. Es la última llamada’.*” (DOLM 277).

Los hombres crean obstáculos, pero la Virgen quiere el Santuario y no teme intervenir de modo extraordinario. El peso de la construcción cae sobre Don Sterpi que sigue y controla los trabajos cotidianamente. La salud no lo acompaña. Da pena, es un trapo. Un día, de imprevisto, recupera la salud y puede retomar el trabajo hasta la inauguración. El secreto lo revela el interesado: “Ayer (31 mayo 1929), a las 3,45, mientras me encontraba en mi habitación y estaba haciendo un triduo a la Virgen, oí un pequeño ruido. Me giré, y vi en la habitación a una persona vestida como una monja, toda de negro. Me dice: ‘Levántate, que tengo que hablarte. Don Orione te necesita para levantar el Santuario de la Guardia. Para el 29 de agosto (1931) quiere ver el santuario construido, y tú tienes que ayudarlo. Llamará a Don Orione y le dirás que escriba en todos los diarios y tú tienes que ir a pedir ayuda a todos los bancos, a los hornos y a todos los devotos de la Guardia. Y después, si hace falta, os dirigiréis a la Reina, que os abastecerá de todo’. Y entonces le dije sonriendo: ‘¿Pero cómo? ¿Ir ante la Reina?’. Entonces me dijo ella: ‘Sí, ante la Reina del Cielo, la Virgen de la Guardia’. Y desapareció en un gran resplandor y yo no pude sino gritar y llorar, porque vi desaparecer aquella hermosa visión” (DOLM 1503).

En las obras siempre está al acecho el accidente, también en ésta de Tortona: “Era un bonito día otoñal. Se trabajaba en la construcción del santuario de la Guardia. Retomamos, por la tarde, nuestro trabajo habitual. Pero cuando todo está a punto de terminar, y hago el acostumbrado trabajo de pasar las vigas, el tablón que pisan mis pies me sigue en un peligroso vuelo hasta el suelo en la cripta. Sacudido por un tremendo golpe, me encuentro sentado en tierra: verdaderamente una mano misteriosa me ha dado la vuelta, interrumpiendo la caída de cabeza y enderezándome antes de tocar la profunda cripta. Hago un esfuerzo para levantarme y librarme de la mirada impresionada de los compañeros. Pero no es posible. En el hospital no me encuentran alguna lesión grave”. (DOLM 1533)

Los proyectos de Don Orione no se detienen con el santuario. Hablando a los clérigos confía: “*Aquí se levantará la ciudad de la caridad. El suburbio de San Bernardino debe ser la ciudad de la caridad. Haremos alrededor del santuario una corona de obras, obras de piedad y de caridad*” (Scr. 15.3.1929).

No obstante otras dificultades, los trabajos proceden rápidamente porque “*ahora ya nadie duda, no sólo de que la Virgen quiere el santuario en San Bernardino, sino que lo quiere pronto, pronto, y precisamente en este año.*”

De muchas maneras, la Virgen Santa ha manifestado este deseo: enviándonos el dinero para los obreros, día a día, semana a semana –ya que no existen recursos– sin que nunca falten; resolviéndonos miles de dificultades de todo tipo; preservándonos de desgracias y sosteniendo en sus santas manos también a quien se ha caído de alturas vertiginosas; favoreciéndonos, además, en la estación más insegura, con un cielo y clima propicio. Cuando en el pasado otoño y en las primeras semanas del invierno se tenía que hacer el tejado, para poder continuar los trabajos en cubierto, el tiempo nos ha respetado totalmente hasta el punto de que entre los campesinos de nuestro entorno se había difundido la idea de que el cielo no habría enviado la lluvia hasta que no se terminara el tejado del Santuario de la Guardia” (DOLM 1573).

En junio: “Ruit hora’. *El tiempo pasa, y los trabajos en nuestro querido santuario, más que proceder rápidamente, ¡vuelan! ¡Qué breve es el tiempo y cómo pasa! Un equipo de albañiles trabaja con afán en los acabados exteriores. Ya se han podido bajar los andamiajes y las ventanillas de allá arriba, en lo más alto, con sus cornisas de rojos ladrillos a la vista, hacen una bonita figura.*

Otro equipo de obreros se ocupa de los trabajos de acabado en el interior. Los revoques en las bóvedas y paredes de la capilla y de las escaleras que llegan hasta los pies de la Virgen, y los del presbiterio están ya acabados. Ahora se trabaja en el revoque de las paredes del santuario.

Un tercer equipo se ocupa del piso de la cripta, que es tan grande como para ser considerada una verdadera iglesia. El suelo de la cripta se terminará en una semana. Se pasará después al suelo del santuario. El trabajo de nuestros pavimentadores es tal que, en diez días, también el suelo del santuario estará terminado.

¡Ruit hora! ¿Y los carpinteros? También ellos trabajan con afán, unos con las puertas, otros con las ventanas y otros en el mobiliario interior del santuario” (DOLM 1576s).

Son necesarias con urgencia ocho mil quinientas liras: “Hoy es sábado y también Don Orione, si puede, paga el sábado y, para los obreros que trabajan en el santuario y para alguna otra factura urgente, necesitaba exactamente ocho mil quinientas liras. Pero esta mañana no tenía nada en la caja, sólo unas pocas monedas para mis pobres abandonados. Por el camino entonces me encomendé a la Virgen: ‘Madre Santa, muévete, porque el santuario es tuyo’. Me detiene una mujer y muy discreta, me da unas pocas monedas diciéndome: ‘Lé pr’u so Santuari’ (‘Son para su Santuario’). Doy las gracias a la campesina, la despido y luego le doy las gracias a la Virgen con estas palabras: ‘Gracias, querida Virgen, ¡pero necesito 8.500 liras!’.

Ya celebrada la misa en San Bernardino, regreso hacia la ciudad, rezando continuamente, cabezota como un niño: ‘Virgen Santa, Don Orione, si puede, paga el sábado. Y hoy es sábado y tengo urgente necesidad de ocho mil quinientas liras para dárselas a esos obreros que trabajan para tu Santuario’. Y he aquí, que me detiene una persona que me entrega un sobre: hay 8.000 liras. Muy contento llego a la Casa Madre y le digo a Don Sterpi: ‘Pues hay que pagar esas 8.500 liras a los obreros’.

‘Pero no hay dinero disponible, le comenta desolado Don Sterpi’.

‘No es verdad: aquí tengo ocho mil liras, y aún me faltan quinientas. ¿No hay manera de conseguirlas?’.

‘He dicho que no’.

Espera, dame ese viejo misal. Es un viejo misal que me hace de carpeta, pongo dentro, de vez en cuando, algún billete, para tenerlo a mano en casos urgentes. Abro el misal y he aquí que aparece, precisamente, un billete de quinientas liras. Se ve que la Virgen ha querido darme la cantidad completa” (DOLM 1578).

Don Orione resume la verdadera explicación del éxito de la construcción del santuario, como de todo lo demás donde pone su mano en cincuenta años de prodigiosa actividad: “Se puede decir que todos estos ladrillos del santuario han sido puestos a fuerza de avemarías. Más que de ladrillos, este santuario ha sido elevado, con avemarías. Está hecho de avemarías más que de cal y de ladrillos. Por otra parte, todos nuestros institutos se puede decir que han sido amasados de avemarías y contruidos con avemarías y ampliados y sostenidos con el santo trabajo y con los avemarías” (DOLM 1585 y siguientes).

Y estamos al final: “El Santuario, a pesar de las dificultades, cuando fue la hora y el momento de Dios, ¡se levantó! Para mortificar nuestra prisa y nuestra soberbia, el Señor dispuso que hubiera años de espera, pero después se levantó como brote ‘para mostrarnos el milagro’. No se ha terminado, no, pero ya es hermoso como una flor, monumento de fe, de agradecimiento y de arte. ¡Gracias a Dios! Y gracias a todos, a todos, a todos! ¡Viva Italia, Viva la celeste Guardiana de Italia!” (DOLM 1622).

La bendición y la inauguración del santuario, precedidas por una novena predicada por Don Galbiati, es un triunfo nunca visto. En la vigilia, después de los fuegos artificiales, más de 50 sacerdotes están a disposición para las confesiones, mientras en la cripta hay adoración eucarística.

A las dos empiezan las misas, mientras continúa llegando una riada de peregrinos de las comarcas de Alessandria y Génova. Para la circunstancia, la ciudad amanece adornada con banderas. También sobre el pendón de la torre del castillo se agita la bandera italiana.

Un clamor de fe envuelto en gozo invade a los millares de personas mientras la estatua de la Virgen, en procesión, toma posesión de su casa. Para hacer solemne la celebración de monseñor Grassi, además de Don Orione y de sus muchos hijos, está presente el Padre Ignudi, Don Galbiati, y el Padre Trobaso. Se encargan del canto cuatrocientos seminaristas de la congregación.

Como en Lourdes, la bendición de los enfermos es otro momento de enorme fe. Y fe y oración continúa recomendando Don Orione para arrancar gracias y milagros a la Virgen y a Jesús Eucaristía.

La procesión, animada por seis bandas de la congregación, recorre todas las calles de la ciudad, sube hasta el castillo y baja a la plaza de la catedral para el rezo del credo con la mano alzada.

Y también una iniciativa particular acompaña a la Virgen: “Y he aquí un espectáculo, nuevo en Tortona y, ciertamente, único en el mundo. A la cabeza de las formaciones de los clérigos y de los sacerdotes, hay un numeroso grupo de religiosos, de sacerdotes obreros de Don Orione, con un sencillo hábito talar. Llevan en procesión los instrumentos del trabajo, los utensilios con los que ellos y tantos otros compañeros, han construido el santuario. Carretillas que abren la marcha, azadas, palas, en alto como alabardas simbólicas, picos, azadas, cuerdas, correas y más. ¡Son trofeos del trabajo cristiano! ¡Es el reconocimiento del trabajo! La muchedumbre, admirada, acompaña su paso con aplausos”(DOLM 1625). Don Orione lo recuerda: *“Cuando nos decían que éramos unos locos por llevar en procesión a los clérigos con las carretillas y los palas, no queríamos hacer extravagancias. A aquella población de San Bernardino, que tiempo antes había agredido el episcopado, la hemos llevado a la catedral, y cuando hemos llamado al obispo al balcón, hemos intentado hacer un acto de reparación. Esa procesión que cada año sale del barrio rojo de San Bernardino y que llega hasta el obispo quiere tener un gran significado.”* (DOLM 1629). Ya es noche cerrada cuando, en el Santuario, Don Galbiati teje las últimas alabanzas a María y Don Orione, las últimas invocaciones.

Capítulo 30: SIEMPRE ES LA VIRGEN

En 1933, narrando a los clérigos la adquisición del Paverano de Génova, recordaba: *“Por lo tanto, ánimo: yo he pagado la mayor parte, vosotros pagáis lo que queda. Veréis que la Providencia pagará incluso el resto. Hacía ya un tiempo que Orione se había fijado en aquel psiquiátrico y hace cinco años envié a un sacerdote genovés nuestro, que entonces era aún seglar, y le hice esparcir unas medallas de la Virgen de la Guardia y las esparció en todo el recinto”*.

En el año 1938, hablando a los bienhechores genoveses durante una visita a los pobres de Quarto Castagna, se manifestaba así: *“¡Yo quiero algo grande para Génova, tan grande que lo que se ha hecho no es más que el inicio! Como en Génova está la ciudad mercantil, la ciudad de los estudios, etc., ¡de la misma manera Génova tiene que tener la ciudad de la caridad! Ya he estado en el lugar y he sembrado allí las medallas de la Virgen de la Guardia y he rezado así: ‘Querida Virgen, yo te siembro aquí, para que tú hagas nacer la ciudad de la caridad. Tú eres la Madre, la Reina de Génova, haz que la gran Génova, que eres la que impera sobre todas, esté a la cabeza, no sólo en las vías del comercio, no sólo en el campo de la industria y en las vías marítimas, sino también en las vías de la caridad de Jesucristo’.”*

“Muchas veces, saliendo con él – recuerda un ex alumno –, quería que llevase un paquetito de medallas de la Virgen. ¿Sabéis para qué?

Para una conquista, para dilatar las obras de la Divina Providencia. De esta manera, por ejemplo, un domingo fuimos a Casteggio: Don Orione tenía que hacer el sermón para la recogida de las ollas rotas. Llegados a Montebello, me rogó que detuviese el coche delante de la villa de los Condes Lomellini. Me hizo entrar allí de un más bien estratégico, ya que la villa estaba cerrada, y me dijo que diera vueltas por el parque sembrando las medallas. Algunos meses después, la villa era un Instituto de Misiones extrajerar de la Pequeña Obra”.

En 1934 me encontraba con otros en la Casa de salud de Quezzi, e íbamos a recoger hierba para los animales a una localidad llamada Camaldoli, donde se levantaba una villa y otros edificios que no gozaban de buena fama. Don Orione deseaba hacerse con aquel lugar para quitar aquel mal y para abrir un asilo para ancianos pobres y una clínica para tuberculosos.

No tenía, sin embargo, los medios ni la esperanza de tenerlos, sobre todo porque el municipio de Génova, dada su bellísima situación, quería hacer de aquellos edificios, un lugar de residencia. Un día nos llamó Don Orione, preguntándonos si aún se iba a segar hierba a Camaldoli. Ante la respuesta afirmativa, nos dijo: *‘Tomad estas medallas: sembradlas allá arriba, en los alrededores de aquella villa. Allá irá la querida Virgen y abriremos una Casa para los pobres y los que sufren’*.

Un año después de su santa muerte, como es sabido, se convirtió en la actual Ciudad de la Caridad de Camaldoli, donde se venera la Virgen *Causa Nostrae Laetitiae*”.

“Cuando Don Orione quiso comprar para los huérfanos la Casa en la zona del Castillo de Tortona, llamada después “Villa Caritas”, el día de la inauguración, el venerado Padre nos llamó todos a la capilla del Paterno y, después de haber recordado las precedentes vicisitudes de la villa, dijo: *‘Un día subí con Marengo y arrojamos medallas de la Virgen. Y he aquí que ahora la Virgen nos ha abierto las puertas de aquella casa. Mirad con cuidado dentro de la villa, junto a la cerca, y aún hallaréis las medallas que hemos sembrado y que, como veis, han dado su fruto’*.”

“En 1933 – recuerda el llorado hermano Don Giovanni Dalla Libera – fui enviado por Don Sterpi a Milano, con otros clérigos trabajadores, a la vieja Villa Restocco para empezar la limpieza y remodelación: aún no había pasado definitivamente a la Congregación. Durante los veinte días que permanecí en Milano, Don Orione nunca vino. Sin embargo, me mandó más de un centenar de medallas de la Virgen bendecidas por él, a fin de que las sembrase alrededor de la casa. A mi regreso a Tortona, apenas me presenté, me preguntó si había sembrado las medallas: ‘*Verás, dijo, cómo fructificarán esas medallas*’. Se interesó sobre cuál fuese la impresión suscitada en la gente por los trabajadores de sotana y quiso que tomase con él el café. Despidiéndome me aseguró que habríamos vuelto a Milán ‘*Porque –decía– ése era el deseo de la Virgen*’.” (DOLM 172 y siguientes)

“Los esposos Albino y Josefina De Giusti, y, por ellos, el nieto Guido Barnati cedieron a la Obra la casa de la calle Sette Sale y no hicieron mención de una habitación situada fuera del perímetro, pero unida al edificio con servidumbre de paso. Habían callado la cosa no por maldad, sino porque estaban convencidos de que la habitación era un capítulo aparte.

Don Orione está Roma en esta nueva casa. Le dicen que por esa única habitación, si la quiere también, tiene que pagar 30.000 liras además de la cifra fijada en el contrato. No sabe cómo conseguirlas.

Al mismo tiempo (7 de marzo de 1927, a las 15:00 horas), en la casa de la calle del Tritón, el señor Vincenzo Salviucci está descansando en un diván. En aquella habitación hay un cuadro de la Virgen. Repentinamente el señor Salviucci siente que le llaman: ¡Vicente! ¡Vicente!

Se despierta. Es una voz de mujer. Cree que es su mujer quien lo llama. Le pregunta un poco sorprendido: ‘Blanca, ¿qué quieres?’. Ella no lo ha llamado y se duerme de nuevo. Pero en seguida le despierta la misma voz: ¡Vicente!

Nadie de los suyos lo está llamando: ni la esposa, ni su único hijo Julio, ni ninguna de sus hijas o de las personas de casa. ¡Qué extraño! Más tarde, por tercera vez, en modo claro y bien distinto: ¡Vicente! ¡Vicente!

Se sacude. Se da cuenta entonces que la voz singularísima viene del cuadro. Ve que la Virgen se separa del cuadro: va superando las dimensiones pintadas, se anima y está viva.

Él la mira maravillado. Y prueba, dentro de sí, un suavísimo consuelo que lo inunda de dulzura espiritual. Ahora la oye que le dice: ‘¡Da treinta mil liras a Don Orione, que las necesita con urgencia!’

El señor Salviucci es hombre de fe, un cristiano auténtico, delicadísimo de conciencia. Pero es también hombre positivista, nada propicio a creer en los sueños. Persona seria, honestísimo, universalmente estimado. Hábil y preciso en sus intereses, ha hecho negocios por millones. Tiene el valor de pedir a la Virgen que le repita la orden claramente, después, que se la repita por tercera vez, tratándose de algunas decenas de miles de liras y tratándose de un negocio diferente de los demás.

Y la Virgen, condescendiente, le repite por otras dos veces la invitación: “Da treinta mil liras a Don Orione”.

Él ahora le pide que le precise quién es Don Orione y dónde vive, ya que no lo conoce, ni recuerda haber oído hablar de él.

Y la Virgen se lo precisa todo con mucha bondad. Le dice que Don Orione se encomienda precisamente por esa suma de la que Ella sabe que tiene urgente necesidad para ultimar una adquisición! Le dice también de qué adquisición se trata. Luego regresa, pintada, a su cuadro.

El señor Salviucci, conmovido, calla de momento lo sucedido a sus familiares y toma tiempo para averiguar los datos. A la mañana siguiente llama a su hija Virginia, que se encuentra en el piso de arriba. Y le dice: ‘Virginia, vete a llamar a Don Orione que tengo que hablar con él’.

Le da la dirección. La hija coge un taxi y se traslada a Sette Sale. No sabe nada ni siquiera sospecha acontecimientos excepcionales. Se encuentra, en efecto, al mismo Don Orione que le espera en la puerta del Instituto Divino Salvador, preparado para salir, con el sombrero en la mano y sonriente. Parece informado y le dice: *‘¡De acuerdo, voy enseguida!’*.

Ella, en cambio, no sabe nada de él, ni de la casa. Ha llegado allí con las indicaciones del padre. Y es la primera vez que lo ve. Don Orione sube junto al chófer. Y la joven condesa recibe una primera impresión desconcertante. Le parece un cura de pueblo. Así se presenta también a las personas de la familia que están a la entrada para recibirlo. Lo acogen señorialmente. Pero Don Orione es breve y conciso. Pregunta enseguida por el padre, enfermo desde hace tiempo. Y lo llevan ante él. El padre hace señales a los familiares para que los dejen solos. Luego pregunta:

‘¿Es usted Don Orione?’.

‘Sí, responde, soy Don Orione’.

‘¿Ve ese cuadro?’.

Don Orione mira. Busca la manera de expresar algún vago juicio: *‘Sí-dice-¡es bonito y muy artístico!’*.

‘Bien –lo interrumpe el señor Salviucci–, la Virgen del cuadro me ha dicho que usted necesita treinta mil liras: es por eso que lo he llamado.

Don Orione, apenas oye esto, se arrodilla en el suelo para dar las gracias a la Virgen. Ante lo ruidoso del gesto llegan las hijas y también ellas son testigos del hecho acaecido porque el padre cuenta todo.

El señor Salviucci se queda nuevamente solo con Don Orione al que, primero, pide que le confiese (*‘para sentirse menos indigno –dice– para cumplir las órdenes de la Santísima Virgen’*) y luego le confía la suma de cuarenta mil liras en dos sobres de veinte mil cada uno: treinta mil por encargo de la Virgen y diez mil como donativo personal” (A. Cesaro, *Don Orione tra realtà terrestri e celesti*, pág. 61 y siguientes).

Capítulo 31: TRES GRANDES INICIATIVAS

“Tres grandes iniciativas acompañan la construcción del santuario de Tortona: la campaña vocacional, el pesebre viviente y la recogida de las ollas rotas”.

La Congregación está en continuo desarrollo de obras y necesita de nuevo personal bien preparado. Siguiendo una feliz inspiración, Don Orione escribe una carta abierta a todos los párrocos de Italia.

“Quisiera visitar a vuestra señoría en persona, pero, ya que no me es posible, confiando en su bondad, ruego me escuche indulgentemente también desde la distancia.

Seré grato a vuestra señoría, si quisiera ayudarme en la obra relacionada con la búsqueda de santas vocaciones. Y de esto voy precisamente a informarle en el Señor: vengo en búsqueda de vocaciones y busco especialmente jóvenes que muestren deseo de hacerse sacerdotes o hermanos coadjutores, y estén dispuestos, con el consentimiento de las familias, a formar parte de esta naciente Congregación de los Hijos de la Divina Providencia, la cual, porque está bendecida por el Vicario de Jesucristo y de los obispos, podrá, en breve, multiplicar sus casas también fuera de Italia, en Rodas, en Palestina, en Polonia, en Uruguay, en Brasil y en Argentina.

Está preparada para aceptar muchachos pobres, con tal de que den buena esperanza a la Iglesia. Y los educará, con la ayuda de Dios, en la doctrina de Jesucristo, en una sólida devoción eucarística, en un ardiente espíritu de caridad y de apostolado, asistiéndoles con cuidada atención en los estudios y en la formación religiosa...

‘La mies es mucha, pero los obreros son pocos’. Hermano, ¡demos obreros y

buenos obreros a los vastos campos de la fe y de la caridad!

El ojo experto de vuestra Señoría habrá sin duda, reconocido en algún humilde muchacho un rayo de celeste vocación: son los pequeños Samueles que la Providencia Divina va siempre suscitando para servicio de la Iglesia y para la dilatación del Reino de Dios en el mundo.

Yo no vengo, no, a segar: dejo que sieguen los obispos para sus seminarios. Como cuando yo era niño iba con mi pobre madre a espigar por los soleados surcos, voy también yo, en nombre del Señor, a recoger las espigas caídas, aquellas humildes espigas que podrían perderse. Y, con la divina gracia, también buscaré de sacar de ellas alimento y pan de vida para las almas.

‘Muchos son los llamados al servicio del altar’, escribía aquel gran siervo de Dios que fue Don Rua, pero muchos se pierden, porque no siempre pueden recibir ayuda.

Si vuestra Señoría, entonces, se hubiese fijado, en los buenos muchachos que frecuentan la iglesia, en algún joven pobre, tal vez un poco olvidado, pero con el candor de la inocencia y los signos de la vocación al servicio de Dios, me permita que humildemente le ruegue me lo quiera enviar.

Tenemos cursos preparatorios para aquellos aspirantes que no alcanzaron el grado de apto en sus estudios. Les ofreceré todas las oportunidades. ¡La Virgen Santa me ayudará!

Las vocaciones al sacerdocio de muchachos pobres son, después del amor al Papa y a la Iglesia, el más querido, el amor más sagrado de mi vida.

Misericordiosamente conducido por la Divina Providencia, para ellos ha comenzado esta "Pequeña Obra". Para ellos se abrió nuestra primera casa en Tortona, para los que el obispo no había podido, a pesar suyo, acepta en el seminario. Y Dios aún nos ha dado más: ¡cuántos buenos sacerdotes se han formado, y también Obispos!

Para las vocaciones de muchachos pobres ¡cuánto he caminado! ¡He subido tantas escaleras, he llamado a tantas puertas! Y Dios me llevaba adelante como a su trapo.

He sufrido hambre, sed y humillaciones dolorosas: y sin embargo parecían galletitas de Dios! Me he llenado de deudas, pero la Divina Providencia nunca me ha dejado caer en la bancarrota. Y tomaría como una gran gracia a favor de las vocaciones, si Jesús me la concediera, ir mendigando el pan hasta el último día de la vida.

Por el propio carácter de esta naciente Congregación, voy en búsqueda de vocaciones y también de vocaciones tardías: sea para el sacerdocio como para hermanos laicos o coadjutores que tanta falta nos hacen, tanto en Italia como en el exterior, en las misiones y en las escuelas para los hijos de los italianos emigrados.

Recibo también hombres ya maduros, con tal que estén libres: campesinos, artesanos, viudos. Basta con que tengan buena salud y buena voluntad. Todos aquellos que se sientan llamados y útiles a la hora de echarme una mano en las labores de apostolado de la caridad en los colegios, oratorios festivos, en las colonias agrícolas, en las escuelas profesionales –tipografías, talleres mecánicos, carpinterías, escuelas de artes y oficios–, como también en los hospicios, casas de acogida, que la mano de la Providencia va abriendo para salvación de la juventud o en apoyo de los humildes: todos pueden encontrar su lugar, su puesto de trabajo, ya que en estas instituciones de caridad hay mucha actividad.

Quien persevera permanece con nosotros como en su casa, sano o enfermo, para toda la vida.

Para los desengañados del mundo, que quieren entregarse a Dios con una vida de recogimiento, oración y de olvido, tenemos a los ermitaños. Los ermitaños de la Divina Providencia viven en la paz de la soledad, rezando y trabajando, y se admiten aspirantes más jóvenes aún, como hacía San Benito.

¿Y además? Aún no he terminado, porque también tengo a las monjas. La Divina Providencia juega desde hace algún año. Ella se trae entre manos una nueva Congregación de Monjas, llamados las Misioneras de la Caridad. Ya están presentes en el Piamonte, en Lombardía, en el Véneto, en el Emilia, en Le Marche, en Roma y en Calabria, y hasta en Polonia.

Cuántas son, no lo sé. Sé que, en general, las monjas son un poco como las hormigas: nacen, crecen, se multiplican como las hormigas. Pero, ante la necesidad, siempre son pocas, porque las reclaman en todas partes para asilos, escuelas maternales, hospitales, residencias, etc.

Por tanto, si vuestra Señoría me mandase buenas vocaciones para monjas, le estaría muy agradecido. También hay una rama de monjas para las viudas. Tengo también monjas ciegas, son sacramentinas.

Y luego, y luego, si la Divina Providencia sigue su juego, veréis dentro de pocos años lo que saldrá de las manos del Señor.

Nuestro Señor es quien hace todo. Es nuestro Señor, diría, quien juega. El que habló por boca de la burra de Balaán, no ha hallado sobre la tierra criatura más mísera que yo, para que se sepa que todo bien procede de Él.

No busco regalos, no pongo límites de edad para nadie. Sólo busco que tengan buen espíritu, buena salud, buena voluntad para amar y servir a Jesucristo, para trabajar en humilde obediencia, para sacrificarse en la caridad, para hacer el bien a los pobres, sirviendo a Jesús en los

pobres. Porque nosotros somos para los pobres: es más, sobre todo para los más pobres y abandonados.

Vea un poco, mi querido señor y hermano en el Señor, cuánto le voy a dar que pensar, cuántas personas le pide este fray Galdino de la Divina Providencia.

Aquel tal fray Galdino de Manzoni era muy feliz cuando iba a buscar y recoger nueces. Yo en cambio (¡será porque los tiempos cambian!), en caso de que vuestra Señoría no esté atento, terminaré por recoger y llevarlo a usted también. ¿Y quién sabe? Quién sabe si un día, ¡ojalá que Dios lo quiera! Por ahora me conformo con pedirle humildemente que me mande vocaciones, buenas vocaciones, muchas vocaciones.

¡Almas y almas! ¡Busco almas! Busco, con la ayuda divina y de vuestra señoría, hacer una obra llena de buenos religiosos, de santos sacerdotes, de apóstoles.

¿Quién no querrá ayudarme? ¡Por caridad, por amor de Dios bendito!

Confío en nuestro Señor y en la inteligente bondad y celo de vuestra señoría. Por todo lo que haga, ¡Dios le bendiga con una gran bendición! Siempre rezaré por usted, y le prometo que se lo agradeceré siempre, especialmente ante el altar.

Permítame que le abrace ahora fraternalmente in osculo Christi, y me tenga con todo respeto por su humilde criado y hermano en Jesucristo y en la Santa Virgen.” (L II, 161 y siguientes).

Los párrocos responden con tal generosidad que Don Orione, no teniendo lugar en Tortona, está obligado a abrir una tras otra las casas de Voghera, Campocroce de Mirano, Montebello y San Bernardino en Tortona.

El año 1930 es el año del primer Nacimiento viviente realizado dos veces en Tortona, después en Novi Ligure, en Voghera.

Así anuncia la nueva iniciativa: *“Una mística y pintoresca novedad tendremos este año en Tortona, novedad interesante bajo la luz religiosa y poética: el grato y gratuito espectáculo del Nacimiento viviente, especial recuerdo del nacimiento de Cristo para fomentar la devoción de la gente y recrear bonitas y antiguas costumbres religiosas.*

Estará el establo y el pesebre con el heno, y Jesús sobre la paja, y el buey y el burro auténticos, y el canto de los ángeles, y resonarán antiguas melodías italianas.

Y llegarán los pastores vestidos con traje típico, con los zuecos, y sonarán las dulzainas, las flautas y la gaita, y llevarán sus ovejitas con los corderitos.

Y ante el pesebre, los niños y niñas buenos dirán cosas bonitas al Santo Niño, y todo se realizará con gran humildad, sencillez y fervor de espíritu.” (DOLM 1543 y siguientes).

A Don Orione no le interesa el folclore, sino servirse de un lenguaje sencillo, popular, contagioso para impartir catequesis. Hacer los misterios de la fe comprensibles y atractivos a través de esta forma de sagrada representación para salvar las almas: *“Y ojalá quiera Dios que esto sean florecientes inicios de vida cristiana cada vez más bonitos, más sugerentes, más santos, que glorifiquen a Dios y transmitan una gran luz de mística, de poesía y de gracia que resplandezca desde la vetusta Tortona en las zonas más alejadas.” (DOLM 1543 Y siguientes).*

La iniciativa despierta gran interés y participación. Se habla de más de cincuenta mil visitantes. El diario *L'Italia* escribe: *“La vieja Tortona, devota y fiel, ha vivido hoy un inolvidable día. Hoy al Nacimiento viviente y al Portal de Jesús junto al Santuario de la Guardia se acercaron miles y miles de devotos. Se han movilizado más de cincuenta mil personas, llegadas hasta Tortona de todas partes y por todos los medios para asistir a la Cabalgata de los Reyes Magos. Otro año –escribe Don Orione– se espera tener el descuento de los trenes, y Tortona asistirá a un espectáculo religioso-artístico de primer orden, único en Italia. Y una gran luz de fe, de poesía, de gracia irradiará desde la vetusta Tortona! ¡Que Dios nos asista!” (7.1.1931).*

Asociado a la manifestación hay también un deseo: *“Como conclusión al pesebre viviente se pensó, también, en dar una comida a cien pobres, que luego fueron ciento veinte. Fue servida por los mismos pastores. Fe y caridad. La comida resultó muy cordial, presidida por Don Sterpi, y concluyó entre vivas a la Divina Providencia, a Tortona, al pesebre y a los bienhechores, que se prodigaron en la comida a los pobres. La caridad siempre da buen fruto, decía Manzoni” (Bolletino del Santuario, 24.1.1931).*

Es el amor a la Virgen, es el deseo de que todos la recen, que todos la vean, lo que sugiere a Don Orione la idea de la construcción de una alta torre con una gran estatua de metal. No todos pueden contribuir con donativos, pero todos, también los más pobres, tienen en casa alguna olla de cobre roto que ya no usan. Juntas harán posible a la Madre de todos.

“Vengo a haceros una singular propuesta: ¿quién sabe si no es una inspiración del cielo? Mirad: sobre lo alto del santuario tenemos que levantar, queridos míos, una bonita estatua de la Virgen en cobre. Resalte desde allá arriba la Virgen Santa, radiante de luz, y cuide, defienda, y proteja a nuestras almas, a nuestras familias, a nuestros pueblos.

En 1931 se celebra el XV centenario de la proclamación del dogma de la Divina Maternidad de María. Recordando este año también desde lo alto del nuevo Santuario, la Inmaculada Madre de Dios extenderá más ampliamente su manto celeste sobre vuestros hijos, sobre vuestros campos. Prosperarán vuestros intereses. Bendecirá Tortona, siempre fuerte y fiel, a la ciudad y a los pueblos de alrededor, y difundirá una gran luz de fe, de bondad, de gloria sobre toda nuestra patria (...)

Me diréis: ¿Pero cómo haremos, en tiempos de crisis económica tan grande? ¡Oh, será rápido! Se necesita buena voluntad. No os pido dinero. Si me lo dais, lo acepto. Pero esta vez no os pido dinero. ¡Busco ollas rotas!

Escuchad: ¿no tenéis en casa alguna olla vieja o algunos cacharros de cobre, que no necesitáis ya? Algún caldera rota, calderos, sartenes, cacerolas, parrillas, algo que regalarme para hacer la estatua de la Virgen? ¿No tendréis cucharones, espumaderas de cobre, barreños, calderos, bombas rotas de sulfato, monedas de cobre que ya no usáis?

¡Acepto todo! ¿El cable de cobre que ya no usáis, no lo daríais en caridad a Don Orione para la Virgen? ¡Vamos, ayudadme, buena gente! Sabéis que soy pobre, y que el dinero o la ropa que me dais va todo para obras buenas. ¡Ya veréis! ¡Ayudadme, por tanto! Y de los trozos de vuestro cobre saldrá hermosa y devota la estatua de la Santa Virgen: será majestuosa, será artística, quedará espléndida, sobre el Santuario, al bello sol de Italia.” (DOLM 1550).

Empieza a recorrer parroquias y pueblos a lo largo y a lo ancho de la diócesis para recoger cobre, hasta el punto de merecer ser llamado “el cura de las ollas rotas”. Es difícil seguirlo en su itinerario y contar los hechos extraordinarios que suceden. La impresión que deja por todas partes es la de que “cuando habla, ve a la Virgen”.

En Castelnuovo cuenta: *“Un día, encontrándome en una fuerte estrechez, me dirigí a la Virgen con esta confidencial oración: ‘Virgen Santa, mira en qué situación me encuentro. Por favor, ¡ayúdame! Si no, quedamos en ridículo los dos, tú y yo. Que sea yo no me preocupa, porque lo hago siempre. Pero que lo hagas tú me preocuparía mucho’. Así recé en mi cuarto. Después de haber rezado mucho, por la noche, antes de dormirme, levantando la vista a la estantería de los libros, cogí uno, como acostumbraba, para conciliar el sueño, lo abrí y con gran asombro, salieron hacia afuera, bien doblados, en un paquete, veinte billetes de mil, justo lo que necesitaba en ese momento” (DOLM 1558).*

Con su presencia, con su palabra, arrastra con entusiasmo. Es el cantor de la Virgen que repite con frecuencia: “Quiero morir gritando: ¡Viva María!”.

En Novi Ligure encuentra una donación de un metal singular acompañada por un escrito: "Seguro que con las ollas rotas hará una hermosa Virgen completa. Teniendo algunas monedas chinas, se las enviaré. Así podrá decir que también que hay cobre de China en la estatua de la Madre Divina" (DOLM 1567).

Ese recoger ollas rotas resulta mejor de lo previsto. Don Orione no llegará a tiempo de coronar su sueño que se hará realidad en agosto del 1958.

Después de tanto trabajo llega una merecida pausa. *¡María, María, María! Nuestro ciudadano más importante me hablaba un día de música, y hablaba como sabe hablar él. Decía, ¿sabéis cuál es uno de los atractivos de la música? ¿Sabéis de qué está formado? ¡De la pausa!*

La pausa es diferente del final, porque se presiente, en el silencio, que la música continuará. En la pausa el ánimo asimila, comentándole, las armonías que le han precedido y está, calurosamente suspendido, en deseosa espera de las armonías que irán después. La pausa no es un vacío, –añadía–, pero es un vínculo tenue y es un comienzo: una suspensión llena de temblores de vida latente y en tensión.

Después de la pausa, el genio musical de nuestro Perosi sabe obtener las piezas más bonitas. ¿Habéis oído alguna vez los oratorios o alguna otra composición Perosiana? Después de la pausa a veces aparece el coro al completo, arrollador. A veces un motivo nuevo que se insinúa en aquel armonioso silencio o vuelve leve, leve como una evocación lejana, el motivo dominante que se asocia y resume toda la admirable composición.

Ahora, amigos míos, también Dios y las obras de su Providencia tienen, yo diría, sus pausas. Y una pausa han tenido los trabajos de nuestro querido santuario, pausa debida bien a la temporada de invierno, bien a nuestra pobre hucha, que acabó muy, pero que muy baja. Alguno, viendo el santuario así, no terminado, y siempre con aquel estorbo de casas delante, habrá podido cambiar la pausa por el final. Pero no, queridos benefactores, no es así. El nuestro no es un punto final, no es el fin, ¡es sólo una pausa!

También el santuario ha sentido los fríos vientos de la crisis, pero lleva en sí una fuerza de fe, que vencerá audazmente todas las dificultades y también las tempestades. No temáis: el santuario votivo no puede quedar incompleto así, ni puede permanecer mudo, sin campanario y sin campanas: ¡la Virgen Santa nos ayudará!

¿Qué queréis? Era de esperar. Habíamos hecho un supremo esfuerzo y hemos quedado extenuados, agotados. Sí sentía la necesidad de parar un poco, de sentarnos, de respirar, de un poco de pausa.

Pero la espera, la pausa, está por acabar. Pronto retomaremos el camino, y será un camino luminoso, tan luminoso gracias a los rayos que llueven de la frente pura de la Virgen Santa, ¡bajo la misma mirada de María! Hemos parado un momento, pero fue una pausa fecunda. He aquí que la música vuelve ya. ¡Las armonías de la fe, del arte, de la santa fatiga y de la caridad ya vuelven! ¡Y con qué armonía!

¡He visto moverse las piedras! He oído arcanos cantos de cielo y hasta aclamar a las piedras! He soñado con la Virgen: ¡he visto a la Virgen trabajar con nosotros! Y las piedras del santuario y las obras de fe y de caridad recobraban vida, florecían, cantaban con nosotros aclamando: '¡María, María, María!' Y hacia ella se alzaban, como ángeles, y junto con los ángeles, como almas en adoración.

¡Qué hermosa y pura la Virgen Santa! ¡Tan soberanamente hermosa que parecía Dios! vestida de luz, rodeada de esplendor, coronada de gloria. Era grande, era gloriosa por la gloria y grandeza de Dios! ¿Pero quién podrá hablar de ti, Virgen Santa? Entonces, ¿qué será el paraíso?

No era más que un sueño, no duró sino unos breves instantes. Aún siento cómo renace. Ha caído la memoria de las pasadas amarguras. El alma exulta, el intelecto se ilumina, el corazón se ilumina y se inflama de suave caridad. ¡Siento un gozo extremo y no busco, ni deseo más!

Te quiero, ¡oh Santa Virgen! ¡Te llamo, te sigo, te amo! Fuego, dame fuego, fuego de santo amor de Dios y de los hermanos: ¡fuego de divina caridad que encienda las antorchas apagadas, que resucite todas las almas!

Llévame, ¡oh Virgen bendita, entre las multitudes que llenan las plazas y las calles! Llévame a recoger a los huérfanos y los pobres, a los miembros de Jesucristo, abandonados, afligidos, enfermos, los tesoros de la Iglesia de Dios. Sostenido por tu brazo poderoso, llevaré hacia ti a todos, ¡oh feliz Madre del Señor! Tierna Madre de todos nosotros pecadores, de todos los afligidos.

Salve, ¡oh toda blanca, Inmaculada Madre de Dios, Augusta Reina! Salve, ¡oh gran Señora de la Divina Providencia, Madre de misericordia! Salve, ¡oh Santa Virgen de la Guardia Castellana de Italia, dulce y buena! ¡Qué grande eres, qué piadosa! Tú eres omnipotente en el corazón de Jesús, tu Dios y tu Hijo y tus manos están llenas de gracia! ¡Mil veces te invoco y te bendigo, mil y mil veces te amo! ¡Morir, morir de dulcísimo amor a tus pies inmaculados, ¡Oh Santa Virgen! (Scr. 62, 86 y siguientes).

Capítulo 32: LAS MISIONES

Son dos grupos bien diferentes.

En proa predomina el rojo y el violeta. Los marineros se cuadran en posición firme cuando sube a bordo el Cardinal Pacelli, legado pontificio en el Congreso Eucarístico de Buenos Aires. En popa, gran vocerío y un discreto movimiento de sotanas negras alrededor de un sacerdote un poco confuso y emocionado, los blanquísimos cabellos cortos sobre la gran cabeza, los ojos negros que ofrecen un relieve particular.

Don Orione se va para Argentina.

El 'Conde Grande' eleva el ancla desde el puerto de Génova en la tranquila mañana del 24 de septiembre de 1934.

Durante la travesía, el sacerdote de la popa se convierte de inmediato en el personaje más popular y solicitado.

El cardenal Pacelli, cuando alguien se le acerca para besarle el anillo, desvía su atención:

"Id, más bien a besar la mano a Don Orione, que es un santo".

Un día, una dama se pone de rodillas delante del sacerdote de la cabeza rapada:

"Padre, déme su bendición".

Don Orione se pone rojo de manera llamativa, titubea incomodado, porque cerca vislumbra al Cardinal Legado quien sin embargo le pide:

"Bendígala, padre, es mi sobrina" (A. PRONZATO, Don Orione il folle di Dio, Gribaudo, 1989, pág. 335).

El sueño de ir a tierra de misiones, tanto tiempo deseado, se cumple por fin. Con la bendición de Benedicto XV, que le ha proporcionado un pasaporte diplomático, el 4 de agosto de 1921, Don Orione parte desde Génova con otros dos sacerdotes.

El 20 de agosto se encuentra en Río de Janeiro y es acogido por las religiosas de la madre Michel, mientras el 28 de ese mismo mes le toca el turno a sus religiosos. Mientras se dedica a la expansión de la obra, no descuida el ministerio sacerdotal. *"Yo lloraba –escribe– de amor a Dios y a las almas y de dolor al ver a aquel pueblo sin sacerdote que bautizara a sus niños, que confortara a sus enfermos, que bendijera las tumbas de sus muertos " (L I, 292).*

El 15 de octubre abre una casa en Río de Janeiro. Invitado a ir a Argentina por monseñor Maurilio Silvani, durante una parada técnica en Montevideo pone las bases de una futura misión. En Buenos Aires le confían la atención pastoral de una capilla dedicada a la Virgen de la Guardia. Don Orione comenta: *"Había prometido a la Virgen de la Guardia construirle una iglesia en las Américas. Me ha tomado la delantera, y me la entrega bonita y hecha".* El 2 de febrero llegan de Italia otros cinco religiosos que permiten un rápido desarrollo y nuevos lugares. El 18 de junio empieza el viaje de regreso.

Pasan muchos años, necesarios para el desarrollo y la organización de la Obra, antes de que Don Orione logre preparar un nuevo viaje a América. El Congreso Eucarístico Internacional es la ocasión más adecuada. Lo empuja el deseo de volver a ver a sus hijos, la sed de almas, la oportunidad de participar en un acontecimiento extraordinario de fe, pero es también una liberación del peso insoportable de acusaciones y calumnias que malas lenguas ponen en circulación. Todos saben, todos hablan y nadie, ni siquiera el obispo, gasta una palabra en su defensa, en defensa de la Congregación. No teniendo otra elección para no hacer caer en

des crédito a la Obra, aprovecha la ocasión propicia y silenciosamente abandona Tortona y se “lanza al mar como Jonás”.

La salida está fijada para el 24 de septiembre de 1924, junto a la delegación pontificia presidida por el futuro Papa Pío XII. A despedirle llegan todos: sacerdotes, clérigos, asistidos, amigos y benefactores. Muchos no esconden sus lágrimas. *“Voy a América –dice– decidido a actuar con mucho valor. Buscaré ir más allá de las metas alcanzadas: esto es en Chile, en Panamá, en México, rogando al Señor que multiplique sus obras. Hablo del Sur, pero no excluyo Norteamérica. Y no precisamente en las grandes ciudades”.*

El viaje marcha bien. En la nave, personalidades y pasajeros, dirigidos por el mismo Cardenal Pacelli, lo buscan como acompañante, amigo y guía. Celebra, administra sacramentos y sobre todo confiesa horas y horas. *“En la travesía –escribe– ninguno de nosotros ha sufrido, todos hemos podido celebrar cada día, y hacer obras de ministerio: catequesis, confesiones, también de adultos. Tal vez sabréis ya algo. El Señor me llamó a ser como el confesor de todos sobre el ‘Conde Grande’, venían de día y también de noche. Para mí y para muchos ha sido un gran consuelo. El mar siempre se mantuvo tranquilo. Fue un viaje verdaderamente feliz, en todo”* (L II, 214).

Cuando llega a América, corre de un lado para otro. Saluda, anima, aconseja, organiza, emprende valientemente nuevas y grandes obras de caridad en favor de los marginados, de los últimos.

La participación en el Congreso, entre el 10 al 14 de octubre, lo vive profundamente. Unos meses después escribe: *“He asistido al Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires: ¡un gran acontecimiento! He visto cuál es y lo grande que es la misericordia de Dios, ¡más grande que los cielos! ¡He visto a decenas de millares y millares de obreros, de robustos trabajadores, de jóvenes llenos de vida: médicos, abogados, oficiales, profesores de universidad, diputados, ministros, formando filas, buscando confesarse en las plazas, en la calle, en las avenidas de esta gran ciudad! Más de 200.000 hombres, como una desmesurada, interminable riada, caminando juntos, rezando, cantando, y postrándose a los pies de Cristo, para adorar a Cristo, recibir a Cristo, en la gran Plaza Mayo, ante el palacio de gobierno de esta noble República Argentina.*

En aquella plaza los he visto confraternizar, abrazarse en Cristo, profesar su fe, su amor a la patria, ¡llorar de amor! ¡Espectáculo único en el mundo! ¿Qué sentían ellos? ¡A Cristo! ¿Quién era? ¡Era Cristo, oh hermanos! Cristo Nuestro Señor que resucitaba en aquellos corazones. Era Jesús, era el Señor que pasaba por esta ciudad y bajaba a su pueblo (L II, 215).

Después del paréntesis y la riqueza espiritual del Congreso Don Orione, a pesar de los problemas de salud, reemprende con entusiasmo su actividad sin parar. Desde Uruguay a Argentina: *“Desde Argentina iré a Chile y a Perú, a Lima, llamado por aquellos excelentísimos arzobispos, y fácilmente abriré casas para los pobres en las dos capitales. Pero primero me detendré en Uruguay para ver las casas que aún no conocía.*

He aceptado una misión en Mato Grosso, en Brasil. Iré a Mato Grosso para hablar de todo con el obispo de Corumbà. Esto, sin embargo, lo haré cuando regrese, deteniéndome algún mes en Brasil. Yo lo he dispuesto así, pero después el Señor lo hará, como mejor lo crea: quiero estar en sus manos y en su corazón” (L II, 106).

Recibida la dolorosa noticia de la muerte del obispo de Tortona, escribe: *“Hoy, delante del ataúd del obispo, os puedo decir, hijos míos, que la Pequeña Obra de la Divina Providencia siempre ha estado a las órdenes del Obispo. Tal fue el respeto hacia el Obispo, Padre, Pastor y Maestro en Israel, de mortificar en mí, por divina gracia, diversidad de carácter y de sentimientos no pequeños, sin sacrificar nada a la sinceridad. El Obispo habrá tenido fieles siervos, devotos amigos, hijos obedientes como nosotros, sí: no sé si más que nosotros. Esto no es vanagloria ni*

soberbia, es una enseñanza que os doy. Esto es dar gloria a Dios en la verdad, es dar gloria a Dios, que siempre nos ha asistido, y en una hora como ésta, muy dolorosa para mí y para vosotros.” (L II, 118 y siguientes, se refiere a las calumnias)

En diciembre de 1934 abre en Buenos Aires el noviciado para las monjas que llevan adelante el Instituto Beata Imelda y el Colegio Santa Catalina en la Pampa, con escuelas de enseñanza general básica, taller de corte y confección, el internado y el oratorio.

El 6 de enero, en una carta circular, manifiesta toda su alegría por otra actividad: *“Queridos hijos en Jesús: hoy, como ya habréis comprendido, escribo con gran gozo, ya que os escribo desde la nueva casa de Lanús –a las puertas de Buenos Aires– casa que llega a nuestras manos de manera verdaderamente providencial, cuando me encontraba apenado por no saber dónde abrir en Argentina el noviciado de la Congregación, tan necesario para tener un personal religiosamente formado. (L II, 155). Y el día de la inauguración: “En el nuevo edificio ondeaban, en un esplendoroso y soleado cielo, tres banderas: la argentina, la pontificia y la tricolor italiana” (L II, 198).*

La estima y la veneración que lo rodea es total. El 4 de noviembre en Victoria, religiosos y amigos organizan una fiesta en su honor. Las autoridades presentes se comprometen a sostener sus obras como sea. El 11 de ese mes es invitado a predicar en el santuario nacional de Luján con ocasión de la peregrinación anual de los italianos. El obispo de Corumbà le propone una misión entre los indios. En febrero inaugura en Mar de Plata una escuela. El 17 participa en la fiesta del “Día del pescador”. Al día siguiente, en presencia de tres obispos y un público escogido, es llamado para dar una conferencia. Es la semilla del pequeño Cottolengo.

La donación de un terreno grandísimo en Claypole, con Villa y casas coloniales, se presenta de manera maravillosa para acoger a los más miserables y necesitados. *“La Villa donada para el Pequeño Cottolengo está a quince minutos del noviciado de Lanús. Son 21 hectáreas mitad de huerto y bien arbolado, mucha agua, aire buena, seca, en lo alto, en Claypole”. (Scr. 18, 72)*

Para recoger el mayor número de aprobaciones y adhesiones escribe un programa de apelación sobre el espíritu que anima a este tipo de obras de caridad. El manifiesto empieza así: *“¡A Dios gracias! Confiados a la Divina Providencia, al gran corazón de los argentinos y a toda persona de buena voluntad, empieza en Buenos Aires, en nombre de Dios y con la bendición de la Iglesia, una humilde obra de fe y de caridad que tiene como fin dar asilo, pan y consuelo a ‘los desamparados’, a los abandonados que no han podido encontrar ayuda y acogida en otras instituciones de beneficencia”.*

Días llenos, fructíferos para el reino de Dios y el desarrollo de la congregación. En el diario de la casa de Lanús se lee: “Todos los días está ocupadísimo. Obispos, párrocos, superiores de otras congregaciones, oficiales, nobles señores, abogados, ricos, pobres corren para poderlo obsequiar, visitarle, encomendarle algo, alguna necesidad, invitarle a su casa, a su iglesia y colegios para celebrar la Misa, para oficiar, predicar, hablar, confesar, para bendecir a un enfermo, para predicar un curso de ejercicios, para asistir a un encuentro.

Los jesuitas, los salesianos, la obra del Cardenal Ferrari, los hermanos de las Escuelas Cristianas, los ministros de estado, también lo buscan. Le han ofrecido la radio y el automóvil, para que pueda hablar y volar por todas partes. Todo Buenos Aires lo conoce. Cada instituto, tanto religioso como nacional, goza de su visita. Le hacen muchas fotografías pública o privadamente, para tenerle siempre consigo como un hermoso y santo recuerdo. Don Orione permite hacerlo y siempre se humilla diciendo: *“Tienen la manía de las fotografías y de invitarme siempre. ¿Qué queréis que haga? El Señor se sirve de mí, y así Él lo quiere para que se haga el bien. Si no fuera para hacer el bien, lo hubiera rechazado siempre”.*

Con motivo de la entrada de monseñor Melchiori en Tortona, Don Orione aunque ocupado en miles de cosas, halla tiempo para preparar una extraordinaria carta circular titulada "El Obispo". *"Es necesario hacer tantas copias –escribe a Don Sterpi el 2 de febrero de 1935– y enviarlas a todas partes y a todos. En el día de la entrada del obispo distribuirlas en Tortona. Así la imagen del obispo entrará en muchas familias y quedará. Y se difundirán ciertos sanos principios"*.

Es tan hermoso el escrito que el nuncio apostólico se preocupa de la traducción y envía copia a todos los obispos de Sudamérica. Leyendo en clave de purísima fe las vicisitudes personales, en un punto del folleto escribe: *"El obispo no ve enemigos. Para él son sólo hijos, y los más pequeños, los más humildes, los más infelices le son los más queridos. Por todos reza, para todos tiene una palabras de vida eterna, por todos sube al altar y ofrece la sangre del cordero inmolado, que quita los pecados del mundo"* (L II, 179).

La tarde del 26 de abril, fiesta de Don Bosco en Argentina, habla por primera vez en la radio y en lengua castellana: *"La jota no logro pronunciarla bien, es necesario ser nativos de aquí. Es la primera vez que hablo por radio, pero es un medio con el que se puede hacer mucho bien, por lo tanto convendrá usarla con más frecuencia."* (Scr. 27.4.1935)

El 27 de abril está de visita y como huésped del jefe del estado que no sólo ofrece una válida ayuda económica, sino que acepta ser, con su esposa, padrino en la bendición de la primera piedra del Pequeño Cottolengo.

Al día siguiente, con la presencia de tres obispos, de otras autoridades y de numerosa gente, el nuncio apostólico hace el discurso oficial y bendice la primera piedra. Comunicando la noticia, Don Orione escribe: *"Aquí tenemos un clima favorable hacia la congregación, también los alejados de la práctica de la vida cristiana y los sin fe nos apoyan en esta obra de caridad para los más infelices, que es el Pequeño Cottolengo argentino"* (Scr. 1.5.1935).

Quiere que todo esté preparado para el día de la apertura. Recomienda a Don Sterpi que prepare y enseñe el idioma a los sacerdotes, clérigos y monjas llamados a prestar su servicio. Sigue personalmente los trabajos. Teniendo una casa en el centro de Buenos Aires como base logística, no titubea en llenarla de pobres hasta que el 21 de mayo inauguren los primeros dos pabellones. Otra casa, en Avellaneda, el 2 de julio abre sus puertas a pobres y enfermos.

Su popularidad es grande. La antesala bulle constantemente de personas en paciente espera para poder decirle una palabra, pedir un consejo, recibir una bendición. La espera, a menudo, se prolonga por horas. Son obispos, sacerdotes, profesionales, miembros de la alta sociedad y gente del humilde pueblo. Don Orione se da a todos, sin ahorrarse nada. Dice sí a todos. Está dispuesto a satisfacer cualquier petición.

Un día se presenta en la puerta un rico señor de la aristocracia de Buenos Aires. Hace llamar al hermano Fogliarino, chófer e intérprete de Don Orione, y le susurra al oído que es urgente llevar al hombre de Dios al lecho de un pobre enfermo.

"Esté tranquilo, don Unzuè –responde enseguida el interpelado– Don Orione, cuando se trata de enfermos deja todo y corre".

"Tengo el automóvil aquí fuera. No se trata en realidad de una persona enferma, sino de un caballo de carrera que vale mucho dinero. ¿Cree que Don Orione querrá venir?".

"Déjelo de mi cuenta –le responde el otro, que ya ha oído el negocio".

Al rato, Don Orione, cargado del ritual, agua bendita e hisopo, se marcha de la sala de las audiencias y pidiendo perdón a los que están en la antesala, sube al coche y se mezcla en el tráfico de Buenos Aires. El viaje es largo. El coche sale velozmente hacia la periferia.

"Pero, ¿cuándo llegamos?" –pregunta Don Orione, preocupado por no llegar a tiempo junto al pobre moribundo.

"¡Queda un poco, un poco más, señor director!".

Cuando llegan a los establos del hipódromo, el hermano Fogliarino, con toda la delicadeza del caso, confía a Don Orione que se trata de bendecir un caballo de carrera que vale mucho dinero.

Don Orione pone buena cara ante una broma tan pesada, una amplia sonrisa como para desbloquear la situación un tanto incómoda, en especial para el invitador. Al fin y al cabo –dice– nosotros, los sacerdotes tenemos también la facultad de bendecir a los animales. Está escrito en el ritual.

Un gran alivio para los dos compañeros de viaje y cómplices de aquella extraña aventura. Don Orione entra en el establo, recita la fórmula de bendición, rocía con agua bendita y vuelve a la calle Pellegrini. El señor Unzuè, agradece y ofrece diez mil pesos. Una suma útil para cubrir algunos deudas urgentes, teniendo en cuenta que, en ese tiempo, se podía comprar 400 hectáreas de terrero o mil cabezas de ganado, como indica quien narra el episodio. Poco tiempo después, recordando el episodio, Don Orione, medio en serio y medio en broma, dice a su emprendedor chófer, prorrumpiendo en una estrepitosa carcajada: *“¿No habrá algún otro caballo para bendecir?”*.

En la vida de Don Orione lo extraordinario, a menudo, se confunde con lo ordinario. Son muchas las anécdotas que se relatan de este período. Recordamos algunas.

El 25 de octubre de 1935, durante la noche, una luz se enciende y se apaga varias veces, sola, en la habitación ante la estatua de la Virgen del Carmen. Él reza y al final piensa que precisamente en aquella hora en Tortona, por primera vez, toma posesión de la parroquia de San Miguel un religioso suyo muy devoto de la Virgen, don Cándido Garbarino, como final del atormentado período de contratiempos y de dolores. *“He pensado que la Virgen del Carmen quiso que también yo, desde aquí, participase de su fiesta y de vuestro gozo y que también fuese un pequeño signo de su satisfacción por cuanto se ha sufrido con paciencia y en silencio, y sirviéndose de la caridad, por el asunto de San Miguel”* (DOLM 2093).)

En el siguiente julio, ya desde la primera mañana, le suceden cosas extrañas, y entiende que debe celebrar la misa por el alma del Cardenal La Fontaine: al final le entregan un telegrama que anuncia la muerte.

El 9 de noviembre de 1935 le parece sentir un furioso viento que abate y desarraiga las plantas en el jardín de la Casa Madre de Tortona: *“Se trataba de la Congregación –explica a Don Sterpi–. Sentía que tenía que correr a implorar misericordia por mi vida y por la Congregación, y corriendo a la capilla, me eché al suelo, para implorar perdón y misericordia. Me he despertado muy impresionado. Ordenad incesantes oraciones por mi conversión y por la de todos. Que la Virgen nos asista”* (DOLM 131).

La congregación continúa extendiéndose como una mancha de aceite: en Jasper Indiana (USA) una casa para los pobres; en Galles para la asistencia a los emigrantes italianos; en Rosario de Santa Fé unas escuelas; en Itatí, el santuario y la parroquia; en Santiago y en Valparaíso, casas para jóvenes necesitados e hijos de emigrantes italianos; en Santiago, el Pequeño Cottolengo; en Mendoza, la casa de atención para muchachos difíciles; en calle Directorio 2052, el colegio para pequeñas sordomudas; en Rosario, en el barrio más pobre, una escuela completamente gratuita y la parroquia anexa; en Buenos Aires, una escuela y liceo para niños pobres; y está en mente, al menos como propuesta, un leprosería. Y podríamos seguir...

También en la lejana América, como en Italia, organiza el grupo y los encuentros de los amigos y de los bienhechores. El trabajo desarrollado es mucho. Lo que queda es aún más. *“Ha llegado la hora, mis queridos, que comience también en Sudamérica la época del dinamismo y la era heroica y apostólica de la Congregación. Vivir quiere decir extenderse. Quien no gana, pierde. Quien no avanza, retrocede. Los obstáculos se superan con la fe, con valor, con entusiasmo, con*

apostolado. Necesito, hijos míos, ser entendido, ser seguido, ser secundado y, diría, superado. ¡No necesito gastar mis últimas energías en galvanizaros!”.

Con ocasión de la fiesta de San José, envía a los pobres y a los bienhechores del Pequeño Cottolengo genovés su voz. *“Dos discos, uno es una especie de canto de la caridad, grabado la otra noche, y en pocas horas. Es para la conferencia en Génova: al no poder estar presente, los bienhechores y amigos, al menos, oirán mi voz. Ayer mi voz estaba un poco cansada, pero algo queda”* (Lettera 7.3.1936).

Algunas expresiones suyas: *“Sostenido por la ayuda de Dios, por la bendición del Papa y de los obispos y por vuestro válido apoyo, yo trabajo en humildad a los pies de la Santa iglesia para extender las obras de la caridad de Cristo, para la salvación de los hijos del pueblo y de emigrantes italianos, y en apoyo de los infelices más abandonados. A partir de Cristo, la religión se convirtió en inspiradora de caridad y va unida totalmente a ella, de modo que cristianismo sin caridad no sería sino una indigna hipocresía. Nuestro Dios es un Dios apasionado de amor. Dios nos ama más que un padre ama a su hijo. Cristo, Dios, no ha dudado en sacrificarse por amor a la humanidad.*

En el más miserable de los hombres brilla la imagen de Dios. Quien da al pobre, da a Dios y tendrá de la mano de Dios la recompensa. ¡Que la Providencia nos mande hombres de caridad! Como un día de las piedras Dios suscitó a los hijos de Abraham, así suscitará la legión y un ejército, el ejército de la caridad, que colme de amor los surcos de la tierra, llenos de egoísmo, de odio, y que calme finalmente a la humanidad dolorida. Ya odiamos demasiado, ha cantado también Carducci, amemos.

Somos apóstoles de caridad. Sometamos nuestras pasiones, alegrémonos del bien ajeno como si fuese un bien nuestro. En el cielo será precisamente así, como nos lo expresa Dante con su sublime poesía.

Seamos apóstoles de caridad, de amor puro, amor sublime y universal. Hagamos reinar la caridad con la mansedumbre del corazón, con la compasión, con la ayuda recíproca, con darnos la mano para caminar juntos. Sembrar a manos llenas, a nuestro paso, obras de bondad y de amor. Sequemos las lágrimas de quien llora. Sintamos, hermanos, el grito angustioso de tantos hermanos nuestros que sufren y anhelan a Cristo. Vayamos a su encuentro como buenos samaritanos. Sirvamos a la verdad, a la Iglesia, a la Patria, en la caridad.

¡Hacer el bien a todos, hacer siempre el bien, y el mal a nadie! ¡Fiat! ¡Fiat! (‘Hágase, hágase’).“.

Capítulo 33: HILO DIRECTO CON ITALIA

La esposa del presidente de la República Argentina presenta personalmente en el Pequeño Cottolengo la petición de acogida de un enfermo. El director, afligido, tiene que responder que la lista de espera es larga y hay que respetarla.

Pasan las semanas, pasan los meses, pero de plazas libres, ni rastro. Sin embargo, en este preciso momento, ni hecho a propósito, se decide dar prioridad a un caso urgente.

La esposa del presidente se manifiesta públicamente contrariada por esta decisión. No pueda aceptar, de ningún modo, que a uno de los que están en la larga lista de espera, y por ella recomendado, se le posponga al último llegado.

“Señora, responde Don Orione, esta persona ya ha sido favorecida por la Providencia porque tiene a la esposa del presidente que la protege... He considerado, por tanto, el deber de dar preferencia a quien no tiene tal privilegio”.

Es difícil entender cómo Don Orione logra llevar adelante tanta actividad y seguir a la vez el desarrollo en Italia, y en particular, la formación de los aspirantes a la vida religiosa y al sacerdocio. El estribillo siempre es el mismo: formación seria, fuerte, exigente, viril, generosa y entusiasta. Algunos textos son más que elocuentes.

“A vosotros os digo: sacudid la planta y haced caer las hojas que no estén bien asidas: no esperéis, haced esto enseguida. Os lo digo en el nombre del Señor. Estoy contento que haya ordenaciones pero no profesarán sino los que tengan un verdadero espíritu de fe, vocación segura, espíritu de humildad, de oración, de sacrificio: si no estáis más que seguros, no promováis, no promováis.”

Librad a la Congregación de los aprovechados y de las sanguijuelas: los “sí, pero, sí, pero” echan a perder a los demás y los perjudican terriblemente, son como los enfermos contagiosos. Os lo recomiendo mucho” (Scr. 18, 91 y siguientes).

“La tolerancia exagerada enflaquece el cuerpo de la Congregación, debilita los espíritus y produce en las casas un mal contagioso, un malestar moral mortífero” (Scr. 19, 112).

“Nuestra Congregación tiene que ser no sólo una fuerza religiosa, una fuerza de fe, una fuerza de caridad, una fuerza de apostolado para las almas sino también una fuerza doctrinal, una fuerza de sana, pura y fuerte doctrina filosófica y teológica. Ella, la Pequeña Obra, debe llevar entre las manos y sobre el corazón los santos Evangelos y a Santo Tomás. La sana doctrina no perjudicará a la fe sino que la sostendrá, no perjudicará a la caridad, sino que la alimentará, hará más eficaz y fructífero el apostolado por las almas. Ahora todos saben, sabrán mal, pero saben: es de suprema necesidad ser fuertes y estar bien acorazados en defensa de la fe y de la Iglesia. No será la ignorancia quien nos hará santos, pero ayudará mucho a llevarnos a Dios no sólo la virtud de la humildad y de la caridad, sino también la ciencia de Dios”. (Scr. 18, 176).

Para hacer sentir la propia cercanía en el día de la fiesta de la Virgen de la Guardia en 1934, se pone en comunicación a través de la radio. Extrañamente después de las primeras palabras, los instrumentos colocados en la catedral, quedan mudos. Al año siguiente, para no ser nuevamente boicoteado, envía un disco con una exhortación y una oración hermosa a la Virgen.

“Oh, dejad que la juventud, en el alba rosado y floreciente de la vida, mire a la Virgen celeste y, de esta dulce visión, muestre ese vigor que será escudo de integridad. ¡Qué escuela de vida mostró María Santísima, a todas las generaciones humanas! Fue pobre, olvidada, sencilla, ¡pero todas las gentes la llamarán feliz! Han pasado veinte siglos, y no oscurecieron los rayos de

su gloria. Y ¡qué fuente tan viva de gracias, de consuelos, de santidad es María! ¡Cuántos, a los pies de María, hallaron consuelo! Aunque la devoción a María no hubiera hecho sino que secar las lágrimas de tantas esposas, de tantas madres, de pobres jovencitas traicionadas, ¿no basta para bendecirla?

¡Cuántos, en la tempestad de las pasiones, han reencontrado la calma, han tenido luz, fuerza, vida de María! ¡Cuántas familias deben a María la salvación de sus seres queridos, la paz, el amor, la concordia ¡A cuántos perdidos, a cuántas almas ha salvado esta gran Madre de Misericordia!

¡Te suplicamos, oh Señor, que, celebrando hoy la virtud de tu gloriosa Madre y siempre Virgen María, nos socorra su augusta intercesión, de modo que, a la luz de su rostro, recorramos el camino de la humildad, de la pureza, de la caridad!

¡Oh, Virgen Madre, acuérdate de nosotros, en la presencia de Dios. Habla a tu divino Hijo de nosotros pecadores!. ¡Por nosotros ofrece tus lágrimas, oh Santa Madre del Señor! ¡Y que yo llore, entre tus maternales brazos, mis grandes miserias, llore de dolor, llore de amor, confunda, con las tuyas, mis lágrimas, y todo mi llanto con la Sangre de Jesús, mi Dios y mi amor!

¡Que éste, tu pobre hijo, oh Santa Virgen de la Guardia, sea tanto en la vida como en la muerte y más allá, el loco de la caridad, el embriagado de la cruz y de la sangre de Cristo crucificado!”.

Otro trabajo que lleva adelante constantemente para obtener la aprobación pontificia de la congregación es la redacción del texto de las Constituciones, en particular del primer capítulo que considera el título, el fin específico y las obras. Reza, escribe, corrige, añade, envía una primera redacción del primer capítulo a Don Sterpi y, sucesivamente, la definitiva en la que establece el nombre de la Congregación: “Pequeña Obra de la Divina Providencia”, o también “Congregación de los Hijos de la Divina Providencia”.

El fin primordial y fundamental es la santificación de sus miembros mediante la observancia de los tres votos sencillos de pobreza, castidad y obediencia y también de estas Constituciones.

El fin particular es difundir la doctrina y el amor a Jesucristo, al Papa y a la Iglesia, especialmente en el pueblo, y esto a través del apostolado de la caridad entre los pequeños y los pobres, mediante las instituciones y obras de misericordia más adecuadas.

En una redacción anterior el fin específico de la familia religiosa venía determinado por un largo e interesante elenco de actividades: *“Y esto mediante obras de misericordia espirituales y corporales y las siguientes instituciones destinadas, bien a la educación y a la formación católica de la juventud más humilde y abandonada, bien a llevar a la gente a Jesucristo y a su Iglesia por el camino de la caridad: oratorios festivos, patronatos, apoyo escolar, asociaciones, centros y círculos de Acción Católica para niños, aspirantes, jóvenes, estudiantes y trabajadores; instituciones para hombres católicos y patronatos obreros, escuelas de catequesis; escuelas y colegios siempre para niños pobres, escuelas agrícolas, profesionales, comerciales, industriales y de maestría, obras de prevención para menores abandonados, reformatorios, institutos para hijos de presos, casas de atención social, secretariados, patronatos para cárceles y hospitales, casas para huérfanos y discapacitados, casas de Divina Providencia para menores de toda clase y para desamparados de la sociedad, casas para leprosos, residencias de ancianos, escuelas populares de propaganda religiosa ambulantes, prensa, bibliotecas populares, escuelas de propagandistas, escuelas para la formación de publicistas católicos, catecismos, predicaciones, peregrinaciones, obras de prevención contra la propaganda protestante, círculos militares, centros deportivos, escuelas apostólicas, institutos misioneros, seminarios para proveer vocaciones a los obispos y a sus diócesis, internados eclesiásticos, retiros sacerdotales, casas de santificación para el clero y*

aquellas obras de fe y de caridad que, según las necesidades de los pueblos y de los tiempos nos indicara la Santa Sede como las más adecuadas para renovar en Jesucristo a la sociedad”.

Es posible un cuarto voto, de consagración al Papa, con especial obligación de servir en todo y por todo al Romano Pontífice.

“Quede, por tanto, bien determinado que esta Pequeña Obra es para los pobres, en los cuales ve y sirve a Nuestro Señor Jesucristo”.

En el período de permanencia en América personas poco benévolas dan otra bonita sorpresa a Don Orione: el regalo del visitador apostólico. Pero lo que parecía ser, para los malintencionados, el final de la congregación, se convierte en un momento de gracia. En una carta privada Don Orione escribe: *“Esta visita hemos de considerarla como una gracia extraordinaria del Señor, aunque haya sido provocada por peticiones, que hasta hoy no me fueron comunicadas, de personas nada afines a la Pequeña Obra, y hostiles a mí personalmente y que se haya esperado a que yo estuviese lejos. No nos aflijamos, sino amemos más al Señor y a la santa Iglesia. Bendigamos al Señor en todo y por todo lo que Dios quiera disponer y permita: ciertamente todo será para nuestro bien. Amemos al Señor en los amigos y amémoslo en los enemigos, pequeños o grandes. Recemos por todos y por quien nos hace sufrir: adoremos al Señor, siempre, agradeciéndole, siempre en silencio, en la esperanza y en la gran caridad. Aunque nos sacasen los ojos, bastaría que nos dejaran el corazón para amarles. El Señor está también para los pobres Hijos de la Divina Providencia: en Ti Señor, he esperado: no quedaré defraudado para siempre”* (Scr. 59, 29).

La acogida al visitador es un acto de fe: *¡“Bienvenido sea el enviado del Señor y de la Sede Apostólica! Con la divina ayuda lo seguiremos alegremente, y nada nos será más dulce que escucharlo, obedecerlo y amarlo en el Señor. Ya le he manifestado mi alegría. Ya me he puesto a mí mismo y a todos vosotros, mis queridos hijos, en las manos de la sagrada congregación de los religiosos y del visitador apostólico. He asegurado que seremos siempre muy felices ante cualquier decisión que pueda ser tomada”* (L II, 377).

La visita durará hasta la muerte del fundador. El visitador realiza un verdadero servicio a la congregación.

La fama de santo, de milagroso, de profeta, lo acompaña por todas partes. Un día, después de haber visitado numerosas y bonitas iglesias de Buenos Aires exclama: *¡“Pobre cardenal, le tocará ver a muchas de estas iglesias saqueadas e incendiadas!”*. Lo que realmente sucedió en los movimientos de insurrección que perturbaron Argentina en 1955.

Para hacer el bien está dispuesto a cambiar los programas, a sacrificarse, a meterse también en situaciones de riesgo: *“He suspendido el viaje al Chaco, escribe a Don Sterpi, para no abandonar a un enfermo que murió el 18 y al cual difícilmente hubiera podido atender otro sacerdote: ha recibido todos los Sacramentos y ha muerto bien”* (Scr. 19, 242).

No se pueden contar las almas arrancadas al demonio y reconducidas a Jesucristo por la confesión, los sacramentos, y los exorcismos. Don Orione cuenta un caso realizado en beneficio de la hija de una gran personalidad del mundo médico en Buenos Aires: *“Comencé el exorcismo. La persona corría entre los bancos como una serpiente, en zigzag, como los pájaros nocturnos, como los murciélagos en la noche; pasaba entre un banco y otro sin tocarlos, sin tirarlos. No podía salir, porque estaban cerradas las puertas, y la sujetaban fuerte, la ataron incluso, pero todo era inútil. Lo único que pude fue decirle a la endemoniada: ‘¡Oh María concebida sin pecado!’.* El Señor la liberó luego y murió algunos meses más tarde.” (DOLM 2072).

Sabemos de otro exorcismo en la casa de Carlos Pellegrini: *“Vinieron algunas monjas, mientras estaba en América, a decirme que tenían una hermana en el noviciado que estaba endemoniada. La superiora insistía y decía: ¡Venga, haga el exorcismo! Yo pensé para mí :¿Cómo*

es posible que me consideren como una especie de brujo? También le hice repetir la jaculatoria: 'Oh, María, sin pecado concebida' e insistía para que dijera '¡Oh María, sin pecado concebida!'. No hubo manera: no quiso repetir aquella jaculatoria. La poseída se dirigía a mí en mi dialecto, burlándose de los defectos físicos de mis paisanos, y se dirigía al tabernáculo y decía: 'Soy más fuerte que tú'. 'Pero –contesté– no eres más fuerte que Jesucristo y está aquí, es Él quien te expulsará'. Me decía: '¡No me mires!' y yo fijaba entonces la mirada en aquellos ojos ardientes y repetía las fórmulas de los exorcismos. '¿Cuántos sois?' 'Somos tres'. 'Te conjuro por Dios vivo, por Dios verdadero, por Dios santo. Cristo Dios te ordena salir; no eres más fuerte que Jesucristo'. Y cuando ya estaba como desesperado por lograrlo, me puse a invocar, con los presentes, a la Virgen. Y entonces repentinamente, con un vozarrón de hombre, aquella pobrecita dio un grito, y cayó. Pensé: estaría bueno que después en los periodicuchos de aquí, donde hay tanto culto al espiritismo, publicasen que yo he matado a una mujer con mis brujerías. Sin embargo, por suerte, se restableció, y no recordaba ni lo que había dicho ni lo que había hecho. Le hice repetir la jaculatoria: '¡Oh María, sin pecado concebida'. Estaba curada." (DOLM 2073 y siguientes).

Además de los enfermos de espíritu, acuden a él también los enfermos del cuerpo. Y, como siempre, Don Orione acoge a todos, prefiriendo a "los últimos".

Recibe una llamada comunicándole que dos acompañantes con un discapacitado han llegado a la estación mostrando un cartel bien visible: "Pequeño Cottolengo Argentino". Don Orione va a acogerles personalmente. Todavía hoy no se conoce al remitente.

En otra ocasión encuentra por la calle a un pobre, es un caso grave. Inmediatamente telefonea al director de Claypole y le pide: "*¿Tienes una cama libre?*". "Sí –responde el interpelado–, en la que yo duermo". "*Está bien –contesta Don Orione– te envío a este pobre desamparado. Es un caso grave*".

También en América se acerca con gusto y entabla amistad con los personajes del mundo de la cultura y de la ciencia. Un día de septiembre de 1936 le visita J. Maritain. Los encuentros se repiten con recíproca satisfacción.

La Navidad le ofrece la ocasión de hablar desde la nave mercantil *Oceanía*, por radio, a todos los italianos en Argentina: "*Jesús, que aún estás en medio de nosotros, siente la necesidad que tenemos de Ti en esta hora del mundo. ¡Sálvanos una vez más! Da a los pobres, a los obreros, a las masas proletarias y da a los ricos tu luz de verdad y de justicia, tu caridad, esa caridad que es vida, fraternidad y salvación: que nada pide y da todo. Haz sentir a todas las gentes que, sobre todos los intereses humanos, opiniones, pasiones y partidos, emerge el Evangelio y con el Evangelio se levanta el gran padre de las almas y de los pueblos: el "dulce Cristo en la tierra"; con el Evangelio se levantan los obispos quienes son los maestros puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios*".

Don Sterpi no ha dejado de insistir para que regrese pronto a Italia. Su presencia es necesaria, todos lo esperan ardientemente, tiene que cuidar la salud que cada vez es más precaria, aunque trate de disimular.

El Señor lo quiere verdaderamente en Italia, y decide volver. Pero primero desea saludar, tal vez por última vez, a sus hijos, bienhechores y amigos. Empieza por Uruguay para llegar a Brasil. En esta nación realmente se detiene poco tiempo. Al descontento general responde: "*Lo que no he podido hacer de vivo en Brasil, lo haré de muerto*".

La visita de despedida continúa de una nación a otra. Saluda, conforta, aconseja, recomienda la vida religiosa, invita a la confianza en la Providencia y a la esperanza a pesar de las malas noticias llegadas desde España de revueltas y que se están formando también en otras naciones.

En Buenos Aires discuten qué nombre dar al consultorio. Don Orione responde que poco importa el nombre, "*lo que importa, en cambio, es que se haga el bien y las buenas obras y que*

los pobres obreros y obreras enfermos sean atendidos cristianamente por los médicos católicos” (Lettera 10.4.1937).

Tiene tiempo para enviar un escrito también al visitador apostólico para informarle de lo que va haciendo: *“Don Sterpi le habrá hablado de que se ha puesto en pie en el centro del Chaco, dada la insistencia de dos obispos y de la nunciatura, para la necesidad de las almas. He aceptado con reserva, y cuando todos lo habían rechazado. He rezado un poco, tal vez demasiado poco. Creo que los demás no aceptaron por el calor inaguantable y por la gran pobreza. Pero nosotros queremos ser pobres y para los pobres. He pensado que, si Vuestra Excelencia hubiera estado aquí, me habría dado la bendición, y he pensado en todas esas almas y en Jesucristo, y que mi madre me decía que, a falta de caballos, trotan los asnos, y nosotros somos precisamente los asnos de la Providencia o, al menos, deseamos serlo.*

Hay protestantes, judíos, mercaderes que se enriquecen de bienes terrenos y que por el algodón y la riqueza están allí. ¿Y no estará el sacerdote para las almas? ¿Para los pobres?

Tengo un deseo: amar al Señor y amar a la santa iglesia; a las almas, a los pobres, a los niños pobres, a los abandonados, a la clase pobre, a los obreros, a los comunistas. Desearía morir por estos hermanos míos y me gustaría ser olvidado por todos, vivir y morir olvidado por todos, a los pies de todos, y sólo amar a Jesús, a la santa Iglesia y a todos, y perderme en el Señor: yo, muy indigno, que tanto he pecado, que he sido tan malo con el Señor y la Virgen y no he atesorado los regalos del Señor.” (Scr. 50, 33).

En su última visita por América no puede faltar un saludo a la Virgen. *“He llegado a Itatí después de tres horas de coche: ha sido un viaje rápido, todo lleno de baches, me parecía estar en la montaña rusa. Finalmente apareció el Santuario de Itatí, ¡y fue un gran alivio! El cansancio y el dolor de riñones desaparecieron.*

Cuando entré allí, la antigua iglesia estaba llena de gente devota; me he arrodillado al fondo, en el rincón del publicano, y sentí una total felicidad de encontrarme en la casa de la Virgen. A los pies de la Santísima Virgen de Itatí he podido celebrar dos misas, y he pasado horas felices, y muy pocas veces he sentido tanta alegría entre estos hermanos nuestros.” (L II, 469).

Los últimos días aún son más intensos: pasa el aniversario de su ordenación entre los huérfanos de Río. Acoge y recibe los saludos personales del cardenal de la ciudad, escribe a Don Sterpi, a su obispo, recibe a los últimos religiosos que llegan de Italia, va a Uruguay a organizar algunas cosas, a Argentina para inaugurar otros pabellones del Cottolengo, se detiene algún día en Brasil.

En la mañana del 6 de agosto de 1937 embarca en el buque *Neptunia*. Para despedirlo, además de sus hijos, y una marea de gente, acude el nuncio apostólico, el obispo auxiliar de Buenos Aires, el embajador de Italia, el inspector salesiano, el superior de la obra del cardenal Ferri y otros. Es el justo agradecimiento a un santo que a su marcha deja toda una plantación de obras en favor de los más pobres.

Durante el viaje de regreso aún es el sacerdote de todos. Tiene el gozo de administrar el bautismo a un famoso futbolista paraguayo, Nicolás Riccardi, conquistado por su palabra entusiasta y persuasiva.

El 24 de agosto desembarca en Nápoles y celebra la santa misa de agradecimiento en el santuario de Pompei. Por la noche se encuentra en Roma, en el Instituto *San Felipe Neri*. A la mañana siguiente, entre sus clérigos de Sette Sale. A las 22:15 toma el tren directo a Parma donde le espera el visitador Apostólico. Hace una parada en Montebello entre los cincuenta sacerdotes reunidos en ejercicios espirituales. En la tarde noche, después de haber saludado en Pontecurone a su hermano Benedetto y cuando piensa que todos se han ido a casa, continúa hacia Tortona, y finalmente se encuentra en la Casa Madre entre los suyos, para alegría y satisfacción de todos.

Capítulo 34: DIOS ESTÁ CON ÉL

En los momentos en que no teníamos pan, no teníamos nada, fue San José quien vino a nuestro encuentro. Un día estábamos sin nada. Nos encontrábamos en la novena del Santo: ¡es más, en el día anterior a la vigilia de la fiesta! Parecía que San José no quería ayudarnos. Pero he aquí, que se presenta ante nuestra puerta un señor. Bajo las escaleras deprisa y me encuentro delante de un señor modestamente vestido y con una barba rubia.

Aquel señor sacó un sobre grande. Le pregunté si teníamos que decir alguna misa. 'No, no!', respondió. 'No hay que hacer nada. ¡Sólo hay que seguir rezando!'.

Nunca lo había visto. Me miró un instante y, saludándome con una reverencia, se fue deprisa. Habría querido retenerlo pero, no sé cómo, no tuve el valor: aquella presencia y aquellas palabras me habían como encantado. Y, mientras salía, los que estaban presentes dijeron que el rostro de aquel señor tenía un "no sé qué" celestial. Dio algunos pasos. Cruzó la puerta, bajó el escalón, pero luego ya no se lo volvió a ver más, ni a la izquierda ni a la derecha, ni bajo el pórtico ni en la iglesia. En el patio sólo estaban los muchachos. Se enviaron a dos de ellos inmediatamente en su búsqueda, pero resultó inútil. Nosotros nos retiramos aún más confundidos: no tenía un aspecto humano. Apenas había salido y había ya desaparecido. Siempre hemos pensado que fuese San José.

De nuevo en Italia, Don Orione procura recuperar el tiempo sumergiéndose en una actividad intensa en todos los frentes. Lo buscan los hermanos, quieren encontrarlo los benefactores, los amigos, los ex-alumnos, todos los que desean una palabra de consuelo, los enfermos. A todos quiere llegar con su disponibilidad y caridad.

En este momento resulta imposible acompañar a Don Orione contando lo que hace y cuanto sucede a su alrededor. Alguna prueba puede ayudar a la fantasía y medir la cantidad de trabajo y de bien que realiza en los últimos tres años de su vida, a pesar de su salud deteriorada.

En Navidad de 1938 dos campanas colocadas en el campanario de la capilla de San Bernardino invitan al rezo. En el espacio ocupado por la tipografía, cerca del santuario, nace un Centro de encuentro para hombres con un perfecto campo de bochas. También en el barrio San Bernardino, se celebra la inauguración solemne del nuevo Oratorio San Luis. Continúa, sin interrupción, la decoración del interior del Santuario con el Vía Crucis, estatuas y candelabros. En el exterior hay un jardín lleno de flores y cuatro pendones con las banderas del Papa, de Italia, de la ciudad de Tortona y de la Congregación. Y la banda de música de los clérigos como coreografía segura de todas las manifestaciones.

Una experiencia de trabajo, de fe y de entusiasmo, semejante a aquella vivida durante la construcción del Santuario de la Guardia, se repite en Fumo donde se está levantando el Santuario de la Virgen de Caravaggio. Esta es una página de vida y de historia que exalta a los sencillos. La madre del canónigo Perduca, buena paisana, desea construir en su propio terreno una capilla que facilite a los campesinos de la zona la participación en la misa dominical.

El hijo recibe consejo de Don Orione, y deciden construir una iglesia dedicada a la Virgen de Caravaggio. El canónigo piensa en una construcción modesta, pero a Don Orione no le parece verdad dar vida a un oasis de gracia y de paz. No quiere una pequeña casa, sino una casa digna de la Virgen. ¡Fe y valor porque será la Virgen quien pague su santuario!

En efecto, un día, *"recordaba que hoy habría pasado el canónigo a buscar dinero para pagar sus facturas y yo no tenía dinero para darle, ¡cómo le había hecho esperar! Y mientras celebraba, tengo que confesar que de vez en cuando elevaba los ojos a la estatua de la Virgen.*

Miraba, miraba a la Virgen! Y rogaba: 'Virgen Santa, pagadme al menos un poco de alquiler!' (de hecho, se sabe que el nicho de la Virgen del Carmen en la iglesia de San Miguel sobresale el muro perimetral de la iglesia y entra en una parte del comedor de la Casa Madre).

Una vez finalizada la misa, regreso a la sacristía. Dos señoras se acercan y me entregan un sobre, diciéndome que contenía diez mil liras. Entonces mi pensamiento se dirigió de inmediato a la Virgen para darle las gracias. Entonces, apenas, aquellas gentiles damas salieron, mientras yo metía en el bolsillo el sobre, veo despuntar al canónigo por la puerta de la sacristía, con aquel aire sonriente que hacía entender a qué venía. De inmediato le entregué el sobre, diciéndole: '¡Aquí está el dinero que os manda la Virgen para vuestro santuario! Me lo han traído ahora mismo dos señoras en nombre de una persona que quiere pasar como anónima'. Una vez abierto el sobre y habiendo constatado que contenía justo diez mil liras, el canónigo me advirtió de que la suma era superior a lo que había pedido. Le dije: '¡Tomad, tomad!'. Él insistía: '¿Todo?'. Y yo: '¡Sí, sí, coged todo!'. Pero el canónigo insistía en que yo lo cogiera, porque no lo necesitaba todo. '¡Ah no, es el dinero que os envía la Virgen!' –respondí. 'Cuando la Virgen hace ciertas bromas, no se la debe ofender'.

En efecto después, sabéis, la Virgen me ha pagado de nuevo porque, más tarde vino por la mañana una persona que me dio mil liras. Si yo me hubiese hecho el avaricioso y me hubiera aprovechado de la suma enviada por la Virgen para el Santuario de Fumo, las mil liras tal vez no hubieran llegado. La Virgen, como veis, recompensó mi generosidad, como recompensó la confianza de nuestro canónigo. Las iglesias y los santuarios los hace la misma Virgen" (DOLM 1284 y siguientes).

Son dignas de recordarse las últimas fiestas de la Virgen de la Guardia por los millares y millares de peregrinos, por el número extraordinario de confesiones y comuniones, por las numerosas gracias que la Madre de Dios generosamente dispensa a sus hijos, por el fuego de caridad que se enciende y transmite dentro de la Congregación consolidada en el crecimiento de sacerdotes, clérigos y novicios.

En el patio de la Casa Madre, bajo el toldo que lo transforma en salón, se reúnen entorno a Don Orione, el día de la fiesta, el 29 de agosto, en ágape verdaderamente fraternal sus religiosos, amigos y benefactores, que alaban y bendicen al Señor por las maravillas que realiza a través de sus siervos inútiles.

Un año, Don Orione se encuentra apenado porque algunos malvados quieren crear malestar, crítica y ruptura con el obispo que, en verdad, ha pedido terminar a una hora más temprana la procesión renunciando a subir al castillo. Durante la comida bajo el toldo, comienza a caer alguna gota que poco a poco va aumentando hasta llegar a una lluvia persistente y providencial. Nadie o muy pocos han entendido el motivo de satisfacción que se lee en el rostro de Don Orione que en su corazón y en voz alta bendice el cielo y la lluvia como "signo de particulares y extraordinarias gracias", la gracia que elimina divisiones y roturas escandalosas.

Los encuentros semanales de Génova y de Milán, las visitas a los benefactores y a los amigos continúan con impecable regularidad, pero desgastan, cada vez más, la salud comprometida por tanto sufrimiento y cansancio. Corre de una parte a otra de Italia: está en Roma para el funeral de Pío X; en la Universidad Católica de Milán para la conferencia del título manzoniano "Ahí está la Providencia"; en Génova para encontrarse con los benefactores; en Bra para dar la adecuada dirección formativa a sus clérigos y hacer un recorrido en cada casa y comunidad.

A primeros de marzo de 1939 se acerca a Alessandria para supervisar la construcción del Instituto y encontrarse con los parientes de la benefactora gracias a cuya generosidad permite acoger a otros muchachos pobres y abandonados. Los parientes de la difunta lo acogen con

frialdad y hostilidad. Una de las nietas, para lograr oponerse al testamento, se dedica desvergonzadamente a realizar una serie de afirmaciones e insinuaciones malévolas sobre la vida privada de su tía. Don Orione, que hasta este momento ha permanecido en humilde y respetuoso silencio, reacciona con tono vigoroso echando en cara a la interlocutora el poco respeto por la tía, de la cual él conoce muy bien vida y sentimientos.

La avaricia de estas personas indignas que no tienen en absoluto necesidad de dinero pero que quieren quitar a los pobres lo que la generosidad de una tía ha puesto a disposición es el último disgusto que hace colmar la medida. Al regreso, Don Orione se encuentra tan mal que tiene que ser ingresado en el hospital de la ciudad. El médico de guardia y el médico jefe mientras buscan poner remedio urgente a la dolencia, comentan: "si le hubieran llevado a Tortona, no habría llegado a la mitad de camino".

Se apresuran a visitarlo el obispo de Alessandria, sus sacerdotes y otras muchas personas. Lo encuentran cansado, pero sereno. Al médico que lo trata le dice bromeando: *‘¡Doctor, soy piamontés, tengo la cabeza dura!’*. Y a algunas monjas desconsoladas: *‘¿Por qué os inquietáis tanto? No ha llegado aún mi hora’*. Y gracias al cielo pronto recupera la salud suficiente como para ponerse de nuevo en movimiento.

Sobre el péndulo cercano a la capilla de la Casa Madre hay un cartel en latín que avisa sobre la pérdida del tiempo: *‘Pereunt et imputantur’* ('las horas pasan y están contadas').

Y Don Orione se activa para ganarlo.

Génova está salpicada de obras de caridad de Don Orione. Una de éstas está situada en el más agradable de los cerros que contemplan la ciudad, el cerro de los Camaldoli. Don Orione por bondad de uno de los muchos benefactores, poseía una parcela de terreno en aquel paraíso terrenal. Con su deformación profesional, de inmediato pensó en levantar allí arriba "la Villa de la Caridad" reservando a los más pobres uno de los lugares más bonitos de la ciudad ligur.

Naturalmente al principio se trataba de un hermoso sueño. Pero, como ya conocemos de otros episodios, los sueños de Don Orione, teniendo como cómplice a la Divina Providencia, pronto llegan a hacerse realidad.

Mientras tanto un magnate financiero, industrial cinematográfico, había tenido la genial idea de transformar aquella colina en un paraíso para artistas: villas, centros, salas de baile, piscinas y diversiones de todo género. Todo, en definitiva, cuanto pudiera servir para la "vida alegre" de los afortunados de este mundo. Y empezó con la compra de una gran parcela de tierra, que confinaba con aquella otra, bastante más modesta y cuyo propietario era Don Orione.

Y, 'ya está hecho', pensaba el magnate: 'el sacerdote siempre pobre en medida y necesitado de dinero me venderá su trozo de territorio'. Pero había hecho mal los cálculos.

"¡No vendo!", le respondió tajante Don Orione cuando ese hombre le hizo la propuesta de compra.

"Padre, haré con Vd. condiciones excepcionalmente favorables".

"¡No vendo!", seguía respondiendo inamovible Don Orione.

"¡Pídame todo lo que quiera, se lo daré!".

El industrial, acostumbrado a que cualquier obstáculo fuera eliminado ante el oro brillante, quedó sorprendido ante la obstinación de aquel sacerdote. Y añadió:

"Es una locura rechazar este negocio: ¡reflexione, Padre!".

"No estoy loco", insistió tranquilo Don Orione. *"¡No vendo! Al contrario, por si quiere saberlo, será usted el que me lo venderá a mí".*

Inútil seguir. Quien quiera ir a ver "La Villa de la Caridad de Don Orione" en Génova Camaldoli tiene libertad para hacerlo. Se dará cuenta de que lo que al magnate financiero le parecía

una locura, es hoy una realidad, gracias a la santa "locura" del loco de la caridad." (A. Gemma, *Il fioretti di Don Orione*, pág. 167 y siguientes).

Después de un día agotador en Milán, por la noche se detiene en Fumo para concluir la novena que prepara la fiesta de inauguración del Santuario. En Tortona organiza las "peregrinaciones de los niños al santuario de la Guardia" para rezar por la paz. Organiza pequeños retiros. Abre en Génova la residencia para ancianas nobles que habían venido a menos. La finura de espíritu, la gran caridad y la concreción le sugieren que esté decorado de modo digno para las huéspedes: es la caridad en la caridad.

Con todo lo que pasa, no siempre logra disimular sus problemas de salud. Aún tiene el valor de viajar y llenar los días de compromisos. Cuenta el doctor Carlos Sottotetti de Dorno Lomellina: "Cogí el tren directo de las 18:00 desde Génova a Milán. En búsqueda de asiento vi sentado en un departamento de tercera clase a un viejo sacerdote de sotana muy sencilla: leía el breviario. Me vino enseguida un sobresalto y tuve como una inspiración: "es Don Orione". Me senté cerca de él. Cuanto más lo observaba, más sentía que era él. Hasta que, una vez hubo cerrado el libro y levantado la cabeza, decidí automáticamente dirigirle la palabra:

‘Disculpe, Reverendo, ¿es de Tortona?’.

‘Sí, soy Don Orione’, respondió.

‘¡Oh, por fin se me ofrece la ocasión de conocerlo!’.

‘¿Qué desea, pobre señor?’.

‘Padre, tengo un hijo de casi quince años que se encomienda vivamente a sus oraciones. Desde los tres años está enfermo y aunque tiene una buena constitución con respecto a su edad, desde hace cuatro meses no logra caminar. Una parálisis en la pierna le obliga a estar sentado en un sillón. El pobre se desespera, llora y a veces invoca a la muerte. Ha cambiado su carácter: de alegre, despreocupado y extrovertido, ahora es callado y nervioso. Y a pesar de estar dotado de cierta inteligencia, ha perdido dos años de estudios y ahora se desespera por miedo a un tercero. Puede imaginarse, Padre, mi estado de ánimo, y mucho más pues desde hace quince años tengo también enferma a mi esposa. Si Dios no tiene misericordia, este año voy a terminar en el psiquiátrico o me moriré de pena. Padre, no pido sino ver caminar a mi hijo’.

El corazón de Don Orione se llena de piedad y tal vez su pensamiento corre a la página evangélica donde el centurión suplica a Jesús. ‘Buen hombre, tenga fe, nunca se desespere y verá que Dios escuchará vuestro deseo. Esta noche yo mismo rezaré para que vuestro hijo pueda caminar, haré rezar a mis huérfanos. Mañana en la misa le recordaré nuevamente y confiad en que vuestro hijo caminará’.

El padre se despidió con el corazón lleno de esperanza. De evangélico, en esta escena, no hay sino la angustia alentada por la fe del pobre padre y el sufrimiento de un hijo. Está el hecho de la curación, que el Señor realizó el día después del encuentro con Don Orione, confirmado por una carta del ‘sanado’”. (A. Gemma, *I fioretti di don Orione*, 177 y siguientes).

Comienzan las primeras escaramuzas de la guerra, se multiplican las situaciones de incomodidad y de sufrimiento. Hay quien por un motivo u otro piensa de encontrarse mejor dejando la propia tierra. “Hace días llegaba de Rusia una familia compuesta por la madre y varios hijos, entre ellos, uno de seis meses. La religiosa superiora dudaba de aceptarla por falta de espacio y también porque no quería acoger a un lactante que, teniendo que dormir en el dormitorio común, pudiera molestar a las demás acogidas.

Interviene Don Orione: ‘¿Tendrías el valor de negar a la Virgen con el Niño Jesús? Poned camas en el locutorio, en la iglesia, si hace falta. Pero no cerréis la puerta a mujeres indefensas, lejos de su patria, y a niños inocentes’.

Viéndola dudar, se dirige a un sacerdote suyo y le dice: 'Si en verdad no hay lugar, llevad provisionalmente el Santísimo Sacramento a la sacristía, y poned camas en la iglesia'. La superiora reaccionó y puso a algunas residentes sanas en el pasillo y colocó en una habitación a aquella madre rusa con sus hijos." (A. Gemma, *I fioretti di don Orione*, pág. 178 y siguientes).

Nadie logra detener el odio, a pesar de la mediación de Pío XII que grita "nada está perdido con la paz, todo puede serlo con la guerra". Ante la noticia de la invasión de Polonia, Don Orione, que tiene muchos estudiantes polacos en Italia, llora con sus hijos el destino de su patria. Antes del regreso a la patria, los reúne en el Santuario de la Guardia para una sencilla ceremonia, pero que provoca emoción: *"En esta hora os quiero más que cualquier otro vuestro compatriota, mucho más que cualquiera. Mi corazón tiene miedo por vosotros, queridos hijos míos, en estos terribles momentos, y lloro con vosotros."*

He mandado desplegar vuestra bandera sobre el altar: pasad y besadla. Este beso sea como el beso de Dios a vuestra patria. Que sea la promesa de que cumpliréis vuestro deber de hijos de la Iglesia y de súbditos fieles a vuestra tierra".

La vida, a pesar de todo, tiene que continuar y la preocupación mayor no es la salud, sino la formación de sus hijos en una visión amplia pero al mismo tiempo dura, abierta y austera. Quiere religiosos de carácter sólido, indómito, de gran fe y audacia. Si se arrepiente de algo es *"de no haber sido más exigente en la formación de los clérigos"*.

La necesidad de personal no debe llevar a ser indulgentes y promover a aquellos que están poco preparados cultural o espiritualmente. El centro de Bra y el estudiantado de Sette Sale en Roma son un sacrificio que la Congregación afronta para tener hijos capaces de dialogar con el mundo entero.

Entre los consuelos más hermosos de este período de su vida hay que recordar el encargo de la gestión de la Centralita telefónica del Vaticano confiada a la Congregación, la audiencia privada con Pío XII y el último saludo junto a los mil estudiantes del Instituto San Felipe Neri.

"La visita era a las once, y me detuve a rezar en la Iglesia de Castelgandolfo. Después me marché para prepararme para la audiencia. Monseñor Arborio Mella resoplaba un poco, con el reloj en la mano, porque el cardenal que estaba dentro no salía. Y dirigiéndose a mí, dijo: '¿Usted no estará tanto tiempo como este Cardenal?' '¡No! – respondí– ve que no tengo cola, voy por primera vez a hacer una simple visita de cortesía'.

Finalmente, fuera ya el cardenal, entré yo. El Papa abrió los brazos con gran afecto y efusión. Me invitó a sentarme. Y puesto que la silla estaba un poco apartada, me dijo: 'Acérquese, acérquese!'. Empezó a hablar él. Estaba profundamente triste.

Luego he sabido que duerme en el suelo. Extiende una manta en el suelo y luego pone una almohada para apoyar la cabeza. Desde hace algún mes repite lo que hacía en Argentina. 'En medio de tantos triunfos es necesario, al menos en las horas en que estamos solos, hacer un poco de mortificación para atraer las bendiciones de Dios sobre este pueblo!'. Más de un cardenal fue a rogar al Papa para que se moderase y se cuidara.

Mientras estaba hablando, pensaba en el monseñor que estaba fuera y esperaba que concluyera la audiencia, para no recibir la recriminación del maestro de cámara. El Santo Padre, no sé si tres, pero, al menos dos veces, me dijo: '¡Regrese, vuelva!'. Me dijo, en un momento de la audiencia: '¡Dígame, Don Orione, todo lo que puedo hacer por la Congregación!'. 'Nada' – respondí – 'nada, Santo Padre. Sólo le pido una cosa: ¡que nos deje al Visitador Apostólico hasta el día después de que yo muera!'. (Par. 11, 132 y siguientes).

Después de un día de encuentros ininterrumpidos en uno de los tantos jueves genoveses, mientras está a punto de partir para Roma, lo llama por teléfono una señora conocida con ocasión del Congreso Eucarístico. Lloro por el hijo enfermo e implora su bendición. Don Orione intenta

disculparse por el cansancio, el horario y el viaje que tiene que realizar, pero ante la insistencia de una madre no logra decir que no. Olvidado del cansancio, por el dolor se dirige inmediatamente a Rapallo a llevar la bendición y el consuelo a las dos almas en pena.

Volviendo de Roma a causa de un descarrilamiento, tiene que cambiar de un tren a otro. Coge frío, está mal, pero logra disimular todo y celebra las tres santas misas de aquella “que es la última Navidad de su vida”.

La noche del 8 al 9 de febrero de 1940 Don Orione sufre un gravísimo infarto. El médico al verle reducido a ese estado, llora. Los clérigos asustados y tristes esperan en el atrio, y entran luego despacio, despacio en la capilla y se ponen a rezar. En un momento de reanimación, Don Orione pide la unción de los enfermos.

Finalmente mueve la cabeza que tenía inclinada sobre el pecho, levanta los ojos y hace señas de agradecimiento. Luego con voz débil dice que está mejor, y con fatiga, invita a los presentes a recitar la Salve.

Capítulo 35: OCASO LUMINOSO

El esplendor y el ardor divino
no me abrasa, sino que me temple,
me purifica y me hace sublime
y me dilata el corazón,
tanto que desearía apretar
entre mis pequeños brazos humanos
todas las criaturas para llevarlas a Dios.

Y desearía hacerme alimento espiritual
para mis hermanos que tienen hambre y sed
de verdad y de Dios;
desearía vestir de Dios a los desnudos,
dar la luz de Dios a los ciegos y a los ávidos de mayor luz,
abrir los corazones
a las innumerables miserias humanas
y hacerme siervo de los siervos
entregando mi vida
a los más pobres y desamparados;
desearía llegar a ser el necio de Cristo
y vivir y morir
de la necedad de la caridad
por mis hermanos.

¡Amar siempre
y dar la vida cantando el amor!
¡Despojarme de todo!
Sembrar la caridad por cada sendero;
sembrar a Dios por doquier,
por todos los surcos;
acercarme al abismo siempre,
infinitamente,
y volar siempre más alto
infinitamente,
cantando a Jesús y a la Virgen Santa
y no detenerme nunca.

Hacer que los surcos
lleguen a ser luminosos de Dios;
llegar a ser un hombre bueno entre mis hermanos;
descender,
extender siempre las manos y el corazón
para recoger
peligrosas debilidades y miserias
y ponerlas sobre el altar,

para que en Dios sean la fuerza de Dios
y la grandeza de Dios.

Jesús ha muerto con los brazos abiertos.
Es Dios que se ha rebajado e inmolado
con los brazos abiertos.

¡Caridad!

¡Quiero cantar a la caridad!

¡Tener una gran piedad hacia todos!

(Le più belle pagine, S. Giuseppe, Tortona, 1980, pág. 99 y siguientes)

También en esta ocasión parece que Don Orione se está recuperando lentamente de la angina de pecho. Debe permanecer en absoluto reposo. Llevado a la habitación cercana a la capilla, la habitación del reloj, pasa el día por fases alternas. En la tarde, gracias a una eficaz intervención del médico, se ha evitado el peligro.

Al día siguiente intenta escribir a sus hijos de América. Está tan débil que debe contentarse con dictar la carta. Un escrito largo, afligido, que lo empeña la tarde y noche y que retoma a las cuatro de la mañana siguiente. Recuerda a cada uno de sus hijos, los ama, les pide, en el nombre de Dios, el testimonio de una auténtica vida religiosa, generosidad, iniciativa, pobreza, empeño en la formación, ser verdaderos apóstoles entre los pobres y los enfermos.

Concluye: *“Todo esto os lo escribo, dictándolo desde la cama, donde, hace unos días, me parecía morir. Y esto os lo digo no para desalentaros, ni para abatirlos, sino para cumplir mi deber como si estuviese a punto de morir. Se necesita dar un ritmo más decidido, una formación más seria, más profunda, más esencialmente religiosa a nosotros y a los nuestros”*.

Está mejor. Vuelve a levantarse a las cuatro para dar la meditación a los sacerdotes. El 20 de febrero celebra también la eucaristía: el frío y descuido lo obligan meterse de nuevo en cama con una complicación bronquial. Sólo a primeros de marzo está en condiciones de dejar la cama y volver, de alguna manera, a las acostumbradas ocupaciones.

Los médicos, Don Sterpi y otros sacerdotes que están a su lado insisten en que se cuide, descanse, haga una paciente convalecencia, recomendaciones que dejan, desgraciadamente, el tiempo que encuentran.

Cada noche, en cuanto puede, da las “buenas noches” y confidencialmente hace entender que no se hagan ilusiones. La confianza en Dios y en su Providencia son las únicas razones que tienen alejados el pesimismo y el desánimo, y que estimulan a *“recuperar el tiempo perdido”*.

Quieren convencerle para cambiar de aires. A todos recuerda que *“somos hijos de la Divina Providencia”*, esto es, pobres y para los pobres. Al doctor que le propone San Remo, responde que si ha llegado su hora pretende dejar también la habitación que ocupa e ir a morir entre los más pobres de sus hijos.

Tras la insistencia, casi una orden, del Visitador Apostólico y de Don Sterpi, se rinde. El ancho respiro de alivio de todos los que le aman apaga el día de la visita médica, cuando Don Orione, a propósito, acepta la presencia de sacerdotes y clérigos. Bromea, está alegre, goza de tanta compañía, y luego, cambiando de tono dice: *“Queréis enviarme a San Remo e iré allí. Pero tened bien presente que de San Remo volveré, sí, pero en un ataúd”*.

El 6 de marzo, fiesta del patrono de la diócesis, se hace acompañar a la Catedral, a la tumba de San Marciano, y come con la comunidad. Para la circunstancia han colocado sobre la mesa del director la estatua de la Virgen de la Divina Providencia y los clérigos intercalan con los

instrumentos de la banda, melodías marianas. Por la tarde se deja acompañar al Santuario y regresa a casa repitiendo: *“¡Bien, hoy he visto a todos, a todos!”*.

En el mismo día tiene tiempo también para escribir una carta a los clérigos del Centro de Bra para que se formen culturalmente a la luz de la tradición de la Iglesia y de Santo Tomás de Aquino:

“Como he dicho en otras ocasiones, una gran necesidad de nuestros tiempos, hijos míos, es cuidar las mentes e infundir en ellas ideas justas, una filosofía sana, verdaderamente cristiana, teórica y práctica, como nos ha dado la Iglesia, y como caudillo Santo Tomás de Aquino. Todos los estudios, queridos míos, debemos considerarlos como medio para elevar la mente al Señor, para servir mejor a Dios y a la Iglesia, para santificarnos mejor y ayudar a nuestro prójimo. Toda ciencia humana, y por tanto, también la filosofía, sería insulsa si el amor de Dios no le da el justo sabor espiritual y no la dirige a un recto fin”.

La fecha de ida se retrasa. Ha ido a saludar al obispo y a darle las gracias por las ordenaciones que hará al día siguiente. A don Bariani, que indulgentemente se lamenta de tomarle el pelo, Don Orione responde: *“Si tú supieras, no insistirías tanto en que me marchara”*.

Se deja ayudar a la hora de ordenar los registros de las santas misas y dice a don Bariani: *“Y así hemos pasado juntos el último día”*. Y mirando su sotana deteriorada y remendada comenta: *“¡pobre sotana, no da para más, como mi vida!”*. A los recién ordenados les recomienda generosidad y fidelidad. Los bendice de corazón y se disculpa si no puede estar presente en la celebración.

Por la noche, después de las oraciones, de manera inesperada, se presenta en la capilla para las buenas noches: *“He venido a daros las buenas noches. También he venido a saludaros, porque si Dios quiere, mañana me ausentaré por algún tiempo, por poco o por mucho, o también para siempre, como agrada al Señor. Me veo delante y cercano a la muerte mucho más que nunca la haya visto y sentido tan cerca antes. Ahora me quieren enviar a San Remo, porque piensan que allá, aquel aire, aquel clima, aquel sol, aquel descanso puede traer algún alivio a aquel poco de vida que puede haber en mí*.

Pero no quiero vivir y morir entre las palmeras, y si pudiera expresar un deseo diría que quiero vivir y morir entre los pobres que son Jesucristo.

Queridos hijos, he venido para daros las buenas noches, ¡podría ser la última! Vivamos humildes y pequeños a los pies de la Iglesia, como niños, con total adhesión de mente, de corazón y de obras. Con total abandono a los pies de los obispos, de la Iglesia. La primera gran Madre es María Santísima, la segunda madre es la Santa Iglesia, la tercera, pequeña pero también gran madre es nuestra Congregación. Por lo tanto, ¡adiós queridos hijos! Rezaréis por mí y yo os llevaré todos los días al altar y rogaré por vosotros. Buenas noches”.

Al alba del 9 de marzo celebra la Santa Misa, se confiesa, entrega una cierta cantidad de dinero al clérigo encargado de las compras diciendo: *“Luego te daré más”*. De hecho, la suma es suficiente para los gastos hasta el día 13.

Saluda a todos rápidamente para esconder las emociones y es acompañado en coche hasta la estación. Lo alcanzan los recién ordenados para saludarle. Les da las gracias y los bendice una vez más, mientras el tren desaparece en la niebla para un viaje sin regreso.

En la estación de San Remo, aunque el Director no quiere, el clérigo Modesto llama a un taxi. Don Bariani, por orden de Don Sterpi, los alcanza en Santa Clotilde.

La habitación está preparada, en penumbra, iluminada por una tenue luz ante la Virgen, porque la bombilla está estropeada. *“¿Qué te parece esta habitación?”*, pregunta al hermano que le acompaña. Y continúa: *“La verdad, me parece una cámara mortuoria”*. La decoración es sobria, pero a Don Orione le parece demasiado: *“¿Me ponéis aquí? Escucha, vamos a casa, vamos a casa,*

no puedo estar aquí. Mira el horario de los trenes". Se necesita toda la diplomacia y la paciencia de don Bariani para convencerle de que descanse un rato. Al final se rinde y no dice nada más.

En los tres días de permanencia en San Remo reza, escribe cartas, recibe alguna visita y aún hace proyectos. Se manifiesta alegre y sereno, a veces incluso hasta bromea. Es consciente del poco tiempo que le queda pero, como siempre ha deseado, quiere morir de pie. Con frecuencia se escucha con voz débil o se puede leer por el movimiento de los labios la invocación: *"Jesús, Jesús, Jesús..."*.

El último telegrama enviado a Pío XII resume los ideales de toda su vida: devoción y fidelidad a la Iglesia y al Papa. El último encuentro es con el rector y párroco del Santuario del Divino Amor.

Don Terenzi se encuentra en San Giovanni Rotondo y el Padre Pío le dice: "¿Pero no sabe que Don Orione está mal? Si desea verlo aún vivo, marche rápido". En verdad, el buen sacerdote tiene noticias alentadoras, pero prefiere hacer caso al Padre Pío y esa misma tarde está con Don Orione. A la mañana siguiente se encuentran de nuevo. Don Orione le ayuda en la Santa Misa y se despiden. Desde Tortona viene el canónigo Perduca y otros hermanos y regresan confortados, convencidos de que todo marcha mejor. Todavía escribe alguna carta, reza el Santo Rosario arrodillado en el suelo, apoyado sobre la cama. Después de cenar se retira a la habitación. Atiende una llamada telefónica de Malcovati que le recomienda a una pobre mujer abandonada en la calle. Soluciona el problema con un último y generoso "sí", desea unas "buenas noches" a Modesto y se mete en la cama.

A las 22:30 un lamento, casi un estertor, llama la atención del enfermero que vigila la habitación. El Director suda, jadea, se fatiga al respirar, tiene los ojos apagados. La dosis normal de gotas no produce bienestar alguno. Modesto le ayuda a deslizarse de la cama al sillón. Don Bariani acude a buscar ayuda, busca desesperadamente al médico. Don Orione, moribundo, tiene aún la fuerza de parar con gesto delicado y decidido a una monja que acude a ayudarlo. Pasan minutos preciosos: el médico está ilocalizable, don Bariani corre inútilmente por la ciudad en busca de otro. Don Orione murmurando tranquilo: "¡Jesús, Jesús voy!", sin estertor ninguno, reclina la cabeza sobre el brazo del enfermero y se duerme en el beso del Señor. Son las 22: 45 del 12 de marzo de 1940.

La noticia correr veloz por toda Italia. Acude muchísima gente a Tortona y a San Remo: son religiosos, sacerdotes, clérigos, amigos, autoridades, gente sencilla del pueblo. Quieren rendir su tributo de agradecimiento y de cariño hacia el que todos llaman santo. Noche y día desfilan delante de los restos mortales rezando y haciendo tocar objetos. El Visitador Apostólico da las disposiciones para la ceremonia fúnebre. Es un triunfo único entre incontables multitudes: de San Remo a Génova, a Novi Ligure, Alessandria, Mortara, en Milán en la basílica de San Esteban, en el hospital mayor y en el Pequeño Cottolengo. Se reanuda el viaje: Montebello, Pontecurone y finalmente Tortona, ciudad de su alegría y de su llanto. Expuesto en la Catedral es posible dar un último saludo y contemplar su rostro a través de una larga lámina de cristal que cubre el ataúd.

En la tarde del 19 con una ceremonia sencilla, íntima y conmovedora los restos mortales son sepultados en la Cripta del Santuario, como siempre fue su deseo. Su cuerpo, veinticinco años después de su muerte, fue encontrado incorrupto.

Mediante el normal proceso de Canonización, fue declarado Beato en 1980 y Santo el 16 de mayo de 2004.

Juan Pablo II lo definió como una "maravillosa y genial expresión de caridad cristiana" y como "aquel que tuvo el corazón y el temple del Apóstol Pablo".

Ahora vive en la gloria, ejemplo luminoso de caridad y de amor a la Iglesia y a las almas. Fuerte intercesor de los humildes y de los enfermos. Los fieles le veneran y le rezan en su bello santuario, donde realiza el deseo de “llevar a todos a Jesús a través de su Madre, María Santísima”.